PSEUDO CALÍSTENES

# VIDA Y HAZAÑAS DE ALEJANDRO DE MACEDONIA

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 1

Asesor para la sección griega: CARLOS GACÍA GUAL

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por EDUARDO ACOSTA MÉNDEZ.



López de Hoyos, 141, 28002 Madrid.
www.rbalibros.com

PRIMERA EDICIÓN, mayo de 1977.

Depósito legal: M.-23.686-2008.

ISBN 978-84-249-3481-4.

*Sophocle eût-il conçu que Némésis attendait à Babylone le destructeur de Thèbes, ville d'Héraclès et d'Oedipe? La seule menace qu'Alexandre entend n'est pas celle des princes de l'Indus aux milliers d'éléphants, c'est celle de Callisthène et de la Grèce: «Tu n'es pas un dieu».*

ANDRÉ MALRAUX

# PRÓLOGO

## *«Vida de Alejandro»: historia, novela y epopeya*

La *Vida de Alejandro* no es, en lo fundamental, un texto histórico. Se trata, más bien, de un relato de aventuras extraordinarias en torno a la figura heroica del gran conquistador macedonio, progresivamente mitificada por la fantasía popular a lo largo de varias centurias. Este texto, al que se suele denominar como la *Novela de Alejandro,* no es, desde el punto de vista formal, una novela; su esquema narrativo corresponde a las pautas de la biografía helenística. Pero sí que resulta un producto novelesco, en el sentido amplio de esta calificación, atendiendo a otras razones. En torno a un núcleo histórico originario se ha formado una biografía fabulosa, en la que las peripecias dramáticas y los escenarios admirables deben tanto, por lo menos, a la ficción como a la realidad. La victoriosa expedición de Alejandro a países lejanos, con toda su carga legendaria, viene a concluir aquí en una saga de aventuras y maravillas, con todos los prestigios de lo heroico y lo exótico que la literatura épica griega supo combinar tantas veces. En este sentido debe advertirse la intención poética de esta fabulación biográfica, en dependencia con una tradición historiográfica, pero en dependencia también con una tradición épica que se remonta, en cuanto a las motivaciones psicológicas de sus episodios, muy atrás, a un fondo mágico y mítico que aparece ya en la vieja *Odisea.*

Compuesta en el siglo III de nuestra era, a más de cinco siglos de distancia de la gesta que nos narra, la *Vida de Alejandro* incorpora materiales diversos y de autenticidad varia, y reelabora el conjunto de datos tradicionales con un significativo ímpetu novelesco. Su lejanía frente a la historiografía veraz y respetable no está motivada por esa distancia de más de quinientos años, sino por su carácter popular, por ese gusto por lo fabuloso y lo mítico, que la distingue, inequívocamente, de una biografía como la *Vida de Alejandro,* que compusiera Plutarco en el siglo anterior, utilizando algunas fuentes comunes, o de la latina de Quinto Curcio.

El asombroso éxito de esta *Novela de Alejandro* demuestra que su autor, a pesar de su escaso alcance intelectual, de su estilo mediocre y de sus numerosos errores históricos y geográficos —y en parte también gracias a esa vulgaridad e ignorancia—, supo acertar con los intereses de un amplio público de esta época final del mundo antiguo, y luego de la Edad Media, que prefirió su Alejandro fabuloso a la figura más histórica de otros autores. Los dos atractivos principales de esta narración fueron: la transfiguración de Alejandro en un personaje mítico, en un héroe casi mitológico (como el aventurero Ulises redivivo, sagaz y curioso; o como esos otros héroes a los que él invocaba, Heracles, viajero vencedor de monstruos, o Aquiles, de glorioso y trágico destino, su antepasado mítico), y la evocación de exóticos parajes, poblados por extrañas criaturas quiméricas. La ficción tenía más colorido que la realidad histórica. El rasgo más significativo de este Alejandro es su afán por transgredir los límites humanos: por llegar en sus exploraciones al confín del mundo, por ascender a los cielos, por sobrepasar las hazañas de los dioses, por alcanzar la inmortalidad. Es el rasgo típico del héroe griego, su desmesura magnífica y su trágico error. Una y otra vez un ángel o un demonio advertirá a Alejandro que no trate de franquear la barrera de lo humano. Como símbolo de ese anhelo por lo imposible, como prototipo heroico, la figura novelesca de Alejandro desborda sus propias hazañas históricas. Por eso, la inexactitud en los detalles históricos y geográficos se compensa con episodios fantasiosos en que el joven monarca actúa con la libertad temeraria de un protagonista novelesco. La novela era un género floreciente en la época en que se compuso este relato. Los siglos II y III d. C. marcan el momento de madurez de esta forma literaria, que fue, en la sucesión cronológica de géneros, la última inventada por la cultura griega. La *Vida de Alejandro* tiene en común con otras novelas griegas el afán por evocar escenarios lejanos y desmesurados. Contrasta con ellas por la estatura heroica de Alejandro frente a esos protagonistas bellos, pacientes y sentimentales de los fingidos relatos de amor y aventuras viajeras.

Pero conviene recordar la tesis —desarrollada con brillantez por Hegel y, luego, por Lukács— de que la novela es

una épica decadente, un epígono degenerado y prosaico de la epopeya antigua. Como eslabón intermedio entre la épica y la novela (la novela de tema histórico), esta *Vida de Alejandro* es un ejemplo incomparable para advertir ese proceso histórico y social de los diversos géneros literarios. (Y lo es en dos ámbitos históricos: en la Antigüedad Tardía, en su creación, y de nuevo en la Alta Edad Media, en su traducción y readaptación cortés en lenguas romances.)

J. Ludvikovsky, en un libro ya añejo sobre las novelas griegas, calificó a la *Novela de Alejandro* como «la épica del último día», de modo certero y sugestivo. Esta narración, con su ingenuidad y su torpeza estilística, se caracteriza como una de las últimas creaciones literarias de la tradición griega, tal vez la última con una vitalidad propia, en un momento crepuscular. Quedará como una preciosa herencia cultural para siglos oscuros, sobreviviendo, merced a ese irónico destino de los libros, a muchos otros relatos históricos de Alejandro, más exactos, más eruditos, más profundos y mejor escritos, por el prestigio de su aureola historiográfica y el atractivo de su novelería.

*Difusión y fama*

La difusión de la *Vida de Alejandro* fue asombrosa. Se tradujo al armenio, al georgiano, al persa, al sirio, al árabe, al turco, al etíope, al copto y al hebreo. (Las versiones siria y armenia se han conservado bien en su conjunto, y han sido de nuevo traducidas modernamente al inglés, siendo de gran interés por su fidelidad al texto original. Asimismo, también se ha traducido, y es muy interesante por su mayor distanciamiento, la etíope.) En su extensión por Oriente llegó a la India, Java y las Célebes. La representación de Alejandro que se refleja en los poetas persas Firdusi y Nizami, así como la de la mayoría de los cronistas bizantinos, dependen, en lo fundamental, de nuestro texto. En Bizancio se recompuso en verso. Las versiones en griego medieval y en griego moderno se leyeron como libros populares hasta tiempos muy recientes. (Todavía en el siglo XIX se encuentran estas ediciones populares, impresas en Venecia.) En 1529 se publicó la versión también versificada de Demetrios Zenos en griego moderno.

Aparecieron luego las traducciones al serbio, búlgaro, ruso y rumano.

En conjunto, se calcula que la influencia de esta *Vida de Alejandro* está reflejada en unos treinta idiomas, siendo así el texto más traducido, después de la Biblia, hasta los comienzos del Renacimiento.

Al latín se tradujo en dos ocasiones, con versiones notablemente distintas: la de Julio Valerio, muy próxima al original, en el siglo IV, y la del Arcipreste Leo, un clérigo napolitano del siglo X. Esta última versión, un tanto libre y acrecentada con algunos añadidos y digresiones, titulada *Historia de Proeliis,* fue reelaborada —a partir del siglo XII— en diversos idiomas europeos: francés, alemán, español, italiano, inglés, sueco, danés, checo, polaco y húngaro.

Las versiones medievales —versificadas y adaptadas a la moda del tiempo con una pátina cortés— en francés, alemán y castellano fueron de una enorme influencia literaria en el comienzo de sus respectivas literaturas en lengua vulgar. (Otra versión de la historia de Alejandro en hexámetros latinos y con un latín culto, la epopeya *Alexandreis* de Gautier de Chátillón (siglo XII), una de las obras maestras del humanismo medieval, que se basa esencialmente en Quinto Curcio, mezcló su influencia con la más novelesca del Pseudo Calístenes.)

El texto romanceado y germanizado de las versiones medievales ofrece una versión libre de las latinas, con algunos agregados novelescos de corte fantástico. Entre éstos, el más significativo y sorprendente es el *Viaje de Alejandro al Paraíso,* que encontramos ya en las versiones al alemán medieval y que parece remontarse a un texto latino: *Iter Alexandri Magni ad Paradisum,* de comienzos del siglo XII, compuesto probablemente por un judío sobre fuentes orientales. (En él se describe cómo Alejandro llega a las puertas del Paraíso y las encuentra cerradas. A través de una ventana del portal, un anciano le ofrece una preciosa piedra, cuyo peso es maravilloso: todo el oro del mundo enfrentado a ella en el otro platillo de una balanza no logra elevarla, pero si uno le echa un poco de tierra encima basta una ligera pluma para hacerla remontarse. Esta maravillosa piedra del Paraíso,

*lapis ex coelis,* influirá en la imagen del Grial, *Wunsch von Paradies,* en el famoso *Parzival* de Wolfram von Eschenbach, compuesto hacia 1210.) Como hemos dicho, este añadido resulta «significativo» en el sentido de que la tradición —con un decorado cristiano decidido— prolonga esa imagen heroica de Alejandro, como el audaz peregrino hacia lo imposible, en la búsqueda de algo más allá de lo humano.

La imagen que de Alejandro ofrece nuestra ingenua y exitosa biografía simplificaba, en su afán mitificador, la personalidad histórica de su modelo real, personalidad tan ambigua, que ni aun en los modernos historiadores, es fácil encontrar el consenso al tratar de explicárnosla. ¿Era un visionario intelectual, como sugieren Tarn, Kolbe y Robinson? ¿Un místico en busca de su apoteosis, como dice G. Radet? ¿Un hábil y decidido político, como quiere U. Wilcken? ¿Un genio militar afortunado y sin entendimiento real de su mundo, como opina A. R. Burn? ¿Un conquistador ególatra y sin escrúpulos, como cree F. Schachermeyr? ¿Un pragmático ambicioso que se transformó en un déspota oriental, como supone E. Badian? ¿Acaso lo era todo —y algo más— a la vez?

De cualquier forma, es indudable que la personalidad histórica de Alejandro es insondablemente más compleja que la de su imagen novelesca. Ésta transmitió a la posteridad un prototipo mítico del gran conquistador, del que diferentes épocas supieron destacar y extraer las valencias simbólicas que les interesaban más directamente. Era el joven e invencible Conquistador del Mundo, el fundador de ciudades y reinos, el aventurero que se lanzaba al misterio, ascendía a los cielos y exploraba el fondo del mar, por un mundo exótico, maravilloso y juliovernesco; el espejo ideal de monarcas justos y caballerescos, el inquieto y sagaz discípulo del sabio Aristóteles, el rechazador de los bárbaros apocalípticos, la personificación de la gloria terrestre, de la soberbia y de la vanidad, etc.

### *Composición y fuentes de la obra*

Desde la primera edición de la obra por Karl Müller en 1846, los filólogos clásicos se plantearon la cuestión del

origen, composición y cronología del texto atribuido al Pseudo Calístenes. Recordaremos muy sumariamente los nombres, todos ellos alemanes, de los principales estudiosos del tema. Julius Zacher, en su libro *Pseudo-Kallisthenes* (Halle, 1867), consideraba que la obra dependía de una saga popular sobre Alejandro y fechaba la redacción escrita de esa legendaria y secular composición hacia el 200 d. C. Erwin Rohde, al tratar de ella en su voluminoso estudio sobre las novelas griegas *(Der griechische Roman und sein Vorläufer,* 1876, 4.ª reed., Darmstadt, 1960), consideraba que el núcleo más antiguo de la misma eran las cartas largas de Alejandro a Aristóteles y a Olimpíade, cuya composición fechaba en época de los últimos Tolomeos, es decir, en el siglo II o I a. C. Th. Nöldeke, en sus *Beiträge zur Geschichte des Alexanderromans* (Viena, 1890), insistía en que el texto no era de elaboración popular, sino que, en lo esencial, dependía de fuentes literarias. A. Ausfeld, ya en su disertación crítica de 1894 y en otros estudios posteriores recogidos en su libro *Der griechische Alexanderroman* (Leipzig, 1907, edición póstuma a cargo de W. Kroll), pretendía demostrar que el núcleo original de la obra era una breve narración de corte biográfico que —sin los añadidos posteriores, como las varias cartas— habría de fecharse en la época de los últimos Tolomeos. Contra esta teoría de un texto originario, engrosado con adiciones marginales, emitió sus críticas W. Kroll desde 1901. Kroll asignaba la auténtica paternidad de la obra a un escritor del siglo III d. C., autor del conjunto en el que había utilizado materiales antiguos. Ésta es la tesis que mantiene en su artículo, en Pauly-Wissowa, *Realencyclopädie* (*RE,* 10, 2, 1707-1726), en 1919. Por entonces, uno de sus discípulos, W. Deimann, había rebatido los argumentos de Ausfeld en un libro publicado en 1914: *Abfassungszeit und Verfasser des griechischen Alexanderromans,* en el que además se subrayan las concomitancias de la obra con la literatura novelesca de los ss. II y III d. C. La edición crítica del texto, publicada por W. Kroll en Berlín, 1926 (reimpresa en Berlín, 1958), va precedida de un excelente y breve prólogo, donde se resumen claramente las principales noticias acerca de la historia del texto y su composición, según su teoría. De aquí podemos pasar al libro de R. Merkelbach, *Die Quellen des griechischen*

*Alexanderromans,* Munich, 1954. (Está anunciada una segunda edición como ya en prensa.) Este estudio de Merkelbach, admirable por su rigor filológico y por el estilo claro de su exposición, conserva hoy plena vigencia, por lo que de modo muy general vamos a resumir lo esencial de sus conclusiones. (De modo parecido a como lo hace Van Thiel en el prólogo de su reciente edición, 1974.)

El autor de nuestra *Historia* o *Novela de Alejandro,* al que Merkelbach califica como «un hombre indudablemente muy indocto e ignorante» (*o. c.,* pág. 56), compuso su obra en el siglo III d. C. Su época puede delimitarse por la citación de Favorino en I 13 (cita que se encuentra en la versión latina de Valerio y en la traducción armenia) y, por otro lado, por la traducción de Julio Valerio (entre 270 y 330; y más probablemente, entre 310 y 330). Es muy verosímil que, como ya señalaba Deimann (*o. c.,* pág. 48), el autor de la novela se sintiese incitado por el renacimiento del culto, un tanto romántico, a la figura de Alejandro en tiempos de los Severos. Reintroducido por Septimio Severo (193-211), este culto fue fervorosamente fomentado por Caracalla (211-217), que intentó sentirse un segundo Alejandro, imitándole en varios gestos, como el de acudir a Troya a rendir culto a Aquiles, etc. (cf. Herodiano, IV 8, 1-2; 9, 3-4), y alcanzó su auge en tiempos de Alejandro Severo (222-235), según refiere Elio Lampridio (*Alex. Severus,* caps. 5, 30, 31, 35).

La obra debió de circular desde un principio anónima o, en todo caso, su autor era tan desconocido que su nombre se olvidó pronto. La denominación de Pseudo Calístenes se debe a que algunos manuscritos (de la familia *B*) y algún erudito bizantino (Tzetzes) atribuyeron la obra al joven sobrino de Aristóteles que acompañó a Alejandro como historiador de sus campañas. (Otros manuscritos asignan tal paternidad al propio Aristóteles o a Onesícrito.) Nuestro escritor logró componer su texto a base de reunir sobre el esquema de la biografía, aderezada con varios episodios nuevos y numerosos disparates históricos de su propia cosecha, algunos textos literarios previos. Entre éstos conviene distinguir las dos fuentes capitales de su obra, que son: 1) un relato histórico helenístico, probablemente una biografía de Alejandro, y 2) una colección

de cartas en forma de novela epistolar. Además ha utilizado, insertándolos como episodios dentro del esquema general, otros relatos independientes de menor extensión, como eran, verosímilmente: 3) las cartas (a Aristóteles y a Olimpíade) sobre las maravillas y aventuras del viaje a la India (en II, 23 y sigs., III, 17, 27, 28); 4) las leyendas sobre Nectanebo y Candace; 5) el coloquio con los gimnosofistas, y 6) un escrito histórico sobre los últimos días de Alejandro, su testamento y muerte.

1) *El relato histórico* que utiliza el Pseudo Calístenes le provee de los datos principales de la historia de Alejandro: de sus marchas, de sus victorias y de sus fundaciones, datos que la versión final del Pseudo Calístenes a menudo confunde y cita erróneamente, con su crasa ignorancia de la geografía real.

Por otra parte, es evidente que el historiador utilizado, de época helenística, era un buen ejemplo de las tendencias retóricas de la historiografía de la época, más atenta a los efectismos dramáticos y al patetismo que a la austera narración de hechos. Más que la verdad les interesaba a tales historiadores emocionar a su público con la descripción teatral de ciertos momentos, como si pretendiera la historiografía novelesca suplantar a la tragedia. Así, p. ej., en escenas patéticas como la destrucción de Tebas y el encuentro con Darío moribundo; o en pasajes como la carrera en Olimpia, la discusión de los oradores atenienses en II 2-5, y el festín para celebrar el matrimonio de Filipo y Cleopatra, pueden verse las huellas de ese gusto por el efectismo, con episodios inventados o embellecidos para insistir en tópicos como el poder de la *Tyche* y la *fortuna* del héroe. Incluso es probable que se remonte a él una invención como el viaje de Alejandro a Roma y Cartago, con el fin de subrayar la grandeza de su héroe, al que se someten los futuros conquistadores del Oriente. Es muy difícil precisar la época de este historiador alejandrino. Merkelbach sigue a Tarn al inclinarse por el siglo I a. C.

2) *La colección de cartas* que hallamos insertadas en el relato, en ocasiones de modo superfluo, pertenecía a una colección previa, una especie de novela epistolar sobre Alejandro, en la que la historia de sus campañas venía referida por medio de cartas de los principales personajes de la misma.

Este género de la novela epistolar tuvo su origen en las escuelas de retórica, donde la confección de tales cartas, atribuidas a famosos personajes históricos, constituía un ejercicio predilecto. En ellas se intentaba reflejar la prosopopeya de los supuestos autores en una determinada circunstancia vital. Como ejemplos de este tipo de literatura, que floreció especialmente entre la época de Cicerón y la de Adriano, conservamos novelas epistolares sobre Temístocles y sobre Quión, los intercambios de cartas entre los Siete Sabios y las *Cartas de heteras,* en las que el retórico Alcifrón intenta pintar la vida ateniense de tiempos de Menandro. La antigüedad de la novela epistolar sobre Alejandro está confirmada por el descubrimiento de dos papiros que contienen varias de estas fingidas muestras de la correspondencia entre Alejandro y Darío. Son el *Papiro de la Sociedad Italiana 1285,* conservado en Florencia, y el *Papiro de Hamburgo 129.* El *Pap. Soc. It. 1285* (ed. por Dino Pieraccioni en 1951) es del siglo II d. C.; el *Pap. Hamburgo 129* es del siglo I a. C. Las seis cartas que figuran en él no presentan la secuencia normal del relato; son más bien, como indica Merkelbach, una antología de la colección novelada, que le era por tanto anterior, aunque quizás no mucho.

Pseudo Calístenes, tan despreocupado respecto al texto del relato histórico, demuestra un gran respeto por las cartas, que probablemente consideraba como documentos auténticos. Esa es la razón para que las integre en su texto, a veces con notable desacierto, y a veces con torpe desorden. R. Merkelbach ha reconstruido la secuencia lógica de la colección (*o. c.,* páginas 193 y sigs.)

La colección de cartas es una muestra del gusto por la ficción declamatoria de las escuelas de retórica. Pero este género era a la vez lectura de diversión, en que se reflejaban cierto interés por la caracterización psicológica y un cierto sentido del humor. En nuestro caso, contrasta la pompa y altanería con que se expresa el rey persa, con todas sus fórmulas y títulos, y la sencillez y naturalidad de Alejandro. El carácter de Darío se esboza progresivamente a través de diversos momentos, mientras su fortuna declina ante el acoso de Alejandro (a quien primero trata de bandido y de niño

alocado, enviándole dados para jugar y un látigo para su educación, y más tarde como a su igual). Un estilo peculiar presenta la carta de Alejandro a los persas (II, 21), que es una especie de proclama real, con notables semejanzas con las proclamas de los soberanos egipcios.

3) Es dudoso si *las cartas sobre las maravillas y aventuras en la India* se agregaron a la colección ya antes de la novela del Pseudo Calístenes. El encuentro de Alejandro con el mundo de los monstruos, su viaje al fin del mundo, al País de los Bienaventurados, sus excursiones a los cielos y al fondo del mar, pertenecen a otro tipo de literatura. Ese fondo teratológico y fabuloso que aparece ya en las antiguas historias jónicas y en las descripciones de países lejanos, como las atribuidas a Ctesias, o más tarde en el utópico Yambulo, revive en estas cartas. Es un tipo de relatos como el parodiado por Luciano en su *Verdadera Historia*, y cuyos ecos encontramos muy lejos, p. ej. en episodios de los viajes de Sindbad el Marino de *Las mil y una noches.* Las fieras exóticas, y los árboles parlantes del Sol y la Luna, la Fuente de la Vida, y la isla sumergible, y el País de la Noche Eterna, pertenecen a un *folktale* muy infrahistórico; pero sobre él se ha reflejado la saga viviente de Alejandro, una saga que suscitó su audaz expedición (por ejemplo, la realización de hazañas tan tremendas como atravesar el desierto de Gedrosia) y su arrolladora personalidad.

Un eco de narraciones orales, progresivamente fabulosas, se ha incorporado en estos relatos fantásticos. La forma tradicional del relato fantástico es la narración en primera persona. El protagonista narra sus propias increíbles aventuras y suscita en su público esa asombrosa vacilación característica, según Todorov, de la literatura fantástica. Por eso —como Sinuhé, Ulises, Luciano, Sindbad, Cyrano o el barón de Münchhausen—, el protagonista, Alejandro, es quien nos cuenta, en carta, sus experiencias en los límites de lo increíble. Estas cartas fabulosas —a Olimpíade y a Aristóteles (II 23-24, y III 17, con su mejor versión conservada en la traducción latina *Epistola ad Aristotelem)*— tuvieron un gran éxito y son uno de los mayores atractivos de nuestro texto.

Un eslabón intermedio entre ambos tipos de cartas lo forman las cartas entre Alejandro y los gimnosofistas (III 5), entre Alejandro y Candace (III 18), y las intercambiadas con las amazonas (III 25-26), que probablemente pertenecían a la colección escolar.

En todas ellas se refleja, sin embargo, esa misma curiosidad insaciable de Alejandro, su ansia de recorrer lo desconocido y de arriesgarse a explorar lo insólito. Pseudo Calístenes incurre en pintorescos errores histórico-geográficos al ubicar a la fabulosa reina Candace en una prestigiosa y extraña Etiopía y al suscitar la presencia de las amazonas de mitológico abolengo; pero lo hace con su desenvoltura y rapidez habitual, en gracia a la mayor gloria de nuestro héroe.

4) No podemos precisar si nuestro novelista contaba con un previo relato del episodio entre Candace y Alejandro y hasta qué punto es una invención suya. Pero la *historia de Nectanebo* procede claramente de una vieja leyenda popular egipcia, convertida en una breve novela de tipo milesio. El motivo central de la leyenda: el rey exiliado que se disfraza de dios para acceder al lecho de la princesa amada y engendrar en ella al futuro héroe, se encuentra muy extendido en la literatura universal (lo estudió O. Weinreich en su libro *Der Trug des Nektanebos,* Leipzig, 1911). El curioso personaje de Nectanebo era el protagonista de una popular leyenda egipcia, que los griegos tradujeron como una breve novela ya en el siglo II a. C. Todo el colorido pintoresco del episodio: el aspecto de mago y astrólogo, etc., está bien conseguido en conjunto. Algún rasgo, como p. ej. el de su muerte al caer en un pozo por mirar al cielo, procede de una conocida anécdota griega aderezada con una pincelada fatalista menos corriente. La leyenda del origen egipcio de Alejandro debió de ser, sin duda, bien acogida por el público alejandrino al que, en primer lugar, se dirigía la historia. El origen bastardo de Alejandro, como el de tantos héroes míticos, podía servir a varias explicaciones. Así se fundamentaba el derecho de Alejandro al trono egipcio, no como un conquistador extranjero, sino como pretendiente legítimo al ser hijo del último faraón. A la vez su relación con el dios Amón quedaba explicada, a la manera evemerística. Las difíciles relaciones con su padre «adoptivo»

Filipo se hacían más verosímiles, sin desprestigiar a Olimpíade, que —en contra de los testimonios de varios historiadores— está vista con luz favorable en nuestra novela. (Es curioso que, como en las novelas griegas, las reinas y princesas estén tratadas con halagadora cortesía; aunque haya poco lugar en nuestra historia para el amor.)

5) *El coloquio de Alejandro con los gimnosofistas* es un texto breve de un tipo de literatura sapiencial. Sobre un conocido tópico, el del enfrentamiento entre el poder del rey y la agudeza y la ascética del sabio (recordemos el encuentro de Alejandro con Diógenes el Cínico), se añade una tonalidad oriental en la pintura de estos brahmanes naturistas. Las respuestas de los gimnosofistas difieren algo según los diferentes manuscritos y traducciones, pero el corte general de la escena es el mismo. En el siglo III, en parte debido a influencias cínicas y neopitagóricas, ese tipo de santones gozaba de gran popularidad, y el Pseudo Calístenes ha recogido la escena de alguna obra literaria popular. (Véase nuestra nota *ad. loc.*)

6) Por último, en contraste con las otras inserciones, la narración sobre los *últimos días de Alejandro* ofrece datos históricos concretos como un documento antiguo, próximo a la época inmediata a la muerte de Alejandro. Según Merkelbach, que ha hecho un excelente análisis de este texto (*o. c.,* páginas 54 y sigs., y 121-151), procede de un panfleto partidista de la época del enfrentamiento por la sucesión de Alejandro entre Antípatro y Perdicas, es decir, de los años 322-21 a. C. (Para su consideración detallada remitimos al libro de Merkelbach.) Un breve fragmento de este escrito independiente ha aparecido en un papiro del siglo I a. C. (*Pap. Vindob. 31954,* identificado por M. Segre en 1933). La redacción más completa del mismo está en traducción latina en el llamado *Epitome Metzer* (Códice del siglo X).

El autor de la *Novela de Alejandro,* un anónimo escritor alejandrino (a juzgar por su conocimiento de la topografía y las tradiciones de esa zona de Egipto), a quien apodamos Pseudo Calístenes, elaboró en el siglo III, con todos esos materiales literarios, algunas narraciones populares y cierta fantasía, su pintoresco y variopinto relato. Era un escritor un

tanto ignorante y se embarulló con el itinerario geográfico y los datos históricos. Seguramente no le preocupaba demasiado la exactitud respecto a los datos concretos, y se agenció lo mejor que supo para ensamblar el relato histórico con la novela epistolar, con los episodios fabulosos, y para colocar al comienzo la leyenda popular egipcia del nacimiento de Alejandro (que ningún historiador citaba) y concluir con el relato dramático del envenenamiento y el testamento de Alejandro. Nos ha dejado una muestra de su inventiva un tanto ingenua en escenas como la visita de Alejandro, disfrazado de mensajero, a la corte de Darío, con novelesca fuga (II 15-20), en el duelo cuerpo a cuerpo entre Alejandro y Poro (III 4) y el encuentro con Candace en la corte etíope (III 19-24). Intentó subrayar la audacia y la astucia de Alejandro en estos episodios tan personales e inverosímiles. Pero más que en eso, creemos que se esforzó en transmitir esa imagen de Alejandro que se desliza de la historia a la mitología.

«Otros rasgos elevan a Alejandro por encima de las medidas humanas. Ya su exterior revela un influjo demónico-mágico: su apariencia leonina, sus dientes aguzados y los ojos de distinto color, y por otra parte el desacuerdo entre su pequeña estatura y sus cualidades interiores (II 15; III 4). La magia opera en su concepción y su nacimiento; la magia y la astrología lo destinan a ser dueño del universo; su nacimiento y muerte conmueven, con acompañamiento de signos maravillosos, el orbe. Su vida entera está acompañada por oráculos y apariciones de dioses y héroes. Avanza por el Oriente más allá que los dioses Dioniso y Heracles; él es también hijo de un dios (I 30) y será inmortal como fundador y patronímico de la “muy amada” Alejandría (III 24; I 33)» (H. van Thiel, páginas XXXI-XXXII).

Una antigua y conocida anécdota refiere cómo Alejandro deseaba encontrar a un literato que magnificara el recuerdo de sus hazañas, tal como hizo Homero con las de Aquiles. Al cabo de seis siglos vino a encontrar su más exitoso biógrafo en este mediocre autor alejandrino, que compuso, con escasa exactitud histórica y desmañado estilo, la *Vida y Hazañas de Alejandro*. ¡Qué espléndida ironía!

Y sin embargo, tal vez este tardío prosista acertó al descubrir en Alejandro el paradigma de un héroe mítico, como ya lo había sido en vida para sus propios soldados. Como señala Merkelbach (*o. c.,* página 60): «A la imagen auténtica del Alejandro histórico pertenece también este elemento mítico, y en este sentido las tradicioneş fabulosas de la novela de Alejandro contienen, desde luego, una verdad más profunda que las representaciones pragmáticas de los historiadores.»

Junto a los numerosos estudios modernos sobre la biografía y la proyección histórica de Alejandro, existen algunas novelas históricas, como p. ej., la de M. Druon *Alexandre le Grand,* o la de M. Renault *Fire from Heaven* (cuya segunda parte, *El muchacho persa,* se tradujo y publicó, como un *best-seller,* en Barcelona, 1976), que tratan de evocar la figura del gran conquistador. El prestigio fascinante de ésta reside en el constante halo mítico, en ese aura misteriosa que el Pseudo Calístenes quiso recoger, a pesar de sus escasas luces. En esta línea merece un primer lugar entre los escritores novelescos. El prestigio mítico de Alejandro subsiste en la reciente evocación fantasmagórica que traza Malraux en el capítulo 2 de *La corde et la souris* (1976), en unas magníficas líneas en las que se interpreta a Alejandro como el héroe cuyo único antagonista digno fue la Muerte, cuyo único fracaso fue el de no llegar a ser un dios.

*La transmisión del texto*

La transmisión del texto de la *Vida de Alejandro* presenta un carácter peculiar. La obra, entendida como literatura de diversión, de estilo poco elevado y autor anónimo, sufrió en su texto correcciones, interpolaciones y abreviaciones sin tasa. Es —junto a la *Vita Aesopi* estudiada por B. E. Perry— el mejor ejemplo de la transmisión de un texto considerado popular, cuyo destino era muy diferente al de los textos considerados clásicos. Aquí los copistas no sentían obligación ni veneración por la literalidad a un original canónico, sino que modificaban a su gusto el texto para mejorar su sentido o añadían glosas que acababan insertándose en él. Ya C. Müller lo anotaba en el prólogo a su edición: *«Nihil impediebat, quominus nostrorum codices exaratores coniungerent scribae munera et auctoris» (o. c., praef,* IX a). Y como dice Merkelbach (*o. c.,* pág. 171):

«Cada escriba acortaba u omitía lo que le parecía aburrido y añadía lo que le gustaba.»

A esa libertad de los copistas hay que añadir la de los traductores, en una época en que la fidelidad no era el mérito más buscado en una versión, para captar la imposibilidad de reconstruir el texto original.

Los testimonios más próximos a él son los siguientes:

La *recensión* griega *A,* la traducción armenia, las latinas de Valerio y Leo, y la siria.

El manuscrito fundamental de la versión *A,* utilizado por Müller y por Kroll para la base de sus ediciones, está escrito en el siglo XI, y está catalogado como el *Parisinus graecus 1711.* Presenta algunos pasajes corruptos, y en el libro III (7-16) se encuentra intercalado un opúsculo de Paladio sobre los brahmanes. Es interesante el hecho de que conserva algunos versos coliámbicos, sin duda procedentes del texto original. (Rasgo interesante para mostrar el carácter popular del original, ya que esa mezcla de verso y prosa, o *prosimetrum,* es típico de cierta literatura novelesca.)

La traducción armenia se remonta al siglo V y está hecha sobre un excelente original griego, emparentado con *A.*

La versión latina de Julio Valerio Polemio, que fue cónsul en el 338, está hecha con un estilo retórico, a la manera arcaizante de Apuleyo, y es más interesante para averiguar el sentido, que no la letra, de su original. En la Edad Media se difundió más un epítome de la misma versión que el texto completo.

Por el contrario, la versión del arcipreste Leo de Nápoles, compuesta en el siglo X en latín medieval, es bastante literal, aunque su texto presenta numerosas lagunas y corrupciones. La *Historia de proeliis,* de la que parten la mayoría de las versiones medievales sobre la *Novela de Alejandro,* es una reelaboración de este texto.

El texto de la redacción siria está muy próximo al utilizado por Leo, aunque el autor sirio ha utilizado para su versión una previa traducción al persa.

La *recensión B* nos es conocida por manuscritos más recientes que los anteriores. Su redactor, que ha partido de un testimonio antiguo mejor que el de *A,* ha redactado su copia con notable libertad, y nos ha procurado un texto muy claro en general, prescindiendo de algunos pasajes de su original, bien porque estuvieran corruptos o porque no le interesaban. Así, p. ej., ha prosificado todos los versos coliambos del mismo (atestiguados, en parte, en *A).* Ha abreviado, evitando una larga serie de detalles concretos y nombres propios, el relato de la fundación de Alejandría y ha suprimido toda la campaña de Alejandro en Grecia (I 45-II 6). Además ha deslavazado el colorido mitológico de algunas escenas (p. ej., en la curiosísima del parto de Alejandro, donde acentúa el aspecto dramático). Probablemente fue redactada en Bizancio, en el siglo V, a lo más tardar, ya que la ha utilizado el traductor armenio.

A su vez esta *recensión B* se nos presenta con breves añadidos o modificaciones en otras *subrecensiones,* como la designada como *subrecensión E* (que añade, en II 24, la visita de Alejandro a Jerusalén), la *subrecensión λ* (que presenta otros añadidos en el libro III) y la *subrecensión γ*, que combina el texto de *B* y *E.*

El manuscrito *L (Leidensis Vulcanianus 93)* procede del siglo XV. Entre sus añadidos al texto de *B,* el fundamental es el final de la carta sobre las maravillosas aventuras (en II 38-41), la referencia (en I 46) a la conquista de Tebas, y la carta de consolación a Olimpíade. (Una descripción más detallada de las cacaracterísticas de *L* y de las demás *recensiones* puede verse en el prólogo de H. van Thiel a su edición.)

*El texto de nuestra versión*

Nuestra traducción está hecha sobre la versión del manuscrito *L* (es decir, la *recensión B,* con breves añadidos), editada por H. van Thiel. Al intentar presentar la *Vida de Alejandro* en un idioma moderno caben tres posibilidades: *A)* Intentar reconstruir, a base de los testimonios más antiguos (la *recensión A,* la traducción latina de Valerio y el texto de la versión armenia), un texto lo más próximo posible al original, como hizo Ausfeld (*o. c.,* págs. 29-122), en una paráfrasis un

tanto arriesgada. (La tentativa de reconstruir el texto griego total sería quimérica.) *B)* Optar por la *recensión A,* sin ninguna duda la más antigua, y partir del texto editado por W. Kroll, donde el editor ha procurado corregir y suplir muchas de las deficiencias del original con la ayuda de los otros manuscritos y versiones (como hizo E. H. Haight en su trad. inglesa, Nueva York, 1955), o bien *C*) preferir la versión mejor conservada y más interesante, aunque no sea la más antigua. Es decir, optar por la *recensión B* (de la que tenemos dos excelentes ediciones: la de L. Bergson, Upsala, 1965, y la de H. van Thiel, Darmstadt, 1974).

Me parecen muy convenientes las razones que da Van Thiel en favor de esta solución. En la tradición de un texto como el nuestro, difícilmente puede sostenerse que la antigüedad de una versión sea una garantía de su calidad, ya que cada escriba ha preferido una cierta interpretación del mismo. En la comparación de las varias *recensiones,* resulta a favor de este redactor de la *recensión B* la claridad de muchos pasajes y la mejor conservación de su texto. (Por otra parte, hay que advertir que algunas de sus correcciones pretenden «modernizar» el texto. Así, p. ej., ha disminuido las citas mitológicas del original, en parte como renuncia a una erudición algo superflua, y en parte para adaptarlo mejor a la concepción cristiana de su época, a la que podía convenir mejor el papel constante que desempeña «la Providencia de lo Alto», un tanto abstracta, que no la mención más concreta de algunos viejos dioses paganos.) Hemos optado, pues, por esta solución.

Por otra parte, hemos querido en nuestra traducción suplir algunas de sus omisiones, recordando en las notas las discrepancias con *A* que nos han parecido más interesantes. De estas omisiones, la más notoria es la de toda la campaña griega de Alejandro (es decir, el salto desde I 45 a II 6). Sólo en este caso reintroducimos en nuestra traducción el texto de *A*. Esta larga omisión, a primera vista sorprendente, tiene tal vez su explicación en el poco interés que para el copista y su público tenía el destino de las antiguas ciudades de Grecia. (El redactor de *B* evitaba así unos párrafos que requerían cierta erudición arqueológica. Por otro lado, esa erudición se

acompañaba de ciertos errores, como la anacrónica existencia de Platea, la discusión entre los oradores atenienses, con Demóstenes en el partido promacedonio, o la consideración de Esparta como un pueblo de marinos (!).)

Evidentemente, al redactor bizantino le interesaban más los capítulos novelescos de la trama que las referencias a la historia helénica. Pero estos capítulos, que él se ha saltado, resultan importantes, imprescindibles, para advertir la complejidad de la obra que presentamos y, por eso, los hemos reincorporado en nuestra traducción, aunque advirtiendo su procedencia de *A.* Pensamos, pues, que su ausencia en *B* no es involuntaria, sino significativa. (Algunos estudiosos han pensado, por el contrario, que estos capítulos podían ser un añadido ajeno al original. Para la discusión del tema remitimos al libro de Merkelbach.)

Hemos añadido, finalmente, como apéndice, la traducción de la *Epistola Alexandri Macedonis ad Aristotelem magistrum suum de itinere suo et situ Indiae,* cuyo texto es el editado por Van Thiel en su *Appendix I (o. c.,* págs. 198-232, con algunas notas del comentario en págs. 233-240). Esta epístola latina es la versión más completa de ciertos episodios que la novela griega conserva en forma más abreviada (en III 17). En nuestra *recensión B* el relato no se presenta en forma de carta; sin embargo, ésta es su forma más antigua, y el paso de la narración en primera persona a la narración impersonal supone una desviación de la forma canónica de esos relatos fantásticos. La epístola latina se conserva en numerosos manuscritos (113, según la lista más reciente, de D. J. A. Ross, *Scriptorium* 10 [1956], 127 y sigs.), de los cuales los más antiguos son del siglo IX. A riesgo de aburrir al lector con ciertas repeticiones, hemos pensado que valía la pena presentar aquí esta redacción más completa, retóricamente más elaborada, de la archiconocida carta sobre las maravillas de la India, texto que, si bien tuvo una existencia independiente, aporta y recibe del conjunto de la novela un sentido más claro.

Creemos que nuestra traducción al castellano de esta *Vida de Alejandro* es la primera que se hace en nuestra lengua directamente del original griego. (De las traducciones a otros idiomas tan sólo hemos consultado la alemana de Van Thiel,

que nos parece excelente.) En general se trata de un texto hoy poco conocido, y muy poco leído, en contraste con su divulgación en otras épocas y con su influencia histórica en tantas literaturas. Esperamos que esta versión directa contribuya a recordar los méritos de esta obra novelesca, como pionera en la literatura fantástica y como muestra de la literatura popular de finales del mundo antiguo.

Madrid, octubre de 1975.

# NOTA BIBLIOGRÁFICA

I. *Ediciones y traducciones:*

TEXTO GRIEGO: *Recensión A: Historia Alexandri Magni,* ed. W. KROLL, Berlín, 1926. (Reed. 1958.) Traducción inglesa de E. H. HAIGHT, en *The Life of Alexander of Macedon by Pseudo-Callisthenes,* Nueva York, 1955.

*Recensión B: Der griechische Alexanderroman. Rezension* β, ed. L. BERGSON, Upsala, 1965.

*Recensión B, Manuscrito L:* Edición con traducción alemana, introducción y notas de H. VAN THIEL, *Leben und Taten Alexanders von Makedonien,* Darmstadt, 1974.

*Recensión γ*: Edición por separado de los libros I, II y III, por U. VON LAUENSTEIN, H. ENGELMAN y F. PARTHE, en *Der griechische Alexanderroman. Rezension γ*, Meisenheim, 1962, 1963, 1969.

TEXTO ARMENIO: Traducido de nuevo al griego por R. RAABE, *Historía Alexandrou,* Leipzig, 1894.

Traducido al inglés por A. M. WOLOHOJIAN, *The Romance of Alexander the Great by Pseudo Callisthenes,* Nueva York-Londres, 1969.

TEXTO LATINO DE VALERIO, en *Iulius Valerius Polemius,* ed. por B. KÜBLER, Leipzig, 1888. En su versión abreviada, editado por J. ZACHER, *Iulii Valerii Epitome,* Halle, 1867.

TEXTO LATINO DE LEO: *Der Alexanderroman des Archipresbyters Leo,* Heidelberg, 1913, editado por F. PFISTER. Con variantes por D. J. A. ROSS, en «A New Manuscript of Archiprest Leo of Naples», en *Classica et Medievalia* 20 (1959), 98-158.

La *Historia de Proeliis* está editada por H.-J. BERGMEISTER, Meisenheim, 1975, y por K. STEFFENS (Rec. J), id., 1975.

TEXTO SIRIO: Traducción inglesa de W. BUDGE, *The History of Alexander the Great,* Cambridge, 1889.

Traducción alemana de V. RYSSEL, en *Archiv f. d. Studium der neueren Sprachen* 90 (1893), 83 y sigs.

TEXTO ÁRABE: Edición con traducción castellana e interesante introducción de E. GARCÍA GÓMEZ, *Un texto árabe occidental de la leyenda de Alejandro,* Madrid, 1929. (Versión de un texto indirecto y muy fragmentario, reelaborado al uso islámico.)

Para la versión etíope, cf. A. WALLIS BUDGE, *The Alexander Book in Ethiopia,* Oxford, 1933.

TEXTO BIZANTINO versificado: *Das byzantinische Alexandergedicht,* ed. S. REICHMANN, Meisenheim, 1963.

(Para otros textos, cf. la bibliografía de H. VAN THIEL, en su obra ya citada. El de la *Carta a Aristóteles* puede verse ahora en M. FELDBUSCH, *Der Brief Alexanders an Aristoteles über die Wunder Indiens,* Meisenheim, 1976.)

II. *Estudios sobre Alejandro en la historia y la leyenda:*

A. AUSFELD, *Der griechische Alexanderroman,* Leipzig, 1907.

M. BRÖCKER, *Aristoteles als Alexanders Lehrer in der Legende,* Bonn, 1966. (Disertación académica.)

W. DEIMANN, *Abfassungszeit und Verfasser des griech. Alexanderromans,* Münster, 1914.

P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria,* Oxford, 1972 (3 vols.).

G. T. GRIFFITH (ed.), *Alexander the Great. The main Problems,* Cambridge, 1966.

J. R. HAMILTON, *Alexander the Great,* Londres, 1973.

W. KROLL, «Kallisthenes», PAULY-WISSOWA, *RE,* 10, 2, 1919, cols. 1707-1726.

R. MERKELBACH, *Die Quellen des griechischen Alexanderromans,* Munich, 1954. (Contiene una edición reordenada de las cartas de la novela en págs. 195-219.)

L. PEARSON, *The Lost Histories of Alexander the Great,* Nueva York-Londres, 1960.

F. PFISTER, *Kleine Schriften zum Alexanderroman.* (Recopilación de artículos, ed. por R. MERKEIBACH, en prensa.)

D. J. A. ROSS, *Alexander Historiatus,* Warburg Inst. Surveys 1, 1963.

J. SEIBERT, *Alexander der Grosse,* Darmstadt, 1972. (Crítica de la bibliografía sobre el Alejandro histórico.)

O. WEINREICH, *Der Trug des Nektanebos,* Leipzig, 1911.

K. WYSS, *Untersuchungen zur Sprache des Alexanderromans von Pseudo-Kallisthenes,* Berna, 1942. (Tesis doctoral.)

El vol. colectivo de la Fond. Hardt, *Alexandre le Grand. Image et realité* (Entretiens sur l'Ant. Class. XXII), Vandoeuvre-Ginebra, 1976, ofrece la más reciente perspectiva crítica sobre el Alejandro histórico.

III. *Sobre la influencia del texto en la literatura medieval:*

G. CARY, *The Medieval Alexander,* Cambridge, 1956.

C. GARCÍA GUAL, *Primeras novelas europeas,* Madrid, 1974, páginas 108 y sigs.

M. R. LIDA, «La leyenda de Alejandro en la literatura medieval» (1962), recogido en su libro *La tradición clásica en España,* Barcelona, 1975, págs. 165-197.

D. J. A. ROSS, *Illustrated Medieval Alexanders-Books in Germany and Netherlands,* Cambridge, 1971.

G. VELOUDIS, *Der neugriechische Alexander,* Munich, 1968.

IV. Sobre su influencia en la literatura castellana puede verse el libro de J. MICHAEL, *The Treatment of Classical Material in the Libro de Alexandre,* Manchester, 1970. (Con la bibliografía allí citada, especialmente los trabajos de E. ALARCOS LLORACH y R. S. WILLIS, el editor del texto castellano.)

V. Para la relación de la *Vida de Alejandro* con las novelas griegas, remitimos al libro de C. GARCÍA GUAL *Los orígenes de la novela,* Madrid, 1972. Para contrastar los datos del Ps. Calístenes con la biografía de Plutarco, puede consultarse el de J. R. HAMILTON, *Plutarch, Alexander: A Commentary,* Oxford,

1968; y la reciente edición de *Plutarque, Vies,* t. IX, por R. FLACELIÈRE E. CHAMBRY, en «Les Belles Lettres», París, 1975.

# LIBRO I

1. El más extraordinario y más valeroso de los hombres fue, al parecer, Alejandro, rey de los macedonios, que realizó todas sus obras de manera singular y halló siempre la colaboración de la Providencia con sus virtudes. Pues en guerrear y batallar contra cada uno de los pueblos gastó menos tiempo del que necesitarían quienes quisieran describir con exactitud las ciudades de aquellos países. Las hazañas de Alejandro, sus excelencias de cuerpo y de alma, el éxito de sus empresas y su valor ahora contaremos, comenzando por su linaje y por decir quién fue su padre. Que se engañan los muchos que afirman que fue hijo del rey Filipo; pues eso no es verdad. No era hijo de aquél sino de Nectanebo, como dicen los más sabios de los egipcios, quien lo engendró después de haber perdido su dignidad regia[1].

Este Nectanebo era un experto en el arte mágica, y, valiéndose de ese poder para someter a todos los pueblos por la magia, vivía en paz. Ya que si en alguna ocasión se lanzaba contra él cualquier potencia en son de guerra, no se apresuraba a equipar sus ejércitos, ni a montar sus ingenios bélicos, ni a disponer el armamento, ni a ejercitar a sus oficiales contra las formaciones enemigas, sino que tomaba un lebrillo y practicaba la lecanomancía[2]. Echaba en el lebrillo agua de una fuente y con sus propias manos modelaba con cera barquitos y figurillas humanas y los ponía en el barreño. Él se revestía con una túnica de profeta y conservaba en la mano su báculo de ébano. Y puesto de pie invocaba a los supuestos[3] dioses de los encantamientos, a los espíritus del aire y a las divinidades subterráneas, y a efectos de su conjuro cobraban vida las estatuillas humanas. De modo que entonces sumergía los barquitos en el lebrillo y, al momento de sumergirse éstos, los barcos de los enemigos que le atacaban por mar eran destruidos, gracias a lo muy hábil que era aquel hombre en los poderes mágicos. Así transcurría en paz su reinado.

2. Pero, al pasar cierto tiempo, algunos de los llamados «exploradores»[4] en la denominación de los romanos, y «espías» según los griegos, acudieron a presencia de Nectanebo anunciándole que gran nube de enemigos, una

hueste innumerable de guerreros iba a atacar Egipto. Cuando se presentó ante Nectanebo el jefe de su ejército, le dijo:

—¡Salve, rey! ¡Deja ahora a un lado todos tus hábitos pacíficos y disponte a tomar los preparativos de guerra! Porque una gran nube de bárbaros cae sobre nosotros. Pues no nos ataca un único pueblo, sino millares de tropas; que los que nos atacan son los indios, nocimeos, oxidorces, iberos, caucones, lélapes, bósporos, bástranos, azanos, cálibes[5] y todas las demás grandes tribus que se extienden al Oriente. ¡Huestes de guerreros incontables avanzan sobre Egipto! ¡Prescinde de lo demás y preocúpate sólo de ti mismo!

Cuando el jefe del ejército le hubo dicho esto, el rey Nectanebo rióse ampliamente y le contestó:

—Tú dices bien y atiendes de modo adecuado a esa vigilancia a la que fuiste destinado y desempeñas; pero has hablado cobardemente y de manera indigna de un soldado. Porque no depende el poder de la muchedumbre, sino que en la guerra decide el ánimo valeroso. Así un solo león destroza muchos ciervos y un solo lobo despelleja numerosos rebaños de corderos. De modo que tú ponte en camino con las tropas que están bajo tu mando y guarda la posición encomendada. Que con una sola palabra sepultaré en el mar la muchedumbre incontable de los bárbaros.

Y con estas órdenes despidió Nectanebo al general.

3. Levantóse él, penetró en su palacio y, cuando estuvo solo, utilizando de nuevo la misma técnica, examinó la situación en el lebrillo. Allí ve que los dioses de Egipto dirigen el timón de los barcos de los hostiles bárbaros y que sus ejércitos marchan guiados por los mismos dioses. Nectanebo, que era hombre muy experto en la magia y acostumbrado a conversar con sus dioses, enteróse por ellos de que se aproximaban los momentos últimos del reino de Egipto; y, embolsándose encima una gran cantidad de oro, afeitándose la cabeza y la barba y disfrazándose con otra vestimenta, huyó desde el puerto de Pelusio[6]. Zarpó de allí para arribar a Pela de Macedonia. Allí se estableció, dedicándose en aquel lugar a la astrología como profeta egipcio.

Entretanto, los egipcios interrogaban a sus supuestos dioses qué le había sucedido al rey de Egipto. Andaba entonces todo Egipto devastado por los bárbaros.

El que llamaban su dios en el santuario del Serapeo les dio el oráculo con estas palabras:

—Ese rey que ha huido regresará de nuevo a Egipto no más viejo, sino rejuvenecido, y someterá a nuestros enemigos los persas[7].

Entonces se preguntaban entre sí qué significado tenía la respuesta que les había dado, y, como no lo encontraran, escriben el oráculo emitido en la base de la estatua de Nectanebo.

4. Tras su llegada a Macedonia, Nectanebo se hizo famoso entre todos. Vaticinaba con tanta exactitud que incluso la reina Olimpíade, al oír de su fama, acudió una noche a consultarle, mientras Filipo, su esposo, se encontraba lejos de su país en una campaña guerrera. Y se enteró de lo que deseaba y se retiró. Después de unos pocos días lo envió a buscar con órdenes de presentarse ante ella. Cuando Nectanebo vio todo lo hermosa que era, se apasionó por su belleza y, extendiendo el brazo, la saludó:

—¡Salud, reina de los macedonios!

Ella contestó:

—¡Salud tú también, excelentísimo profeta! Acércate y siéntate.

Y añadió:

—Tú eres el maestro egipcio en quien todos los consultantes han encontrado la verdad entera. También yo he depositado en ti mi confianza. ¿Qué clase de adivinación practicas para revelar la verdad?

Él contestó:

—La profesión del arte adivinatoria está dividida en muchas especialidades, soberana. Hay observadores de horóscopos, augures, intérpretes de sueños, ventrílocuos-

adivinos, escrutadores de copos de lana, astrólogos y los llamados magos[8]. A todos ésos abarca el dominio de la magia.

Después de decir esto clavó su mirada fijamente en Olimpíade.

Preguntóle la reina:

—¿Profeta, es que te has helado al verme?

Él le contestó:

—Sí, señora. Es que acabo de acordarme de un oráculo que me dieron mis propios dioses de que «¡Has de profetizar para una reina!» y, mira, resultó verdad. De modo que ahora dime lo que quieres.

Y metiéndose la mano en un pliegue de su ropaje sacó una tablilla, que no puede describir el lenguaje, hecha de oro y de marfil, en la que figuraban los siete astros y el horóscopo. El sol era de cristal, la luna de diamante, el llamado Zeus de pumita, Ares de hematites, Cronos de ofita, Afrodita de zafiro, Hermes de esmeralda y el horóscopo de mármol blanco[9]. Admirada Olimpíade de la suntuosidad de la tablilla, se sienta junto a Nectanebo y, después de ordenar a los demás que se aparten, le dice:

—¡Profeta, revélame a mí y a Filipo nuestro sino!

Se había difundido entonces el rumor en torno a ella de que «si Filipo regresa de la guerra, despedirá a su mujer y desposará a otra».

Nectanebo le dijo:

—Indícame tu estrella e indícame también la de Filipo.

¿Y qué más hizo entonces Nectanebo? Sitúa también su propia estrella natal frente a la de Olimpíade, y haciendo su vaticinio, le dijo:

—No es falso el rumor que has oído acerca de ti. Pero puedo ayudarte en mi condición de profeta egipcio para que no seas rechazada por Filipo.

Dijo ella:

—¿Cómo puedes?

Él contestó:

—Es preciso que te unas a un dios morador de la tierra y que de éste concibas y des a luz un hijo, y que lo críes, y tendrás en él un vengador de los ultrajes que te haga Filipo.

Entonces le dice Olimpíade:

—¿A qué dios?

Respondió Nectanebo:

—A Amón, de Libia[10].

Y le preguntó Olimpíade:

—¿Y qué aspecto tiene el dios ese?

Contestó él:

—Es de mediana edad, con cabellera y barba doradas, con cuernos crecidos en la frente, y éstos son semejantes al oro. Así que es preciso que te dispongas como una reina en su honor. Pero hoy en sueños verás al dios ese acudir a ti.

Le dice ella:

—Si veo tal sueño, me postraré ante ti, no como un mago, sino como ante un dios.

5. Luego se despide de la reina Nectanebo y recoge unas plantas de un lugar solitario, de las que conocía por su aplicación a la producción de sueños. Y después de exprimirles el jugo, modeló una figurilla femenina de cera y le inscribió encima el nombre de Olimpíade. Luego encendió unas lamparillas, y, mientras derramaba sobre ellas el jugo de las plantas, invocaba con conjuros a los dioses dedicados a tal oficio, para que Olimpíade recibiera la aparición. Y en aquella noche ella contempla al dios Amón que la tiene abrazada y que, al ponerse en pie para retirarse, le dice:

—Mujer, en tu vientre guardas un hijo varón que ha de ser tu vengador.

6. Al despertar Olimpíade quedóse admirada de su sueño y, enviando en seguida por él, mandó venir a Nectanebo. Y le dice:

—Vi el sueño y al dios Amón que me predijiste. Ahora te ruego, profeta, que de nuevo venga a unirse conmigo; y cuídate tú de cuándo ha de acudir a mí para que yo me muestre mejor preparada a recibir a mi reciente esposo.

Contestó el adivino:

—Esta primera vez, señora, fue un sueño lo que viste. Cuando el dios en persona se te presente, tendrá trato real contigo. Pero si se digna vuestra alteza dadme una cámara donde yo duerma cerca para que lo congracie en favor tuyo.

Ella dijo:

—De acuerdo; recibirás una cámara junto a mi dormitorio. Y si quedo embarazada de este dios, te honraré magníficamente, como reina, y te trataré como si fueras el padre de la criatura.

Le contesta Nectanebo:

—Para que tú lo sepas, señora, antes de presentarse el dios te dará el signo siguiente: Cuando, sentada al anochecer en tu dormitorio, veas una serpiente deslizarse hacia ti, ordena a todos que salgan. Y no apagues las luces de las lamparillas que yo te doy ahora y que he preparado para arder en honor del dios según mi ciencia; sino échate sobre tu lecho regio dispuesta a recibir al dios. Cúbrete el rostro y observa sólo a través del velo al dios que ya viste en sueños acudir a ti.

Después de decir esto, Nectanebo se retira. A la mañana siguiente, Olimpíade le da una cámara inmediata a su dormitorio.

7. Nectanebo se revistió un vellocino muy suave de carnero junto con los cuernos de este animal sobre las sienes, éstos como si fueran de oro, y un cetro de ébano, una túnica blanca y un manto reluciente de color de serpiente[11]. Y penetró así en el dormitorio, donde estaba echada sobre el lecho Olimpíade. Ella le miraba de reojo. Y le ve avanzar sin temor; pues le parecía haberlo visto ya en su sueño. Las lamparillas ardían y Olimpíade cubrióse el rostro. Nectanebo deja a un lado el cetro y sube a la cama y se une a ella. Luego le dice:

—Queda segura, mujer. En tu vientre guardas un hijo varón que ha de ser tu vengador, y rey, emperador de todo el universo habitado.

Y salió Nectanebo del dormitorio recogiendo su cetro. Luego esconde todo lo que había utilizado para su treta.

A la mañana siguiente se despierta Olimpíade y se va a la cámara donde estaba Nectanebo y le saca del sueño. Levantóse él y dijo:

—¡Salve, reina! ¿Qué me anuncias de nuevo?

Contesta ella:

—Me sorprende el que desconozcas, profeta, lo sucedido. ¿Es que de nuevo ese dios acudirá a mi lado? Porque lo tuve conmigo muy a gusto.

Respondióle Nectanebo:

—Escúchame, reina. Yo soy profeta de ese dios. Así que, cuando quieras, déjame disponer de este lugar para dormir en él sin ser molestado, para que haga el encantamiento de rigor, y él acudirá a ti.

Contestó la reina:

—Conserva el lugar desde ahora.

Y ordenó que le entregaran la llave de la cámara. Nectanebo depositó en un escondrijo los trastos del disfraz, y se presentaba a la reina todas las veces que Olimpíade se lo pedía, fingiendo ante ella que era el dios Amón.

Día a día aumentaba la hinchazón del vientre de la reina, y le dice Olimpíade a Nectanebo:

—Cuando Filipo regrese y me encuentre preñada, ¿qué voy a decirle?

Nectanebo le contesta:

—No sientas temor, señora. Pues entonces ya te socorrerá el dios Amón, presentándose a Filipo en sueños y notificándole lo sucedido, de modo que tú quedes irreprochable ante Filipo.

Así engañaba a Olimpíade Nectanebo con ayuda de su arte mágica.

8. Luego atrapó Nectanebo un halcón marino y lo hechizó y le inculcó con sus artilugios de magia todo lo que quería que dijera en sueños a Filipo, adoctrinándolo para ello.

El halcón marino, enviado por Nectanebo, llegó por la noche adonde se encontraba Filipo, y le habló en medio de su sueño. Filipo, que vio que el halcón le hablaba, al despertar del sueño quedóse sumido en la mayor agitación. De modo que al punto envió a buscar y traer a un intérprete de sueños babilonio, que era muy famoso. Luego le cuenta el presagio con estas palabras:

—Vi en un sueño que un dios muy hermoso, de cabellera y barba canosa, que tenía cuernos en las sienes, que parecían de oro ambos, y en la mano sostenía un cetro, se deslizaba por la noche hasta mi esposa. Se echaba a su lado y se unía con ella. Y al levantarse le dijo: «Mujer, has concebido un hijo varón, que te liberará y vengará la muerte de su padre.» Parecióme que yo le envolvía el vientre con una hoja de papiro, la cosía y que la sellaba con mi sello. El anillo era de oro, con una piedra, y en la piedra había grabado un emblema, con el sol y una cabeza de león y una pequeña lanza. Mientras tenía esta visión me pareció que un halcón planeaba sobre mí, el cual con sus alas me hizo despertar del sueño. ¿Qué significa esto para mí?[12].

Le dice entonces el intérprete de sueños:

—¡Salve, rey Filipo! Verdad es lo que viste en tu sueño. El sellar el vientre de tu mujer es una garantía de su fidelidad hacia ti, y de que tu esposa ha con cebido. Nadie sella un recipiente vacío, sino lleno. Acerca de por qué tú la envolviste en una hoja de papiro, verás. En ningún lugar se produce el papiro a no ser en Egipto. Por tanto, la simiente es egipcia, y no vulgar, sino ilustre y famosa, por el anillo de oro. ¿Qué hay, pues, más famoso que el oro, al que incluso los mismos dioses rinden adoración? En cuanto al sello que tenía el sol y bajo él una cabeza de león y una pequeña lanza, significa que el niño que va a nacer alcanzará pronto hasta la salida del sol, guerreando como un león y dejará sometidas a su lanza a las

ciudades, por la lanza allí dibujada. En cuanto a que tú has visto a un dios con cuernos de carnero y con cabellera canosa, ése es el dios de Libia, Amón.

Cuando el intérprete de sueños se lo hubo descifrado así, no le agradó a Filipo lo que había escuchado.

9. Se angustiaba por entonces Olimpíade, que no tenía confianza en lo que, según Nectanebo, había experimentado Filipo. Pero cuando regresó Filipo de la guerra vio que su mujer se hallaba confusa, y le dice:

—Mujer, ¿por qué estás tan azorada por lo pasado? Ajena fue la falta, según se me ha mostrado claramente en sueños, para que tú quedes sin reproche. Pues contra todos tenemos poder los reyes, pero no podemos nada contra los dioses. Que no has amado a uno cualquiera de la plebe, sino a uno de los seres más divinos.

Al decir tales palabras Filipo devolvió el buen humor a Olimpíade. La reina estaba llena de agradecimiento hacia el profeta que le había anunciado de antemano lo sucedido a Filipo.

10. Pero, algunos días después, en un encuentro con Olimpíade, le dice Filipo:

—¡Me engañaste, mujer, y no has concebido por obra de un dios, sino de algún otro! ¡Ya caerá en mis manos!

Y esto lo oyó Nectanebo.

Se celebraba un gran banquete en el palacio; todos se regocijaban en el festín en honor del rey Filipo y su victoriosa expedición, mientras el rey Filipo era el único allí apesadumbrado por lo del embarazo de su esposa Olimpíade. Ante toda la concurrencia, Nectanebo, que se había transformado en una serpiente mucho mayor que la anterior, penetró en medio de la sala del triclinio y dio un tremendo silbido, que estremeció hasta los cimientos del palacio. Los demás comensales, al ver la serpiente, dieron un brinco dominados por el terror, pero Olimpíade reconoció a su nuevo esposo y le tendió su mano derecha. Y la serpiente se irguió y depositó en ella su cabeza, se enroscó y se puso sobre las

rodillas de la reina, al tiempo que sacaba su bífida lengua y le daba un beso, ofreciendo ante todos los espectadores un testimonio de su amor. Mientras Filipo, que se debatía entre los escrúpulos y el asombro, le prestaba una insaciable atención, la serpiente se transformó en un águila, y sería imposible decir hacia dónde desapareció.

Cuando Filipo se repuso del susto, dijo:

—Mujer, he visto una prueba de que, en la disputa de tu caso, el dios acude a prestarte socorro en el peligro. Qué dios, no lo sé. Porque su figura me pareció propia de Amón, o de Apolo o Asclepio.

Olimpíade le replicó:

—Según me reveló él mismo cuando se me presentó, es el dios de toda Libia, Amón.

A la vista de esto, Filipo se felicitaba de que el nacido de su mujer sería llamado hijo de un dios.

11. Algunos días más tarde, estando Filipo en uno de los jardines reales, donde bandadas de aves diferentes venían a alimentarse, de pronto revoloteó un pájaro hasta su regazo y puso en él un huevo. Éste se deslizó rodando y al caer en tierra desde sus ropas se quebró. De él surgió una pequeña serpiente, que dio la vuelta alrededor de la cáscara del huevo y luego intentaba volver a entrar por donde había salido. Y al meter dentro la cabeza murió.

El rey Filipo, lleno de confusión, mandó buscar a un intérprete, y le relató lo sucedido. Y éste, inspirado por un dios, le explicó:

—Rey, tendrás un hijo que ha de dar la vuelta al universo entero sometiendo a todos a su propio poder, pero al regresar a su reino, al cabo de pocos años, perecerá. El ofidio es un animal regio, y es una imagen del universo el huevo, de donde había surgido la serpiente. Ya ves que, después de dar la vuelta al universo y queriendo regresar allí de donde había salido, murió antes de lograrlo[13].

De tal modo el adivino aclaró el presagio y se retiró bien pagado por el rey Filipo.

12. Y al cumplirse el tiempo del embarazo de Olimpíade, la reina se colocó sobre la silla de partos con sus dolores.

Pero Nectanebo, que se hallaba a su lado, después de medir los cursos de los astros celestes, la mentalizaba para que no apresurara el momento del parto, y mientras barajaba los elementos cósmicos con ayuda de sus poderes mágicos, la instruía sobre las contingencias con estas palabras:

—¡Mujer, contente y domina las contingencias de la naturaleza! ¡Si ahora das a luz, producirás un esclavo, cautivo de guerra, o un tremendo monstruo!

De nuevo la mujer era asaltada por los dolores y ya no podía contenerse a causa de los muchísimos sufrimientos, pero Nectanebo le dijo:

—¡Domínate un poco más, mujer! Porque si das a luz ahora, el que nazca será un eunuco infeliz.

A la vez que le daba sus exhortaciones y consejos al caso, le enseñaba Nectanebo a Olimpíade a contener con las manos encima las puertas naturales de la vida. Y él, con la ayuda de su propia magia, detuvo el parto de la mujer.

Cuando de nuevo escrutó los cursos celestes de los elementos cósmicos, advirtió que el cosmos entero alcanzaba su plenitud y observó un resplandor en el cielo, como si el sol cruzara el cenit. Entonces dijo a Olimpíade:

—¡Da ahora el chillido de parto!

Le dio un signo de asentimiento y le confirmó:

—¡En seguida darás a luz un rey que será emperador del universo!

Olimpíade, con un grito más fuerte que el mugido de una vaca, dio a luz un hijo varón, con feliz fortuna.

Al caer el niño al suelo hubo un acordado retumbar de truenos y relampaguear de rayos capaces de agitar el universo entero [14].

13. A la mañana siguiente, cuando Filipo vio al niño nacido de Olimpíade, dijo:

—No quería darle crianza porque no es de mi estirpe; pero ya que veo que es de simiente divina y que su alumbramiento está señalado por prodigios cósmicos, ordenaré que se le críe en memoria de mi hijo muerto, el que tuve de mi anterior esposa, y que se llame Alejandro[15].

Después de pronunciar tales palabras, Filipo aceptó al niño con todos los cuidados. Y en toda Macedonia y en Pela y en Tracia la gente portó coronas en son de fiesta.

Para no alargar demasiado el relato sobre la infancia de Alejandro, diremos que dejó atrás la niñez y progresaba en edad. Al hacerse hombre no tenía Alejandro un aspecto parecido a Filipo ni a su madre Olimpíade ni a su verdadero progenitor, sino que estaba configurado con un tipo peculiar. La figura tenía de hombre y la cabellera de león; los ojos, de distinto color: el derecho, de tonos oscuros, y el izquierdo, glauco; los dientes, aguzados, como de serpiente, y en su marcha se reflejaba el coraje de un león. (Evidenciaba en su apariencia natural cómo había de revelarse luego)[16].

El crecer en años se ejercitaba en diversas enseñanzas. Su nodriza fue Lécana, la hermana de Melante; su pedagogo y tutor infantil, Cleónidas; su maestro de gramática, Polinices; el de música, Leucipo el Limneo; el de geometría, Melemno el Peloponesio; el de retórica, Anaxímenes, hijo de Aristóteles de Lámpsaco, y el de filosofía, Aristóteles, hijo de Nicómaco de Estagira[17].

Después de cursar una educación completa y de estudiar astronomía[18], en las vacaciones de los estudios enseñaba a sus condiscípulos por su cuenta y los reunía a todos para prácticas de guerra. Les hacía trabar combate, y cuando veía que uno de los dos grupos contendientes era derrotado por el otro, acudía en ayuda del vencido y de nuevo le hacía vencer, de modo que dejaba claro y manifiesto que él llevaba consigo la victoria. Así se educaba Alejandro.

En uno de aquellos días, los palafreneros de las caballerizas reales llevaron a Filipo un gran potro lleno de vigor y se lo presentaron al rey diciendo:

—Soberano rey, hemos encontrado este caballo, nacido en los establos reales, que por su bella estampa aventaja al propio Pegaso. Te lo traemos a ti, señor.

Al contemplar su estatura y su arrogancia quedó Filipo admirado. Pero el caballo estaba retenido con fuerza por todos los criados, y le explicaron los caballerizos:

—¡Soberano rey, se alimenta de carne humana![19].

Contestó el rey Filipo:

—En verdad se cumple en eso el proverbio de los griegos de que: «cerca del bien está naturalmente el mal». Pero ya que habéis conseguido traérmelo, lo aceptaré.

Luego dio órdenes a sus servidores de construirle una jaula de hierro y encerrarlo en ella sin freno.

—¡Y a los rebeldes contra mi reinado y sentenciados por ello y a los que hayan sido condenados por desobedecer la ley o por bandidaje, echádselos!

Y así se hizo como mandó el rey.

14. Alejandro avanzaba en edad, y cuando tuvo doce años[20] se presentó en compañía de su padre en los ejercicios tácticos de sus tropas. Y se armaba y marchaba con las tropas y montaba sobre los caballos, de tal modo que Filipo al verle dijo:

—¡Hijo, Alejandro, siento estima por tu modo de comportarte y por tu nobleza, pero no por tu aspecto, que no se parece al mío!

Todo eso resultaba penoso para Olimpíade. Así que llama a Nectanebo a su presencia y le dice:

—Investiga qué planea Filipo sobre mí.

Y éste, consultando su tablilla y las estrellas, se pone a investigar acerca del futuro de la reina, mientras Alejandro estaba junto a ellos. Y Alejandro le dice:

—Padre[21], no aparecen en el cielo esos astros que tú ahora nombras.

—¡Desde luego que sí, hijo! —dijo Nectanebo.

Y contesta Alejadro:

—No soy capaz de verlos.

Y él replicó:

—Sí, hijo, serás capaz cuando se haga de noche.

Y por la noche toma Nectanebo de la mano a Alejandro y le conduce fuera de la ciudad a un terreno solitario, y, levantando la mirada al cielo, le iba indicando a Alejandro las estrellas del cielo. Pero Alejandro, que le agarraba de la mano, le lleva hasta un hoyo y allí le suelta. Al caer, Nectanebo se dio un golpe terrible en la nuca, y le dijo:

—¡Ay de mí! ¿Hijo Alejandro, qué te decidió a hacer esto?

Contestó Alejandro:

—¡Repróchatelo a ti mismo, sabio teórico!

Preguntó él:

—¿Por qué, hijo?

Dice Alejandro:

—Porque sin saber lo que hay en la tierra, investigas lo del cielo.

Le dice Nectanebo:

—Hijo, el accidente me ha causado una tremenda herida. Desde luego no es posible a ninguno de los mortales cambiar su destino.

Alejandro dijo:

—¿Por qué lo dices?

Le explica Nectanebo:

—Porque pronostiqué mi destino, que había de ser muerto por mi propio hijo. Y no he escapado al hado, sino que he muerto por tu causa.

Contestó Alejandro:

—Pero yo no soy hijo tuyo.

Entonces le contó Nectanebo su reinado en Egipto, su fuga del país, el viaje a Pela y la presentación de Olimpíade y la consulta de ésta, y cómo luego se introdujo hasta ella disfrazado como dios Amón, y cómo se unió con la reina. Tras estas palabras exhaló su espíritu.

Alejandro, después de oír el relato, quedó convencido de haber matado a su padre y muy afligido. Con que, temeroso de que en el pozo fuera pasto de los animales salvajes, no lo dejó allí.

Era, pues, de noche y solitario el lugar. Lleno de amor por el que lo había engendrado, lo envolvió en su manto y se lo coloca sobre los hombros de modo digno y lo lleva hasta la presencia de su madre, Olimpíade. Al verlo, ella le preguntó:

—¿Qué pasa, hijo?

Contestó él:

—Como nuevo Eneas traigo sobre mis hombros a Anquises[22].

Y le contó a ella con todo detalle lo que había escuchado de Nectanebo. En medio de su asombro, Olimpíade se dio cuenta de cómo, engañada por los artilugios de la magia del mago, había cometido adulterio. Pero, por el afecto que le tenía, hizo que le enterraran con todo honor como padre de Alejandro que era. Mandó construirle una tumba y depositarlo allí. Es un estupendo milagro[23] de la providencia que Nectanebo, siendo egipcio, recibiera honras fúnebres en Macedonia en una tumba griega, mientras que Alejandro, que era macedonio, había de recibir honras fúnebres en una tumba egipcia.

15. Al regresar Filipo de un viaje se desvió hasta Delfos para preguntar al oráculo quién reinaría después de él. La pitonisa de Delfos, probando el agua de la fuente Castalia en su oráculo subterráneo, le dijo de este modo:

—Filipo, será rey de todo el mundo habitado y someterá a todos por la lanza aquel que monte el caballo Bucéfalo y sobre su lomo cruce a través de Pela.

El caballo recibió el nombre de Bucéfalo porque tenía en su grupa la marca de una cabeza de toro[24]. Y Filipo, después de

haber oído al oráculo, quedó a la espera de un nuevo Heracles.

16. Alejandro trató a Aristóteles como a su maestro único. Como tenía muchos otros jóvenes Aristóteles como discípulos para su educación, que también eran hijos de reyes a su cuidado, le preguntó en una ocasión a uno de ellos:

—Si heredaras el reino de tu padre, ¿qué me regalarías a mí, tu maestro?

Contestó éste:

—Serás a mi lado un compañero de mesa con la mayor dignidad y te haré ilustre ante todos.

Preguntóle a otro:

—Y si tú, hijo mío, recibes el reino de tu padre, ¿cómo vas a tratarme por ser tu maestro?

Contestó él:

—Te haré mi ministro y te elevaré a consejero de todo lo que yo resuelva.

Dijo a Alejandro luego:

—Y si tú, joven Alejandro, recibes el reino de tu padre Filipo, ¿cómo me tratarás a mí, tu maestro?

Alejandro contestó:

—¿Sobre los hechos del futuro me preguntas ahora, cuando no estás seguro del día de mañana? Entonces te daré la respuesta, cuando llegue la ocasión y el momento oportuno.

Y le contestó Aristóteles:

—¡Vivas enhorabuena, Alejandro, emperador del universo! ¡Pues tú serás un gran rey!

Por todos era bien apreciado Alejandro como dotado de inteligencia y dispuesto para la guerra, pero por parte de Filipo se mantenía un ambiguo recelo. El caso es que se alegraba al ver el espíritu valeroso del muchacho, pero le amargaba ver que no se le parecía de aspecto.

17. Alejandro llegó a los quince años. Y uno de aquellos días sucedióle que paseaba cerca del lugar donde se hallaba

Bucéfalo enjaulado, y oyó su terrible relincho. Y dirigióse a sus servidores y les preguntó:

—¿Qué es ese relincho del caballo?

Le respondió el general Tolomeo así:

—Soberano, ése es el caballo Bucéfalo, al que tu padre enjauló porque es antropófago.

El caballo, que oyó la voz de Alejandro, relinchó por segunda vez, no como siempre, de modo terrible, sino suave y claramente, como impulsado por la divinidad. Entonces, al acercarse Alejandro a la jaula, el caballo tendió hacia él sus patas delanteras y le sacaba la lengua como si quisiera mostrarle que era su auténtico dueño. Alejandro observó la admirable estampa del caballo y los restos de muchos hombres condenados a muerte esparcidos a su alrededor, y, dejando que se resguardaran sus guardianes, ordenó abrir la jaula. Apoyándose en su lomo, saltó sobre él sin riendas, y lo guiaba a través de la ciudad de Pela[25].

Uno de los caballerizos salió corriendo a anunciar el hecho al rey Filipo, que se encontraba fuera de la ciudad. Y Filipo rememoróse del oráculo y salió en seguida al encuentro de Alejandro y le abrazó diciendo:

—¡Salve, Alejandro, emperador del universo!

Y desde entonces estaba contento Filipo, con plena esperanza en su hijo.

18. Con que, en uno de aquellos días, encontró Alejandro a su padre en buen momento y le dijo al darle el beso de saludo:

—Padre, te ruego que me permitas navegar hasta Pisa para el certamen de los juegos olímpicos, porque quiero competir en ellos[26].

Filipo le contestó:

—¿Y en qué deporte te has ejercitado y deseas participar?

Alejandro dijo:

—Quiero hacerlo en la carrera de carros.

Dice Filipo:

—Hijo, ahora yo te procuraré caballos dispuestos de mis establos. Éstos te prestarán buen servicio; pero, tú, hijo, entrénate con el mejor cuidado. Que la competición es famosa.

Alejandro contestó:

—Padre, tú permíteme ir a la competición. Pues tengo mis propios caballos que yo he criado desde mi infancia.

Filipo besó a Alejandro y, lleno de admiración por su coraje, le dijo:

—Hijo, tú lo quieres. ¡Marcha con buen ánimo!

Dirigiéndose hacia el puerto, Alejandro ordenó que construyeran una nueva nave y que en ella embarcaran a sus caballos junto con los carros. Marchó en compañía de su amigo Hefestión, y al final del viaje se presentó en Pisa. Al arribar, después de recibir muchos regalos de hospitalidad, ordenó a los esclavos que se ocuparan de cuidar los caballos, mientras él, en compañía de su amigo Hefestión, salía a dar un paseo.

Allí se encontró con Nicolao, hijo de Andreas, el rey de los acarnanios, ensoberbecido por la riqueza y la fortuna, dos divinidades inestables, y confiado en su fuerza corporal. Acercóse a Alejandro y le saludó con las palabras:

—¡Hola, muchacho!

Él le contestó:

—¡Hola también tú, quienquiera que seas y de dondequiera que procedas!

Nicolao contestó a Alejandro:

—¡Yo soy Nicolao, hijo del rey de las acarnanios!

Alejandro le replicó:

—No te jactes tanto, rey Nicolao, ni te envanezcas como si estuvieras seguro de vivir mañana. Porque la fortuna no se mantiene estable en ningún sitio, y un revés puede abatir a los soberbios.

Nicolao le dijo:

—Hablas razonablemente, pero no lo pienses. ¿A qué has venido acá, como espectador o como participante? Ya me he enterado de que eres hijo de Filipo el macedonio.

Contestó Alejandro:

—Estoy aquí para competir contigo en la carrera de caballos, aunque soy pequeño por la edad.

Nicolao dijo:

—Mejor habrías venido como luchador de palestra, del pancracio o del boxeo.

Alejandro dijo:

—Quiero hacer correr mi carro.

Hirviendo de cólera Nicolao, y lleno de desprecio hacia Alejandro, porque veía lo joven de su edad y no conocía el temple de su alma, le escupió mientras decía:

—¡Que te vaya mal! ¡Mirad hasta quién se ha rebajado el estadio de Pisa!

Alejandro, enseñado por la naturaleza a dominarse, se enjugó con la mano el escupitajo ultrajante y luego, dirigiéndole una sonrisa mortal, dijo:

—¡Nicolao, dentro de poco te venceré[27], e incluso a tu patria de Acarnania subyugaré bajo mi lanza!

Y se apartaron uno de otro enemistados.

19. Unos pocos días después tuvo lugar la celebración del concurso. Y a la carrera de carros acudieron nueve participantes, de los que cuatro eran hijos de reyes: aquel Nicolao de Acarnania, Jantias de Beocia, Cimón de Corinto y Alejandro de Macedonia; los demás eran hijos de sátrapas y de generales. Se dispusieron todos los requisitos del certamen y trajeron la urna y se hizo el sorteo de los puestos.

Le tocó ser el primero a Nicolao, segundo a Jantias, tercero a Cimón, cuarto a Clitómaco, quinto a Aristipo de Olinto, sexto a Pierio el Focense, séptimo a Cimón de Lindos, octavo a Alejandro de Macedonia y noveno a Critómaco el Locrio. Se colocaron luego en la línea de salida. Tarareó la corneta el

toque de partida. Se abrieron las cancelas de las celdas y partieron todos echándose a un raudo galope. ¡Primera vuelta, y segunda, y tercera, y cuarta!

Alejandro iba el cuarto en la carrera, y detrás de él estaba Nicolao, que no ansiaba tanto el vencer como el aniquilar a Alejandro. Porque su padre había sido muerto en la guerra por Filipo. Al darse cuenta de esto el sagaz Alejandro, cuando los que iban delante cayeron al chocar unos con otros, dejó que Nicolao le pasara. Y Nicolao, sin advertir la trampa, se adelantó con la esperanza de recibir la corona. Entonces marchaba el primero, pero después de dos vueltas Alejandro ataca a todo galope de sus caballos y, al adelantarle, engancha con su eje la trasera del carro de Nicolao, y vuelca todo el carro junto con su auriga, y así perece Nicolao. Entonces queda Alejandro totalmente solo. Bien se aplica al caído el refrán que dice: «Quien a otro males amaña, a sí mismo se los prepara»[28].

Luego recibe Alejandro la corona y avanza coronado con el acebuche de la victoria hasta el templo de Zeus Olímpico. Así le habló el sacerdote adivino de Zeus:

—Alejandro, Zeus Olímpico te predice esto: ¡Conserva tu ánimo! Como has vencido a Nicolao, así vencerás a muchos en las guerras.

20. Después de recibir esta predicción, Alejandro, al regresar victorioso a Macedonia, se encuentra con que su madre Olimpíade había sido repudiada por el rey Filipo, y que Filipo desposaba a una hermana de Lisias[29], Cleopatra de nombre. En el mismo día en que se celebraban las bodas de Filipo, entró Alejandro con su corona de victoria en la sala del banquete y le increpa al rey Filipo:

—Padre, acepta la corona de victoria obtenida con mis primeros esfuerzos. Y cuando yo entregue a mi madre Olimpíade a otro rey en matrimonio, ya te invitaré a la boda.

Y después de estas palabras se reclinó enfrente de su padre, en son de burla, mientras Filipo se reconcomía de lo dicho por Alejandro.

21. Lisias, que estaba tendido a su lado, dijo a Filipo:

—Rey Filipo, soberano de todo el país, ahora vamos a celebrar tu boda con la virtuosa Cleopatra, de la que engendrarás hijos legítimos y no nacidos de adúltera, que sean semejantes a ti en su rostro.

Al oírle, Alejandro se enfurece contra Lisias y con la copa que tenía a mano arremetió contra él; y le da en la sien y lo deja exánime. Filipo, que vio lo sucedido, se alza empuñando su espada, dirigiéndose lleno de furia contra Alejandro, y cae al tropezar con la pata de su lecho de comensal.

Alejandro, al verlo, dijo a Filipo:

—Tú, que pretendes apoderarte de Asia entera y revolucionar a Europa desde sus cimientos, no has tenido buen tino para dar siquiera un paso.

Al tiempo que lo decía, Alejandro arrebatóle la espada a su padre Filipo, y dejó casi muertos de espanto a los invitados. Ya podía verse representada allí la famosa pintura de los Centauros. De los asistentes, unos escapaban arrastrándose bajo los lechos, otros utilizaban las mesas como escudos, otros se retiraban a los rincones oscuros, de modo que en la escena parecía Alejandro un nuevo Ulises, que fuera a aniquilar a los pretendientes de Penélope[30].

Así que Alejandro abandona la sala e introduce a su madre Olimpíade en el palacio, después de hacer de vengador de su matrimonio. En cuanto a la hermana de Lisias, la convirtió en una fugitiva. Los guardias de su corte recogieron al rey Filipo y lo acostaron sobre su lecho, ya que se sentía en las últimas.

22. Diez días más tarde acude Alejandro a la cámara de Filipo, y sentándose a su lado le dice:

—Rey Filipo, te llamaré con este nombre, no sea que tengas a disgusto que te trate de padre; he venido a verte no como hijo, sino como amigo tuyo, que ha presenciado las injusticias que cometiste contra tu mujer.

Le contesta Filipo:

—Obraste mal, Alejandro, al matar a Lisias por las palabras inconvenientes que dijo.

Dijo Alejandro:

—¿Es que tú hiciste bien al levantarte espada en mano contra tu hijo, queriendo matarme, porque pretendías desposar a otra mujer, cuando en nada fuiste ofendido por tu anterior esposa Olimpíade? Levántate, pues, y vuelve en ti, ahora ya sé que te traiciona tu cuerpo, y demos al olvido los errores cometidos. También yo ahora voy a llamar a mi madre Olimpíade para que haga las paces contigo. Se dejará convencer por su hijo, aunque no quieras tú ser llamado mi padre.

Después de decirle esto, Alejandro se retira y va al encuentro de su madre y le dice:

—Madre, no te irrites por los actos de tu esposo. Él desconoce la falta que cometiste, pero yo soy la prueba de un desliz tuyo, por ser hijo de un padre egipcio. De modo que ahora ve y anímale a reconciliarse contigo. Pues es conveniente que la mujer se someta a su marido.

Y condujo a su madre junto al rey Filipo, su padre, y le dijo:

—¡Padre, vuélvete a tu mujer! Ahora te llamaré padre, puesto que atiendes a tu hijo. Mi madre ha accedido, a mis ruegos, a presentarse ante ti y a dejar en olvido lo pasado. Ahora abrazaos. No tengáis vergüenza de hacerlo ante mí, que de vosotros he nacido.

Con estas palabras reconcilió a sus padres, de tal modo que se ganó la admiración de todos los macedonios. A partir de entonces evitan los que contraen matrimonio pronunciar el nombre de Lisias, no sea que al evocar tal nombre causen su separación[31].

23. Estaba la ciudad de Matona sublevada contra Filipo. Entonces envía Filipo a Alejandro con un gran ejército para guerrear contra ella. Pero Alejandro presentóse en Matona y convenció con sus sensatos razonamientos a los habitantes a que volvieran a hacerse súbditos suyos[32].

Al volver de Matona y acudir a presencia de su padre Filipo, Alejandro se detuvo cuando vio allí ante él a unos individuos que aguardaban audiencia revestidos de ropajes bárbaros. Y se informó de ellos:

—¿Quiénes son ésos?

Le contestaron:

— Sátrapas de Darío, rey de los persas[33].

Alejandro se dirige a ellos:

—¿A qué habéis venido acá?

Le respondieron:

—A exigir a tu padre los acostumbrados tributos.

Alejandro les dice:

—¿Por qué razón exigís vosotros tributos?

Le contestaron los sátrapas de Darío:

—Por la tierra del rey Darío.

Les dice Alejandro:

—Si ésa la han dado los dioses a los hombres como regalo para su sustento, ¿cómo Darío exige pago por un regalo de los dioses?

Luego les dice para informarse:

—¿Qué aceptaríais?

Le contestan:

—Cien bolas de oro de veinte libras de peso[34].

En respuesta les dijo Alejandro:

—No es justo que el rey Filipo ofrezca tributo a los bárbaros. Porque no va a sojuzgar a los griegos cualquiera.

Dirige, pues, Alejandro estas palabras a los sátrapas de Darío:

—Marchaos y decid a Darío que Alejandro, el hijo de Filipo, os da este informe. Mientras Filipo estaba solo os pagaba tributos, pero después de engendrar a Alejandro, ya no os los da. Sino que, incluso por los que recibisteis de él, ha de acudir Alejandro ante Darío a recuperarlos.

Y con estas palabras despidió a los embajadores, sin ni siquiera considerar al rey que los había enviado digno de una

carta. De estos hechos se alegraba Filipo, rey de los griegos, por ver hasta dónde llegaba la osadía de Alejandro.

Los embajadores dieron una cantidad de plata a un pintor griego amigo suyo, y él les hizo un pequeño retrato de la figura de Alejandro. Y se lo llevaron a Darío a Babilonia, al tiempo que iban a comunicarle lo dicho por Alejandro[35].

Por entonces se rebeló otra ciudad de los tracios contra Filipo y éste envía a Alejandro con un montón de soldados para someterla.

24. Había allá un cierto individuo, de nombre Pausanias, hombre poderoso y muy rico, jefe de toda la Tesalónica. A éste, pues, le entró una gran pasión por Olimpíade, la madre de Alejandro, y envió hasta ella a algunos de sus principales para persuadirla a que abandonara a su esposo Filipo y se casara con él, ofreciéndole el envío de muchas riquezas. Como Olimpíade no accediera, acudió Pausanias a donde estaba Filipo, al enterarse de que Alejandro se había ausentado en su expedición guerrera, y llegó mientras se celebraba un espectáculo teatral[36].

En el momento en que Filipo estaba presidiendo la representación teatral, penetra Pausanias con la espada en la mano en el teatro, acompañado de algunos otros nobles, con la intención de matar a Filipo y raptar luego a Olimpíade, y lanzándose contra él, le hirió con la espada en el costado, pero no lo mató. Originóse entonces un gran tumulto en el teatro. Y Pausanias se apresuró a marchar hacia el palacio para raptar a Olimpíade.

Pero ocurrió que Alejandro llegaba de regreso victorioso en aquel mismo día, y ve una gran confusión en la ciudad. Así que preguntó qué era lo sucedido. Y le contestan:

—¡Pausanias está en palacio y quiere raptar a tu madre Olimpíade!

Sin dilación, Alejandro penetra allá con los oficiales que en ese momento se encontraban con él, y se encuentra a Pausanias que ya tenía en su poder, con gran violencia, a Olimpíade, que gritaba. Aunque deseó Alejandro atacarle con su lanza, temió a la vez alcanzar con el golpe a su madre, pues

el otro la sujetaba con gran fuerza. Pero después de separar a Pausanias de su madre, Alejandro le hirió con la lanza que llevaba. Luego se enteró de que su padre aún estaba vivo, y acudió a él y le preguntó:

—Padre, ¿qué decides sobre Pausanias?

Dijo aquél:

—Traédmelo aquí.

Luego que se lo trajeron, Alejandro desenvainó su espada y la depositó en la mano de su padre Filipo y le aproximó a Pausanias. Filipo lo hizo humillarse y lo degolló. Luego dice Filipo a Alejandro:

—Hijo Alejandro, no me entristezco por morir. Pues me he vengado al matar así a mi enemigo. Bien lo predijo el dios Amón de Libia a tu madre Olimpíade: «Llevarás en tu vientre un hijo varón, que vengará la muerte de su padre»[37]. Y, tras decir estas palabras, Filipo expiró. Fue enterrado con honores reales con el concurso de toda Macedonia.

25. Una vez que la ciudad de Pela recobró la normalidad, subió Alejandro sobre el monumento a su padre Filipo y a grandes voces dijo:

—¡Hijos de los peleos y de los macedonios, de los griegos y de los anfictiones, acudid a reuniros conmigo, como camaradas de armas, y confiad en mí, para realizar nuestra expedición contra los bárbaros! ¡Vamos a liberarnos de la esclavitud de los persas, a fin de que no seamos esclavos de los bárbaros, siendo griegos nosotros!

Tras haber pronunciado su discurso, distribuyó Alejandro por todo el país sus decretos reales. Entonces, reuniéndose gentes de todas las regiones, acudieron a Macedonia todos por propia voluntad, como si hubieran sido convocados por una voz emitida por los dioses, para alistarse en el ejército.

Alejandro abrió el arsenal de armas de su padre y regaló a los jóvenes el equipo completo. Reunió a todos los oficiales de su padre Filipo, que ya eran viejos, y les dijo:

—¡Veteranos, nobles camaradas de armas, dignaos ordenar la expedición de los macedonios y colaborad con nosotros en

la campaña de guerra!

Le contestaron:

—Rey Alejandro, nosotros hemos llegado a esta edad avanzada colaborando en las campañas de tu padre Filipo; pero ya no tenemos vigor en nuestro cuerpo para el combate cuerpo a cuerpo. Por eso rehusamos la campaña a tus órdenes.

Alejandro les replicó:

—Sin embargo, yo quiero llevaros conmigo; tanto más si ya sois de avanzada edad. Porque la veteranía es mucho más firme apoyo que la juventud. ¡Cuan a menudo la juventud, confiada en el empuje de su cuerpo, se deja arrebatar por él y actúa con insensatez y de pronto se encuentra con el peligro! Pero el viejo, que ha reflexionado antes, se demora en la actuación para evitar con su cálculo el peligro. Así que vosotros, veteranos, haced campaña con nosotros, no para oponeros a los enemigos, sino para dirigir a los jóvenes dignamente. De los unos y los otros es necesario el apoyo. De tal modo, reforzad el campamento con vuestros consejos; ya que también el guerrear tiene necesidad de la inteligencia. Es evidente que también a vosotros os compete la salvación de la patria con la victoria. Como que si somos derrotados, los enemigos os empujarán a una inútil vejez, pero si vencemos, la victoria se atribuirá a la prudencia de nuestros consejeros.

Con estas palabras, Alejandro convenció a todos los veteranos a que le siguieran.

26. Así, pues, recibe Alejandro el reino de Filipo, su padre, a los dieciocho años. El tumulto que sucedió a la muerte de su padre, lo hizo cesar Antípatro, que era hombre sagaz y de agudo ingenio. Condujo a Alejandro revestido de la coraza al teatro y expuso numerosas consideraciones para exhortar a los macedonios al afecto de Alejandro. Fue, según parece, más afortunado Alejandro que su padre Filipo; y en seguida se dedicó a ambiciosas empresas.

Después de reunir a todos los soldados de su padre, los contó y enumeró: 20.000 hombres, 8.000 jinetes armados con corazas, 15.000 de a pie, 5.000 tracios, y entre los anfictiones, lacedemonios, corintios y tesalonicenses contó 30.000.

Sumando a todos los presentes contó 70.000 y 6.590 arqueros[38].

Como los ilirios, peonios y tríbalos se sublevaron contra su poder, hizo una expedición contra ellos. Mientras guerreaba contra esos pueblos, se revolucionó Grecia.

27. Se hizo correr el rumor de que había muerto en la guerra Alejandro, el rey de Macedonia. Se dice que Demóstenes introdujo en la asamblea de Atenas a un herido que afirmaba haber visto personalmente a Alejandro caído en tierra. Creyéndolo, los tebanos aniquilaron a la guarnición que, después de la batalla de Queronea, había dejado Filipo en la ciudad de Cadmo. Dicen que a esto les persuadió Demóstenes. Lleno de irritación, Alejandro marchó contra los tebanos. Hubo en Tebas presagios de sus futuras desgracias: una araña envolvió en su tela el templo de Deméter, y la fuente llamada de Dirce manó agua sangrienta. El rey, tras conquistarla, arrasó toda la ciudad, dejando sólo a salvo la casa de Píndaro. Afirman que obligó al flautista Ismenias a tocar la flauta como acompañamiento, mientras arrasaba la ciudad. Atemorizados entonces, los griegos le aclamaron general en jefe y entregaron a Alejandro el mando de Grecia[39].

28. A su regreso a Macedonia se dedicaba a preparar lo necesario para el avance sobre Asia, haciendo construir muchísimas naves ligeras y trirremes y barcos de guerra. Hizo embarcarse en ellos todas sus tropas junto con sus carros, bagajes y armamentos de toda clase. Toma consigo 50.000 talentos de oro[40], da sus órdenes y marcha hacia las regiones de Tracia, recogiendo allí 5.000 hombres escogidos y otros 5.000 talentos de oro. Todas las ciudades le recibieron y ofrecieron coronas. Al llegar al Helesponto alcanzó su flota de naves y cruzó de Europa a Asia. Allí hincó en el suelo su lanza y dijo que conquistaría Asia como cautiva de guerra[41].

Desde allí, luego llegó Alejandro hasta el llamado río Gránico, donde le aguardaban los sátrapas de Darío. Hubo una espléndida batalla y venció Alejandro; el botín que obtuvo, lo envió como regalo a los atenienses y a su madre Olimpíade. Como su opinión era someter primero las regiones costeras, conquistó la Jonia y después la Caria, y tras ésta, Lidia, donde

se apoderó de los tesoros de Sardes. Conquistó Frigia, Licia y Panfilia, en la que ocurrió un portento. Como Alejandro no tenía naves, una parte del mar se retiró para que su infantería pudiera cruzar a pie[42].

29. Después de este recorrido llegó al lugar en que estaban sus efectivos navales. Con ellos hizo una travesía hasta Sicilia. Después de someter allí a algunos que se le oponían, cruzó el mar hasta la tierra de Italia.

Los jefes de los romanos le envían, a través del general Marco, una corona de perlas y otra de piedras preciosas con este mensaje: «Nos sumamos a coronarte, Alejandro, rey de los romanos y de toda la tierra.» Además le mandan 500 libras de oro. Alejandro aceptó el obsequio y les prometió hacerlos grandes en poder, y aceptó de ellos, como soldados, 2.000 arqueros y 400 talentos.

30. Desde allí cruza el mar para arribar a África. Los generales de los africanos le salieron al encuentro y le suplicaron que se apartara de su metrópolis, Cartago. Alejandro, al advertir su debilidad, les dijo:

—¡O bien os hacéis más fuertes, o pagáis tributos a los más fuertes que vosotros![43].

En su regreso, al atravesar toda Libia, llegó al santuario de Amón[44]. Ya había hecho subir al grueso de sus tropas en las naves con órdenes de zarpar y aguardarle en la isla de Proteo. Pero él se marchó a sacrificar al dios Amón, en la convicción de que había sido engendrado por él. Al elevarle sus oraciones, dijo:

—¡Padre Amón, si dice verdad mi madre en que yo he nacido de ti, dame tu oráculo!

Entonces Alejandro ve en visiones cómo el dios Amón tiene abrazada a su madre Olimpíade y le dice:

—¡Hijo Alejandro, eres, por tu nacimiento, de mi estirpe!

Después de comprobar la actividad de Amón, Alejandro hace restaurar su santuario y recubrir de oro la estatua del dios, y la consagró con esta inscripción: «A su padre, el dios Amón, la dedicó Alejandro.»

Deseaba además recibir del dios un oráculo acerca de dónde fundar una ciudad con su nombre, para que la ciudad conservara su memoria eternamente. Y tuvo la visión de que Amón, anciano, de áurea cabellera, con cuernos de carnero en sus sienes, le decía:

*Oh rey, a ti Febo, el de cuernos de carnero, te anuncia:*

*si quieres rejuvenecerte en inholladas edades,*

*funda una ciudad ilustre en la isla de Proteo,*

*sobre la que se establezca como soberano el propio Eón Plutonio,*

*que hará voltear en torno a sus cinco colinas el universo infinito*[45].

Después de recibir este oráculo, se preguntaba Alejandro cuál isla era llamada la de Proteo y quién sería el dios establecido allá. Mientras Alejandro proseguía esta búsqueda, sacrificó de nuevo a Amón, y realizaba su marcha hacia cierta aldea de Libia, en la que dejó reposar a sus tropas.

31. Mientras Alejandro daba un paseo, cruzó ante él un enorme ciervo que penetró en la enramada. Alejandro gritó y dio orden a un arquero de asaetear al ciervo. Y Alejandro le gritó:

—¡Hombre, te ha salido desviada!

Por eso, pues, el lugar aquel recibió el nombre de Desvío *(Paratoné),* a causa de la exclamación de Alejandro. Así que fundó allí una pequeña ciudad, tras convocar a algunos notables de los indígenas y establecerlos allí, dándole este nombre de Parátona[46].

En marcha, desde allí, llegó a Tafosirio. Preguntó los indígenas por la razón de este nombre. Le dijeron que su santuario era la tumba de Osiris *(Taphos Osirios).* Después de hacer sacrificios también allí, alcanzaba el término de su marcha al llegar al terreno donde ahora está la ciudad. Allí contempla una vasta comarca que se extiende hasta lo infinito y que albergaba doce aldeas. Pues desde la llamada Pandisia hasta la desembocadura del Nilo llamado Heracleota, delimitó

Alejandro la extensión de la ciudad, y su amplitud, desde Bendidion hasta la pequeña Hormúpolis. No se llama Hermúpolis, sino Hormúpolis, porque todo el que llega por el río allí atraca[47]. Así que hasta ese lugar delimitó el rey Alejandro la ciudad. Por lo cual hasta la actualidad se denomina «la región de los alejandrinos»[48].

Le aconsejaron, al rey Alejandro, Cleómenes de Náucratis y Nomócrates de Rodas que no fundara una ciudad con tamaña extensión[49], «porque no podrás llenarla de gente. Y aun si la llenas, no podrán los servidores cubrir la demanda de los víveres necesarios. Y se pelearán entre sí los pobladores de la ciudad, al ser tan supergrande e ilimitada. Ya que las ciudades pequeñas son más fáciles de administrar y deciden en sus consejos sobre lo conveniente para la población. Pero si fundas una ciudad tan enorme como la que has descrito, sus habitantes se sublevarán unos contra otros en sus disensiones, ya que la muchedumbre será incontable».

Alejandro se dejó convencer y ordenó a los arquitectos fundar la ciudad con las proporciones que ellos querían. Siguiendo los mandatos del rey Alejandro, delimitan la longitud de la ciudad desde el río Serpiente *(Dracon),* frente a la barra de Tafosirio, hasta el río de Buena Fortuna *(Agathodaímon),* junto a Canopo, y su anchura, desde Bendidion hasta Eúforo y Melantio. Y Alejandro ordena a los habitantes de aquellos lugares cambiar su residencia, y a los de un contorno de 30 millas fuera de la ciudad, concentrarse en torno a los distritos ciudadanos, obsequiándoles con terrenos y dándoles el apelativo de alejandrinos. Los superintendentes de la planificación de estos barrios fueron Eurílico y Melanto, por lo que han quedado estas denominaciones.

Alejandro cuida también de la aportación de otros arquitectos de la ciudad; entre ellos estaba el jefe de canteros, Numenio, y el ingeniero Cleómenes de Náucratis y Cártero de Olinto. Numenio tenía un hermano llamado Hipónomo. Éste aconsejó a Alejandro fundar la ciudad sobre cimientos pétreos y construir en la misma conducciones del agua y canales que la vertieran en el mar. El sistema de canalización se llama «Hipónomo», porque fue él quien lo aconsejó[50].

32. Desde la tierra se veía una isla sobre el mar, y Alejandro preguntó cuál es el nombre de la isla. Le responden los indígenas:

—Faro. Allí se estableció Proteo, y allí está su tumba, que es honrada religiosamente entre nosotros.

Le condujeron luego hacia su santuario y le mostraron su ataúd. Al ofrecer sus sacrificios al héroe Proteo y ver que su tumba estaba en ruinas por el paso del tiempo, Alejandro ordenó reconstruirla rápidamente[51].

Luego da orden Alejandro de señalar el perímetro de la ciudad para captarlo con la vista. Los trabajadores tomaron harina de trigo y marcaron con el rastro los límites de la ciudad. Pero pájaros de todas clases acudieron volando y devoraron la harina y remontaron su vuelo. Alejandro observó la escena y, reflexionando qué significaría el suceso, mandó a buscar intérpretes de prodigios y les expuso el caso. Le contestaron:

—La ciudad que has ordenado construir alimentará al mundo civilizado y por doquier habrá hombres nacidos en ella. Pues las aves recorren todo el mundo habitado[52].

Así que ordenó fundar la ciudad. Al poner los cimientos en la mayor parte de la ciudad y delimitar su terreno, Alejandro hizo inscribir en ellos cinco letras: Α Β Γ Δ Ε. La Α por «Alejandro», la Β por «rey» *(basileús),* la Γ por «linaje» *(génos),* la Δ por «de Zeus» *(Diós),* la Ε por «fundó *(éktisen)* una ciudad inigualable»[53].

Bestias de carga y mulas eran utilizadas en las faenas. Al edificar el portón del templo se desplomó un enorme y antiquísimo entablamiento recubierto de letras. Bajo él salieron muchas serpientes que se deslizaron reptando por las entradas de los edificios ya en construcción. Por eso los porteros veneran a esos ofidios que penetran en las casas como a buenos espíritus, ya que no son animales venenosos. Y coronan también a las bestias de carga cuando les dan descanso. Alejandro, aún presente, inauguró la ciudad y el templo en la luna nueva de Tybi, es decir, en enero. Por eso,

hasta hoy los alejandrinos observan la costumbre de celebrar la fiesta de Tybi el 25 de enero[54].

33. Encontró también Alejandro en lo alto de las colinas una estatuilla venerada y las columnas helónicas y el Heroon. Buscaba también el Serapeo, según el oráculo que le había sido dado por Amón, que decía así:

*Oh rey, a ti Febo, el de cuernos de carnero, te anuncia:*

*si quieres rejuvenecerte en inholladas edades,*

*funda una ciudad ilustre en la isla de Proteo,*

*sobre la que se establezca como soberano el propio Eón Plutonio,*

*que hará voltear en torno a sus cinco colinas el universo infinito.*

Buscaba, pues, Alejandro al Omnividente. E hizo construir enfrente del Heroon un gran altar, que ahora llaman el altar espléndido de Alejandro, sobre el que celebró un sacrificio ritual. Y en su oración dijo:

—Que eres el dios providencial de esta tierra y velas también en el universo ilimitado, esto es evidente. Acepta, pues, tú mi sacrificio y sé mi socorro en las guerras.

Y tras haber pronunciado estas palabras, depositó las ofrendas sobre el altar. Al instante una enorme águila precipitóse sobre él y arrebató las vísceras de la víctima sacrificada; y a través del espacio las transportaba para dejarlas en otro altar. Alejandro, que lo advirtió, se presentó a toda prisa en aquel lugar y vio las vísceras colocadas sobre el altar, y el altar que había sido construido por los antiguos, y un templo, y dentro una estatua sedente que con su mano derecha amansaba a un multiforme animal y que en la izquierda sostenía un cetro. Y junto a él la imagen de una doncella en pie, una estatua grandísima. Preguntó entonces a los que allí habitaban quién era el dios del lugar. Contestaron que no lo sabían. Pero que habían aceptado tradicionalmente desde sus antepasados que el templo era de Zeus y de Hera[55]. En aquel lugar vio también los obeliscos que hasta ahora están en el Serapeo, fuera del recinto que ahora existe. Sobre ellos había

una inscripción en caracteres jeroglíficos que contenía este texto[56]:

… … … … … … … … … … … … … … … … … …

«Éste será el privilegio de la ciudad: urbe de hermosos templos, que ha de superar con su población a las mayores multitudes y que será excelente por la buena composición de su clima. Yo seré su protector para que las calamidades no se afiancen hasta el fin, sea un hambre o um terremoto, sino que como un sueño crucen a la carrera por la ciudad. Muchos reyes acudirán a ella, no para guerrear, sino invitados a rendirle sumisión. Tú, convertido en dios, serás adorado después de muerto y recibirás presentes de numerosos reyes siempre, y habitarás la ciudad muerto y no muerto. Porque tendrás como tumba la ciudad que fundaste. Aprende, Alejandro, quién soy, en breve: suma dos veces 100 y 1, luego otros 100 y 1, y cuatro veces 20 y 10, y tomando la primera letra ponla al final, y entonces verás quién se te ha aparecido»[57].

Después de haberse expresado así desapareció. Alejandro comprendió el acertijo oracular y lo resolvió: «Sérapis»[58]. La disposición de la ciudad es tal como la estableció Alejandro; y la ciudad se extendía poderosamente día a día.

34. Alejandro, después de recoger sus tropas, se apresuraba a marchar hacia el interior de Egipto. A su llegada a la ciudad de Menfis, los egipcios lo entronizaron en el templo real de Hefesto como rey de Egipto[59]. Alejandro vio en Menfis una elevada estatua consagrada religiosamente, hecha de piedra negra, que tenía una inscripción en su base: «Este rey que se exilió regresará de nuevo a Egipto no más viejo, sino rejuvenecido, y someterá a nuestros enemigos los persas.»

Preguntó entonces Alejandro de quién era la estatua aquella. Los sacerdotes le contestaron:

—Esa imagen es la del último rey de Egipto: Nectanebo. Cuando vinieron los persas a saquear Egipto vio, gracias a su fuerza mágica, que los dioses de los egipcios guiaban en su marcha a los ejércitos de los enemigos, y que Egipto era arrasado por ellos. Y, al advertir que los dioses le iban a hacer traición, escapó. Cuando nosotros le buscamos e interrogamos

a los dioses sobre dónde había huido nuestro rey Nectanebo, nos respondieron en oráculo: «Este rey que se exilió regresará de nuevo a Egipto no más viejo, sino rejuvenecido, y someterá a nuestros enemigos los persas.»

Cuando Alejandro lo hubo oído, subióse a la estatua de un salto y la abrazó diciéndole:

—Éste es mi padre, y yo soy hijo suyo. No os mintió la respuesta del oráculo. Pero me admiro de cómo fuisteis conquistados por los bárbaros cuando teníais muros inexpugnables, que no podían ser derribados por los enemigos[60]. Sin embargo eso depende de la providencia de lo alto y de la justicia de los dioses, a fin de que vosotros, que poseéis una fértil tierra y un río que produce cosechas sin trabajos manuales, quedéis sometidos a los que no lo poseen y seáis regidos por sus reyes. Pues los bárbaros habrían perecido de no tener estas cosas a su alcance.

Después de este parlamento les reclamó los tributos que presentaban a Darío, diciéndoles:

—No es para llevármelos en mi propio tesoro, sino para gastarlos en vuestra ciudad, Alejandría de Egipto, que será la metrópoli de todo el universo civilizado.

Después de tales palabras los egipcios entregaron de buen grado muchas riquezas, y con gran temor y veneración las enviaron a través del puerto de Pelusio.

35. Recogiendo sus tropas, continuaba Alejandro su marcha hacia Siria, y desde allí, eligiendo un destacamento de dos mil jinetes con armadura *(«catato fractos»)*[61], se presenta ante Tiro[62]. Allí se le oponen los tirios, que le niegan el paso a través de su ciudad, a causa de un antiguo oráculo que habían recibido con este texto: «Cuando os ataque, tirios, un rey, vuestra ciudad será reducida a ras de suelo.» Por eso se le enfrentaron para que no penetrara en su ciudad. Se le opusieron, después de amurallar en círculo toda su ciudad. Hubo una fiera batalla en cuyo transcurso los tirios mataron a muchos de los macedonios. Alejandro se retira derrotado a Gaza, y recobrándose allí pensaba cómo arrasar Tiro.

Y vio en sueños Alejandro que alguien le advertía: «Alejandro, no pienses en acudir tú mismo a Tiro como mensajero»[63]. Al despertarse, envió a Tiro embajadores con unos mensajes que decían así:

«Yo, Alejandro, rey, hijo de Amón y del rey Filipo, el más grande rey de Europa y de toda Asia, de Egipto y de Libia, a los tirios, que ya no sois nada. Al hacer yo mi marcha por las regiones de Siria deseaba realizar mi incursión en paz y concordia con vosotros. Pero vosotros, los habitantes de Tiro, habéis sido los primeros en enfrentaros a nosotros, al emprender nuestra marcha. Así que sólo con vuestro ejemplo van los demás a aprender cómo someten los macedonios con fuerza vuestro desvarío, y temblarán de oponerse a nosotros. Ya es seguro el oráculo que se os dio. Invadiré vuestra ciudad. ¡Que os vaya bien de acuerdo con vuestra sensatez, o si no, que os vaya bien en vuestro infortunio!»[64].

Después de leer la carta del rey, los primeros magistrados de la ciudad ordenaron torturar a los mensajeros enviados por Alejandro, preguntándoles:

—¿Quién de vosotros es Alejandro?

Como ellos respondieron que ninguno lo era, los crucificaron.

Reflexionaba Alejandro por qué camino penetraría en la ciudad y aplastaría a los tirios, porque consideraba imposible la derrota. Y ve en sus sueños a un sátiro, uno de los servidores de Dioniso, que le ofrece un queso. Y él lo aceptó y lo pisoteó con sus pies.

Al levantarse de dormir, Alejandro relató la visión a un intérprete de sueños, y éste le contestó:

—Reinarás en toda Tiro y la ciudad quedará en tus manos, ya que el sátiro te ha dado un queso, y tú lo has pisoteado bajo tus pies[65].

Al cabo de tres días congregó Alejandro sus tropas junto con los aliados de tres aldeas vecinas que se le habían unido valerosamente. Entraron por la noche y abrieron las puertas de la ciudad, eliminando a los centinelas. Luego Alejandro arrasó

toda Tiro y la redujo a sus cimientos. Y hasta hoy se dice: «¡Las desgracias de Tiro!»

En cuanto a las tres aldeas que se le aliaron, las inscribió en una sola ciudad y a ésta le dio el nombre de Trípolis.

36. Tras establecer en Tiro a un sátrapa de Fenicia, Alejandro levantó el campo y marchó a lo largo de Siria. Le salieron al encuentro unos embajadores de Darío que le traían una carta de aquél[66], un látigo, una pelota y un cofrecillo lleno de oro[67]. Recibió Alejandro la carta de Darío, el rey de los persas, y al leerla halló que decía así:

«El Rey de Reyes y pariente de los dioses, el que comparte el ascenso celeste con el sol, yo, dios en persona, Darío, a Alejandro mi siervo. Esto te ordeno y a esto te conmino: a que vuelvas de regreso a casa de tus padres, a ser mi esclavo y reposar en el regazo de tu madre Olimpíade. Como lo reclama tu edad, mereces ser criado y educado. Por eso te he enviado un látigo, una pelota y un cofrecillo de oro, para que escojas qué prefieres. El látigo, indicándote que aún debes ser educado; la pelota, para que juegues con tus compañeros de infancia y para que no eches a perder la arrogante juventud de tantos muchachos llevándolos contigo como jefe de bandidos, revolucionando las ciudades. Pues ni aunque todo el orbe habitado se congregara a las órdenes de un hombre, podría derribar el imperio de los persas. Porque tengo tan gran número de tropas que, como la arena, nadie puede contarlas, y tanto oro y plata que podría cubrir toda la tierra. Te he enviado además un cofrecillo lleno de oro, para que si no puedes dar sustento a tus compañeros de rapiña, les des lo necesario para que cada uno de ellos pueda regresar a su patria. Pero si no obedeces mis órdenes, enviaré en tu persecución, de modo que serás apresado por mis generales, y no vas a ser criado como hijo de Filipo, sino crucificado por renegado.»

37. Al leer Alejandro estas líneas ante las tropas reunidas, todos se atemorizaron. Y al darse cuenta de su temor, Alejandro les dijo:

—Hombres de Macedonia y compañeros de guerra, ¿por qué os amedrentáis ante las cartas de Darío, rebosantes de vanidad? Así también algunos perros que no tienen fuerza en

su cuerpo para al ataque ladran mucho, como si pudieran con su ladrido aumentar su vigor. Así es Darío. Como nada puede en los hechos reales, aparenta ser mucho en sus escritos, como los perros con los ladridos. Pero supongamos, incluso, que es verdad lo dicho en la carta. Estamos iluminados por esos datos, para que sepamos contra quién vamos a luchar noblemente por la victoria y a fin de que no suframos vergüenza en caso de ser vencidos.

Tras decir estas palabras mandó atar codo con codo a los portadores de la misiva y subirlos a la crucifixión.

Ellos dijeron:

—¿En qué te hemos hecho mal nosotros a ti, rey Alejandro? Somos mensajeros. ¿Por qué ordenas quitarnos la vida?

Contestóles Alejandro:

—Reprochádselo al rey Darío y no a mí. Porque Darío os envió con carta tal no como para un rey, sino para un jefe de bandidos. Por tanto, os doy muerte como si hubierais acudido a un individuo feroz y no a un rey.

Replicaron ellos:

—Es que Darío escribió tales palabras sin atención ninguna, pero nosotros vemos tu admirable ejército y comprendemos que eres un rey magnífico e inteligente, hijo del rey Filipo. ¡Te suplicamos, soberano gran rey, concédenos la gracia de vivir!

Alejandro les contestó:

—Ahora habéis sentido miedo de vuestro castigo y suplicáis no morir, por eso os voy a liberar. Pues no tengo la intención de mataros, sino sólo de mostraros la diferencia entre un rey griego y un bárbaro. Así que no temáis sufrir ningún daño de mí. Que un rey no mata a un mensajero.

Y después de hablarles así, Alejandro les invitó a recostarse a su lado cuando llegó el momento de la comida. Comó los portadores de la misiva quisieran decirle a Alejandro cómo podía capturar en una emboscada a Darío, en una acción de la guerra, les replicó:

—¡No me digáis nada! Si no fuerais a volver a sus dominios, os aceptaría el consejo. Pero, ya que marcháis junto a él, no quiero hacerlo para que nadie os denuncie a Darío por lo dicho y me considere yo culpable por vuestro castigo. Callad, pues, para que nos presentemos ante él con serenidad.

Los portadores de la carta elogiaron entonces a Alejandro con grandes exclamaciones, y todo el ejército lo aprobó con admiración.

38. Tres días más tarde escribe Alejandro a Darío una carta, que leyó ante sus propios soldados, sin enterar a los embajadores, y decía así:

«El rey Alejandro, hijo del rey Filipo y de Olimpíade, al Rey de Reyes y asociado en el trono de los dioses y compañero de ascenso celeste del sol, al gran dios, al rey de los persas. ¡Salve!

Vergonzoso es que quien con tal poder se enaltece y acompaña en su ascenso al sol, vaya a caer en una miserable esclavitud ante un hombre ahora, un cierto Alejandro, ya que los calificativos de los dioses al aplicarse a los hombres parecen prestarles gran poder e inteligencia. Mas, ¿cómo los nombres de los dioses inmortales van a residir en cuerpos perecederos? Mira, ya en esto dejaste manifiesto ante Nos que nada podíais contra nosotros, por más que te apropiases de las denominaciones de los dioses y te atribuyeras los poderes de aquéllos sobre la tierra. Así que voy a pelear contra ti considerando que eres un mortal y que la decisión de la victoria depende de la providencia de lo alto.

¿Para qué nos escribiste que poseías tanto y tan excelente oro y plata? ¿Para que sabiéndolo peleáramos más noblemente a fin de apoderarnos de él? Además, que yo, si te venzo, seré famoso y un gran rey sobre los griegos y los bárbaros, por haber derribado a un soberano tan excelso como el rey Darío. Pero tú, si me vencieras, no habrías realizado nada de valor. Porque habrías vencido a un bandido, según tú nos escribiste. Pero yo habría vencido al Rey de Reyes, al gran dios Darío. E incluso me has enviado un látigo, una pelota y un cofrecillo de oro, por burlarte de mí. Pero yo los he aceptado como buenos presentes. He tomado el látigo, para golpear a los bárbaros con

mis propias manos cuando con mis lanzas y armas los someta a esclavitud. Con la pelota me has dado un signo de cómo dominaré el universo, pues que el mundo es redondo y esférico. En cuanto al cofrecillo del oro, también me lo enviaste como un presagio: Vencido por mí, me pagarás tributos.»

39. Después de leer la carta a sus propios soldados, el rey Alejandro la selló y se la entregó a los emisarios de Darío. Y el oro que habían traído se lo dio de regalo. Éstos se retiraron después de comprobar la magnanimidad de Alejandro, y llegaron a presencia de Darío. Darío, al leer la carta de Alejandro, reconoció su valentía. Y después de informarse con toda precisión sobre el carácter de Alejandro y sobre sus preparativos de guerra, movido por estos datos, escribe a sus sátrapas una misiva que decía así:

«El rey Darío saluda a sus generales de más allá del Tauro. Me comunican que se ha rebelado Alejandro, el hijo de Filipo. Capturadlo y traédmelo sin hacerle ningún daño en su cuerpo para que yo, después de quitarle su manto de púrpura y de aplicarle unos azotes, lo remita a Macedonia, su patria, junto a su madre Olimpíade, dándole unas castañuelas y unos astrágalos, como usan para jugar los niños de los macedonios. Y lo haré acompañar por hombres de completa sabiduría como maestros.

Sumergid sus naves en lo profundo del mar y cargad de cadenas a los generales que le escoltan y traédmelos, y enviad a los restantes soldados hacia el Mar Rojo para que vivan allá. Los caballos y bestias de carga os los regalo todos. ¡Adiós!»

Le escribieron los sátrapas al rey Darío del modo siguiente:

«¡Al divino gran rey Darío, salud! Nos admiramos de que te haya pasado inadvertido hasta ahora el avance de ejército tan importante. Te hemos enviado a algunos de ellos que encontramos errantes, sin atrevernos a interrogarles antes que tú. Así que preséntate a toda prisa con una fuerza numerosa, para que no seamos piezas de su botín.»

Recibió estas cartas Darío en Babilonia de Persia, las leyó y les respondió por escrito así:

«El Rey de Reyes, el gran dios Darío, saluda a todos sus sátrapas y generales. Teniendo vuestra esperanza en mí, jamás habéis demostrado la excelencia de vuestro valor. ¡Con que un río se desbordó contra vosotros y os llenó de pavor, a vosotros que podíais apagar rayos, y no podéis soportar el retumbar de un hombre innoble! ¿Qué podéis demostrar? ¿Ha muerto alguno de vosotros en formación de combate? ¿Qué he de decidir sobre vosotros que, teniendo a vuestro cargo mi reino, dais oportunidades a un bandolero, negándoos a capturarlo? Ahora, sin embargo, como me instáis, yo en persona acudiré a apresarlo.»

40. Al enterarse Darío de que Alejandro estaba cerca, fijó su campamento junto al río Pinario y le envió el siguiente escrito:

«El Rey de Reyes, gran dios y señor de pueblos, Darío, a Alejandro, saqueador de ciudades. Parece que has olvidado el nombre de Darío, que incluso los dioses tienen en honor y que elevaron a compartir su trono. No consideraste suficiente dicha el pasar inadvertido reinando en la región de Macedonia sin mandato mío, sino que has recorrido inciertos países y ciudades ajenas, en las que te has proclamado rey, reuniendo hombres desesperados como tú para guerrear contra ciudades desapercibidas, que yo, siempre precavido, estimaba como superfluas y como desgajadas de mi soberanía; y tú trataste de conseguir tributos de ellas como si pidieras limosnas. ¿Crees acaso que Nos somos semejante a ti? Sin embargo, no te ufanes de dominar los territorios que conquistaste. Hiciste tus planes sobre ellos de la peor manera. En primer lugar hubieras debido corregir tu ignorancia y acudir a mí, tu señor, Darío, y no concitar partidas de bandidos. Te escribí que vinieras y te postraras ante el rey Darío. Te juro por Zeus, dios máximo y padre mío, que no te guardaba rencor por los daños que hiciste. Pero tú replicas con tu misma locura anterior. Voy a castigarte con una muerte inenarrable. Y peor que el tuyo será el tormento de los que te acompañan, que no te han inculcado sensatez.»

41. Cuando Alejandro recibió y leyó la carta de Darío, no se dejó inflamar por sus arrogantes palabras.

Entretanto, Darío había congregado una fuerza numerosa y avanzaba llevando consigo a sus hijos, su esposa y su madre. En su escolta estaban los llamados «los diez mil inmortales». Les llamaban «los inmortales» porque siempre conservaban su número, ya que incorporaban a otros en sustitución de los muertos.

Alejandro cruzó en su marcha el Tauro de Cilicia y llegó a Tarso, la capital de Cilicia. Al divisar allí el río Cindo de clara corriente, él, que estaba sudando a mares por la fatigosa marcha, se despojó de su coraza y se dio un baño en sus aguas. Con tal enfriamiento se puso en extremo peligro y a duras penas pudo curarse. El que le curó fue Filipo, uno de sus reputados médicos. Una vez curado, continuaba su avance hacia Darío[68].

Darío había acampado en el lugar llamado Isso de Cilicia. Lleno de excitación avanzó Alejandro para combatir en el llano y ordenó sus formaciones frente a Darío. Los comandantes de Darío, al ver que Alejandro aproximaba el grueso de su ejército hacia aquella parte en la que había oído que se encontraba Darío, situaron delante los carros y toda su impedimenta bélica. No obstante, al disponerse para el encuentro en la batalla unos y otros, no permitió Alejandro que tales armatostes quedaran en medio de sus falanges para escindirlas o abrir en ellas camino a la caballería ni para envolverlas, sino que la mayoría de los carros, levantados en vilo por todos lados, fueron destruidos y despedazados.

Luego Alejandro subió a caballo y ordenó a los trompetas que tocaran el toque de combate. Y en medio de un enorme estruendo se entabla la tremenda batalla. Disparando largo trecho con sus agudos arcos y golpeándose unos a otros con sus lanzas se enfrentaban por acá y por allá. Unos y otros atribuyéndose la victoria se retiraban. Pero la tropa que rodeaba a Alejandro hacía ceder a los del entorno de Darío y con violencia quebraban su formación, haciéndoles chocar y caer unos sobre otros por la gran fuerza de combatientes. Nada se podía allí ver sino caballos derribados por tierra y hombres muertos. No se podía discernir al persa ni al macedonio, ni a los aliados ni a los sátrapas, ni al infante ni al caballero en medio de la densa nube de polvo. Ni siquiera se distinguía el

aire de la tierra entre los muchos manchones de sangre. Hasta el mismo sol, compadeciéndose de los desastres y sin querer ver el espectáculo tan sangriento, se cubrió de nubes. Al afianzarse el revés de los persas, éstos emprendieron la fuga. Estaba entre ellos Amiantes de Antioquía, que había huido a la corte de Darío después de ser en tiempos anteriores tirano de Macedonia.

Cuando se avecinaba el anochecer, Darío, lleno de terror, se retiraba por delante de sus hombres. Pero su carro de general en jefe era muy fácil de reconocer; así que, abandonándolo, montó a caballo y escapó.

Alejandro, que ansiaba el honor de apresar a Darío, salió a perseguirlo con toda premura para que no fuera muerto por algún otro. Después de una persecución de 60 estadios, Alejandro apresó el carro real, el arco, la esposa, las hijas y la madre de Darío; pero a Darío le salvó la noche y además el tener un caballo de refresco en el relevo.

Alejandro se apoderó de la tienda de campaña de Darío y se albergó en ella. Sin embargo, después de vencer a sus contrarios y de haberse cubierto de tamaño honor, no hizo nada soberbio, sino que ordenó enterrar a los más valientes y nobles que habían muerto. Del mismo modo confortó con elogios a los restantes prisioneros. La multitud de caídos entre los persas era muy grande. De los macedonios, las pérdidas se cifraron en 500 soldados de a pie, 160 jinetes y 308 heridos. Los bárbaros tuvieron 20.000 muertos y 4.000 formaron el botín para vender como esclavos.

42. Darío, que había escapado y estaba a salvo, reclutaba efectivos muy superiores. Redactaba proclamas a los pueblos súbditos suyos, para que se le presentaran con grandes fuerzas. Al enterarse un espía de Alejandro de que Darío andaba reuniendo tropas, le escribió a Alejandro sobre estos sucesos. Al recibir la noticia, Alejandro le escribe al general Escamandro en estos términos:

«El rey Alejandro saluda al general Escamandro[69]. Con las falanges a tus órdenes y toda tu hueste preséntate a mí lo más pronto posible. Pues se dice que no están lejos los bárbaros.»

Y Alejandro en persona recogió las tropas que tenía y continuaba su marcha. Al trasponer las alturas del llamado Tauro, hincando una enorme lanza en el suelo, dijo:

—Si algún poderoso de los griegos o los bárbaros o alguno de los otros reyes remueve esta lanza, se dará a sí mismo un adverso presagio: que así será removido su reino desde sus fundamentos[70].

Llega entonces a Hiperia, ciudad de Bebricia, donde había un templo y una estatua de Orfeo y de la Musas de Pieria, con animales salvajes rodeando su imagen. Al mirarla Alejandro, la madera de toda la estatua de Orfeo se echó a sudar. Al indagar Alejandro a qué apuntaba tal prodigio, le dice el intérprete de presagios Melampo:

—Has de fatigarte, rey Alejandro, con muchos sudores y esfuerzos, al someter a las naciones de los bárbaros y las ciudades de los griegos. Del mismo modo que Orfeo, tocando la lira y cantando, persuadió a los griegos, ahuyentó a los bárbaros y amansó las fieras, así también tú, esforzándote con la lanza, los harás a todos tus súbditos[71].

Al oír tal explicación, Alejandro despidió, después de recompensarlo espléndidamente, al intérprete de prodigios.

Llegó luego a Frigia. Al pasar por el río Escamandro, allí por donde saltó Aquiles, allí también penetró él de un salto. Al contemplar el escudo de siete pieles de buey (de Áyax), Alejandro vio que no era muy grande ni tan admirable como lo describió Homero, y exclamó:

—¡Bienaventurados vosotros los que tuvisteis un heraldo tal como Homero, que en sus poemas os habéis hecho magníficos, aunque por los testimonios visibles no fuerais dignos de sus versos!

Avanzó entonces un poeta, que dijo:

—¡Rey Alejandro, nosotros escribiremos tus hazañas mejor que Homero!

Alejandro contestó:

—¡Prefiero ser el Tersites de Homero que el Agamenón de tu obra![72].

43. Marchó desde allí a Pyla, donde reunió su ejército y, junto con los prisioneros hechos en la guerra contra Darío, continuó su avance hasta Abdera[73]. Los abderitas le cerraron las puertas de su ciudad, y Alejandro, preso de la irritación, mandó a su general pegarle fuego a ésta. Entonces le envían unos embajadores con este mensaje:

«Nosotros cerramos las puertas de nuestra ciudad, no para oponernos a tu poder, sino temerosos del imperio de los persas, no fuera que si Darío se mantiene en su tiranía, destruyera nuestra ciudad por haberte acogido. De modo que tú, cuando ya hayas vencido a Darío, ven y tendrás abiertas las puertas de la ciudad. Nos sometemos al rey más poderoso.»

Después de escuchar tal mensaje, Alejandro sonrió y les contestó a los embajadores enviados:

—¿Teméis el imperio de Darío, por si luego os destruye en caso de perdurar en su monarquía? Marchad, abrid vuestras puertas y habitad en orden. No voy a entrar en vuestra ciudad hasta que derrote a Darío, al que teméis como rey, y entonces os conquistaré como a súbditos.

Tras contestar así a los enviados siguió su marcha.

44. Y en dos jornadas se presentó en Bottia y Olinto, y arrasó completamente toda la comarca de los caldeos[74] y mató a sus pobladores. Desde allí llegó hasta el Mar Negro (Ponto Euxino) y sometió a todas las ciudades de las cercanías.

Les faltaron a los macedonios los víveres más necesarios, de modo que todos se morían de hambre. Pero Alejandro puso en práctica una magnífica decisión de su inteligencia. Mandó reunir todos los caballos de la caballería y degollarlos, y después de degollarlos, asar sus carnes y comerlas. Así se saciaron y apagaron su hambre. Pero después decían algunos:

—¿Por qué tomó Alejandro la decisión de matar nuestros caballos? El caso es que de momento nos hemos saciado de comida, pero estamos desarmados para una batalla ecuestre.

Al enterarse Alejandro se presentó en el campamento y dijo:

—Camaradas de guerra, hemos degollado nuestros caballos aunque eran muy necesarios para el combate, a fin de saciarnos de comida. Pues un mal que se compensa con otro más moderado motiva una limitada pena. Cuando invadamos otro país, encontraremos fácilmente otros caballos. Pero si nosotros morimos ahora de hambre, no encontraremos otros macedonios[75].

Después de apaciguar así a sus tropas, proseguía su marcha hacia otra ciudad[76].

46. Desde allí continuaba su marcha hacia los tebanos. Al reclamar de ellos hombres para la expedición militar, le cerraron las puertas de las murallas y ni siquiera le enviaron embajadores, sino que se formaron en orden de batalla y se armaron para combatir a Alejandro. Y le envían 500 hombres con una proclama: «¡O combates, o apártate de nuestra ciudad!»

Alejandro sonrió y les contestó:

—¡Oh valientes tebanos! ¿Cómo encerrándoos tras vuestras puertas y murallas incitáis a pelear al rey Alejandro? Voy a daros batalla, pero no como a guerreros dignos y expertos en la lucha, sino como a mujeres asustadas y cobardes, ya que, como mujerucas, encerrados dentro de vuestras paredes chilláis a los de afuera.

Tras haberles respondido así, ordenó a mil jinetes que cabalgaran en torno a las murallas y asaetearan a los que se apostaban sobre el muro, y a otros mil, armados con hachas de doble filo y con largas picas, que excavaran los fundamentos de la muralla, para aplicar fuego a los portones e impulsar con fuerza los llamados arietes para derribar los muros. Éstos son unos aparatos movidos sobre ruedas por los soldados con fuerte impulso. Desde muy lejos se lanzan sobre los muros y destrozan incluso las paredes más compactas. Alejandro, con otros mil honderos y lanzadores de venablos, rodeaba a la carrera la ciudad. Por todas partes se incitaba el incendio,

mientras se disparaban lanzas y flechas. Desde lo alto de los muros caían los tebanos heridos sin poder resistir a Alejandro.

Durante tres días la ciudad de los tebanos estuvo asediada por todas partes. Luego, la primera puerta que se derrumbó fue la llamada Palmia, ante la cual estaba apostado Alejandro. Rápidamente penetró por ella Alejandro el primero, hiriendo a unos, aterrorizando y confundiendo a los demás. Luego, por las demás puertas se introducen pelotones de sus tropas. La población total era de unos cuatro mil hombres. Dan muerte a todos, al tiempo que derriban los muros. Rapidísimamente el ejército macedonio llevó a cabo todas las disposiciones ordenadas por Alejandro. Así queda toda la tierra empapada de la sangre humana derramada, mientras muchos tebanos se precipitaban contra el suelo desde lo alto de las torres. Presa de un incendio voraz, la ciudad de los tebanos fue destruida por el fuego bajo el puño macedonio.

46 A. En aquel momento uno de los tebanos, que era a la vez experto en tocar la flauta y de inteligencia sagaz, al ver la destrucción de Tebas y el aniquilamiento de toda su juventud, gimiendo por su patria y pensando en su excelencia como flautista, comenzó a arrastrarse y suplicar a Alejandro[77].

Y llega hasta sus pies, avanzando de rodillas y entonando una melodía lastimera, suplicante y conmovedora. Aun así, con la queja de sus flautas y de su melodía plañidera, era incapaz con sus muchas lágrimas de conseguir la conmiseración de Alejandro. Empieza a decirle así:

—Rey magnífico, Alejandro, ahora hemos aprendido con la experiencia a honrar tu poder como igual al de los dioses[78].

[CAPÍTULOS DE LA RECENSIÓN «A» (I, 46 A-II, 47) SEGÚN EL TEXTO EDITADO POR W. KROLL.]

I, 46 A. —¡Contén tus invencibles manos lejos de los tebanos! A nuestra ciudad vinieron los dioses más gloriosos, y de su fecunda unión amorosa aquí surgió una estirpe soberana. De Zeus y de Sémele nació en Tebas Dioniso, alumbrado en su parto por el fuego del rayo, y de Zeus y de Alcmena aquí fue engendrado Heracles. Ellos se han mostrado como auxiliadores y pacíficos guardianes de la salvación para todos

los hombres. Además, son, precisamente, tus antepasados, Alejandro. Debes imitarlos y practicar la beneficencia. Así que, ya que has nacido de dioses, no desprecies a Tebas, la nodriza de Dioniso y Heracles, en trance de muerte, ni arrases la ciudad fundada por la vaca. Pues en el futuro sería un baldón para los macedonios. ¿Ignoras acaso, Alejandro, que eres tebano y no de Pela?

Todo el país de Tebas te implora a través de mi voz; él, que vio criarse a los dioses antepasados tuyos, a Dioniso, el liberador, primer cofrade de la fiesta y la danza; a Heracles, justiciero en sus hazañas y socorredor de los hombres.

¡Hazte ahora de nuevo imitador de tus antepasados, que tan nobles y generosos fueron en general, y vuelve en beneficencia los motivos de tu cólera! ¡Ten mucho más a mano la compasión que el castigo!

No dejes en soledad a los dioses que te engendraron, no destruyas la ciudad de los fundadores de tu linaje, no arrases con inconsciencia tu propia patria. ¿Ves estos muros, que edificaron el pastor Zeto y Anfión, el tocador de la lira; los hijos de Zeus, a los que dio a luz en secreto una ninfa, la hija de Nicteo, en su vagar entre danzas festivas? Estos cimientos y el rico palacio los amuralló Cadmo. Aquí tomó por esposa a Harmonía, a la que había dado a luz la diosa Cipria, nacida de la espuma marina, en su unión con el dios tracio (Ares) de furtivos amoríos.

¡No dejes yermo el suelo de sus campos sin ningún reparo, no incendies todos los muros de Tebas! Aquí habitaba la triste madre del desgraciado Edipo, matador de su padre. Aquí estaba el recinto sagrado de Heracles, que antes fuera la casa de Anfitrión. Aquí durmió Zeus en aquellas tres noches que hizo contar una sola. ¿Ves aquellas moradas reducidas a llamas, que todavía exhalan la muestra de la cólera del cielo? Ahí con su rayo hirió, en tiempos, Zeus a la ansiosa Sémele. Allá, en medio del fuego, ella parió al Liberador Irafiota (Dioniso). Aquí enloqueció Heracles. Desde aquí, aguijoneado por el delirio, mató a su esposa Mégara a flechazos. El altar que ves ahí es de Hera. He ahí otro altar antiguo y elevado.

Ahí Heracles, con la carne abrasada por la túnica, fue reducido a cenizas con la cooperación de Filoctetes…

Éste es el centro oracular de Febo, la mansión de Tiresias. Acá vivió el viejísimo adivino, al que Atenea Tritónide metamorfoseó en mujer. Ahí Atamante, presa de locura, mató con sus flechas a su hijo Learco, transformado en corzo. Desde allí Ino, delirante, saltó a lo profundo del mar, con su hijo Melicertes, recién nacido, en brazos. Desde aquí Edipo, ciego, fue expulsado por mandato de Creonte. Ismene era su báculo.

Ese río que baja por el medio del Citerón es el Ismeno, que trae el agua báquica. ¿Ves ese abeto que con sus ramas se eleva a lo más alto? Sobre él espiaba Penteo a los coros de las ménades, cuando el infeliz fue descuartizado por su madre. ¿Ves esa fuente que mana un agua sanguinolenta, de la que con eco resuena un mugido tremendo de vaca? Ésa es la sangre de la sepultada Dirce.

¿Ves aquella atalaya al fondo, que se levanta a este lado del camino? Sobre ella se aposentaba la Esfinge monstruosa, proponiendo su enigma a todos los moradores del país; la mató Edipo después de mucho cavilar. Ésa es la fuente de los dioses y el manantial sagrado, del que emergen las ninfas argénteas. A sus corrientes descendía Ártemis para bañar su cuerpo. Y el impuro Acteón aquí contempló lo prohibido: el baño de la hija de Leto. Transformado en ciervo, lo devoraron de modo infame sus perros carniceros como presa de caza, por ver aquel baño.

Ares trajo la guerra a Tebas. Entonces acaudilló Polinices el ejército de Argos, como flameante paladín de siete fortines de lanza. Ahí junto a la orilla fue fulminado Capaneo. Ésas de ahí son las llamadas Puertas Electras. Por allí se abrió la tierra para acoger a Anfiarao, junto a esas puertas. En las Puertas Ogigias murió Hipomedonte. Y junto a esas otras cayó Partenopeo. (Y más allá se mataron uno a otro Polinices y Eteocles. Luego Antígona fue condenada a muerte por haber sepultado a su hermano muerto, al caudillo de los Argivos.) ¡Ten piedad, te lo suplica la tierra Cadmea!

Esta Tebas donde nació el liberador Baco, amigo del evohé ritual, y en la que estableció sus fiestas báquicas, es la ciudad

que tú ordenas arrasar desde sus cimientos. ¿Ves tú arder el recinto sagrado de Heracles, el fundador de tu linaje y del de tu padre Filipo? Ignorando que es tu propio santuario, ¿quieres reducirlo a llamas? ¿Por qué ultrajas a los progenitores de tus padres, tú, que eres de la familia de Heracles y del ilustre Baco?

Después de tantas súplicas, Ismenias se postró en tierra ante los pies del rey Alejandro. El macedonio fijó en él su mirada y, rechinando los dientes y exhalando ira, le dijo estas frases:

—¡Perversísimo animal, execración de los dioses, villano vástago de raigambre bárbara, tú, reliquia de criminales pesadumbres! ¿Con decirme tus parlamentos sofísticos y amañados, pensabas engañar a Alejandro? Arrasaré toda la ciudad y la reduciré a cenizas por el fuego, y os destruiré a todos vosotros después de asolar vuestra patria. Porque si tú conoces ahora toda mi estirpe y de dónde procedo y quiénes me engendraron, ¿no te era posible proclamarlo a los tebanos? ¡Que Alejandro es nuestro pariente! ¡No nos sublevemos contra nuestro conciudadano, démosle el mando militar y seamos aliados suyos nosotros, conciudadanos y parientes de Alejandro! ¡Es una gloria para nosotros, desde nuestra más remota raigambre, que los macedonios se unan a los tebanos! Pero cuando ya no tenéis nada firme en vuestra defensa y vuestra fuerza ha sido aplastada en la batalla, entonces viene el cambio y la súplica insensata, que no puede borrar el hecho de vuestra impotencia en el combate contra Alejandro. Pero no os ha de librar ni a Tebas ni a ti del castigo. Yo incendiaré Tebas. En cuanto a ti, Ismenias, el famoso flautista, te ordeno que de pie sobre los restos del incendio toques tu flauta y que resuene el son de tu doble instrumento en honor de la toma de Beocia.

Después de decir esto, ordenó a sus tropas arrasar los muros de siete puertas y la fortaleza de Tebas. De nuevo el Citerón vio correr por él coros de tebanos y el mismo Ismeno llevaba su curso teñido de sangre. Cayeron derribados los muros y la ciudad de Tebas. Y toda la tierra, abrumada por los cadáveres y por las casas derrumbadas entre muchos llantos, con hondos gemidos mugía.

Ismenias iba tocando el son doble de su instrumento por entre las ruinas, como se lo había mandado el macedonio Alejandro.

Después de que cayeron los muros todos de los cadmeos y el palacio de Lico y la mansión de Lábdaco, como piadoso recuerdo de la educación antigua, quedó sólo en pie la casa de Píndaro, en la que había vivido de niño y gozó el don de las Musas, como asiduo discípulo de su viejo maestro de lira.

Después de degollar a muchos hombres en la ciudad, dejó Alejandro vivos a unos pocos y en libertad, y borró el nombre de sus familias. Dijo, pues, que Tebas ya no se llamaría Tebas, sino que la ciudad de aquéllos ya no sería ciudad, y quedaría como una sombra anónima para el futuro.

Así ocurrió en Tebas. Como antaño, al edificarse y completarse las murallas, la lira de Anfión con sus melodiosos sones acompañó la ejecución de los muros, su demolición la acompañó la flauta de Ismenias. Lo que fuera edificado al son de una melodía, de nuevo se derrumbó al son de una música melodiosa.

Casi todos los tebanos perecieron con su ciudad. A los pocos que quedaron con vida les dio la proclama Alejandro de que, a cualquier ciudad que llegaran, ellos fueran gente sin ciudadanía. Y desde allí se encaminó a otras regiones.

47. Los tebanos supervivientes enviaron a Delfos a consultar al oráculo sobre si alguna vez resurgiría Tebas del todo. Apolo les dio esta profecía oracular:

«Hermes, Alcides y el boxeador Polideuces, los tres en competición atlética, te fundarán de nuevo, Tebas.»

De acuerdo con el oráculo dado, los tebanos aguardaban el futuro.

Alejandro acude a Corinto y allí toma parte en el certamen que se celebraba por los Juegos Ístmicos. Los corintios le invitan a dirigir el certamen. Acudió él y ocupó la presidencia. A él se presentaban entonces los participantes y los vencedores eran coronados por Alejandro. E incluso él daba las recompensas a los que habían competido victoriosamente.

Entre los atletas había uno, un hombre extraordinario, tebano por su familia, llamado Clitómaco, que se había inscrito para la palestra, el pancracio y el boxeo, en las tres pruebas. Ya en el estadio, en los combates de palestra, por medio de muy hábiles y variadas presas de lucha, derribó a sus adversarios, de tal modo que obtuvo el elogio de Alejandro. Al presentarse a recibir la corona de la palestra, le dijo Alejandro:

—Si vences también en los otros dos concursos en los que te inscribiste, te impondré las tres coronas y te concederé cualquier petición que me hagas.

Como resultó vencedor también en el boxeo y el pancracio, además de la palestra, llegó ante Alejandro para recibir las tres coronas.

El heraldo le preguntó:

—¿Cómo te llamas y de qué ciudad eres, para proclamar tu nombre?

Contestó:

—Me llamo Clitómaco, y no tengo ciudad patria.

El rey exclamó:

—¡Ah, valiente! Tú, que en esa situación eres un atleta famoso, vencedor en el mismo estadio de las tres competiciones: de la palestra, el boxeo y el pancracio, ¿tras de ser coronado por mí con las coronas de acebuche, careces de una ciudad patria?

Respondió Clitómaco:

—La tenía antes de ser rey Alejandro, pero por la acción del rey Alejandro perdí mi patria.

Comprendiendo Alejandro lo que quería decir y lo que iba a pedirle, le dijo:

—¡Que de nuevo se funde Tebas para honor de los tres dioses, Hermes, Heracles y Polideuces, para que sea por mi propio don y no por tu petición!

Y así se cumplió el oráculo de Apolo:

«Hermes, Alcides y el boxeador Polideuces, los tres en competición atlética, te fundarán de nuevo, Tebas.»

[1] Este breve prólogo sobre la fama de Alejandro falta en la versión de *A*. En su lugar nos encontramos con un elogio, en estilo retórico, de la sabiduría de los egipcios. Las líneas iniciales de *A* dicen así:

«Los sapientísimos egipcios, descendientes de los dioses, que han calculado las dimensiones de la tierra y han amansado las olas del mar, que han trazado las mediciones del río Nilo y establecido la posición de los astros en el cielo, han transmitido al mundo el poder dominador de la inteligencia, la invención de la capacidad de la magia.

Cuentan, pues, que Nectanebo, el último rey de Egipto, después del cual Egipto decayó de su anterior dignidad, dominaba todas las cosas con su poderío mágico. Todos los elementos cósmicos se sometían a él, a su palabra…»

El texto enlaza luego con el nuestro, para relatar la historia de Nectanebo.

En estas líneas hemos traducido algo libremente la expresión de «el poder dominador de la inteligencia». El texto griego es incierto. Otra versión posible es: «el imperio por dominio del *lógos*». Pero la palabra *lógos,* que utiliza el griego, es intraducibie en toda la amplitud de su campo semántico. La misma palabra *lógos* se usa un poco después, al decir que «todos los elementos cósmicos se sometían a él, a su lógos». La idea de que la *heúresis magikēs dynámeōs,* «el hallazgo o invención del poderío de la magia», resulta lo más notable de la ciencia del sabio Egipto, es un dato que indica la mentalidad del autor de este relato tan atento a los prodigios y maravillas.

La historia de Nectanebo, que comienza aquí y concluye en I, 14, es una novela breve de tipo «milesio», adosada a la trama general, al estilo de esas novelas cortas o narraciones menores que suelen intercalar, a modo de episodios diversos, otros novelistas. Sobre su interés ya hemos tratado en el prólogo. (Cf. B. E. PERRY, «The Egyptian Legend of Nectanebus», en *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 97 (1966), 327 y sigs.)

[2] La *lecanomancía* o «adivinación por lebrillo» era un método de profetizar el futuro, mediante la observación e interpretación del movimiento del agua en la vasija y de las formas que sobre el agua adoptaban otros líquidos, generalmente el aceite. En la antigüedad era un procedimiento bastante divulgado. (Cf. W. R. HALLIDAY, *Greek Adivination,* Londres, 1913, capítulo VIII (reed., 1967).) Aún en la actualidad se le recuerda. P. ej., en *El otoño del patriarca* (Barcelona, 1975) de G. García Márquez se nos cuenta que el protagonista conoce su futuro así: «lo sabía desde una tarde de los principios de su imperio en que recurrió a una pitonisa para que le leyera en las aguas de un lebrillo las claves del destino que no estaban escritas en la palma de su mano, ni en las barajas, ni en el asiento del café, ni en ningún otro medio de averiguación, sólo en aquel espejo de aguas premonitorias, donde se vio a sí mismo muerto…» (págs. 86-87).

La descripción que se nos da de las prácticas de Nectanebo excede la lecanomancía propia. Es una mezcla de adivinación y de magia a distancia. (Cf. GANSZYNIEC, *RE,* 12, 2, 1885). Instrumentos de acción mágica son su manto de profeta, el báculo y las fórmulas de encantamiento, además de las figurillas representativas.

La denominación de «profeta» corresponde a un título concreto y a un rango elevado en la jerarquía sacerdotal egipcia.

[3] En esta expresión de «los *supuestos* dioses», como en alguna otra similar (p. ej., en I, 3, «*el que llamaban su dios*»), encontramos una cauta reserva de influjo cristiano.

[4] Se usa aquí la palabra latina *exploratores.* Tropas con esa específica denominación y función comenzaron a utilizarse en época del Bajo Imperio.

[5] Hay una amplia variación entre los nombres de los pueblos que dan unos y otros manuscritos, como es frecuente en nuestro texto en estas listas de nombres propios. (Así *A* comienza enumerando a los escitas, los árabes, los sirios, los caldeos, los mesopotamios, etc. Más tarde, en I, 3, se nombra, más justamente, a lo persas. Los pueblos aquí relacionados pertenecen en su mayoría a tribus vecinas del Mar Negro y del Caspio. Se supone que esta lista puede estar en relación con la enumeración de victorias de algún emperador romano en esa zona, concretamente con las de Aureliano (cf. la *Historia Augusta: Aurelianus* 33, 4), según nota VAN THIEL.

[6] Pelusio, situado en la boca más oriental del Nilo, era el puerto egipcio fortificado y fronterizo más cercano a Asia. Por él escapa Nectanebo, previamente disfrazado, con el vestido de lino y el cráneo rasurado y sin barba, como un sacerdote egipcio.

[7] Esta alusión al regreso del faraón rejuvenecido, es decir, en la figura de su hijo Alejandro, es una forma de expresar la idea de la reencarnación del viejo rey desposeído en el nuevo soberano victorioso; supuestamente un extranjero, pero en realidad descendiente directo y heredero legítimo del trono, rediviva personificación del faraón exiliado por los invasores persas, y su vengador. Este rasgo mítico del origen egipcio de Alejandro —que pudo favorecer la propaganda real por ser a la vez grato a los nacionalistas egipcios— es probablemente el elemento más antiguo en la trama novelesca sobre la desaparición de Nectanebo y su reaparición en la capital de Macedonia.

El santuario del Serapeo, y su dios Sérapis, fueron muy favorecidos por los monarcas helenísticos. Fueron los Tolomeos quienes hicieron de esta divinidad, sincretizada con el Zeus helénico, el primer dios de Egipto. En *A,* en cambio, los sacerdotes egipcios consultan a «Hefesto, el abuelo de los dioses», y éste es quien da el oráculo acerca del regreso del rey huido, que, «después de despojarse de su figura de anciano y de dar la vuelta al mundo, volverá joven a la tierra de Egipto». (El dios griego Hefesto corresponde al egipcio Ptah. Cf. más adelante, nota 59.)

[8] Los llamados «magos» son, en principio, sacerdotes persas. Más tarde esta denominación se extendió a los que practicaban la magia en general. Este paso se ha cumplido ya en la época de redacción de *A,* donde Nectanebo confiesa: «Soy por excelencia profeta egipcio, y además mago astrólogo.» En *A,* Olimpíade saluda a Nectanebo como: «excelentísimo matemático», mientras en nuestro texto sólo se refiere a él como «profeta».

De los demás tipos de adivinos enumerados aquí por Nectanebo —las otras recensiones introducen algunas variantes—, los más curiosos son, seguramente, los profetas «ventrílocuos» *(engastrímythoi),* en cuyo vientre se dejaba oír una voz oracular, de origen divino.

En *A* la entrevista de la reina Olimpíade y de Nectanebo tiene un matiz erótico más explícito. Así se nos dice que él «vio que la belleza de la reina era más radiante que la luna, y como era extraordinariamente aficionado a las mujeres, sintió aguzarse su entendimiento bajo la influencia del deseo amoroso…».

[9] Esta singular tablilla de simbolismo astrológico tiene algunos paralelos en las descripciones de los antiguos. Cf. F. BOLL, W. GUNDEL, *Sternglaube und Sterndeutung,* Leipzig, 1931 (4.ª ed.), páginas 196 y sigs. (Reed. Darmstadt, 1966.)

El *horóscopos* es la estrella ascendente en el momento del nacimiento de una persona.

Sobre la relación entre los «magos», los «matemáticos» (llamados también «caldeos») y la especulación astral, puede verse el interesante libro de J. GAGÉ «*Basileia». Les Césars, les rois d'Orient et les* «magas», París, 1968. (Sobre la contribución de los *magoi* de Egipto a la *Novela de Alejandro,* en el siglo III, trata especialmente en págs. 275-76.)

10 Amón, el dios egipcio, fue también identificado en el sincretismo religioso helenístico con Zeus. A él le estaba consagrado el carnero; y el dios aparece con los cuernos en espiral de ese animal, adosados a las sienes, y con un aspecto patriarcal, en las representaciones de la época. Su cabellera y su barba son grises a veces (cf. I, 8), como corresponde a su edad, o doradas, siendo el oro el metal simbólico de la divinidad. El oro y los cuernos de carnero tienen además un simbolismo solar característico.

La vinculación de Alejandro con este dios, de quien se consideraba descendiente, es bastante compleja. El dato antiguo más notable es su famosa visita al santuario de Amón en Libia. El disfraz de Nectanebo como Amón nos presenta en forma profana y novelesca la creencia mítica de la visita de un dios a una mortal, noble y joven, para engendrar en ella a un héroe. Alejandro, después de su coronación, se hizo proclamar hijo de Amón, y luego se identifica con este dios; aunque es difícil discernir lo que hay de político y la parte de auténtica religiosidad en la progresiva deificación del monarca macedonio.

Sobre el culto a Alejandro divinizado en Egipto, véase el libro de P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria,* Oxford, 1972, páginas 213 y sigs. (Sobre la *Vita Alexandri* y su creación en Alejandría, cf. *ibid.,* págs. 676-683.)

Cf. J. FERGUSON, *The Religions of the Roman empire,* Londres, 1973, con bibliografía.

11 En *A* Nectanebo anuncia a Olimpíade que verá al dios primero en forma de serpiente y luego en varias metamorfosis: «se transformará en el cornudo Amón, en el vigoroso Heracles y en Dioniso, el portador del tirso; y, finalmente, el dios se te mostrará al acudir a ti en forma humana, con mis propios rasgos». (*A* subraya ya aquí la vinculación de Alejandro con esos tres dioses: Amón, Heracles y Dioniso, que volveremos a encontrar.)

El «manto color de serpiente», probablemente un dato antiguo y original, puede recordar esas metamorfosis que nuestra recensión no nombra, como si el dios, al aparecer en forma humana, guardara sobre sí un vestigio de su piel de ofidio.

Dioses griegos, como Apolo y Asclepio, podían aparecer también bajo esa forma. Algunos encantadores, como el famoso Alejandro de Abunutico, del que trata Luciano (en su diálogo *Alejandro o el falso profeta*), utilizaban serpientes amaestradas para sus trucos de efecto. Plutarco (*Vida de Alejandro* 2, 5) cree que esta leyenda sobre la relación de Olimpíade con una serpiente puede provenir de su papel como bacante en ritos órficos y dionisíacos, donde las mujeres expertas actuaban manejando grandes serpientes domesticadas. En Egipto la serpiente puede asumir también un carácter divino, y figura en los símbolos del poder real. Por otra parte, recuérdese el marcado carácter ctónico del animal y el perenne simbolismo sexual que parece latir en esos sueños con serpientes.

12 Todos esos signos mencionados encajan bien en la leyenda de Alejandro: el oro, el sol y la lanza (que equivale al cetro, pero añade su carácter belicoso al significado regio) son símbolos manifiestos. De la cabeza de león como emblema

del valor podríamos decir lo mismo; el rostro de Alejandro tendrá aspecto leonino. El halcón era considerado por los egipcios como portador de sueños (ELIANO, *Historia de los animales* 11, 39). También como la encarnación animal del faraón. En muchas representaciones el halcón —símbolo de Horus— extiende sus alas sobre él.

13 En Egipto el huevo es un símbolo del universo, creado por Atum en forma de un huevo primigenio —como en ciertas cosmogonías órficas, y en la parodia aristofánica de las *Aves*—. La serpiente es un símbolo del poder real, y en la forma estilizada del *ureus* la porta el faraón en su diadema, como insignia regia.

14 Esta impresionante y pintoresca escena del parto de Alejandro, retenido hasta el momento oportuno, tiene en la redacción de *A* un colorido mítico que nuestro texto no conserva. Por el contrario, el redactor de esta versión ha procurado reflejar mejor el dramatismo de la situación, prescindiendo de las alusiones mitológicas un tanto eruditas de *A* (cuyo texto conservamos muy corrupto en este pasaje).

15 No sabemos nada de este hijo anterior, ya muerto, de Filipo, ni de su madre. El que el nacimiento de un gran personaje venga señalado por fenómenos atmosféricos —muestra del favor divino y de la simpatía cósmica— es un tópico de la historiografía popular. Plutarco (*o. c.* 3, 3) refiere que el nacimiento de Alejandro coincidió con el incendio del famoso templo de Ártemis en Éfeso.

16 El aspecto leonino de Alejandro está atestiguado por los historiadores. No así la asimetría de sus facciones, rasgo que revelaba, según creencia antigua, un poder demoníaco. La descripción fisiognómica, muy apreciada en la época, ofrece aquí un ejemplo pintoresco. En *A,* los ojos de Alejandro son «uno, blanco, y otro, negro».

17 Existen notables variaciones en los nombres de los educadores y maestros de Alejandro. Nuestro texto trasmite corrupto el nombre de su nodriza, que fue «Lanica, hermana de Clito (apodado) el Negro». Hay fluctuaciones en algunos nombres: p. ej., según *A,* su maestro de retórica fue Aristómenes de Atenas; nuestro texto nombra, más correctamente, a Anaxímenes. En señalar a Aristóteles como su maestro de filosofía suelen coincidir (aunque *A* lo nombra Aristóteles de Mileto). Aristóteles fue, efectivamente, su preceptor en el año 343/42. Su relación con Alejandro se vio muy comentada por la leyenda como paradigma de la relación pedagógica entre el tutor sabio y el joven rey. (Cf. M. BRÖCKER, *Aristoteles als Alexanders Lehrer in der Legende,* tesis, Bonn, 1966.) Esta relación, que aún en la Edad Media dará lugar a la invención de nuevas anécdotas, sirve de base a la famosa «Carta de Alejandro a Aristóteles sobre las maravillas de la India».

La lista de estos maestros procede, según Valerio y el texto de la traducción armenia, de Favorino, escritor contemporáneo de Adriano, de su obra en griego *Pantodapai historíai* («Miscelánea histórica»). Es éste un dato que, admitido por el consenso general, sirve para señalar una fecha *post quem* de la redacción de nuestra obra.

18 La alusión a la astronomía, como culminación de la ciencia adquirida por Alejandro, es propia de nuestra redacción. La conservarán las refundiciones medievales, y en el *Roman d'Alexandre* se agregarán a estos conocimientos otras enseñanzas de la época, como el saber jugar al ajedrez y el tratar con cortesía a las damas.

[19] A Bucéfalo, caballo salvaje e indómito, se le adjudica aquí esta extraña faceta de comer carne humana. Caballos antropófagos conocían ya los griegos en algún mito, como el de los caballos del rey tracio Diomedes, que, como castigo divino por su salvaje trato, acabaron por devorar a su propio dueño.

[20] El número de doce años puede tener una significación mítica. A esa edad revela también Jesús (según el *Evangelio* de Lucas y el de Tomás) su naturaleza divina.

[21] «Padre», en griego, ya desde Homero, es un apelativo cariñoso referido a cualquier hombre de edad. También «hijo» es, paralelamente, un término afectivo, sin más. Pero aquí el autor juega, irónicamente, con los dos significados, el más estricto y el afectivo, de tales términos.

El episodio de la muerte del astrólogo al caer en un pozo está montado sobre la conocida anécdota que se refiere de Tales (Platón, en *Teeteto* 174 a; Dióg. Laercio, I, 34; Esopo, 40 HAUSRATH).

A ella se agregan otros dos motivos míticos: el del viejo rey que muere a instancias del joven hededero —aunque sea inintencionadamente, como el caso de Egeo al regreso de Teseo—, y el del adivino, que ha previsto su propia muerte, pero no puede evitarla —como Anfiarao y Mopso en sus respectivas leyendas—.

[22] Esta comparación mítica —sólo en cierto aspecto oportuna, puesto que Alejandro no saca a su padre vivo de ninguna Troya— es un «feliz» hallazgo del redactor de la versión *B.*

[23] Un *thauma,* maravilla digna de asombro, bien subrayado por nuestro redactor (la observación falta en *A*). Eran muy del gusto de la época, de estos primeros siglos de nuestra era, este tipo de anécdotas que se coleccionaban en breves obrillas tituladas genéricamente *Parádoxa.*

[24] *Bouképhalos,* del gr. *bous* y *kephalé.* Era corriente marcar a los caballos en la grupa, aunque en el caso de Bucéfalo parece tratarse de una mancha natural.

[25] Sobre la leyenda de Bucéfalo, cf. A. R. ANDERSON en *American Journal of Philology* 51 (1930), 1 y sigs. Frente a esta versión de la doma sorprendente y maravillosa de su caballo, está la tradicional (de Plutarco, en *o. c.* 6), según la cual Alejandro logró vencer la resistencia del caballo, que se asustaba de su propia sombra, colocándolo de cara al sol.

[26] Todo este episodio de la carrera de carros en Olimpia está inventado por el autor de esta novela, sobre la base de una frase anecdótica de Alejandro (Plutarco, *o. c.* 4, 10) que afirma que él competiría en Olimpia si sus oponentes fueran reyes. En realidad, los conductores de los carros eran aurigas profesionales, mientras que los que recibían los premios y eran proclamados vencedores eran los dueños de las caballerías, que sí que eran aristócratas y reyes de diversas comarcas griegas, en la época clásica.

En todo el episodio se deja notar el estilo del autor, al dramatizar la acción mediante el diálogo, y por su regusto popular. La pasión de los alejandrinos, y los romanos, por las carreras de caballos, así como su conocimiento de los trucos de los cocheros para obtener la victoria, han favorecido la creación de esta escena.

[27] Juego de palabras entre el nombre griego de *Nicolaos* y el verbo «vencer» (gr. *nikáo*). Se repite al final de I, 19.

[28] Expresión proverbial. Cf. Hesíodo, *Trabajos* y *Días* v. 265.

[29] El redactor de *B* ha sustituido el nombre de Átalo (que puede leerse en *A,* según conjetura de Müller) por el de Lisias, que es, en *A, el del bufón* (*gelotopoiós*) que con sus palabras desencadena la violenta escena siguiente. El episodio tiene un núcleo histórico (en la boda de Filipo con la sobrina de Átalo) y está referido por Plutarco (*o. c*. 9, 3, y sigs.). Pero el novelista ha variado completamente el final del mismo, para conceder mayor gloria a Alejandro, como reconciliador de sus padres en una escena moralizada y falsa.

[30] Las comparaciones mitológicas son una de las debilidades de nuestro autor. Aquí mezcla dos escenas bien famosas, de las que probablemente conociera alguna representación plástica: la batalla de centauros y lapitas en las bodas de Pirítoo, y la venganza de Ulises. Ambas escenas están un poco traídas por los pelos. (Otras alusiones mitológicas en I, 10; I, 13; I, 14; I, 15; I, 42; III, 2; III, 28.)

[31] Juego de palabras entre *Lysias* y *diá-lysis,* «separación».

[32] Filipo destruyó la ciudad de Metona en 354. En el 340, mientras Filipo hacía una campaña contra Bizancio, Alejandro, al frente de un ejército como regente de Macedonia, a sus dieciséis años, conquistó la ciudadela de los medenses (gr. *maídoi*) (cf. Plutarco, *o. c.* 9, 1). Es probable que el novelista confunda ambas noticias y las altere a su gusto.

[33] Este encuentro con los emisarios del rey de Persia se basa en una anécdota antigua (cf. Plutarco, *o. c.* 5, 1). El rey de Persia, como señor del universo, exige de los demás un tributo por la tierra que poseen en usufructo, pero que sólo a él pertenece por derecho divino. En la época en que se sitúa esta charla aún no reinaba en el trono persa Darío, que subió a él en 336, el mismo año en que comenzó a reinar Alejandro.

Es probable que el germen de este episodio esté en la narración de Heródoto (V, 17-20), donde se cuenta que, antes de la invasión de Jerjes, los enviados persas solicitaron del rey de Macedonia, Amintas, tierra y agua como señal de acatamiento. Amintas obedeció a sus requerimientos. Luego solicitaron la presencia de las mujeres de la corte en el banquete, y al intentar propasarse con ellas, el joven hijo de Amintas, llamado precisamente Alejandro, intervino para negarse a sus abusos y los hizo matar.

[34] Una libra romana (gr. *litra*) = 327,5 gramos, que equivalía a 72 piezas de oro en el Bajo Imperio.

[35] Invención de la recensión *B.* Posible influencia de II, 17.

[36] Todo este episodio un tanto romántico es una creación del novelista sobre el dato generalmente transmitido de la muerte violenta de Filipo, asesinado por el joven Pausanias, noble macedonio, en un acto de venganza, cuando se dirigía a una fiesta en el teatro con ocasión de la boda de su hija Cleopatra con Alejandro de Epiro, hermano de Olimpíade, en el 336.

[37] La profecía de Amón tiene una aplicación doble: la inmediata que aquí le da Filipo, considerándose padre de Alejandro, y la de vengador del exilio de Nectanebo, al expulsar de Egipto y someter a los persas. (El relato de la muerte de Filipo está mucho más desarrollado en *A,* con otros detalles.)

38 El número de las tropas varía según los manuscritos y la suma total no es exacta.

En la recensión *A* faltan los capítulos sigs. (27-29).

39 La destrucción de Tebas se contará más tarde de nuevo (I, 46), aunque éste parecía lugar más propio para hacerlo. El flautista Ismenias vivió en la primera mitad del siglo IV y su maestría se hizo proverbial.

40 El talento era la mayor unidad monetaria de la antigüedad. Es difícil calcular su correspondencia actual. En época clásica el talento de plata ateniense equivalía a 60 minas, es decir, a 6.000 dracmas áticas. El oro valía, en tiempos de los Tolomeos, doce veces más que la plata. Según Plutarco (*o. c.* 15, 12), Alejandro contaba en los comienzos de su campaña con sólo 70 talentos (según noticia tomada de Aristóbulo) y adeudaba 200 (según noticia de Onesícrito).

Las cifras de nuestro texto son una invención fabulosa de nuestro novelista, que no tiene reparos para imaginar enormes cantidades de oro. Como de costumbre hay variaciones en las distintas recensiones. (Valerio da la cifra de 60 talentos, y *A,* de 70, de acuerdo con la noticia de Aristobulo.)

41 Diodoro (17, 17, 2) cuenta la misma anécdota.

42 Como se ve, al autor le interesan menos las batallas que las anécdotas y *parádoxa.* En este caso parece tratarse de un hecho real: junto al monte Clímax, en Licia, podía cruzarse a pie una extensión marina cuando soplaba el viento del norte. Esto sucedió en ocasión de la llegada de Alejandro y fue considerado un suceso milagroso (Arriano, 1, 26; cf. Calístenes, *F. Gr. Hist.,* 124 F 31).

43 El texto de *A* es más explícito: «Los generales de los romanos, por mediación del general Marco Emilio, le envían la corona de Zeus Capitalino entretejida de perlas, con estas palabras: "Te coronaremos, Alejandro, cada año con una corona de oro de cien libras de peso…".»

Traduzco unas líneas de la introducción de VAN THIEL (página XVIII) que me parecen resumir muy bien la significación del pasaje:

«Algunos elemenos del cap. I, 29, que nuestro autor ha alterado con gran libertad, proceden igualmente de su fuente histórica. En Memnón de Heraclea (*F. Gr. Hist.,* 434 F 18, 2) leemos: "Cuando Alejandro se disponía a cruzar a Asia Menor, escribió a los romanos que debían o vencerle, si podían, o someterse al más fuerte. Entonces los romanos le enviaron una corona de oro por valor de 100 talentos." Algo así debía relatar nuestro historiador (del que toma su esquema el novelista).

El nombre de Marco Emilio, que éste introducía, apunta intencionadamente a Paulo Emilio, el vencedor de Pidna, y la historia entera se ha inventado en una época en que la supremacía de los romanos pesaba gravemente sobre los estados de los diádocos, es decir, que Alejandro se comportaba frente a los altivos romanos del mismo modo como ellos estaban acostumbrados a tratar a sus súbditos.»

Por otra parte, algunos historiadores hablan de una embajada de los romanos que se presentó a Alejandro en Babilonia (Arriano, 7, 15, 5); y nos cuentan que Alejandro, tras conquistar el Oriente, planeaba someter luego a Cartago, Sicilia y Roma (Arriano, 7, 1, 3).

44 El novelista, después de haber llevado a Alejandro hasta Cartago, encuentra natural colocar aquí, en la marcha por el norte de África hacia el Este, la visita del

joven rey al santuario libio de Amón, en el oasis de Siwa. La mención de la isla de Proteo, es decir, la de Faro, como lugar de cita para el reencuentro con su flota, es un tanto proléptica. Alejandro descubre la existencia de esta isla más tarde (I, 32).

45 Según Plutarco (*o. c.* 26, 3), cuando Alejandro pensaba en fundar una gran ciudad en el norte de Egipto, tuvo en sueños la visión de un anciano de venerable aspecto (Homero o Proteo) que le recitó los versos de la *Odisea* IV, 354-5:

*Hay más allá una isla en el resonante mar,*

*ante la costa de Egipto. Y la denominan Faro.*

El oráculo de Amón es más complicado (y se repite luego en I, 33). Amón, dios solar y profético, se identifica con Febo Apolo. Eón Plutonio significa Sérapis, dios de ultratumba que los griegos identificaron con Plutón (cf. Plutarco, *Sobre Isis y Osiris* 27) y, en un sincretismo de carácter filosófico más abstracto, con Eón (gr. *aion*), dios de la totalidad y la eternidad, de origen persa. Las cinco colinas se refieren a los cinco elementos cósmicos de la religión persa, o tal vez a las cinco partes de Alejandría.

46 El nombre de esta población era *Paraitonion* (hoy Marsa Matruch), un puerto en la frontera occidental de Egipto con Libia. En el camino hacia el santuario de Amón, que dista 230 kilómetros de Alejandría. El autor de nuestro relato no desaprovecha la oportunidad de inventarse una etimología casual. De su afición a estas explicaciones etimológicas hay otros ejemplos (I, 22; I, 31; I, 32; I, 35, etc.).

47 Es decir, no se trata de la ciudad de Hermes *(Hermou pólis),* sino de «la ciudad del puerto de atraque» *(hormou polis).* La etimología es falsa. Hermúpolis es el puerto actual de Damanbour.

48 La *chora alexandreon* o comarca de Alejandría. En *A* toda esta descripción geográfica es mucho más extensa y con más topónimos. El autor de la narración, que es alejandrino, se mueve aquí entre unos términos geográficos bien conocidos, por una vez. Esta descripción geográfica de Alejandría y su comarca posee cierto interés histórico. Es difícil comentarla aquí en detalle. Cf. VAN THIEL, *o. c.,* págs. 175 y sigs., quien, a su vez, remite a A. CALDERINI, *Dizionario dei nomi geografici e topografici dell'Egitto grecorromano,* El Cairo, 1935, y a A. ADRIANI, *Repertorio d'arte dell'Egitto Greco-Romano,* serie C, vols. I-II, Palermo, 1963, 1966. Cf., además, P. M. FRASER, *o. c.*

49 Cleómenes y Nomócrates fueron, efectivamente, los que dirigieron la construcción de la nueva ciudad. La discusión sobre las proporciones justas de la *pólis* era un tema que preocupaba a los griegos desde antiguo, y en Aristóteles (en la *Política* VII, 4, y en otros lugares) lo hallamos tratado con seriedad. Las grandes ciudades del período helenístico iban pronto, sin embargo, a crecer de un modo desmesurado. Aunque el motivo político principal en que se basaban los antiguos teóricos, el de la participación personal en el gobierno democrático de la *pólis,* había dejado ya de tenerse en cuenta.

50 *Dracon* y *Agathodaímon* eran los nombres de los dos grandes canales de Alejandría, que, con modificaciones, aún subsisten. Eúforo y Melantio debían de ser los nombres de dos distritos de la ciudad. El que dirigió la construcción de canales subterráneos fue Crates de Olinto (aquí alterado en Cártero). Las explicaciones de los nombres están inventadas. «Hipónomo» significa, simplemente, en griego, «canal subterráneo».

[51] Ya en la *Odisea* IV, 349 y sigs., se habla de Faro como lugar de residencia de Proteo, viejo dios marino de raudas metamorfosis. En época helenística el culto a este viejo dios pudo cargarse de nuevas connotaciones, haciendo de él una divinidad originaria en el proceso cósmico.

Por otra parte, el hallazgo de su tumba garantiza la protección del *héroe* enterrado sobre la vecina ciudad, fundada junto a su santuario.

[52] La anécdota es antigua (cf. Plutarco, *o. c.* 26, 5 y sigs.; Arriano, 3, 2, 1 y sigs.). Plutarco dice que emplearon harina al no tener a mano yeso.

[53] Alejandría fue dividida, efectivamente, en cinco distritos, denominados con las cinco primeras letras del alfabeto griego. La etiología aquí dada es pura invención.

[54] Las serpientes son una aparición metamórfica de los genios tutelares de las casas. El *agathós daímon* de la mansión asume la figura de serpiente para penetrar y habitar en ella. En Egipto las serpientes eran veneradas por tal motivo. Además de los cultos privados al «buen demonio» particular, existía la fiesta pública del *Agathós Daímon,* celebrada en 25 de Tybi (enero).

[55] El «multiforme animal» es Cerbero, el infernal perro de tres cabezas, que en el tardío helenismo se asoció al culto de Sérapis. Zeus y Hera equivalen a Sérapis e Isis. El Heroon y el Serapeo fueron dos grandes templos de Alejandría. El emplazamiento de este último es bien conocido por las excavaciones arqueológicas, que han descubierto los fundamentos de su gigantesca construcción.

[56] En nuestra recensión se ha perdido, o expresamente eliminado, una parte de esta historia. Traducimos el texto de *A,* para suplir la laguna:

«Alejandro preguntó de quién eran los obeliscos. Le contestaron: “Del rey emperador del mundo, de Sesoncosis.” En caracteres hieráticos está grabada esta inscripción: “El rey de Egipto, Sesoncosis, emperador del universo, los erigió en honor de Sérapis, dios manifiesto del universo.”

Dijo entonces Alejandro, con la mirada dirigida hacia el dios: “¡Magnífico Sérapis, si tú eres el dios del universo, muéstramelo!”

Se le apareció en sueños el magnífico dios y le dijo: “¿Te has olvidado, Alejandro, de lo que dijiste al ofrecer tu sacrificio? ¿No dijiste entonces: “Quienquiera que seas que velas providentemente sobre la tierra y que con tu mirada abarcas el universo ilimitado, acéptame este sacrificio y sé mi auxiliador en los combates”, y al instante descendió en vuelo un águila y arrebatando las vísceras las depositó en mi altar? ¿No te era posible inducir que yo soy el dios que vela providente sobre todas las cosas?”

Y en sueños interpeló Alejandro al dios y le dijo: “¿Va a perdurar con mi nombre esta ciudad de Alejandría que acabo de fundar, o cambiará este nombre mío por otra denominación en tiempos de otro rey? Revélamelo.” Entonces ve que el dios le da la mano y lo transporta junto a una enorme montaña y le dice:

“Alejandro, ¿puedes cambiar de lugar esta montaña?” Soñó que él respondía: “No puedo, señor.” Y el dios le dijo: “Del mismo modo tampoco tu nombre puede ser transferido por la denominación de otro monarca. Sino que Alejandría aumentará en bienes, y sobrepasará y favorecerá a las ciudades de origen más antiguo que el suyo.”

Alejandro dijo: “Señor, revélame además esto, cuándo y cómo voy a morir.”

El dios contestó:

“Es sedante, hermoso y noble, que quien nació mortal ignore cuándo se va a encontrar el término fijado a su vida. Los que son mortales desconocen en su interior que es inmortal la vida multiforme, mientras se mantengan ignorantes de las desgracias. Piensa también tú que eso precisamente es lo más hermoso y no pretendas conocer de antemano el futuro. Pero ya que tú me interrogas deseoso de conocer el porvenir, te es concedido enterarte en resumen de esto: Tú, que has venido joven a mis dominios, someterás a todas los tribus de los bárbaros…”.»

El texto de *A* presenta luego algunas lagunas y enlaza con el de nuestra redacción en lo fundamental. Es probable que el redactor de *B* haya suprimido el párrafo que acabamos de traducir por parecerle inoportuno la glorificación de Sérapis como dios omniprovidente. Me parece probable que, desde su perspectiva cristiana, el redactor tardío prefiera dejar las alusiones a la Providencia en un tono un tanto ambiguo.

La alusión a Sesoncosis, el gran conquistador egipcio, como precursor de Alejandro en su papel de «emperador del universo» (gr. *Cosmocrátor*), se repetirá más adelante. Seguramente el autor alejandrino del relato conoce la leyenda sobre este faraón, desarrollada en Egipto desde mucho tiempo atrás (Heródoto, II, 102-110) y que vino a parar en cierta *Novela de Sesoncosis,* que conocemos, por restos papiráceos, muy fragmentariamente. De Sesoncosis nos habla también Diodoro, 1, 35 y sigs., que toma sus datos de Hecateo de Abdera, un historiógrafo novelesco de la época de Tolomeo I. Según Diodoro (5, 55, 3), Sesoncosis había llegado, en su expedición a la India, más allá que Alejandro. Sesoncosis es, según la tradición, el fundador del culto de Sérapis; Alejandro, su restaurador. Como advierte VAN THIEL, la idea del «imperio mundial» no es griega; sí, en cambio, típica en Egipto.

La profecía sobre el futuro de Alejandro y la gloria de Alejandría (es decir, a partir de «Es sedante, hermoso y noble») está, en *A,* en trímetros yámbicos. (Se conservan 40 versos).

57 Como es bien sabido, los griegos utilizaban sus letras para la notación numérica. Así que es fácil resolver este enigma: 2 veces 100 = 200 = Σ = (S); 1 = A; 100 = P = (R); otra vez A; 4 veces 20 = 80 = Π = (P); 10 = I; y la primera letra = Σ(S) = S A R A P I S.

58 *A* agrega que Alejandro, tras celebrar otros sacrificios al dios, hace construir el Serapeo en su honor para albergar su estatua convenientemente. Cita unos versos de Homero (*Ilíada* I, 528-530), que no tienen probablemente otro sentido que subrayar la semejanza entre Sérapis y el Zeus griego en su venerable aspecto, y concluye: «Así, pues, Parmenisco edificó el llamado Serapeo de Parmenisco.» (Sobre el culto de Sérapis, cf. L. VIDMAN, *Isis und Sarapis bei den Griechen und Römern,* Berlín, 1970.)

59 El texto dice que Alejandro se dirige a Egipto, tras abandonar Alejandría. Esta ciudad, fundación griega, quedaba al margen del Egipto auténtico, cuya capital histórica era entonces Menfis, tradicional sede de la coronación de sus reyes en el delta del Nilo. El dios Hefesto —a quien ya se menciona en *A* cuando la consulta sobre Nectanebo— es, simplemente, la versión griega del egipcio Ptah, patrón, como el dios heleno, de los artesanos. Como dios soberano de la ciudad de Menfis, presidía la coronación de los faraones. Demiurgo universal, había modelado el mundo en su creación. Se le representaba en figura de dios anciano.

60 El gesto de Alejandro al abrazar la estatua de Nectanebo reproduce un momento del ceremonial egipcio de la coronación, en que el faraón recién

designado abrazaba a su antecesor. Por otra parte, la alusión de Alejandro a «los inexpugnables muros» de Egipto puede entenderse, creo, metafóricamente, referida al aislamiento geográfico natural del país. De otro modo habría que pensar que Alejandro se refiere a Egipto, erróneamente, como una *polis,* del mismo modo que en nuestro texto se hace luego con Persia (II, 13; II, 14). Pero el error sería más raro en este caso, ya que el autor de nuestro texto conoce bien Egipto.

61 Los «catafractos», caballeros acorazados, que con su completa armadura preludian a los caballeros medievales, pertenecen a una época posterior a Alejandro. Este tipo de caballería fue desarrollado por los partos en sus encuentros con los romanos, y luego por los persas sasánidas. Ya en Carras (55 a. C), la intervención de los catafractos fue decisiva. Y en la guerra contra los persas de 322-3 d. C. las tropas romanas volvieron a experimentar sus temibles embestidas. Hombre y corcel cubierto de malla, arco y aljaba, pesado casco con visera, escudo redondo y lanzón formaban el arnés de estos guerreros, según nos los reproduce el célebre grafito de Dara, «la estatua del jinete de Taq-i-Bostan», en el arte sasánida.

62 La conquista de Tiro, tras un penoso asedio de siete meses, es una de las más arduas hazañas de Alejandro. La ciudad, establecida sobre una isla, era tenida por inexpugnable, hasta su caída en julio del 332.

Nuestro novelista invierte el curso de la marcha de Alejandro, ya que aquí sube desde Egipto a Siria, en lugar de su recorrido histórico a lo largo de la costa fenicia hacia Egipto. Gaza fue conquistada después de la caída de Tiro. Es probable que nuestro novelista invierta el orden de las noticias, tomadas de un historiador helenístico. Por otra parte, es muy característico del estilo de nuestro autor este episodio, en el que ha preterido todos los detalles poliorcéticos de la batalla famosa para destacar sólo unos detalles anecdóticos peregrinos.

63 Una curiosa advertencia, que hay que apreciar, teniendo en cuenta que el novelista nos pinta a Alejandro disfrazándose de mensajero propio ante Darío (II, 13-15), ante Poro (III, 3) y ante Candace (III, 19 y sigs.).

64 Aquí encontramos la primera de las cartas introducidas, con cierto desorden, en el relato. Es curiosa la soberbia con que aquí se expresa Alejandro, antes de enfrentarse con el rey de Persia. La carta contrasta con la moderación en el uso de títulos y sus irónicas contestaciones a las grandilocuentes expresiones epistolares de Darío, en las cartas siguientes.

65 Plutarco (*o. c.* 24, 8) cuenta este sueño de otro modo. Alejandro ve en sueños a un sátiro, que se burla de él, y al que tras algunos esfuerzos consigue capturar. Los adivinos interpretan el nombre del sátiro como alusión a la toma de Tiro, dividiendo *satyros* en *sa* (tuya) - *Tyros* (Tiro). A nuestro autor se le ha ocurrido la nueva relación del nombre de la ciudad con el del queso (en gr. *tyrós*). El juego de palabras es intraducibie, y su oportunidad un tanto dudosa.

66 Ésta es la primera carta de la serie intercambiada entre Darío y Alejandro, que formaban el núcleo de una narración novelesca epistolar, incorporada luego por nuestro novelista a su relato. Esta carta debía figurar, en todo caso, antes de la batalla de Gránico, no aquí, después de la toma y destrucción de Tiro. Sobre el trastrueque de las cartas, al incluirlas en su texto el Pseudo Calístenes, ha realizado un excelente análisis MERKELBACH en su obra ya citada. (Cf. págs. 84 y sigs. y *passim*).

67 Respecto de los regalos infantiles del látigo y la pelota, AUSFELD notaba que, según Justino (38, 9, 9), Demetrio II Nikator de Siria recibió del rey de los

partos Fraates unos dados de oro, con un sentido parecido al que aquí da Darío a sus presentes. MERKBLBACH señala que esta noticia puede darnos un *terminus post guem* para la narración epistolar.

En narraciones griegas posteriores, Darío envía además a Alejandro dos sacos de granos de mostaza, para indicar la incontable multitud de sus fuerzas. Alejandro toma un puñado de estos granos y los mastica, comentando que son muchos pero sosos. Y le replica con el envío de un saquito de granos de pimienta. Este añadido parece de claro sabor oriental.

68 Este episodio es una interpolación de *B,* un doblete de II, 8, y aquí rompe el curso de la narración.

69 Esta carta al general Escamandro (?) (acaso corrupción de Casandro) carece de sentido.

70 Doblete de I, 28, colocado allí con mejor tino.

71 Este milagro se produjo, según Plutarco (*o. c.* 15, 4), antes de partir hacia Asia, en Libetra, en la Pieria macedónica. La explicación del adivino en el texto de Plutarco es diferente: «Todos se espantaron ante el prodigio; pero Aristandro les exhortó a tener confianza, en el sentido de que Alejandro iba a realizar hazañas dignas de ser cantadas y celebradas, que darían mucho trabajo y sudor a los poetas y músicos que compusieron sus himnos» (cf. Arriano, I, 11, 2).

En lugar del nombre de Aristandro, nuestro novelista ha introducido al mítico adivino Melampo.

72 Esta antigua y famosa anécdota (Apotegma 78 STERNBACH) conoce algunas pequeñas variantes: en *A,* en lugar de «Agamenón» figura «Aquiles», que es probablemente lo correcto. Según un escolio al verso 357 del *Arte Poética* de Horacio, Alejandro habría prometido al poeta una pieza de oro por cada verso bueno y un tirón de orejas por cada verso malo, experiencia que el mediocre poeta no pudo resistir.

El asombro de Alejandro ante las reliquias de los héroes homéricos está sólo atestiguado por Pseudo Calístenes. La escena ante los restos de la Troya homérica es antigua. Plutarco (*o. c.* 16, 4) la cuenta de muy otro modo. Es probable que haya que contar con una laguna de nuestro texto. Valerio es el único que ha conservado una plegaria de Alejandro a su antepasado Aquiles (Por vía materna, Alejandro creía descender de su hijo Neoptólemo).

73 Nuestro autor mezcla y confunde algunos datos tomados de una fuente histórica. Alejandro pasó por Abdera al trasladar su expedición a Asia. (También las anécdotas anteriores deben situarse en esa época de los comienzos de su expedición, a la salida de Macedonia.)

74 «Los caldeos» está en lugar de «los calcidios» —en un error sorprendente por lo abstruso—, los habitantes de la península calcídica, cercana al Helesponto.

75 La anécdota es antigua, probablemente histórica; aunque su lugar no debe ser éste, sino en el regreso de Alejandro desde la India a Mesopotamia. Arriano (VI, 25, 1) la sitúa en la penosa marcha a través de Gedrosia.

76 Desde I, 45 hasta II, 6 se refiere en *A* (es decir, en las versiones más antiguas de la novela) el sometimiento de Grecia por Alejandro. El autor de la recensión β ha omitido esa parte del relato, seguramente —como observa VAN THIEL— para evitar en parte las desviaciones históricas del recorrido de Alejandro y, sobre todo,

porque en su época se había perdido el interés en el destino de las ciudades griegas de la Antigüedad.

La famosa destrucción de Tebas había sido referida ya en esta recensión brevemente, introduciéndola en un lugar correcto, en I, 27. Un grupo de manuscritos dependientes de β (*FLVλ*) vuelven a relatarla aquí. Se trata de otro doblete, como el del baño en el Cindo, en I, 41 y II, 8, y el de la lanza hincada en tierra en I, 28 y I, 42.

El capítulo 45 nos refiere un nuevo oráculo sobre el glorioso, futuro de Alejandro como conquistador. Traduzco a continuación el texto de *A,* interesante porque subraya una vez más la relación de Alejandro con Heracles:

«Pasando de largo junto a otras ciudades llegó hasta los locrios. Mientras allí descansaba su ejército, dejándolo por un día, se presentó en la comarca de los agrigentinos (¿?) [el texto está corrupto; sin duda, se trata de Delfos] y penetrando en el santuario de Apolo solicitó que la profetisa de Febo le vaticinara su futuro. Como ella le respondiera que el oráculo no emitiría profecía en su favor, Alejandro replicó lleno de cólera: "Si no quieres profetizar en mi favor, me llevaré yo sobre el hombro tu trípode, como se llevó Heracles el trípode parlante que había dedicado Creso, el rey de los lidios." Desde el fondo del templo surgió una voz hasta él: «Heracles, Alejandro, hizo eso como un dios frente a un dios; pero tú, que eres mortal, no rivalices con los dioses. Deja que tus hazañas sean divulgadas hasta el umbral de los dioses."

Después de haberse manifestado tal voz, dijo la sacerdotisa de Febo: «El propio dios te ha profetizado al llamarte con un nombre muy poderoso. Porque te ha gritado desde el fondo del templo: "¡Heracles, Alejandro!", indicando así de antemano que has de ser más fuerte que nadie en tus hazañas y que serás recordado en todos los tiempos.»

77 El flautista Ismenias (citado por este nombre en I, 27, y más detenidamente en *A*) es un personaje trasladado a la leyenda por su fama proverbial. Justino (XI, 5, 1 y sigs.) introduce a un tebano llamado Cleadas con el mismo cometido de suplicar a Alejandro.

78 Traducimos a continuación el texto de *A* que contiene, en primer lugar, una extensa declamación retórica sobre el tema, compuesta en su mayor parte en versos coliambos. (Cf. R. MERKELBACH, pág. 87). En segundo término (I, 47), el motivo para la reconstrucción de Tebas, gracias a la petición del atleta victorioso Clitómaco. Este motivo carece, obviamente, de base histórica. Existió un famoso atleta Clitómaco, pero vivió un siglo después de Alejandro. Esta reconstrucción pronta de Tebas se contradice con la noticia del testamento de Alejandro (III, 30-33). Tebas comenzó a reconstruirse en 316-5, ya muerto el gran conquistador.

En tercer término (II, 1-2, 6) viene la discusión de los oradores atenienses a propósito de la deposición por Alejandro de su general en Platea. Todo el episodio es una invención. A partir de la existencia de Platea, un anacronismo claro, ya que esta ciudad estaba destruida desde la guerra del Peloponeso.

En la polémica entre los oradores atenienses se asigna a Demóstenes, contra la verosimilitud histórica, el mejor papel a favor de Alejandro, porque este famoso orador prestaba así su prestigio a la gloria de nuestro héroe novelesco. El autor alejandrino aprovecha la ocasión para aludir a la grandeza de Egipto (II, 4).

También esta discusión, como la anterior súplica de Ismenias, es un típico producto escolar, muestra retórica sin base histórica real. Como muchos otros ejemplos de la oratoria de la Segunda Sofística, se trata de un ejercicio oratorio montado sobre unos datos escasos y una dosis de pedantes citas mitológicas e

históricas sobre temas escogidos. No comentamos sus notables disparates históricos, que a su autor le importan menos que el efectismo escénico.

# LIBRO II

1. Alejandro, en su camino de regreso, cruzó por Platea, una ciudad poblada por atenienses, donde se rinde culto a Core (Perséfone). Y entró en el santuario de la diosa, mientras estaban tejiendo su manto sagrado. La sacedotisa le saludó:

—¡En buen momento entraste, rey magnífico; serás ilustre en todo el país y derramarás el esplendor de tu gloria!

Y Alejandro la agasajó con oro.

Pero unos días después penetra, en el santuario de la diosa, Estaságoras, el general de los plateenses, y la sacerdotisa le saluda así:

—¡Estaságoras, vas a ser eliminado!

Él se puso furioso y le dijo:

—¡Oh, indigna de tu sacerdocio, que cuando acudió Alejandro le adoraste y a mí me dices que seré eliminado!

Ella respondió:

—No te enfurezcas por eso. Pues los dioses lo indican todo por signos a los hombres, sobre todo respecto a los ilustres. Cuando Alejandro se presentó aquí, nos halló en el momento de cubrir de púrpura el vestido de la diosa. Por eso me expresé así con él. Pero tú has llegado cuando el vestido está concluido y se eliminaban los restos de la tela. Así que es evidente que tú serás eliminado como ella.

Entonces el general mandó que la sacerdotisa fuera privada de su sacerdocio con estas palabras:

—Tú te has emitido para ti misma la explicación al signo.

Apenas se enteró Alejandro, le depuso a él de su cargo de general y restableció a la sacerdotisa en su puesto.

Estaságoras se marcha, a escondidas de Alejandro, a Atenas —ya que había sido nombrado allí para su cargo de general— y les relata a los atenienses, con muchos sollozos, su deposición. Ellos se encolerizan no poco y llenan de injurias a Alejandro. Alejandro, que se enteró, les envió una carta que decía así:

«El rey Alejandro advierte a los atenienses. Desde que yo he recibido el reino después de la muerte de mi padre, he puesto en orden a las ciudades del Oeste y a muy amplias regiones con mis mandatos. A todos cuantos me han saludado como rey y consentido en ser mis aliados los he tratado bien, y destruí a los tebanos por portarse mal, arrasando su ciudad desde los cimientos. Ahora que voy a internarme en Asia os exhorto, atenienses, a que me despidáis lealmente, y yo os escribo el primero, porque estáis en rebelión, no un montón de palabras ni de letras, sino sólo lo fundamental. No toca mandar a los súbditos, sino a los dominadores. Con llana expresión: o os hacéis más fuertes o os sometéis a los más fuertes, y pagaréis un tributo anual de mil talentos.»

2. Los atenienses leyeron su mensaje y le contestaron:

«La ciudad de los atenienses y los diez mejores oradores decimos a Alejandro: Nosotros ya en vida de tu padre nos vimos muy afligidos por él y nos alegramos mucho cuando murió, acordándonos del muy dañino Filipo. Lo mismo sentimos contra ti, hijo audacísimo de Filipo. Reclamas a los atenienses un tributo anual de mil talentos, es decir que tienes un pretexto audaz para tu deseo de guerra. Si lo decides, preséntate acá. Estamos preparados.»

Les contestó por escrito el rey Alejandro:

«He enviado por delante a nuestro general León a toda prisa, para que os corte las lenguas y me las traiga, para que saque de entre vosotros a esos insensatos oradores, y luego voy a pegar fuego a Atenas si no cumplís lo ordenado. Entregadnos a los diez oradores que os dirigen, a fin de que, después de deliberar sobre nuestras disensiones, tenga piedad de vuestra patria.»

Le replicaron por escrito:

«No lo haremos.»

Y unos días después celebran una asamblea para decidir lo que han de hacer. En la deliberación se levanta el orador Esquines y dice:

—Atenienses, ¿a qué esta tardanza en la decisión? Si preferís enviarnos, marcharemos con ánimo valiente. Alejandro es hijo de Filipo. El padre se crió en el ambiente brutal de las guerras, pero Alejandro está educado por las enseñanzas de Aristóteles y nos había solicitado esa educación. Por lo tanto, se arrepentirá al ver a nuestros maestros y tendrá rubor en presencia de los que le educaron para la monarquía, y variará la decisión que alberga contra nosotros, optando por la benevolencia.

Mientras hablaba Esquines se levanta Démades, un orador valeroso, y le interrumpe con estas palabras:

—¿Hasta cuándo, Esquines, vas a proferir tus consejos afeminados y cobardes ante nosotros, para que no nos enfrentemos contra aquél en guerra? ¿Qué demonio te ha inspirado para pronunciarlos? Tú, que habías hecho tamañas arengas, que habías incitado a los atenienses a guerrear contra el rey de Persia…, ¿ahora exhortas a los atenienses a la cobardía y les haces temer a un tirano, que es sólo un muchacho osado, que hereda la audacia de su padre? ¿Por qué vamos a temer entablar combate con él? Los perseguidores de los persas, los que derrotamos a los lacedemonios, los que vencimos a los corintios y además expulsamos a los megarenses, batallamos contra los focenses y destruimos Zacinto, ¿vamos a temer guerrear contra Alejandro? Eso que dice Esquines: «Se acordará de nosotros sus maestros, y sentirá vergüenza ante nuestra presencia», es ridículo. A todos nosotros nos ha afrentado al deponer a Estaságoras de su cargo de general, en el que nosotros lo colocamos. Ya por su cuenta ultrajó la justicia en Platea. ¡Y dices tú que, al vernos, sentirá vergüenza ante nuestra presencia! Antes bien nos apresará desnudos y nos castigará. De modo que vamos a guerrear contra el necio de Alejandro y no hagamos caso de si tiene a su favor la juventud. Porque la juventud no es garantía. Pues tiene capacidad para pelear con valor, pero no para meditar con justicia. A los tirios, dice, ha arrasado. Porque eran impotentes. Asoló la ciudad de los tebanos, que no eran tan impotentes, pero que estaban fatigados por sus numerosas guerras. Hizo cautivos de guerra a los peloponesios… No fue él, sino la peste y el hambre lo que acabó con ellos. En otra

ocasión Jerjes ocupó el mar con sus naves, sembró la tierra con sus ejércitos, cubrió el aire con sus venablos y llenó Persia de cautivos. Y, sin embargo, nosotros le pusimos en fuga, incendiamos sus naves, combatiendo con Cinegiro, Antifonte, Mnesócares y los demás caudillos. ¿Y ahora vamos a temer guerrear contra Alejandro, un muchacho atrevido, y contra los sátrapas y capitanes que le rodean, todavía más insensatos que él? ¿Es que queréis enviarnos, a los diez oradores que ha reclamado? Si os conviene, haced vuestros cálculos. No obstante, quiero advertiros esto previamente, atenienses, que muchas veces diez perros con sus valientes ladridos salvaron por sí solos el rebaño entero de las ovejas que se hallaban atemorizadas ante los lobos.

3. Después de la arenga de Démades, los atenienses animaban a Demóstenes a levantarse y aconsejarles acerca de la salvación común. Él tomó la palabra y dijo:

—¡Conciudadanos! Y no voy a decir atenienses. Lo haría si fuera extranjero. Pero ahora se trata de la salvación común de todos, cuando se trata de combatir o ceder ante Alejandro. El caso es que Esquines ha usado un discurso moderado frente a vosotros, sin incitaros a combatir, como hombre viejo y experimentado en hablar en muchas asambleas. Démades, en cambio, como joven que es, con la audacia propia de la edad, ha hablado así: «Pusimos en fuga a Jerjes, cuando Cinegiro y los demás nos acaudillaban.» Sin embargo, Démades, devuélvenoslos aquí ahora, y lucharemos de nuevo. Confiaremos en ellos por la fuerza de su renombre. Pero si no los tenemos de nuevo, de ningún modo combatiremos, pues cada momento histórico tiene su propia capacidad y su exigencia.

Los oradores somos capaces de hablar en público, pero somos ineptos para tomar las armas. Aunque Jerjes era grande por su inmensa hueste, sin embargo era un bárbaro, y fue derrotado por la inteligencia superior de los griegos. Pero Alejandro es griego y ya ha trabado trece guerras sin ser vencido en ninguna, sino que la mayoría de las ciudades lo han acogido sin entablar batalla. Es que, dice, eran débiles los tirios. No obstante, los tirios se enfrentaron con Jerjes en combate naval y pegaron fuego a sus naves. ¿Cómo que los

tebanos estaban debilitados? Ellos, que desde la fundación de su ciudad guerrearon y jamás fueron vencidos, ahora fueron esclavizados por Alejandro. Los peloponesios, dice, fueron derrotados no por él, sino por el hambre. Con todo, Alejandro les envió en esa ocasión trigo desde Macedonia. Su sátrapa Antígono le preguntó: «¿Envías trigo a los que vas a combatir?» Y contestó el macedonio: «Precisamente por eso, para así vencerlos yo en la batalla y que no sean destruidos por hambre.»

Y ahora os irritáis porque él ha despedido a Estaságoras. Pero éste fue el primero en provocar la revuelta, al decir a la sacerdotisa: «Por ese oráculo, ya ves, yo te expulso de tu cargo sacerdotal.» Y Alejandro, al comprender que procedía con insensatez, lo expulsó de su mando de general. ¿Es que no era motivo para indignarse contra el rey? Se enfrentó, dice, Estaságoras con el rey, y están en pie de igualdad un rey y un general. ¿Qué reprocháis a Alejandro, que depuso a Estaságoras? Es que Estaságoras, dice, era un general ateniense. Sin embargo, Alejandro os trató injustamente por hacer sólo esto: ¡devolver a nuestra sacerdotisa su cargo profético!

4. Este discurso de Demóstenes fue acogido por los atenienses con grandes elogios y con un tumulto contradictorio. Entonces Démades callaba, Esquines lo aprobaba, Lisias aducía testimonios, Platón lo meditaba y los anfictiones lo sometían a votación; pero a todo el pueblo le pareció bien lo que había dicho Demóstenes. Y éste añade:

—Aún diré en mi apoyo lo siguiente: Dice Démades que Jerjes formó un muro en el mar con sus naves, que sembró la tierra con sus tropas, que cubrió el aire con sus flechas y llenó Persia de cautivos de guerra. Y ahora los atenienses van a elogiar justamente a un bárbaro por haber hecho cautivos a los griegos, cuando Alejandro, que es griego y que tomó consigo a griegos, no hizo cautivos a sus adversarios, sino que hizo su campaña militar y permitió a los que fueron sus enemigos combatir como aliados suyos, diciendo así en público: «Seré el amo del mundo, beneficiando a mis amigos y haciendo amigos a mis enemigos.»

Y ahora, atenienses, ya que sois amigos y maestros de Alejandro, no podéis llamaros enemigos suyos. Pues sería vergonzoso que vosotros, sus maestros, aparecierais como necios y que vuestro discípulo se mostrara más sensato que sus educadores.

Ninguno de los reyes griegos fue a Egipto a no ser Alejandro, que lo hizo no con intención de guerrear, sino para obtener un oráculo: dónde fundaría una ciudad de eterno recuerdo con su nombre. Lo recibió, plantó sus cimientos y la creó. Puesto que desde el principio toda esa construcción avanza con diligencia, está claro que pronto llegará a concluirse. Sucedió que Egipto estaba regido por los persas, y como los egipcios pensaron en combatir al lado de Alejandro contra ellos, les respondió el inteligente muchacho: «Es mejor para vosotros los egipcios que cuidéis de las crecidas del Nilo y trabajéis la tierra que el armaros de la furia de Ares.» Y con su palabra sometió a Egipto.

Pues nada es un rey, si no tiene una tierra productiva. Así, pues, Alejandro fue el primero de los griegos que se adueñó de Egipto, y de este modo fue el primero en ser rey de griegos y bárbaros. ¿A cuántos ejércitos nutrirá aquella comarca? No sólo a los que se asientan cerca de ella, sino también a los que combaten en otra guerra. ¿Cuántas ciudades vacías abastecerá de hombres para su poblamiento? Del mismo modo que es fértil en trigo, tanto es abundante en hombres. Lo que le pida su rey, lo ofrecerá de buen grado… ¿Y vosotros, atenienses, queréis guerrear contra Alejandro, que tiene un dominio tan grande para cubrir todas las necesidades de su ejército? Tal vez sería muy de vuestro agrado y vuestra ilusión, pero la ocasión no lo reclama.

5. Cuando así hubo hablado Demóstenes, de común acuerdo todos decidieron enviar a Alejandro una corona de victoria de cincuenta libras de oro, junto con unos decretos de gratulación y con algunos ilustres embajadores. Pero no le enviaron a los diez oradores. Los embajadores se presentaron en Platea y entregaron los decretos al rey. Éste los leyó y, al enterarse de los discursos de Esquines y de Demóstenes a la asamblea y de la votación de los anfictiones, les escribió esta carta:

«¡Alejandro, el hijo de Filipo y de Olimpíade (no voy a llamarme aún rey, hasta que haya sometido todos los bárbaros a los griegos), os saluda! Yo os mandé a pedir que me enviarais a los diez oradores, no para castigarlos, sino para abrazarlos como a mis maestros. Pues no me decidí a llegarme ahí con mi ejército, para que no sospecharais de mí como un enemigo, sino que prefería ir con los diez oradores en lugar de con mi ejército, para apartaros de cualquier temor. Pero vosotros os habéis portado de modo diferente conmigo, probando de nuevo por vuestra propia irreflexión cómo os habéis conducido tantas veces con los macedonios, aprovechando la ocasión. Así, cuando mi padre Filipo guerreaba contra los zacintios, os hicisteis aliados de éstos; en cambio, cuando vosotros combatíais contra los corintios, los macedonios acudieron como aliados vuestros y derrotaron a los corintios. Es justo que hayamos recibido una compensación económica de vosotros, por lo que hicimos en vuestro favor. Por lo tanto, no guardéis temor por todos vuestros errores pasados, confiando en mi palabra de que no voy a vengarme de vosotros, ensoberbecido de mi regio poder. Aunque a duras penas hubiera desistido de hacerlo, de no ser también yo ateniense… ¿Cuándo favorecisteis en las deliberaciones a las personas de mejor fama entre nosotros? Desterrasteis a Demóstenes, al enviarlo de embajador vuestro a la corte de Ciro, de acuerdo con vuestra conveniencia. Ultrajasteis a Alcibíades, que fue un excelente general vuestro. Matasteis a Sócrates, el educador de Grecia. Fuisteis desagradecidos con Filipo, que en tres guerras os socorrió como aliado. Hacéis reproches a Alejandro por culpa de Estaságoras, un general que os ha injuriado a vosotros y a mí. Pues él depuso a la sacerdotisa de la diosa (Perséfone), que era una ateniense, y yo la devolví a su cargo de profetisa. Nos hemos enterado de la discusión pública de los oradores ante vosotros, de que Esquines os aconsejó razonablemente, que Démades os arengó valerosamente y que Demóstenes os ayudó a decidir lo conveniente. Con que seguid de nuevo, atenienses, sin temer sufrir ningún daño de mí. Porque me parece que sería absurdo que yo guerree contra los bárbaros por la libertad y que destruyera Atenas, el teatro de la libertad.»

6. Después de enviar estos mensajes, Alejandro recoge su ejército y llega a Lacedemonia. Los lacedemonios, que querían demostrarle su gallardía y avergonzar a los atenienses por haberse atemorizado ante él, cerraron los portones de su ciudad y se apelotonaron en sus naves. Pues eran marinos de guerra más que combatientes de tierra. Cuando él se enteró de esta preparación, les envía esta carta:

«Alejandro escribe a los lacedemonios:

En primer lugar apruebo que conservéis el renombre que de vuestros antepasados habéis recibido… Ellos fueron guerreros invictos… Pero ved que ahora no seáis derribados de vuestra fama y que, por querer demostrar vuestro coraje ante los atenienses, no quedéis en ridículo ante ellos al ser derrotados por Alejandro. De modo que bajad de las naves por vuestra propia voluntad, para que el fuego no os reduzca a cenizas.»

Aunque leyeron su carta, no se dejaron persuadir, sino que salieron a presentar batalla, de modo que unos cayeron con sus armas combatiendo sobre sus muros, y otros ardieron en sus naves.

Los supervivientes vinieron ante él como suplicantes y le imploraron que no los esclavizara. Contestó:

—Cuando yo vine para persuadiros, no me hicisteis caso. Ahora qúe la nave se transformó en carbón, venís a suplicarme. Pero no os lo reprocho. Por manteneros en vuestro prestigio, por haber rechazado a Jerjes, pensasteis hacer lo mismo con Alejandro, y no consentisteis en el avance de nuestras armas.

Después de darles esta respuesta y celebrar un sacrificio conjunto con sus generales, dejó a los lacedemonios su ciudad sin destruir y sin fijarles tributos de guerra[78a].

De modo que pronto levantó Alejandro su campamento y partió a través de Cilicia hacia las regiones de los bárbaros.

7. Darío había congregado a los jefes de los persas y deliberaban conjuntamente qué debían hacer. Decía Darío:

—Según veo, a medida que avanza la guerra, aumenta en proporción. Antes, incluso yo sospechaba que Alejandro

planeaba como un bandido. Pero él actúa con proyectos regios. Y en la medida en que nosotros los persas nos consideramos grandes, resulta mayor Alejandro por su ambicioso designio. ¡Y nosotros le enviamos un látigo y una pelota, para que jugara y recibiera educación! Así que, apercibamos lo conveniente para corregir el rumbo de los acontecimientos; no sea que, por menospreciar a Alejandro como algo insignificante y enalteciéndonos del grandioso imperio de los persas, nos encontremos conquistados en toda nuestra tierra. Que temo que lo mayor se encuentre por debajo de lo más pequeño, en caso de que el azar y la providencia consientan una transferencia de la corona. Ahora es conveniente para nosotros, a fin de conservar nuestro mando sobre los bárbaros y no arriesgarnos a perder también Persia, que no intentemos rescatar Grecia.

Pero Oxidelcis, el hermano de Darío, le replica:

—¡Ahora enalteces a Alejandro y le permites la audacia de avanzar contra Persia, después de cederle la Grecia! Imítale, más bien, tú y así conservarás, con poder, tu reino. Pues él no ha confiado a generales ni a sátrapas la guerra, como hiciste tú, sino que es el primero en avanzar contra sus enemigos y combate en la vanguardia de sus tropas, y al combatir se despoja de su pompa real, y recobra, después de la victoria, su majestad.

Darío le dijo:

—¿En qué voy a imitarle?

Le contestó entonces otro general:

—En este carácter: Alejandro lo supera todo sin demorarse en nada, sino que lo hace todo con decisión, de acuerdo con su audacia natural. Hasta su propia figura resulta en todo como la de un león.

Darío le dijo:

—¿Cómo lo sabes tú?

Contestó aquél:

—Cuando me enviaste, rey, a la corte de Filipo, observé los temores que suscitaba Alejandro en Macedonia, su aspecto, su

inteligencia y su carácter. De modo que ahora tú, rey, manda a buscar a tus sátrapas y a todas las gentes bajo tu poder, de los persas y los partos y los medos, los elimeos y los babilonios, que habitan en Mesopotamia y la región de Odinas, por no citar también los nombres de los de Bactria y de la India —pues quedan allí muchos pueblos a tu mando— y forma con ellos un ejército. Tal vez te sea posible atraer a los dioses a nuestra alianza y derrotar a los griegos; o, por lo menos, espantar a nuestros enemigos con el número de tales masas de guerreros.

Después de escucharlo, contestó Darío:

—Has dado un buen consejo, pero que no valdrá. Porque un solo ataque impetuoso de los griegos pone en fuga a los bárbaros, del mismo modo que un solo lobo tiene fuerza para acosar a un rebaño de ovejas.

Después de hablar así, Darío ordena que se congreguen sus multitudinarias huestes.

8. Alejandro, que hacía su camino a través de Cilicia, llegó al río denominado Océano[79]. Su agua era de curso torrencial, y, al verlo, Alejandro deseó bañarse en el río. Desvistióse luego y se zambulló en el agua, que estaba muy fría. Y le resultó dañino. Del enfriamiento que cogió le dolía la cabeza y todo el cuerpo y quedó postrado en muy mal estado.

Los macedonios, ante la postración de Alejandro y sus graves dolores, se debilitaron en sus ánimos, temiendo que Darío se enterara de la enfermedad de Alejandro y les atacara. Así el alma sola de Alejandro conmovía las tan numerosas almas de sus tropas.

Y entonces un médico, de nombre Filipo, se ofreció para dar a Alejandro un brebaje que le librara de la enfermedad. Alejandro se mostró dispuesto a aceptarlo. Filipo preparaba la medicina, cuando le entregaron a Alejandro una carta enviada por Parmenio, uno de sus generales, que decía:

«Darío comunicó a tu médico Filipo que, en cuanto tuviera oportunidad, te eliminara con un veneno, con la promesa de darle en matrimonio a su propia hermana y asociarlo a su

monarquía. Y Filipo se comprometió a hacerlo. Guárdate, pues, rey, de Filipo.»

Alejandro, después de recibir y leer la carta, no se alteró. Porque conocía cuál era la disposición de Filipo para con él. Puso entonces la carta junto a su cabecera. Acercóse el médico Filipo y dio al rey Alejandro a beber la copa de su medicina con estas palabras:

—¡Bebe, soberano rey, y te liberarás de tu enfermedad!

Alejandro la tomó y dijo:

—Bien, ya bebo.

Y se la bebió en seguida. Después de haber bebido, entonces le ofreció la carta. Tras leer Filipo para sí[80] la acusación escrita, dijo:

—Rey Alejandro, no me hallarás acorde con estos informes.

Cuando Alejandro se repuso de su enfermedad, abrazó a Filipo y le dijo:

—Ya viste qué idea tengo de ti, Filipo. Pues recibí la carta antes de tomar tu medicina, y luego bebí el fármaco confiándome a tu buen nombre. Sabía, pues, que Filipo no había tramado traición contra Alejandro.

Le respondió Filipo:

—Soberano rey, castiga al que te envió la carta, a Parmenio, de manera adecuada. Porque él muchas veces intentó persuadirme de que te matara con un veneno, en pago de lo cual yo recibiría a la hermana de Darío, Dadifarta, en matrimonio. ¡Y por haberme negado yo, mira a qué cruel muerte me expuso!

Tras haber comprobado esto y encontrado inocente a Filipo, Alejandro depone y traslada a Parmenio.

9. Desde allí, al mando de su ejército llegó Alejandro a la región de los medos[81]. Se aprestaba a conquistar la Gran Armenia. Después de esclavizarla marchó durante varios días por unos terrenos desérticos y entre desfiladeros, hasta que a través de Ariana se presenta ante el río Eufrates. Allí hizo

construir un puente con ligera armazón y planchas de hierro y dio orden al ejército de cruzar por él. Como vio que sus soldados se atemorizaban, manda que las bestias de carga y los carros de la impedimenta y los víveres de todos crucen primero, y después las tropas. Los soldados estaban temerosos, al contemplar la corriente del río, de que se desligaran las planchas de hierro. Como no se atrevieran a pasar aún, tomó Alejandro consigo a los jefes de su guardia y fue el primero en cruzar. Luego ya toda la formación pasó al otro lado.

Luego, al punto, ordenó Alejandro que la construcción sobre el río Eufrates fuera destruida. Todo el ejército se indignaba por ello y muy amedrentados murmuraban los soldados:

—Rey Alejandro, si ocurriera que en la guerra tuviéramos que retirarnos ante los bárbaros, ¿cómo podemos entonces encontrar nuestra salvación de vadear el río?

Alejandro, al ver su temor y al percibir el tumulto que movían, reunió a todos sus batallones y les explicó ante ellos esto:

—¡Compañeros de guerra, buenas esperanzas de victoria me dais, meditando en retirarnos vencidos! Por eso precisamente he ordenado destrozar el puente, para que venzáis en el combate y no os retiréis vencidos. La guerra no consiste en huir, sino en perseguir. De cualquier modo emprenderemos nuestra marcha de regreso a Macedonia una vez que volvamos victoriosos. Porque el encuentro en la batalla es como un juego para nosotros.

Al expresarse así, Alejandro levantaba la admiración de sus soldados, que animosamente se preparaban al combate. Y luego montaron sus tiendas de campaña para acampar allí.

De igual modo, el ejército de Darío acampaba más arriba, junto al río Tigris. Encontráronse frente a frente y ambas formaciones combatían con valor unas contra otras. Sucedió que uno de los persas que se había puesto una armadura macedonia llegó hasta las espaldas de Alejandro como si fuera un aliado de los macedonios, y le hendió el casco de un golpe. Al instante fue capturado por la escolta y le llevaron ante

Alejandro bien atado. Alejandro, que creyó que era un macedonio, le preguntó:

—Ah, valiente, ¿qué te indujo a hacer eso?

El otro contestó:

—Rey Alejandro, que no te despisten mis armas macedonias. Soy un persa, un sátrapa de Darío, que acudí a Darío y le dije: «Si te ofrezco la cabeza de Alejandro, ¿qué me darás en pago?» Él me prometió una región de su reino y su hija en matrimonio. Entonces yo, para llegar hasta ti, me puse este uniforme macedonio, y por no conseguir mi objetivo estoy ahora encadenado ante ti.

Después de oírle, Alejandro hizo desfilar a todo el ejército para que todos le vieran y luego le liberó. Dijo ante su ejército:

—¡Hombres de Macedonia, de tal audacia deberían ser los soldados en la batalla!

10. Al faltarles a los bárbaros los alimentos necesarios, se retiraron hacia la región de Bactria. Alejandro permaneció allí y estableció su dominio en todo aquel territorio.

Otro sátrapa de Darío se presentó a Alejandro y le dijo:

—Yo soy sátrapa de Darío. He dirigido grandes empresas suyas en la guerra y no he obtenido su agradecimiento por mis servicios. Dame, pues, diez mil soldados con armas y te entrego a mi rey Darío.

Le contestó Alejandro:

—¡Márchate y socorre a tu soberano Darío! Que no voy a confiarte extranjeros a ti, que traicionas a los propios.

Entonces los sátrapas de aquellos territorios le escribieron a Darío acerca de Alejandro de este modo:

«¡Salud a Darío, el Gran Rey! Ya antes a toda prisa te dimos noticia del avance de Alejandro, acometido contra nuestro pueblo. Ahora de nuevo te notificamos que él ya está cerca. Incluso asedia nuestra región y ha aniquilado a muchísimos persas de los nuestros. Incluso nosotros mismos corremos el riesgo de perecer. Apresúrate, pues, con grandes efectivos, para anticiparte a él y no le permitas que avance

sobre ti. Porque el ejército macedonio es potente y muy numeroso y a nosotros nos puede. ¡Mantente firme!»

Darío recibió la carta y la leyó; luego envía a Alejandro otra misiva en estos términos:

«Invoco al gran Zeus como testigo de lo que tú has hecho contra mí. Considero que mi madre ha partido ya hacia los dioses, que ya no tengo esposa y que mis hijos no nacieron jamás. Yo no he de cesar en la venganza de las injurias que has cometido. Me han escrito que te comportaste de modo justo y piadoso con los míos. Si hubieras actuado justamente, habrías recibido un pago justo de mí. Pero ahora está en tu poder no perdonar a los míos. Aplícales duros tratos de castigo, ya que son la familia de tus enemigos. Pues que ni por tratarlos bien me vas a tener por amigo, ni por hacerles daño me volverás enemigo tuyo.»

Al recibir y leer la carta, Alejandro sonrió y le contestó esto:

«¡Alejandro rey, a Darío, salud!

Tus vanas estupideces y tus cargantes y tontas cháchara han merecido hasta el colmo el odio de los dioses. ¿Y no te avergüenzas de tus torpes palabras y necias intenciones?

He honrado a los tuyos no por temor a ti, ni porque confiara en llegar a un arreglo contigo, a fin de que vinieras a darnos las gracias.

¡No acudas a nuestra presencia! Ya que no es digna nuestra corona de la corona tuya. Sin embargo, no vas a impedirme la piedad para con todos, sino que incluso voy a mostrar mi buena disposición más extrema hacia los tuyos esta vez. Es la última carta que te escribo»[82].

11. Después de escribir esto a Darío, Alejandro quedó preparado para la batalla. Y escribió a todos los sátrapas a sus órdenes del modo siguiente:

«¡El rey Alejandro saluda a todos los sátrapas a sus órdenes, de Frigia, Capadocia, Paflagonia, Arabia y todos los demás! Quiero que preparéis cotas de malla en gran cantidad y nos las enviéis a Antioquía, en Siria. Remitidnos los

armamentos que habéis preparado. Pues están preparados tres mil camellos desde el río Eufrates hasta Antioquía de Siria[83] para el transporte, según habíamos ordenado, de modo que así obtengamos el servicio sin demoras. Luego incorporaos a nosotros con toda premura.»

Escribieron también a Darío sus sátrapas de este modo:

«Tenemos reparos de escribirte cosas como éstas, pero nos vemos obligados por los acontecimientos. Has de conocer, rey, que el caudillo de los macedonios, Alejandro, ha dado muerte a dos de nosotros, los príncipes de tu reino, y que algunos de tus príncipes se han pasado a Alejandro con todo su harén.»

Al leerlo, Darío escribe a los generales de su círculo próximo y a sus sátrapas que se dispongan y apresten en orden de combate. Escribió también a los reyes de las proximidades así:

«Darío, Rey de Reyes, os saluda. Como quienes van a enjugarse el sudor, vamos nosotros a establecer la lucha definitiva con el desgraciado pueblo de los macedonios.»

Ordenó también al ejército persa estar preparado. Escribió luego a Poro, el rey de los indios, pidiéndole su auxilio[84].

12. Al recibir el rey Poro la carta de Darío y leer en ella las desgracias que le acaecían, se entristeció. Y le responde así por escrito:

«Poro, rey de los indios, a Darío, rey de los persas. Te saludo. Al leer lo que nos escribiste me he apenado mucho y estoy lleno de preocupación, queriendo acompañarte y deliberar contigo sobre lo conveniente, pero hallándome impedido por la enfermedad de mi cuerpo que me retiene. Pórtate, pues, con ánimo valeroso en la idea de que nosotros estamos a tu lado, y no podemos soportar esa insolente ofensiva. Sobre lo que desees, escríbenos. Tienes, pues, a tu disposición las fuerzas que están bajo mi mando, y aun las tribus más lejanas atenderán mis órdenes.»

Al enterarse de los acontecimientos la madre de Darío, le envió un mensaje que había escrito en estos términos, en secreto:

«Saludo a mi hijo Darío. He oído que congregas gentes con la intención de entablar otra guerra contra Alejandro. No revoluciones el universo, hijo. Pues el futuro es incierto. Deja entonces tus esperanzas para mejor ocasión y no te arriesgues a perder la vida al forzar bruscamente la ambigua situación. Por lo que a nosotros respecta, estamos rodeados de la máxima honra en poder del rey Alejandro. Y no me apresó como madre de un enemigo, sino que me ha dado una amplia escolta personal. Por eso confío que podéis llegar a un buen pacto.»

Al leer esta carta, Darío lloró, acordándose de su familia. Pero al tiempo que se hallaba angustiado, accedía a la guerra.

13. Alejandro, con un numeroso ejército, se presenta en país persa. Los muros altos de la ciudad[85] aparecieron a la vista de los macedonios. Traza entonces un plan sagaz Alejandro. Hizo apartar de sus praderas a los ganados que pastaban por allí, y mandó desgajar ramos de los árboles y atarlos a sus lomos, y que los rebaños marcharan detrás de sus tropas. Al arrastrarse sobre el suelo, los ramos levantaban el polvo que removían, y la nube de polvo amenazaba llegar al cielo, de modo que los persas sospecharon, al observar desde los muros, que se acercaba una inmensa muchedumbre de soldados. Y al hacerse de noche ordenó atar a los cuernos de los carneros del rebaño antorchas y velas y prender las llamas de éstas. Los terrenos por allí eran llanos. Y se podía contemplar toda la llanura como una hoguera encendida. Y los persas se atemorizaron.

Llegaron, pues, cerca de la ciudad de Persia, a una distancia como de cinco millas. Allí pensaba Alejandro mandar a alguno a presencia de Darío para preguntarle dónde harían el encuentro de la batalla.

Se echa a dormir Alejandro en aquella noche y ve en sueños a Amón que se le presenta en figura de Hermes, con el cetro de heraldo, la túnica corta, con el bastón y el sombrero de viaje macedonio en su cabeza, diciéndole:

—Hijo Alejandro, ya que es momento de socorrerte, acudo a tu lado. El caso es que si tú envías un mensajero a Darío, te traicionará. Hazte tú tu propio mensajero y ve con la vestimenta que me ves llevar.

Alejandro le dijo:

—Es muy peligroso que yo, que soy rey, me haga mi propio mensajero.

Contesta Amón:

—Pero como tienes a un Dios en tu socorro, nada malo te sobrevendrá.

Aceptó Alejandro este oráculo, se levanta alegre y lo comunica a sus sátrapas. Ellos le aconsejaban que no hiciera tal cosa.

14. Haciéndose acompañar por un sátrapa, Eumelo de nombre, y llevando consigo tres caballos, se puso en camino en seguida y llega hasta el río llamado Estranga[86]. Este río se hiela con los fríos, hasta el punto de solidificarse y hacerse tan pétreo que sobre él pueden cruzar incluso las bestias de carga y los carros. Luego, al cabo de días, se disuelve el hielo y se hace torrencial, de modo que arrastra y engulle a los que captura cruzando su corriente. Entonces encontró Alejandro helado el río. Revistiendo la indumentaria que en su sueño había visto llevar al dios Amón, montado sobre su caballo Bucéfalo, cruza solo. Aunque Eumelo solicitaba pasar con él al otro lado, por si era necesaria su ayuda en algún momento, Alejandro le dice:

—Quédate aquí con los dos caballos. Ya tengo, como auxiliador, al que me dio el aviso de tomar esta indumentaria y de ir solo.

El río tenía de anchura el largo de un estadio[87]. Después de alcanzar la otra orilla, Alejandro prosiguió su camino hasta llegar muy cerca de las puertas de Persia. Los centinelas de allá, al verle con semejante indumentaria, creyeron que era un dios. Le detuvieron y le preguntaron quién era. Les dijo Alejandro:

—Llevadme ante el rey Darío. A él ya le anunciaré quién soy.

En los alrededores, sobre una colina, estaba Darío. Allí hacía construir carreteras y ejercitaba a sus falanges como contra los macedonios. Con su extraño aspecto, Alejandro

atrajo la atención de todos y por poco no se arrodilló ante él Darío, creyendo que era un dios bajado del Olimpo y vestido con ropajes bárbaros. Darío sentóse, llevando su diadema de piedras preciosas, un vestido de seda con tejido babilonio de hilos de oro, la púrpura real y un calzado áureo con incrustaciones de pedrería que le cubría hasta las pantorrillas. En una y otra mano sostenía cetros, y columnas de tropas innumerables le rodeaban.

Darío le preguntó quién era, al verle con aquella vestimenta que jamás había visto.

Alejandro le contestó:

—Soy un mensajero del rey Alejandro.

Entonces le dice el rey Darío:

—¿Y a qué te presentas ante nosotros?

Alejandro le contestó:

—Yo te pregunto, ya que Alejandro está aquí, ¿cuándo vas a entablar la batalla? Date cuenta, pues, rey Darío, que un rey que demora el combate, al punto queda en evidencia ante su rival como que tiene un alma débil para la pelea. Así que no des largas y anúnciame cuándo vas a entablar la batalla.

Darío contestó, enfurecido, a Alejandro:

—¿Entablo una batalla contigo o con Alejandro? ¡Tan ensoberbecido estás como el propio Alejandro y me respondes tan audazmente como si fueras mi igual! Pero ahora voy a mi comida habitual y comerás conmigo, ya que el propio Alejandro ofreció un banquete a los que envié con mis cartas.

Después de hablar así, Darío tomó de la mano a Alejandro y le introdujo en palacio. Este hecho túvolo Alejandro por buen presagio: era conducido de la mano por el rey. Y, entrando en su palacio, pronto se reclinó Alejandro en el primer puesto en el banquete de Darío.

15. Los persas observaban a Alejandro con asombro por la pequeñez de su cuerpo[88]; pero desconocían que en un pequeño recipiente se contenía la gloria de una celeste fortuna. Mientras ellos bebían repetidamente en sus copas, Alejandro

tramó un plan notable. A cuantas copas echaba mano se las guardaba dentro de su vestido. Los otros que lo vieron, se lo dijeron a Darío. Éste se puso en pie y le dijo:

—¡Eh, amigo!, ¿por qué te embolsas esas copas durante tu asistencia al banquete?

Alejandro respondió, de acuerdo con su plan:

—Excelso rey, de tal modo, siempre que celebra un banquete a sus jefes y oficiales de la guardia, Alejandro les obsequia los vasos. Pensaba que tú eras tan generoso como él, y creía que podía hacer esto con toda confianza[89].

Los persas se quedaron boquiabiertos de admiración ante la explicación de Alejandro. Pues siempre cualquier cuento, si obtiene credibilidad, deja en éxtasis a los oyentes.

En el gran silencio que se produjo, fijó su mirada en Alejandro un tal Paragages, que era entonces general en Persia. Conocía realmente a Alejandro de vista, porque en un tiempo anterior había ido a Pela de Macedonia, enviado como embajador por el rey Darío a reclamar los tributos, y allí fue despedido por Alejandro, y allí lo conoció. Y después de mirar de arriba abajo a Alejandro detenidamente, se dijo a sí mismo: «Éste es el hijo de Filipo, aunque ha enmascarado sus rasgos. Pero muchos hombres se reconocen hasta por la voz, aunque permanezcan en la oscuridad.»

En cuanto él estuvo convencido, con plena conciencia, de que aquél era Alejandro, acercándose a Darío le dijo:

—Darío, rey magnífico y soberano de todo el país, ese embajador es Alejandro en persona, el rey de los macedonios, el hijo del difunto Filipo, que sobresale en audacia.

Pero Darío y los demás comensales estaban muy embriagados. Apenas Alejandro oyó la advertencia hecha a Darío por Paragages en medio del banquete, comprendiendo que le había conocido, zafándose de todos, alzóse de un brinco llevándose en las bolsas de su vestido las copas de oro, y escapó a escondidas. Montó en su caballo para huir del peligro. Luego encontró junto al portón de la muralla un

centinela persa con unas antorchas en las manos; se las arrebató, le mató y escapó de la ciudad de Persia.

En cuanto Darío comprendió la situación, envió persas con armas a capturar a Alejandro. Pero Alejandro azuzaba su caballo y enderezaba su camino. Pues la noche era profunda y la oscuridad descendía del cielo. Muchísimos le perseguían sin alcanzarle. Unos, pues, se topaban por los caminos; otros, en medio de la tiniebla caían a tropezones en las zanjas. En cambio Alejandro era como un astro que asciende solitario y brillante por el cielo, y en su huida atraía a los persas a su fracaso.

Darío, mientras tanto, se apesadumbraba echado sobre su canapé. Además de lo pasado, presenció un presagio. Ya que una imagen del rey Jerjes se desplomó desde el techo; imagen que el rey Darío apreciaba mucho porque era muy preciosa por su pintura[90]. Alejandro, que se había puesto a salvo en aquella noche, llegó huyendo al alba al río Estranga. Y al tiempo que lo cruzaba, apenas alcanzaba su caballo la otra orilla y ponía sus patas delanteras en tierra, el río se deshelaba bajo el influjo de los rayos del sol. Al caballo, arrebatado por la corriente, se lo llevó el agua, pero ya había soltado sobre tierra a Alejandro. Los persas que le perseguían llegaron al río cuando Alejandro ya lo había traspasado. Y como ellos no podían cruzarlo, se volvieron. Pues el río era infranqueable para todos los humanos. Los persas, al regresar junto al rey Darío, le contaron la buena fortuna de Alejandro. Darío quedó asombrado de semejante prodigio y se entristeció mucho. Alejandro, al marchar a pie desde la orilla del río, encontró a Eumelo que estaba descansando con los dos caballos que le había dejado, y le relató todos los sucesos.

16. Al llegar al campamento de sus tropas, al momento ordenó a las falanges de los griegos, llamando a cada grupo por su nombre, que se dispusieran con todas sus armas y que se aprestaran a enfrentarse a Darío. Él estaba en pie en medio de ellos dándoles ánimos. Y congregando todas sus huestes encontró que su número era de ciento veinte mil. Y desde un elevado cerro les exhorta con estas palabras:

—¡Compañeros del ejército! Aunque nuestro número es breve, sin embargo tenemos gran inteligencia y valor y fuerza por encima de nuestros enemigos persas. ¡Que ninguno de vosotros se crea más débil al ver la muchedumbre de los bárbaros! Pues cualquiera de vosotros al desnudar su espada aniquilará mil contrarios. Muchos son los miles de moscas que infestan el prado, y cuando las avispas zumban sobre ellas, las dispersan tan sólo con el ruido de sus alas. Del mismo modo nada representa la muchedumbre frente a la inteligencia. Como cuando se presentan las avispas, nada valen las moscas.

Con este discurso, Alejandro infundió coraje a sus tropas. Los soldados eran personas de valor y aclamaban a Alejandro.

En su marcha llega hasta las regiones del río Estranga, esto es, hasta la misma ribera del río. Darío toma también sus fuerzas y llega también él al Estranga. Al verlo estrecho y helado lo cruzó y encaminóse y movió sus efectivos a través de la zona desértica, con la intención de atacar el primero de improviso a los soldados de Alejandro, de modo que los encontrara desprevenidos y los pusiera en desbandada.

Los heraldos se colocaron en el centro del campamento y llamaron al combate a los valientes. Todo el ejército de Darío revistióse de coraza y de todas las armas. Darío iba sobre un elevado carro y sus sátrapas se apostaban en sus carros armados de guadañas. Otros conducían mortíferas máquinas de guerra y lanzadardos mecánicos. A las tropas macedonias las acaudillaba Alejandro, montado en su caballo Bucéfalo. Nadie era capaz de aproximarse a este fiero caballo.

En cuanto uno y otro bando dio con gritería el toque de ataque, lanzaban unos piedras, disparaban los otros flechas, como una lluvia que cayera del cielo; otros lanzaban jabalinas y otros hondeaban bolas de plomo, de tal modo que ocultaban la luz del día. Enorme era la confusión de los que herían y los que caían heridos. Muchos caían muertos traspasados por los proyectiles, otros quedaban moribundos. Oscuro estaba el aire y sangriento. Ante la gran mortandad de persas en el fragor mortífero, Darío se aterrorizó y volvió las riendas de su carro armado de guadañas. Y al rodar entre sus gentes segaba

muchos batallones de persas, como con su hoz cortan los campesinos las espigas de su campo[91].

Al llegar Darío al río Estranga en su huida, él y los de su escolta, que encontraron helado el río, lo cruzaron. Pero las masas de persas y bárbaros que querían cruzar el río y huir, lo invadieron después en toda su muchedumbre. Entonces el río se desheló y los arrastró a todos los que encontró sobre él. El resto de los persas fue aniquilado por los macedonios.

Darío, convertido en fugitivo, llegó a su palacio y, arrojándose por el suelo, entre gritos de sollozo y lágrimas, se lamentaba a sí mismo fúnebremente, por haber perdido tan gran multitud de soldados y por haber dejado desierta toda Persia. Abrumado por tales desgracias, lloraba por sí mismo con estos lamentos:

—Yo, que fui el magnífico rey Darío, el que tenía a mis órdenes a tantos pueblos, el que había esclavizado a todas las ciudades, el que fuera compañero de trono de los dioses y el que compartía la elevación del sol, ahora me he convertido en un fugitivo solitario. ¡En verdad que nadie puede prever con seguridad el futuro! Pues la fortuna, si da un breve giro, ensalza a los humildes por encima de las nubes y hunde a los encumbrados hasta el fondo del Hades[92].

17. Así yacía Darío, el que fuera rey de tantos hombres, falto de sus gentes. Cuando se recobró un poco, se alzó y volvió en sí, escribió una carta para enviársela a Alejandro, que decía del siguiente modo:

«¡Darío a Alejandro, mi señor, te saludo! El que me engendró[93], en un acto de soberbia tuvo el gran deseo de hacer una expedición de conquista contra Grecia, insatisfecho del oro y la demás riqueza heredada de nuestros antepasados. De manera que encontró la muerte después de perder mucho oro, mucha plata y muchas tiendas de campaña, aunque había sido más rico que Creso. Y no escapó a la muerte que le aguardaba. Así, pues, Alejandro, medita tú ahora su fortuna y su castigo, y rechaza la soberbia. Compadécenos, si nos acogemos a ti, privados ya del resto de la gloria que nos dieron los persas. Y devuélveme a mi mujer, a mi madre y a mis hijos, por la memoria de tus padres. A cambio de ellos prometo entregarte

los tesoros de la zona de Misia y los de Susa y los de Bactria, que nuestros antepasados guardaron enterrándolos. Te prometo también que serás señor en el país de los persas y los medos y en los territorios de los demás pueblos. Consérvate bien.»

Después de leer el contenido de esta carta, Alejandro convocó a todo su ejército y a los principales jefes y mandó que les leyeran en alta voz el mensaje de Darío. Después de leída en alta voz la carta, dijo uno de sus generales, de nombre Parmenio:

—Yo, rey Alejandro, aceptaría las riquezas y el territorio que te ofrece, y le devolvería a Darío a su madre, sus hijas y su mujer, después de haberme acostado con ellas.

Sonriendo, Alejandro le replicó[94]:

—Yo, Parmenio, acepto todo lo suyo. Pero me he admirado de que Darío piense rescatar a los suyos con mis riquezas, y aún mucho más de que prometa entregarme un país que es ya mío. Pero Darío desconoce esto: que, a no ser que me venza en la batalla, todo eso es mío, junto con sus familiares. Sin embargo es vergonzoso y en extremo vergonzoso que un hombre que ha vencido valerosamente a hombres sea dominado lamentablemente por unas mujeres. Nosotros, pues, mantenemos el combate contra aquél por nuestras propiedades. Que yo no hubiera venido en absoluto a Asia, si no pensara que ésta me pertenecía. Si él la ha regido antes, que se contente con esa ganancia: de haber poseído durante tan largo tiempo un país lejano sin haber sufrido ningún daño.

Después de hablar así ante los embajadores de Darío, les dio orden de retirarse y de que se lo contaran a Darío, sin entregarles ningún escrito. Ordenó Alejandro curar con todo cuidado a los soldados heridos en la guerra y enterrar a los muertos honrosamente. Permaneció allí durante el invierno y luego mandó incendiar el palacio magnífico de Jerjes de aquella región. Pero al poco rato se arrepintió y dio orden de apagar el incendio.

18. Visitó también las tumbas de los reyes persas adornadas con montones de oro. Vio también la tumba de Nabonasaro, el que en lengua griega es denominado Nabucodonosor, y las

ofrendas de los judíos allí depositadas, y las cráteras de oro, que por su aspecto parecían ser de semidioses[95]. Junto a ésta visitó la tumba de Ciro. Era una torre aislada de doce pisos, y él yacía en el piso más alto en un ataúd de oro, recubierto de cristal, de modo que podía verse su cabellera y toda su figura a través del cristal[96].

Allí, en la tumba de Jerjes, había algunos griegos, mutilados los unos de los pies, otros de la nariz y otros de los ojos, atados con cadenas y sujetos con clavos[97]. Eran atenienses. Dieron gritos a Alejandro para que los salvara. Alejandro al verlos lloró, pues el espectáculo que ofrecían era terrible. Se apesadumbró mucho por el caso, y mandó que los liberaran y que les dieran a cada uno mil monedas de dos dracmas y que los remitieran a sus patrias respectivas. Pero ellos, al recibir el dinero, pidieron a Alejandro que les diera un lote de tierra en aquellas mismas regiones y que no los enviaran a sus lugares de origen. Porque en aquel estado constituirían una afrenta para sus familiares. Entonces dio órdenes de asignarles un lote de tierra y de darles víveres y simientes y seis bueyes a cada uno, y ovejas y todos los útiles para la agricultura y otros bienes.

19. Darío disponíase a suscitar otra guerra contra Alejandro. Así que escribe al rey Poro de la India en estos términos:

«El rey Darío saluda a Poro, rey de los indios. Sobre la pasada catástrofe que alcanzó a mi familia en estos días, de nuevo te envío noticias, después de que el rey macedonio que nos ha atacado, con un corazón de fiera salvaje se niega a devolverme a mi madre, mi mujer y mis hijos. Aunque le he comunicado mi promesa de entregarle tesoros y otros muchos objetos como rescate, no accede. Por lo tanto, para aniquilarle en pago de lo que ha hecho, organizo otra guerra hasta que tome venganza contra él y su gente. Es justo que tú te hayas indignado por mis sufrimientos y que vengas en mi apoyo contra su injuria, recordando nuestros lazos de parentesco. Convoca, pues, en las Puertas Caspias el mayor número de gente y cuídate de abastecer a los soldados que se reúnan allí de mucho oro, víveres y forrajes. De todo el botín de guerra

que yo tome a los enemigos te daré la mitad junto con el caballo Bucéfalo y los despojos reales y el harén de Alejandro. En cuanto recibas esta carta reúne a toda prisa tus tropas y envíanoslas. Consérvate bien.»

Alejandro, al enterarse de este mensaje por uno de los desertores de Darío que se lo presentó, recogió todas sus fuerzas y acometió la marcha hacia Media. Había oído que Darío estaba en Bátana junto a las Puertas Caspias[98], de modo que hizo el recorrido rápido y muy confiado.

20. Se enteraron de que Alejandro se aproximaba los sátrapas de Darío, Besso y Ariobárzanes[99]. Y éstos, con traicionero desvío, en sus perversas intenciones concibieron el plan de eliminar a Darío. Se decían uno a otro, Besso y Ariobárzanes: «Si matamos a Darío, recibiremos de Alejandro muchas riquezas en pago de haber eliminado a su enemigo.»

Así que con esta perversa decisión atacaron espada en mano a Darío. Cuando él los vio avanzar decididos con la espada en alto, les dijo:

—¡Ah, señores míos! Los que antes erais mis esclavos, ¿en qué os hice injusticia, para que me asesinéis con violencia bárbara? ¡No cometáis vosotros algo peor que los macedonios! Dejadme aquí, tirado en el suelo de mi palacio, llorar mi inestable fortuna. Porque si llegara ahora Alejandro, el rey de los macedonios, y me encuentra asesinado, vengará como rey la sangre de otro rey.

Pero ellos no se dejaron convencer por las súplicas de Darío ni desisten de su crimen. Darío se defendía con las dos manos: con la izquierda derribó a Besso y lo retenía sosteniendo su rodilla a la altura de su ingle y con su mano derecha sujetaba a Ariobárzanes de modo que no le alcanzara con la espada. Los golpes de los agresores caían desviados. Como los criminales no podían matarlo, porfiaban en su lucha con él, pues era hombre vigoroso.

Los macedonios entretanto habían encontrado helado el río Estranga y lo cruzaron. Penetró Alejandro en el palacio de Darío. Entonces los asesinos, al enterarse de la entrada de Alejandro, escaparon, dejando a Darío moribundo. Al llegar

Alejandro ante el rey Darío y encontrarlo casi muerto, con su sangre derramada por las heridas de espada, rompió a gemir en un lamento fúnebre apropiado a su pena; al tiempo que derramaba lágrimas sobre él, con su clámide cubrió el cuerpo de Darío. Colocando sus manos sobre el pecho de Darío musitaba frases llenas de compasión hacia él[100]:

—¡Levántate, rey Darío, reina en tu país y sé el soberano de los tuyos! Acepta tu corona y sigue rigiendo al pueblo de Persia, mantén la grandeza de tu monarquía! Te juro por la Providencia celeste que te hablo de verdad y sin fingimientos. ¿Quiénes son los que te hirieron? Denúnciamelos, para que ahora te satisfaga.

Mientras así hablaba Alejandro, Darío, gimiendo y extendiendo sus brazos, se los echó al cuello y, abrazado a él, le dijo:

—¡Rey Alejandro, nunca te ensoberbezcas con la gloria de la tiranía! Cuando hayas logrado una obra igual a la de los dioses y pretendas alcanzar con tus manos el cielo, atiende al futuro. Porque la Fortuna no distingue a un rey por grande que sea su dominio, sino que gira en todas direcciones como una peonza con inescrutable intención. Ya ves quién era y quién ahora soy. Cuando yo muera, Alejandro, dame sepultura con tus propias manos. Rendidme honras fúnebres, macedonios y persas. Que se haga una la familia de Alejandro y la de Darío. Te confío a mi madre como si fuera la tuya, y compadécete de mi esposa como si fuera de tu sangre. Te entrego a mi hija Roxana para mujer[101], para que dejéis hijos para nuestra memoria por tiempos eternos. Envanecéos de ellos como nosotros de nuestros hijos y mantened nuestra memoria, tú de Filipo y Roxana de Darío, mientras envejecéis juntos al paso de lo años.

Después de decir esto, abrazado al cuello de Alejandro, Darío expiró.

21. Alejandro dio grandes gritos de dolor y sollozó compasivamente por Darío, y luego ordenó que se le sepultara según la usanza persa. Dispone, pues, que en primer lugar desfilaran los persas y en retaguardia del cortejo todos los macedonios armados. Alejandro arrimó su hombro para

sostener el ataúd de Darío al lado de los demás sátrapas. Todos lloraban y entonaban lamentos, no tanto en honor de Darío, como de Alejandro, a quien veían llevar a hombros el ataúd. Una vez celebrado el funeral según los ritos persas, despidió a la multitud.

En seguida se proclamó en el país un decreto que publicaba estas normas:

«Yo, el rey Alejandro, hijo del rey Filipo y de la reina Olimpíade, a los habitantes de las ciudades y las comarcas de Persia ordeno lo siguiente:

No quiero que tantos millares de personas perezcan de mal modo. La benevolencia divina me ha hecho vencedor sobre los persas. Doy, pues, gracias a la Providencia celeste.

Sabed, pues, que quiero establecer entre vosotros mis sátrapas, a los que debéis obedecer como en tiempos de Darío. Y no reconozcáis otro rey que Alejandro.

Conservad vuestras costumbres propias, las fiestas, sacrificios y ferias tradicionales, como en tiempos de Darío. Que cada uno siga viviendo en la misma ciudad. Y si alguno abandona su ciudad y su comarca, y se establece en otra, se le hará pasto de los perros[102].

Cada uno de vosotros conservará sus propiedades, excepto el oro y la plata. Pues dispongo que el oro y la plata sean confiscados en nuestras ciudades y campiñas. En cuanto a las monedas, permitimos que cada uno de vosotros se sirva de las suyas propias.

Ordeno que todas las armas sean depositadas en mis armerías. Los sátrapas deben permanecer en su puesto.

Ningún pueblo os invadirá, a no ser con motivo comercial. (Y en ese caso sólo en grupos de veinte hombres. Y yo recaudaré un tributo según vuestras leyes en uso en tiempos de Darío.) Quiero que vuestras regiones se mantengan en paz y que los caminos de Persia se abran al comercio y al tráfico en completa paz, para que los griegos trafiquen con vosotros y vosotros con ellos.

Así que desde el Eufrates y del paso del río Tigris hasta Babilonia, crearé caminos y pondré indicaciones de hacia dónde conduce la ruta.

A Darío no lo maté yo. Quiénes fueron los que lo mataron lo desconozco. A éstos debo ofrecerles grandes honores y entregarles muy vastas tierras, por haber eliminado a nuestro enemigo.»

Ante este comunicado de Alejandro los persas se llenaron de confusión, como si fuera a arrasar Persia. Al darse cuenta de los temores de la muchedumbre, Alejandro les dice:

—¿Por qué sospecháis, persas, que yo busco a los que dieron muerte a Darío? Si Darío hubiera vivido, habría levantado otra guerra contra mí. Pero ahora toda guerra ha cesado. Así que, tanto si es macedonio como si es persa el que lo mató, que se presente ante mí con toda confianza y recibirá de mí lo que me pida. Juro por la providencia de lo alto y por la salvación de mi madre Olimpíade que haré a tales personas famosas y muy destacadas ante todo el mundo.

Al prestar tal juramento Alejandro, la muchedumbre se echó a llorar. Y Besso y Ariobárzanes se presentaron ante Alejandro confiando en que recibirían grandes regalos de él, y le dijeron:

—Soberano, nosotros somos los que matamos a Darío.

Al momento Alejandro ordenó que los apresaran y los crucificaran sobre la tumba de Darío. Ante los gritos de protesta de ellos de: «¿No has jurado: "haré a los que mataron a Darío famosos y muy destacados?" ¿Cómo ahora das órdenes de crucificarnos, trasgrediendo tus juramentos?»

Les contestó Alejandro:

—No por vosotros, canallas, sino ante el auditorio de mis tropas, me defenderé con una explicación. No tenía otra posibilidad de encontraros y descubriros de un modo fácil, a no ser aprobando por breve tiempo la muerte de Darío. Pues mi deseo era que sus asesinos fueran entregados al mayor castigo. Porque los que mataron a su soberano, ¿cómo dejarían de ser una amenaza para mí? Para vosotros, canallas, no

perjuré. Que he jurado haceros famosos y muy destacados ante todos, y será al crucificaros donde todos os vean.

Cuando hubo hablado así, todos manifestaron su aprobación y los perversos asesinos fueron crucificados sobre la tumba de Darío.

22. Alejandro, tras establecer la paz en todo el país, les pregunta a los persas:

—¿Quién queréis que sea sátrapa en vuestra ciudad?

Le contestaron:

—Lites, el hermano de Darío[103].

Dispuso entonces que así fuera.

Había dejado a la madre, a la mujer y a la hija de Darío en una ciudad a una distancia de dos días de viaje. Y les escribe de este modo:

«El rey Alejandro saluda a Estatira y a Rodó y a Roxana, mi prometida esposa[104].

En nuestro enfrentamiento a Darío no queríamos acabar con él, sino que por el contrario hubiéramos deseado tenerle con vida en nuestros dominios reales. Pero lo encontré en sus últimos momentos, y lleno de compasión hacia él lo envolví en mi clámide. Le pregunté quién le había herido. Pero, sin embargo, no me dijo más que esto: “Te confío a mi madre y a mi esposa, y especialmente a mi hija Roxana para compañera tuya”.

Sobre lo sucedido no tuvo tiempo de informarme. Sin embargo, he castigado a los autores de tal fechoría de forma conveniente. Nos pidió recibir honras fúnebres en la sepultura de sus antepasados, lo que ya se ha hecho. Creo que ya vosotras estaréis bien enteradas de esto. Dejad, pues, vuestra pena por él. Yo os repondré en vuestro palacio de nuevo. Por el momento quedaos en el lugar en que estáis hasta que arreglemos en buen orden lo de aquí. De acuerdo con el consejo de Darío, Roxana será mi esposa y compañera en el trono, si eso es de vuestro agrado. Desde ahora mismo quiero

y ordeno que sea reverenciada como esposa de Alejandro. Conservaos bien.»

Al recibir la carta de Alejandro le contestaron Rodó y Estatira con la siguiente:

«¡Al rey Alejandro, salud!

Rogamos a los dioses celestes, que han hecho declinar el nombre de Darío y la gloria de los persas, que te designen como perdurable rey del universo civilizado y te distingas por tu razón, tu prudencia y tu poder. Sabemos bien que en tus brazos viviremos dignamente, porque no abusaste de nosotras como prisioneras. Rogamos a la Providencia de lo alto que aún te procure felicísimos tiempos y que te dé el poder durante incontables años. Tus obras testimonian que has nacido de una estirpe superior. Ahora nosotras ya no viviremos como prisioneras de guerra y sabemos que en Alejandro tenemos un nuevo Darío. Nos postramos reverentemente ante Alejandro, que no nos someterá a ultrajes. Y hemos escrito a todas partes: "Pueblo de Persia, he aquí que, al morir, Darío encontró en Alejandro un rey magnífico. La Fortuna lleva a Roxana a desposarse con Alejandro, rey de todo el universo. Comportaos todos con Alejandro de manera adecuada a su benevolencia, porque la gloria de los persas ahora se ha ensalzado de nuevo. Regocijaos con nosotros aclamando a Alejandro como el más grande de los reyes". Esto es lo que hemos expresado abiertamente a los persas. Consérvate bien.»

Al recibir su carta, Alejandro les respondió con estas líneas:

«Aprecio vuestra intención. Quiero corresponder dignamente a vuestro afecto, ya que yo también soy sólo un hombre perecedero. Conservaos bien»[105].

En otra carta comunicó Alejandro a Roxana sus intenciones. Y despachó también una misiva a su madre Olimpíade con estas indicaciones:

«¡El rey Alejandro saluda a su dulcísima madre! Te escribo para que me envíes todas las joyas femeninas y el vestuario de la madre y de la esposa de Darío y todo el atuendo regio para Roxana, la hija de Darío y mi futura esposa»[106].

Al recibir su madre la carta, le envió toda su vestimenta regia y todas sus joyas de oro adornadas con piedras preciosas. En cuanto Alejandro las tuvo a su disposición, celebró su boda en el palacio de Darío. ¿Y quién sería capaz de describir la alegría que allí reinaba entonces?

23. Después de estas nuevas escribe Alejandro a su madre:

«El rey Alejandro, a mi muy añorada madre y a mi estimadísimo maestro Aristóteles. ¡Salud! He creído necesario escribiros acerca de la batalla que tuve contra Darío.

Una vez que me enteré de que estaba cerca del golfo de Isso con multitud de tropas y acompañado de otros reyes, mandé reunir muchísimas cabras y atarles antorchas en los cuernos y me puse en camino y avancé de noche. Ellos, al ver desde lejos las luces, creyeron que venía un ejército incontable, por lo que se retiraron llenos de terror y fueron derrotados. Así logré mi victoria sobre ellos. En aquel lugar mandé fundar una ciudad, a la que di el nombre de *Aigas* («Cabras»). Y he fundado otra más en el golfo de Isos, con el nombre de Alejandría.

Darío, abandonado, fue atrapado y acuchillado por sus sátrapas. Yo sentí gran pena por él. Después de vencerlo no deseaba matarlo, sino conservarlo bajo mi cetro. Pero lo encontré apenas con vida y, quitándome mi manto, lo envolví con él. Luego, al reflexionar en lo incierto de la fortuna y en el caso de Darío, lloré por él. Al rendirle honras fúnebres como rey, ordené que los centinelas de su tumba fueran mutilados de nariz y orejas, por seguir la tradición del país. A los asesinos de Darío ordené que los crucificaran sobre su tumba.

Desde allí me puse en marcha y sometí a Ariobarzan y el reino de Manazakes. Y he dejado bajo mis órdenes a Media, Armenia, Ebesia[107] y todo el país persa sobre el que reinaba Darío.

32. Desde aquí, tomando unos guías, quise adentrarme en las regiones más lejanas en el desierto en dirección de la Osa Polar, aunque me aconsejaban no avanzar hacia allí, por la multitud de fieras que habitaban en aquellos lugares[108]. Pero, no obstante, sin atender a sus palabras me puse en marcha.

Llegamos, pues, a un cierto desfiladero, donde la senda era estrecha y encajonada, y por ella hicimos nuestro camino durante ocho días. Vimos en aquellos terrenos unos animales salvajes de extraña especie de que nunca habíamos sabido. Después de atravesar esta región llegamos a otro terreno más lamentable. Allí encontramos un enorme bosque de árboles de los llamados *anafanda,* que tienen un fruto exótico y muy peculiar. Pues eran como manzanas enormes de grandes, como espléndidos melones. Había también en el bosque aquel unos seres humanos llamados *Fitos* («Vegetales»), que tienen veinticuatro codos de altura, con unos cuellos largos como de codo y medio, y de modo semejante también con pies enormes. Y sus antebrazos y manos eran muy parecidos a nuestras sierras. Al vernos avanzaron hacia nuestra tropa. Ante tal espectáculo me quedé asombrado y ordené capturar a uno de ellos. Al atacarlos nosotros con gritos y son de trompetas, huyeron. Matamos treinta y dos, y ellos nos mataron cien soldados. Nos detuvimos allí comiendo el fruto de aquellos árboles.

33. Y desde aquí partimos y llegamos a una región herbosa en la que existían unos hombres salvajes con figura de gigantes, esféricos, de rostro rojo y aspecto leonino. Después de éstos había otros, los llamados Oclitas, que no tenían un pelo en todo el cuerpo, con una altura de cuatro codos y un grosor como el de una lanza. En cuanto nos vieron corrieron hacia nosotros. Estaban revestidos con pieles de león, eran fortísimos y muy capaces para combatir sin armas. Nosotros les heríamos con nuestras armas y ellos a nosotros con palos, de modo que mataron a muchos de los nuestros. Yo, lleno de temor de que nos pusieran en fuga, di orden de prender fuego en el bosque. Y al ver el fuego, huyeron aquellos seres humanos tan bien plantados. Mataron de entre nosotros a ciento ochenta soldados.

Al día siguiente quise llegar hasta sus cavernas, y allí encontramos unas fieras atadas en sus puertas de tipo de leones. Pero tenían tres ojos. Vimos también allí unas pulgas que saltaban, del tamaño de nuestras ranas. Al apartarnos de allí, llegamos a un terreno del que brotaba una fuente

riquísima. Y ordené establecer allí el campamento. Permanecimos allí dos meses.

Desde allí marchamos y avanzamos hasta el país de los Melófagos *(los comedores de manzanas),* y allí vimos a un hombre con todo el cuerpo cubierto de vello, de gran tamaño, y nos asustamos. Al punto mando apresarlo. Al ser hecho prisionero nos miraba con expresión salvaje. Entonces ordené que le acercaran una mujer desnuda. Y él la agarró y comenzó a devorarla. Cuando los soldados corrieron en tropel para arrebatársela, empezó a chillar horriblemente en su lengua. Al oírle, sus demás convecinos salieron del pantano contra nosotros como a millares. Nuestra tropa era de 40.000 hombres. Entonces ordeno pegar fuego al pantano. Y, al ver el fuego, aquéllos huyeron. En la persecución nos apoderamos de tres de ellos, que, al no tener alimento, al cabo de cuatro días se murieron. No tenían una inteligencia humana, sino que ladraban como perros[108 a].

36. Al salir de allí llegamos a un río. Di orden de acampar y de que las tropas depositaran en tierra el armamento según la costumbre. En medio del río había unos árboles, que al ascender el sol crecían hasta la hora sexta, y desde la hora séptima menguaban hasta casi desaparecer. Destilaban lágrimas como la mirra persa y su aroma era dulcísimo y noble. Mandé luego que hicieran incisiones en los árboles y que con esponjas recogieran sus lágrimas. De inmediato los que las recogían se sintieron azotados por una divinidad invisible. Al tiempo que recibían los azotes, oíamos el chasquear de los látigos y veíamos los golpes marcarse sobre las espaldas. Pero no veíamos a los que golpeaban. Comenzó luego a oírse una voz que decía que no hiciéramos incisiones ni recolectáramos la resina perfumada. “Si no os detenéis, quedará mudo todo el ejército”. Así que yo, atemorizado, mandé que nadie talara ni recolectara nada de los árboles.

Había en el río unas piedras negras. Cuantos tocaban estas piedras, adquirían el mismo color de las piedras. Había también en el río muchas serpientes y muchas clases de peces, que no se cocían al fuego, sino en el agua fría de la fuente. Así un soldado, que había pescado y que después de lavar el pez lo echó en una vasija, se encontró con el pescado ya cocido.

Había además en aquel río pájaros muy parecidos a los de nuestra tierra. Pero si uno los tocaba, despedían fuego.

37. Al día siguiente nos pusimos en camino con el rumbo extraviado. Me decían los guías: “No sabemos a dónde os conducimos, soberano Alejandro. Demos la vuelta, no caigamos en terrenos aún peores”. Pero yo no quise retroceder.

Nos salían al encuentro muchos animales salvajes de seis pies, de tres y de cinco ojos, con una longitud de diez codos y otras muchas especies de fieras. Algunas escapaban en fuga, otras nos saltaban encima. Llegamos a una zona arenosa, de donde surgieron unas fieras semejantes a asnos salvajes, con una longitud de veinte codos. No tenían dos ojos, sino seis, pero miraban sólo con dos. No eran feroces, sino mansas. También a otros muchos animales cazaron con flechas los soldados. Al marchar de allí llegamos a otro lugar, donde vivían unos hombres acéfalos (que no tenían cabeza ni siquiera cuello como nosotros, sino que tenían entre los hombros su cara, ojos, nariz, oídos y boca), que hablaban con voz humana en su lengua particular, velludos, recubiertos de pieles, comedores de pescado[109]. Capturaban peces marinos y nos los traían desde el mar vecino, y otros traían de su tierra setas de un peso de veinticinco libras. Vimos allá muchísimas y grandes focas que se arrastraban por la costa. Repetidamente me aconsejaban volver los compañeros, pero yo no quise, porque deseaba ver el fin de la tierra.

38. Desde allí reemprendimos la marcha y nos encaminamos a través del desierto hacia el mar, sin divisar ningún ser vivo, ni ave ni animal, sino tan sólo cielo y tierra. Habíamos dejado de ver el sol, sólo veíamos el aire oscuro durante diez días[110].

Al llegar a un terreno costero, allí dispusimos nuestras tiendas de campaña y montamos el campamento para permanecer muchos días. Había una isla en medio del mar aquel. Yo tenía curiosidad por investigar las cosas del interior de aquella isla. Y ordené construir numerosas barcas. Embarcaron en aquellas navecillas alrededor de mil hombres y navegamos hacia aquella isla que no distaba largo trecho de la

costa. En el trayecto oímos unas voces humanas que en lengua griega decían:

*Oh hijo de Filipo y de Egipto por tu simiente,*

*el nombre que te han impuesto indica*

*el destino futuro que realizarás con nobleza.*

*De tu madre recibiste el nombre de* Alejandro.

Alejas *a los enemigos cuando los persigues*

*y cuando ahuyentas a los reyes de sus palacios,*

*y* lejos *de los hombres del todo estarás pronto,*

*en cuanto se cumpla el segundo elemento*

*de tu nombre, el signo denominado «labda»*[111].

Oíamos estas palabras, aunque no veíamos a los hablantes. Algunos soldados con decisión audaz se echaron a nadar desde los barcos hasta alcanzar el suelo de la isla para estudiar el terreno. Y de pronto salieron unos cangrejos y los arrastraron al fondo del agua y los mataron. Entonces, llenos de temor, dimos media vuelta hacia la costa.

Desembarcamos de las barcas, y paseábamos por la ribera del mar cuando nos topamos un cangrejo que salía del mar hacia tierra firme. Su tamaño era el de una coraza, pero sus patas delanteras, las que llamamos pinzas, tenían cada una el largo de una braza[112].

Al verlo tomamos nuestras lanzas y lo matamos con grandes esfuerzos. Porque el hierro no penetraba en su caparazón y con sus patas delanteras cascaba nuestras lanzas. Después de matarlo, cuando lo abrimos, encontramos bajo su caparazón siete perlas preciosas de gran valor. Ningún hombre ha visto jamás perlas semejantes. Al verlas, yo sospeché que procedían del fondo de aquel mar inaccesible. Por lo tanto ideé hacer una gran jaula de hierro y dentro de ella introducir una enorme tinaja de cristal con un espesor de codo y medio. Y ordené hacer en el fondo de la tinaja un agujero, suficiente para que pasara la mano de un hombre, porque quería descender y averiguar lo que había en el fondo del mar aquel. Desde el interior podía tener cerrado el agujero de aquella

escotilla en el fondo de la tina, y al bajar abrir rápidamente para sacar la mano a través de la escotilla y coger del fondo arenoso lo que encontrara en el suelo de aquel mar, y de nuevo retirar mi mano y al instante taponar el agujero. Así lo hice. Ordené hacer una cadena de trescientas ocho brazas y di instrucciones de que nadie me izara hasta que sintieran agitarse la cadena. “Pues en cuanto yo haya descendido hasta el fondo en seguida agitaré la tina y vosotros me izáis”.

Tras haber realizado todos los preparativos, me introdujeron en la tina de cristal con el deseo de intentar lo imposible. En cuanto estuve metido dentro, la entrada fue cerrada con una tapadera de plomo. Cuando me habían bajado ciento veinte codos, un pez que pasaba me golpeó con su cola mi jaula, y me izaron porque sintieron el zarandeo de la cadena. La segunda vez que bajé me sucedió lo mismo. A la tercera descendí alrededor de trescientos ocho codos y observaba a los peces de muy variadas especies pasar volteando en torno mío. Y mira que se me acerca un pez grandísimo que me cogió junto con mi jaula en su boca y me llevó hacia la tierra desde más de una milla de distancia. En nuestras barcazas estaban los hombres que me sostenían, unos trescientos sesenta, y a todos los remolcó juntos con las cuatro barcazas. Mientras nadaba velozmente quebró con sus dientes la jaula y luego me arrojó sobre la tierra firme. Yo arribe exánime y muerto de terror.

Allí me eché de rodillas y me postré en acción de gracias a la Providencia de lo alto que me había salvado con vida del terrible monstruo. Y me dije a mí mismo: “Desiste, Alejandro, de intentar imposibles, no sea que por rastrear el abismo te prives de la vida”. Y en seguida ordené al ejército partir de allí y seguir la marcha hacia delante.

39. Y de nuevo nos pusimos en camino y marchamos durante dos días por unos terrenos por donde no luce el sol. Allí está el llamado País de los Bienaventurados. Como yo quería investigar y ver aquellos lugares, intenté tomar mis esclavos propios y adentrarnos hacia ellos. Pero mi amigo Calístenes me aconsejó avanzar con cuarenta camaradas, cien esclavos y mil doscientos soldados, todos ellos de nacimiento legítimo. Dejé entonces el ejército de a pie junto con los

ancianos y las mujeres allí, y yo tomé conmigo a todos los soldados jóvenes, escogidos, y me puse en marcha con ellos, después de dar la proclama de que no nos acompañara ningún viejo[113].

Pero había un viejo muy curioso que tenía dos hijos soldados, valientes y leales, y va y les dice entonces:

—¡Hijitos, oíd el consejo de vuestro padre y llevadme con vosotros! Que no seré una carga en esa marcha. Pues en un momento de peligro se requerirá buscar a un viejo por orden del rey Alejandro. Si entonces encuentran que estoy con vosotros, seréis recompensados espléndidamente.

Ellos le contestaron:

—Tememos, padre, el castigo del rey, en caso de que nos encuentre transgrediendo su decreto y nos veamos condenados a abandonar la expedición y aun la vida.

El anciano replica:

—Andando, afeitadme la barba, cambiadme el vestido, que viajaré con vosotros en el centro del ejército y os beneficiaré crecidamente cuando se presente la oportunidad.

Ellos hicieron lo que les pedía su padre.

Desde allí, tras una marcha de tres días, encontramos un lugar cubierto de nieblas. Como no podíamos progresar hacia adelante por lo inaccesible e intransitable del lugar, fijamos allí nuestras tiendas. Al día siguiente tomé mil hombres armados y avancé con ellos a explorar si allí estaba el fin de la tierra.

Nos adentramos entonces por los lugares más occidentales —porque aquella parte estaba más iluminada— y caminamos por terrenos rocosos y entre barrancos hasta el mediodía. Este detalle no lo supe por la posición del sol, sino por mis mediciones de las distancias recorridas, con las que calculé nuestra situación y la hora. Al llegar ahí nos entró temor y nos volvimos porque la ruta era imposible.

En una nueva salida quisimos penetrar por las regiones al Este. El terreno era muy llano, pero cubierto de bruma y tiniebla. Yo estaba en incertidumbre total, porque ninguno de

los jóvenes me animó a adelantarme por aquel territorio, por temor de que, a causa de las tinieblas y durante el largo camino, se fueran despistando y dispersando los caballos y no pudiéramos regresar. Yo les dije:

—¡Oh, vosotros, todos tan valerosos en la guerra, ahora os habéis convencido de que sin consejo y sensatez no es posible nada excelente! Si hubiera venido algún viejo, nos aconsejaría acerca de cómo hay que penetrar en este brumoso lugar. Mas ¿quién de vosotros será tan valiente que vaya a traerme un veterano del campamento? Recibiría de mí diez libras de oro.

Ninguno se ofreció a realizar esto, por la lejanía del campamento y porque la atmósfera era opaca.

Entonces se me acercan los hijos del viejo y me dicen:

—Si nos escuchas sin enfadarte, soberano, te hablaremos.

Yo les contesto:

—Decidme lo que deseéis. Juro por la Providencia de lo alto que no os haré daño alguno.

Y ellos al momento me contaron lo de su padre y cómo le habían traído consigo; y a la carrera fueron a buscarlo y me lo presentaron. Yo, al verle, le abracé y le rogué que nos diera su opinión. El viejo entonces va y dice:

—Rey Alejandro, date cuenta de esto: que a no ser que avances con los caballos, no volverás a ver la luz. Escoge las yeguas que tengan potros. Y deja aquí a los potrillos, mientras vosotros os internáis con los caballos, que las yeguas por amor de sus crías os sacarán de ahí.

Buscando entre toda la tropa de jinetes sólo encontramos cien yeguas con potrillos. Tomamos éstas y otros cien caballos escogidos, además de otros que acarrearan la impedimenta necesaria, y según el consejo del veterano, avanzamos, dejando los potros allí afuera.

El viejo aconsejó a sus hijos que recogieran todo lo que encontraran por el suelo en aquella tierra y que lo guardaran en sus talegos. Avanzaron, pues, trescientos sesenta soldados, y de éstos ordené que fueran andando por delante los ciento sesenta sin caballo. Y así hicimos alrededor de quince

*esquenos*[114] de camino. Y encontramos un lugar en el que había una fuente resplandeciente, cuya agua refulgía como el relámpago, y había otros muchos manantiales de agua. El aire de aquel lugar era bienoliente y no demasiado sombrío.

Estaba hambriento y quise tomar mi comida, así que llamé a mi cocinero que se llamaba Andreas y le dije:

—¡Prepárame un bocadillo!

Él tomó un pescado seco y fue a lavarlo, para servirlo de comida, en el agua resplandeciente del manantial. Y, apenas remojado en el agua, revivió el pez y escapóse de las manos del cocinero. Éste se espantó y con el susto no me contó lo sucedido. Pero él tomó agua de la fuente, bebió y se guardó algo en un recipiente de plata. Como todo el lugar rebosaba de múltiples manantiales, todos nosotros bebimos agua de otros. ¡Ah, qué desgracia la mía, que no me estaba destinado beber de aquella fuente de inmortalidad que hacía revivir a los muertos, la que había probado mi cocinero![115].

40. Después de tomar alimentos nos levantamos y marchamos como doscientos treinta esquenos aproximadamente. Al final marchábamos viendo un resplandor que no procedía del sol ni de la luna ni de las estrellas. También vimos dos aves con alas y que tenían de humano sólo los rostros, y que graznaban en lengua griega: “¿Por qué, Alejandro, pisas un suelo reservado a la divinidad? ¡Vuélvete, desgraciado, vuélvete! No podrás pisar las Islas de los Bienaventurados. ¡Retrocede, hombre, pisa la tierra que te fue dada y no te procures vanas fatigas!”[116].

Me estremecía por dentro, y obedecí al momento la advertencia que las aves me habían hecho. Una de las aves me gritó de nuevo en lengua griega: “Te reclama el Oriente y el reino de Poro será sometido a tu victoria”. Después de estas palabras, el ave remontó el vuelo. Yo oré después para aplacar a los dioses y para dominar mi ruta; y, soltando las yeguas por delante, en veintidós días logramos salir de allí gracias al reclamo de las crías de las yeguas.

Muchos de los soldados habían recogido lo que encontraban. Especialmente los hijos del viejo rellenaron sus

talegos de acuerdo con la advertencia de su padre.

41. Apenas habíamos salido a la luz, se encontraron que habían recogido oro de la mejor calidad y piedlas preciosas de gran valor. Ante tal maravilla se arrepintieron los que las habían recogido de no haber cogido más, y los que no habían recogido por no haberlo hecho. Todos ensalzamos entonces al viejo por habernos dado buen consejo.

Después de haber salido de las tinieblas nos refirió el cocinero lo que le pasó en la fuente. Yo, al escucharlo, me sentí abrumado por la pena y me enfurecí terriblemente contra él. Sin embargo me dijo: "¿Qué ganancias obtienes, Alejandro, en apenarte por un hecho pasado?". No sabía entonces que había bebido él de aquel agua ni que se había guardado un poco. Porque esto no lo había reconocido, sino sólo que el pescado en conserva había recobrado vida.

Pero el cocinero se acercó a mi hija, la que se llamaba Hermosa, que había nacido de mi concubina Unna, y la sedujo con la promesa de darle agua de la fuente de inmortalidad. Y así lo hizo. Al enterarme yo —diré la verdad del motivo—, tuve envidia de la inmortalidad de ambos. Mandé llamar a mi hija y le dije: "¡Toma tus vestidos y aléjate de mi presencia! Mira que al hacerte inmortal te has convertido en un ser divino. Y serás llamada Neraída, porque del agua has recibido la inmortalidad".

Ella, entre sollozos y gemidos, se alejó de mi presencia y se marchó a vivir con las divinidades en lugares solitarios.

En cuanto al cocinero, ordené que le ataran al cuello una piedra de molino y que lo arrojaran al mar. Después de arrojarlo se convirtió en un ser divino y marchóse a habitar en un lugar del mar, que por su nombre fue llamado Andreas.

Y esto es lo que hay respecto de mi hija y el cocinero[117].

Por todas esas cosas juzgué que por allí andaba el fin de la tierra. Y mandé edificar en aquel lugar un arco muy grande y grabar en él una inscripción con esta leyenda: "Los que quieran llegar al País de los Bienaventurados marchen por la región a mano derecha, para no perderse mortalmente".

Luego de nuevo reflexioné, hablando conmigo mismo, si allí estaba verdaderamente el confín último de la tierra por donde se incurva el cielo[118], y quise investigar la verdad. Así que mandé capturar dos de las aves de aquel lugar. Eran unas aves blancas, grandísimas, muy poderosas y mansas, que al vernos huían. Algunos de los soldados se habían subido encima de ellas, agarrados a sus cuellos, y las aves habían echado a volar llevándolos sobre sus lomos. Se nutrían de animales muertos, de ahí que la mayor parte de ellas vinieran a nuestro encuentro por causa de los caballos muertos. Habíamos capturado dos de ellas y ordené no darles alimento en un plazo de tres días. Al tercer día dispuse que prepararan un madero con forma de yugo y que se lo ataran a sus cuellos. Luego hice preparar la piel de un buey en forma de cesto, y yo me metí en él. Llevaba en la mano una lanza como de siete codos de larga que tenía en la punta un hígado de caballo. En seguida echaron a volar las aves para devorar el hígado y yo ascendí con ellas por el aire, de tal modo que ya me parecía estar cerca del cielo[119]. Pero me estremecía por la extraordinaria frialdad del aire y por el viento producido por las alas de las aves.

Al rato me sale al encuentro un ser alado de figura humana y me dice: “¡Oh Alejandro!, ¿tú, que no comprendes las cosas de la tierra, intentas conocer las del cielo?[120]. ¡Vuélvete ya hacia la tierra a toda prisa, si no quieres convertirte en pasto de estas aves!”. Por segunda vez me habla: “¡Atiende, Alejandro, a la tierra, ahí abajo!”.

Yo, en medio del espanto, presté atención y miré: Veo una serpiente enorme enroscada y, en medio de la serpiente, un diminuto círculo. Y me dice el ser que había salido a mi encuentro: “Dirige de vuelta ahora tu lanza hacia ese redondel, que es el mundo. Porque la serpiente es el mar que envuelve la Tierra”[121]. Yo di la vuelta y, por designio de la Providencia, de lo alto descendí de regreso a la tierra, a siete días de distancia de mi campamento. Al final, estaba cadavérico y moribundo. Por allí encontré a un sátrapa, súbdito de mi reino, y tomando de él una escolta de trescientos jinetes llegué al campamento; y ya no me dediqué más a intentar imposibles. Conservaos bien.»

78a Aquí acaba el texto que recogemos de *A.*

79 En realidad, el Cindo. Una vez más el autor reemplaza un nombre, que le es desconocido, por una denominación arquetípica. El río Océano, como el adivino Melampo o el flautista Ismenias, pertenecen a una misma categoría.

80 Es decir, en voz baja. Lo usual en la antigüedad era la lectura siempre en alta voz.

81 Media está más allá del Tigris. Alejandro cruza Armenia después de vadear el Eufrates. Ariana está aún más al Este que Media. Las menciones geográficas de nuestro texto están, de nuevo, trastocadas. También respecto de la mención de Bactria (II, 10), es evidente que nuestro autor ignora la localización real.

82 Todas estas cartas están sacadas de la colección epistolar que nuestro novelista utiliza con un curioso desorden. Para su ordenación, remitimos al libro de MERKELBACH, que trata este tema con detalle y gran claridad.

83 Es un anacronismo la mención de Antioquía, que se fundó en 301 a. C. Los 3.000 camellos pueden proceder de los que, según algunos testimonios, utilizó Alejandro para trasladar, tras la batalla de Arbela, los tesoros de Persépolis.

84 La carta de Darío a Poro, solicitando su auxilio, está más adelante (II, 19).

85 Persia es, para el Pseudo Calístenes, una ciudad; más adelante habla de la *Pérsis pólis.* Como posible explicación de tan sorprendente error, aventuro que se haya confundido con el nombre de Persépolis.

86 Se ignora la localización exacta del río de este nombre. El novelista no destaca aquí la característica más notable de este río en el *folktale* que da pie a su historia: helado *de noche,* el río se deshiela a los primeros rayos del sol, al amanecer.

87 Un estadio equivale a 185 metros.

88 La baja estatura de Alejandro, un tanto exagerada aquí, como ante el gigantesco Poro (III, 4), está atestiguada también por Q. Curcio (7, 8, 9; 6, 5, 29).

89 En ocasiones especiales era un uso real en Macedonia regalar a los invitados las copas del festín. Aquí el novelista no saca un partido especial de la treta un tanto bufonesca de Alejandro para embolsarse las copas de oro. En relatos medievales, Alejandro usa las copas para golpear a los guardianes.

90 Plutarco (*o. c*. 37, 3) nos cuenta que Alejandro encontró una gran estatua de Jerjes derribada a su paso, y decidió cruzar, ante ella, como una barrera franqueable.

91 La descripción, patética y retórica, parece referirse, por algún detalle más concreto, como los destrozos causados por los carros armados de guadañas o *drepanóforos* y la multitud de fugitivos persas ahogados en el vecino río, a la batalla de Arbela. (Cf. Q. Curcio, 4, 16, 16; y Justino, 11, 14, 4.)

92 Estas últimas frases sobre la incertidumbre del futuro están en versos yámbicos en *A.* La recensión *B* las ha prosificado, como en general hace con las partes en verso de la obra, con muy ligeros cambios. Uno de éstos consiste en la inoportuna mención del «Hades», el lugar de «las tinieblas».

[93] El texto de *A* nombra expresamente a Jerjes, antepasado —aunque no padre — de Darío.

[94] *A* conserva bien la conocida respuesta de Alejandro a Parmenión (en Plutarco, *o. c.* 29, 4): «Y yo lo aceptaría, si fuera Parmenión.» Nuestra recensión ha variado también ligeramente el nombre de Parmenión en Parmenio, como en otros lugares.

El novelista ha extendido la respuesta de Alejandro, para exponer aquí sus razones para la negativa. El texto debe de provenir de una carta (cf. la núm. 14 en la ordenación de MERKELBACH), pero como ha hecho decir a Alejandro en II, 10 que era aquélla su última a Darío, recurre a este expediente.

[95] En *A* no figuran Nabonasaro ni los tesoros de los judíos (devueltos mucho antes por Ciro a Judea). La tumba de Nabucodonosor estaba en Babilonia. La de Ciro, en Pasargadas; las de los otros reyes persas, en Persépolis.

[96] De ataúdes de cristal habla Heródoto (III, 24) como algo existente entre los etíopes.

[97] Los obreros estaban encadenados y mutilados para impedir su huida, según la explicación griega a este uso persa, de base religiosa. (Cf. Diodoro, XVII, 69.)

[98] El relato histórico debía decir que Alejandro, al llegar a Ecbatana, en Media, se enteró de que Darío estaba junto a las Puertas Caspias. Nuestro texto confunde los datos geográficos.

[99] Besso, sátrapa de Bactria y Sogdiana, acaudillaba la última resistencia contra Alejandro. Junto con otros sátrapas, como Ariobárzanes, mantenía prisionero a Darío, transportándolo en su retirada desde Media hasta hacerlo asesinar en Hecatómpilo.

[100] La escena anterior es una invención de nuestro novelista. También es una invención este patético encuentro de Alejandro y el moribundo Darío, a partir de la noticia histórica de que Alejandro en su persecución del ejército persa encontróse con el cadáver de Darío. Pero en la figuración de esta escena pudo encontrar algunos precursores. (Cf. Plutarco, *o. c.* 43; Q. Curcio, XIII, 28, y Diodoro, XVII, 73.) En *A,* la conversación entre Alejandro y Darío está en versos coliámbicos, y en un lenguaje elevado, como conviene a tan dramática escena. De nuevo Darío recuerda a Alejandro la inestabilidad de la Fortuna, tema tópico.

[101] Roxana era una princesa de Bactria, que Alejandro desposó tras la conquista de este territorio. Más tarde, Alejandro se casó con Estatira, hija del difunto Darío. Sólo Roxana dio un hijo a Alejandro.

[102] Esta grave prohibición de abandonar el puesto asignado a cada uno en su localidad se entiende pensando en las normas de Egipto, donde el abandono del puesto asignado en la vigilancia de las crecidas del Nilo podía comprometer gravemente la agricultura de la zona.

En *A* existen otras disposiciones más concretas (p. ej., sobre las fiestas, cultos en honor de Sérapis y Zeus, construcción de un estadio, etc.) que en nuestra recensión se han omitido. Por otra parte, el texto de *A* está muy corrupto aquí.

[103] Abulites, sátrapa de Susa, fue designado por Alejandro para tal cargo. No era pariente de Darío. *A* da como nombre del sátrapa Adulites.

[104] Estatira, la esposa de Darío, había muerto antes de la batalla de Arbela. La madre de Darío se llamaba Sisigambis. En *A* se la llama Rodoguna, y allí no se nombra a Roxana en la dedicatoria.

[105] En estas líneas de respuesta, Alejandro rechaza que se le den, como a los reyes persas, honores divinos. La respuesta es mucho más explícita en *A*.

[106] Aunque no se ha dicho anteriormente, hay que suponer que Alejandro había enviado previamente estos vestidos reales de Persia a Macedonia. Tal vez esto se relaciona con la noticia que da Q. Curcio en 5, 2, 18.

El texto de *A* no alude a la boda. Contiene a continuación una carta de Alejandro a Roxana. Luego anuncia que se dirige a la India a combatir a Poro. Y concluye así el libro II. Es decir, que faltan en *A* (y en la traducción latina de Valerio) todos los capítulos siguientes de este libro, que refieren las aventuras maravillosas de Alejandro en la India.

El capítulo 23 vuelve a relatar hechos ya conocidos, para introducir luego en la misma carta el viaje hacia la India, un tanto bruscamente en nuestro texto.

Los capítulos 24-31 los sacó MÜLLER de la recensión *γ*. En ellos se trata del viaje de Alejandro hacia Jerusalén y Egipto, con otras maravillosas aventuras. La entrada de Alejandro en Jerusalén y su reconocimiento del dios de los judíos (II, 24) es tal vez lo más novedoso de este texto, de clara invención propagandística judaica. (Cf. MERKELBACH, pág. 100.)

[107] Algunos manuscritos de *B* dan la variante de Iberia, región del Cáucaso.

[108] Señala VAN THIEL que en todo este relato quedan recuerdos de la tremenda marcha de Alejandro, a su regreso de la India, a través de los desiertos de Gedrosia y de la navegación costera de Nearco desde el Indo al Tigris. Para nuestro novelista, sin embargo, la localización de esta marcha es totalmente fabulosa.

[108 a] Los caps. 34-35 de MÜLLER proceden de la recensión *γ*. Tratan del encuentro de Al. con los brahmanes. (Cf. III, 5-6.)

[109] Estos «ictiófagos» recuerdan en algunos detalles (aparte de su mítico carácter de acéfalos) a los esquimales, y se ha sugerido que su descripción pueda estar influida por vagas noticias de un viaje hacia regiones nórdicas. Habitan además cerca de regiones donde la oscuridad permanece largo tiempo.

[110] En esta marcha a través de la oscuridad pueden confluir, según VAN THIEL, dos noticias: la creencia de que en el extremo confín del mundo domina la eterna oscuridad (Q. Curcio, 9, 4, 18) y el recuerdo de las marchas nocturnas en la travesía del desierto para evitar el ardor del sol.

[111] El oráculo se conserva tan sólo en algunos manuscritos (*LPλ*) de nuestra recensión. La explicación del nombre de Alejandro es doble: por un lado se relaciona con el verbo gr. *aléxō* («rechazar») y, por otro, con *ex andrōn* («lejos de los hombres»). La letra *labda* significa en su uso numérico 30.

[112] El tamaño gigantesco de los animales de la India es un rasgo tópico de las narraciones fabulosas de los griegos. Sus desmesuradas proporciones tornan monstruosos a animales ya conocidos. Ya Heródoto cuenta que las hormigas de los desiertos de la India son más gruesas que los perros y mayores que los zorros (III, 102, 2).

113 Sólo algunos manuscritos (*LP C λ*) presentan esta variante, una de las más antiguas, de un cuento popular (AARNE-THOMPSON, tipo 981). El mismo se encuentra en Justino, 18, 3 y sigs., y en Festo (siglo II), s. v. *«sexagenarios».*

114 El *esqueno* (gr. *skhoínos*) es una medida de longitud egipcia, entre 30 y 60 estadios (es decir, entre 5 y 10 kilómetros).

115 El mítico motivo de la Fuente de la Vida (o de la Inmortalidad, o de la Juventud), situada cerca del País de los Bienaventurados, de la que habla Heródoto, III, 23, se ha puesto en conexión con el ansia de Alejandro por la inmortalidad, de que nos habla algún testimonio antiguo. (Del siglo III a. C. es el de Tales, recogido por Estobeo, 4, 33, 31.)

116 Una de las varias advertencias dadas por la divinidad a Alejandro de no trasgredir los límites fijados a la humanidad, transmitida aquí —como en III, 41— por una criatura angélica o demónica.

117 La traición del cocinero y la hija del rey es un tema folklórico que ha sobrevivido, a través de la tradición popular bizantina, hasta la moderna de un cuento neogriego. En éste se cuenta que la hija o la amada de Alejandro, que, al beber el agua de la inmortalidad, lo condenó a morir, fue desterrada por él a las profundidades marinas, donde vive como ser de perennidad divina. Esta doncella surge ante los barcos y repite siempre la misma pregunta: «¿Vive aún Alejandro?». Si se le contesta afirmativamente, despide al navio con buen tiempo y cantando melodiosas canciones de alegría. Si se le contesta que no, se enfurece y hunde el barco. Porque se niega a aceptar la verdad de que Alejandro muriera por su culpa o su inconsciencia.

La etimología de Neraída (en relación con *neró* = «agua») es popular. La hija de Alejandro se asimila a una nereida (hija del viejo dios marino Nereo), o, según otras versiones, a una ninfa montaraz. En otra versión neogriega se trata de una hermana de Alejandro, llamada *Kaló,* que está transformada en la reina de las Nereidas, que pueden asaltar, juguetonas, a los viajeros solitarios en las horas de máximo calor.

118 La bóveda celeste se apoya en los extremos de la tierra. Alejandro supone que el fin del mundo está cerca del País de los Bienaventurados, localizado en tal extremo por la tradición griega.

119 Ya en un antiguo poema babilónico el héroe Etana intenta volar hasta el cielo sobre el lomo de un águila. Alejandro ha recurrido a un improvisado carro con dos corceles alados.

120 Alejandro le echaba en cara a Nectanebo esto mismo en I, 14.

121 Según la figuración de los antiguos geógrafos jonios, el mar —o el río Océano— rodea la tierra. Desde la perspectiva aérea, casi astral, de Alejandro, el mar aparece como una serpiente, seguramente de color verde.

# LIBRO III

1. Después de todo esto, proseguía Alejandro su expedición, volviendo a tomar todo su ejército, contra Poro, el rey de los indios. Así que, al cruzar un vasto desierto, extensiones sin agua y abruptas, protestaban los oficiales de su ejército ante sus tropas:

—¡Ya nos basta con haber llevado la guerra hasta Persia y haber sometido a Darío por haber exigido tributos a los griegos! Mas ¿por qué nos fatigamos en una marcha contra los indios, hacia territorios poblados por fieras y que nada tienen que ver con Grecia? Si Alejandro, por su propia soberbia, es belicoso y quiere subyugar más pueblos bárbaros, ¿por qué vamos a seguirle? ¡Que marche y guerree él solo![122].

Al enterarse de tales rumores, Alejandro separó el contingente de tropas persas del de los macedonios y demás griegos, y ante los macedonios y los otros griegos les arengó:

—¡Compañeros en el ejército y la batalla, macedonios y todos vosotros, príncipes de los griegos! Esos de ahí, los persas, son, en cambio, enemigos vuestros y míos. ¿Por qué motivo murmuráis ahora? Me ordenáis marchar solo a la guerra y a combatir a los bárbaros. Sin embargo, voy a recordaros eso, que, como he vencido yo solo las guerras pasadas, también venceré de nuevo yo solo cuantas quiera, tomando bajo mi mando a los persas. Porque sólo mi plan de combate fortaleció el ánimo de todos vosotros cuando ya desfallecíais ante las multitudes de Darío. ¿No fui el primero en pelear al frente del ejército en las batallas? ¿No fui, como mi propio mensajero, en persona a la corte de Darío? ¿No os salvé con mis consejos en los peligros?

¡Ahora tomad vosotros vuestra decisión y poneos en marcha hacia Macedonia sin mí, y procurad conservaros salvos sin disputar en nada unos con otros! ¡Para que así aprendáis que nada puede un ejército sin la prudencia de su rey!

Cuando hubo pronunciado esta arenga Alejandro, los demás le suplicaban que calmara su cólera y que los mantuviera con él hasta el fin.

2. Cuando con toda su hueste alcanzó los montes de la frontera con la India, se le presentaron unos emisarios portadores de una carta, enviados por el rey de los indios. Poro, y le entregaron un mensaje de éste. Alejandro la recibió, y leyó ante sus tropas la carta, que decía así:

«¡El rey Poro de la India, a Alejandro, el destructor de ciudades!

Te ordeno retirarte. Pues, siendo un hombre, ¿qué puedes contra un dios? Por qué vas a causar la destrucción de los que te acompañan, cuando eres más débil para la batalla, pese a tu ilusión de ser más fuerte que yo? Yo soy invencible. No sólo soy rey de hombres, sino incluso de dioses, porque tengo aquı a Dioniso, al que todos llaman dios, que te maldice[123].

De modo que no sólo te aconsejo, sino que te conmino a retirarte a toda prisa hacia Grecia. Porque no va a asustarme tu campaña victoriosa sobre Darío y sobre los demás pueblos; todas esas guerras te resultaron afortunadas por la cobardía y debilidad de aquéllos. Así que tú estás en la creencia de ser más fuerte de lo que eres. ¡Con que retírate hacia Grecia!

Porque, si hubiéramos tenido algún provecho en Grecia, hace mucho que los indios, antes que Jerjes, la habríamos esclavizado, pero el caso es que como resulta un pueblo inútil y que no posee nada digno de nuestra real atención, no lo hemos atacado. Pues todo el mundo desea tan sólo lo mejor.»

Con que Alejandro leyó en público ante sus ejércitos la carta del rey Poro y dijo luego a sus tropas:

—Compañeros del ejército, que no os vayan a perturbar de nuevo las líneas de Poro que os he leído. Acordaos de lo que escribía Darío. ¡En verdad que el único modo de pensar de los bárbaros resulta la estupidez! Pues así como los animales de su dominios, tigres, leones, elefantes, que se ufanan de su poderío, fácilmente son cazados por la habilidad de los hombres, así también los reyes de los bárbaros, que se ufanan de la muchedumbre de sus tropas, fácilmente son dominados por la inteligencia de los griegos.

Y, después de expresarse así, Alejandro, para dar ánimos a su ejército, contesta en carta a Poro:

«¡El rey Alejandro saluda al rey Poro!

Aún más extremadamente ansiosos de presentarte batalla nos has dejado al decir que Grecia no tiene nada merecedor de tu atención; sino que vosotros los indios tenéis en propiedad todos los bienes, ciudades y campos. Sé que cualquier hombre desea adquirir lo mejor y no tener lo inferior. Puesto que, por lo visto, los griegos no poseemos eso y vosotros, los bárbaros, lo tenéis en vuestro poder, deseamos tales mejorías y pretendemos obtenerlas de vosotros.

Me escribes que tú eres rey hasta de los dioses y de todos los hombres, de modo que tu poder es superior, incluso, al de la divinidad. Pero yo dispongo la guerra contra un hombre fanfarrón y, sobre todo, contra un bárbaro y no contra un dios. A las armas solas de un dios no puede resistirse el universo entero: al retumbar del trueno, al resplandor del relámpago y a la furia del rayo. Pero a mí no me amedrentan los pueblos que están en pie de guerra contra mí, ni me infunden temor tus fanfarronadas.»

3. Cuando Poro recibió la carta de Alejandro y la leyó, se enfureció tremendamente y al momento convocó sus multitudinarias tropas bárbaras y sus elefantes y otras muchas fieras, todas las que solían combatir al lado de los indios.

Al aproximarse los macedonios y los persas, cuando vio Alejandro la impedimenta de Poro se asustó, no de sus numerosas tropas, sino de sus fieras. Se quedó admirado al observar lo extraño de tales bestias[124]. Porque tenía costumbre de pelear con hombres y no con animales feroces.

Así que Alejandro se transforma de nuevo en su propio mensajero y se introduce en la ciudad en que estaba Poro, con un vestido de soldado como el que va a la plaza a comprar víveres. Los indios, en cuanto lo vieron, lo llevaron inmediatamente a la presencia del rey Poro.

Entonces le pregunta Poro:

—¿Cómo está Alejandro?

Contesta él:

—Vive, tiene salud y desea ver al famoso rey Poro.

El rey salió con Alejandro y le mostró el gran número de fieras y le dijo:

—Al regresar dile a Alejandro que yo voy a sacar a fieras semejantes a él para combatirle.

Alejandro replicó:

—Rey Poro, antes de que yo llegue de vuelta ante Alejandro, él ya ha escuchado lo que me dices.

Y Poro exclama:

—¿De quién?

Él dice entonces:

—De ti, Poro. Ya que, como hijo de dios que es, no ignora lo que se diga.

Poro le hizo regalos y lo despidió.

Mientras Alejandro partía de regreso de la ciudad de Poro, pasó revista a la exposición de las fieras, mientras ejercitaba su entendimiento, aplicándose con toda atención al problema. ¿Qué hace luego el muy sagaz?

Después de erigir como si fueran trofeos todas las estatuas de bronce que tenía a mano y las armaduras de los soldados, mandó calentarlas al rojo cuidadosamente hasta que el metal fuera una pura brasa, y ordenó que quedaran allí delante como un muro de protección ante el ejército formado para la batalla.

Luego tocaron las trompetas el toque de ataque. Poro dio orden de soltar las fieras en seguida. Las fieras, preparadas para la carga, se abalanzaron y embistieron a las estatuas; pero tan pronto como se quemaban las fauces dejaban de lanzarse sobre nada. Así, pues, detuvo el asalto de las fieras el astuto Alejandro. Entretanto los persas dominaban a los indios y los perseguían con embestidas de sus arqueros y cargas de caballería. Enorme era la batalla entre los que mataban y los heridos de muerte. Entonces cae exánime el caballo de Alejandro, Bucéfalo. Al suceder tal cosa, Alejandro se aparta del combate. Los ejércitos continuaron batallando unos contra otros durante veinte días. Pero las tropas de Alejandro empezaron a sentir temor y a replegarse.

4. Como Alejandro se dio cuenta de que iban a rendirse, dio orden de hacer una pausa en el combate y de comunicar al rey Poro este mensaje:

«No es propia de un rey esta actuación: que, para que cualquiera de nosotros dos obtenga la victoria, se exterminen entretanto nuestros ejércitos; sí, en cambio, la valentía personal. Así que hagamos cesar la batalla y vayamos ambos a una lucha cuerpo a cuerpo personalmente.

Se alegró Poro y aceptó la propuesta al ver que el tamaño de Alejandro no era comparable al de su cuerpo. La estatura de Poro era de cinco codos y Alejandro no alcanzaba los tres. Uno y otro bando se dispuso a contemplar el enfrentamiento de Poro y Alejandro. Con que de repente estalla un jaleo en el campamento del rey Poro. Entonces Poro se asustó por el ruido y se volvió para ver a qué se debía el tumulto a su espalda. Alejandro, flexionando las piernas, salta sobre él, le hinca su espada en el costado y mata en aquel instante a Poro, el rey de los indios[125].

Comenzaron otra vez ambos ejércitos a luchar unos contra otros. Pero Alejandro dice a los indios:

—¡Desgraciados indios!, ¿por qué combatís, cuando ya ha muerto vuestro rey?

—Para no ser hechos prisioneros —le contestaron.

Alejandro les dice:

—Dejad de combatir y volved de regreso a vuestras ciudades, que sois libres. Pues no fuisteis vosotros quienes osasteis atacar a mi ejército, sino Poro.

Así les habló con la convicción de que su ejército no era suficiente para batallar contra los indios.

A continuación mandó que el rey Poro recibiera sepultura con honores regios. Y después de apoderarse de todos los tesoros de su palacio, prosiguió su marcha hacia los brahmanes u oxidorces[126], bien que éstos no fueran un pueblo belicoso; por el contrario, habitaban en chozas y cavernas, como filósofos desnudos.

5. Los brahmanes, al enterarse de que se aproximaba a ellos el rey Alejandro, le enviaron a sus mejores filósofos con una carta. Al recibirla y leerla, Alejandro se encontró con que decía así su contenido:

«Los gimnosofistas escribimos a Alejandro:

Si vienes a nosotros en son de guerra, ningún botín obtendrás. Pues no puedes llevarte nada de lo nuestro. Pero si quieres llevarte como botín las cosas de que disponemos, para esto no se necesita la guerra, sino la oración, no dirigida a nosotros, sino a la providencia de lo alto.

Por si quieres conocer quiénes somos, sabe que hombres desnudos acostumbrados a filosofar, no por propio impulso, sino inspirados por la providencia de lo alto. A ti, pues, te incumbe el guerrear; a nosotros, filosofar.»

Después de esta lectura Alejandro continuó su marcha hacia ellos en son de paz. Allí contempló el espectáculo de bosques inmensos y muchos preciosos árboles cargados de frutos de toda clase, y un río que rodeaba toda aquella comarca, cuya agua era diáfana y blanca como la leche. Las palmeras, numerosísimas, rebosaban de frutos y las cepas de los viñedos tenían miles de racimos más hermosos de lo que uno soñaría.

Allí los vio Alejandro habitar enteramente desnudos en sus chozas y cuevas. Lejos, a un buen trecho de distancia, vio a sus mujeres y a sus hijos que guardaban sus rebaños.

6. Alejandro los interrogó en este diálogo[127]:

—¿No tenéis sepulturas?

Contestaron:

—Este rincón de la tierra, que ahora ocupamos, es también nuestra sepultura. Aquí, pues, descansamos sobre la tierra cuando nos sepultamos en el sueño. Porque la tierra nos engendra, la tierra nos alimenta y, al morir, bajo tierra yacemos en el sueño eterno.

Preguntó de nuevo:

—¿Quiénes son más, los vivos o los muertos?

Le contestaron:

—Los muertos son, por un lado, muchos más; pero como ya no existen, son incontables. Así que los que se ven son más numerosos que los invisibles.

Pregunta otra vez:

—¿Qué es entonces más fuerte, la vida o la muerte?

Le respondieron:

—La vida, ya que el sol que asciende extiende sus rayos brillantes, pero al ponerse se ve mucho más débil.

También preguntó:

—¿Qué es más extenso, la tierra o el mar?

Respondieron:

—La tierra. Pues se extiende aún bajo el mismo mar.

Preguntó de nuevo:

—¿Cuál es el más destructivo de los animales?

Respondieron:

—El hombre.

Dice él:

—¿Cómo?

Ellos replican:

—Convéncete con tu propio ejemplo. Mira, siendo tú mismo una fiera, a cuántas fieras llevas contigo, para arrebatar tú solo la vida de otras fieras.

Alejandro no se encolerizó, sino que esbozó una sonrisa. Y dijo:

—¿Qué es la monarquía?

Contestaron:

—Un poder injusto de superioridad, una audacia favorecida por la oportunidad, una carga dorada.

Luego inquirió:

—¿Qué fue primero, la noche o el día?

Contestaron:

—La noche. Pues lo que nace se desarrolla en la oscuridad del vientre materno, y luego surge del parto hacia la luz para cobrar vida.

Otra vez preguntó:

—¿Qué partes son mejores: las de la derecha o las de la izquierda?

Contestaron ellos:

—Las diestras. Pues el sol asciende por la derecha y concluye su curso en las regiones del oeste del cielo. Y la mujer amamanta primero con su seno derecho.

Luego les interrogó Alejandro:

—¿Tenéis un jefe?

Respondieron:

—Sí, tenemos un caudillo.

Les dijo:

—Querría saludarle.

Le indicaron entonces a Dándamis, que estaba echado en el suelo, sobre un colchón de hojas amontonadas de los árboles, y que tenía depositados ante sí algunos melones de la zona y otros frutos

Al verle, Alejandro le saludó. Y él contestó a Alejandro:

—¡Salud!

Pero no se levantó ni le honró como a un rey.

Le preguntó Alejandro si tenía bienes propios.

Contestó él:

—Nuestras propiedades son la tierra, los árboles frutales, la luz del sol, la luna, el coro de los astros, el agua. Cuando tenemos hambre acudimos a los árboles frondosos y comemos sus frutos naturales. En la luna creciente todos nuestros árboles producen frutos. Tenemos a mano también el gran río

Eufrates, y cuando tenemos sed, nos llegamos hasta él y bebemos su agua hasta contentarnos[128]. Tenemos cada uno nuestra mujer propia. Y en cada luna nueva se va cada uno y cohabita con su compañera, hasta engendrar dos hijos, y calculamos: uno por el padre y otro por la madre.

Después de oír tales cosas les dijo Alejandro a todos:

—Pedidme lo que queráis y os lo daré.

Le respondieron con una frase unánime:

—¡Danos la inmortalidad!

Alejandro contestó:

—A eso no alcanza mi poder. También yo soy mortal.

Le dijeron:

—¿Para qué, si eres mortal, mueves tantas guerras? ¿Para conquistarlo todo y dejarlo en cualquier momento? ¿No lo vas tú a dejar de nuevo a otros tras de ti?

Alejandro dijo:

—Estas cosas las gobierna la providencia desde lo alto, a fin de que nosotros seamos esclavos y servidores bajo su mando. Que no se mueve el mar si no sopla el viento, ni se agitan los árboles si no los empuja la brisa. Tampoco actúa el hombre a no ser movido por la providencia de lo alto. También yo deseo detenerme ante la guerra, pero no me deja el señor que rige mi entendimiento. Pues si todos tuviéramos el mismo modo de pensar, el mundo resultaría estéril. No se navegaría el mar ni se cultivaría la tierra, no se cumplirían bodas ni habría nacimientos de niños. ¿Cuántos en las guerras que he producido cayeron en la desgracia al perder lo que tenían? Pero otros fueron afortunados por la conquista de los bienes ajenos. Todos arrebatan todo lo ajeno y lo dejan a otros, y nada es estable para nadie.

Después de esta charla, Alejandro ofreció a Dándamis oro, pan, vino y aceite:

—Toma estas cosas, anciano, en recuerdo de nosotros.

Dándamis se rió y dijo:

—Esto no nos es de utilidad, pero, por no pareceros que os las despreciamos por soberbia, te aceptaremos el aceite.

Luego hizo un montón de leña, le prendió fuego, y en presencia de Alejandro derramó el aceite sobre la hoguera[129].

… … … … … … … … … … … … … … … … … …

17. Y después de tal encuentro, Alejandro apartóse de éstos, regresando por el camino natural que conducía a Prasíaca, que parece que es la capital de la zona de la India donde reinaba Poro[130]. Todos los súbditos de Poro acataron a Alejandro, y una vez que hubo dispuesto todo en orden y que los indios se reincorporaron a sus puestos pacíficamente, decían algunos de ellos a Alejandro:

—¡Magnífico rey, dominarás ciudades espléndidas y reinos y montañas a los que jamás accedió ningún rey de los vivientes!

Y algunos de los muy sabios acudieron a él y le dijeron:

—Rey, tenemos que mostrarte una maravilla digna de ti. Vamos, pues, a mostrarte unas plantas que hablan con voz humana.

Entonces condujeron a Alejandro hasta donde estaba un templo del sol y la luna. Allí había un recinto custodiado y dos árboles de tipo muy parecido a cipreses. A su alrededor en círculo había árboles parecidos a la especie llamada en Egipto *mirobálano*[131], y también sus frutos eran como los de aquél. Los dos árboles del centro del jardín podían hablar, con voz masculina el uno, y femenina el otro. El nombre del árbol masculino era «sol» y el del femenino «luna». Los llamaban *muteamatos*[132] en el idioma local. A estos dos árboles los habían envuelto con pieles de toda clase de animales: al masculino con pieles de machos y al femenino con pieles de hembras. A su presencia no aproximaban ni hierro, ni bronce, ni estaño, ni siquiera arcilla de alfarero. Cuando Alejandro preguntó cuáles eran las pieles que los envolvían, le contestaron que eran de leones y panteras.

Aún más quiso saber Alejandro de aquellos árboles. Le contestaron:

—Al rayar el alba, apenas aparece el sol, brota una voz de los árboles; y de nuevo cuando el sol está en el centro del cielo, y por tercera vez en el momento de su puesta. Y lo mismo sucede también con la luna.

Los que tenían aspecto de ser los sacerdotes dijeron a Alejandro:

—Acércate con toda pureza, prosternate en adoración y recibirás su oráculo.

Añadieron los sacerdotes:

—Rey Alejandro, no se permite introducir hierro en el santuario.

Así que Alejandro ordenó depositar las espadas fuera del recinto sagrado. Acudieron con Alejandro buen número de acompañantes, a los que mandó examinar el lugar en todo su perímetro. Luego llama a su lado a algunos de los indios que le acompañaban, para que le sirvieran de intérpretes. Y les jura:

—Si el sol se pone sin que se oiga la voz del oráculo para mí, os quemaré vivos.

Pero aconteció al sumergirse el sol: una voz india surgió del árbol. Los indios que le acompañaban se aterrorizaron y no querían traducirle el sentido. Alejandro se dio cuenta y los llevó a un lugar aparte. Allí le dijeron al oído:

—Rey Alejandro, pronto vas a morir a manos de los tuyos.

Todos los presentes estaban pasmados ante el prodigio, pero Alejandro quiso recibir el oráculo de nuevo. Ya que había oído su futuro, expresó el deseo de abrazar a su madre Olimpíade. Al aparecer la luna habló su árbol en lengua griega:

—Rey Alejandro, vas a morir en Babilonia: allí serás asesinado por los tuyos y no podrás ser llevado a presencia de tu madre Olimpíade.

Lleno de admiración, Alejandro quiso que depositaran las más hermosas coronas junto a los árboles. Pero los sacerdotes le dijeron:

—No es lícito hacerlo. Pero si nos obligas por la fuerza, se hará lo que quieras. Pues para un rey no hay ley escrita.

Muy afligido se levantó Alejandro de madrugada, y junto con los sacerdotes y sus camaradas y los intérpretes indios se introdujo de nuevo en el santuario. Con la plegaria ritual avanzó en compañía del sacerdote, y poniendo su mano sobre el árbol le preguntó si ya había cumplido el último año de su vida, porque quería saber este punto. Al surgir el sol y en el momento en que su resplandor alcanzó la cima del árbol, se deja oír una voz que dice claramente:

—Ya están cumplidos los años de tu vida y no puedes regresar a presencia de tu madre Olimpíade, sino que vas a morir en Babilonia. Poco tiempo después también tu madre y tu mujer morirán brutalmente a manos de los tuyos. Ya no investigues más sobre esto, porque ya no oirás nada más.

Después de escuchar este oráculo, quedóse muy afligido Alejandro. Salió de allí y partió en retirada de la India. Así llega a Persia.

18. Entonces ansiaba visitar el palacio de Semíramis, que era muy famoso. Pero en todo aquel país reinaba una mujer de soberbia belleza, ya de mediana edad[133]. Alejandro le escribe una carta que decía así:

«El rey Alejandro saluda a la reina Candace de Béroe y a los principes súbditos suyos. En mi viaje a Egipto he oído hablar de vuestros templos, de vuestros palacios y vuestras tumbas y de que en cierta época fuisteis dueños de Egipto[134]. Por eso os he escrito. Consideradlo y contestadme lo que os parece. Conservaos bien.»

Le contesta Candace con esta carta:

«La reina Candace de Béroe y todos sus príncipes saludan al rey Alejandro.

No nos despreciéis por el color de nuestra piel. Tenemos las almas más claras que los más blancos de tus súbditos. Y disponemos de un número de 80 regimientos de jinetes dispuestos a aplastar a quienes nos ataquen. Los embajadores que te hemos enviado te transportan 100 barras compactas de

oro puro, 500 muchachos etíopes, 200 chimpancés, una corona de esmeraldas y de 1.000 libras de oro, con 10 hileras labradas de incontables perlas, y 80 cofres de marfil. Y además diferentes especies de animales salvajes de nuestro país: 5 elefantes, 10 panteras domadas, en sus jaulas 30 perros comedores de carne humana, 30 toros de lidia. Y 300 colmillos de elefante, 300 pieles de pantera y 3.000 bastones de ébano.

Envíanos a los que quieras para recoger tales obsequios en seguida, y danos tus noticias cuando hayas conseguido reinar sobre todo el universo. Sigue bien.»

19. Al recibir Alejandro la carta de la reina Candace, la leyó y envió a Cleómenes a Egipto a recoger sus obsequios. Al enterarse Candace de cómo Alejandro había sometido a tan grandes reyes, llamó a un pintor griego de su corte y le dio órdenes de marchar a la corte de Alejandro y de pintar a escondidas un retrato de Alejandro. Así se hizo, y Candace recibió el retrato y lo guardó en un lugar oculto.

Sucedió que, unos días después, el hijo de Candace llamado Candaules, que iba con una escolta de unos pocos jinetes, fue asaltado por el tirano de los bebrices. Y en su fuga acude Candaules, el hijo de Candace, a refugiarse en las tiendas del campamento de Alejandro. Los centinelas que lo apresaron lo llevan a presencia de Tolomeo, el llamado luego *Soter* («salvador»), que era el segundo de Alejandro. El rey Alejandro estaba durmiendo. Le interrogó Tolomeo:

—¿Quién eres tú y los que te acompañan?

Contestó el otro:

—Soy el hijo de la reina Candace.

Y le dice Tolomeo:

—¿A qué has venido, pues, aquí?

Contestóle:

—Junto con mi mujer y un pequeño destacamento venía a celebrar el rito mistérico anual en el País de las Amazonas. Pero el tirano de los bebrices vio a mi mujer, y asaltándonos con una numerosa tropa la ha raptado y mató a la mayoría de

mis soldados. Así que regreso para tomar conmigo una tropa más abundante y arrasar la tierra de los bebrices.

Con estos informes, entró Tolomeo en el aposento de Alejandro, lo despertó y le contó todo lo que había dicho el hijo de Candace. Al oírlo, Alejandro se desveló rápidamente y, tomando su diadema, coronó con ella a Tolomeo, le echó encima su clámide y le dijo:

—Siéntate en el trono como si fueras Alejandro, y di al secretario real: «¡Llama a mi presencia a Antígono, el capitán de mi guardia!» Y cuando yo me presente, cuéntame lo que me acabas de decir y dime: «¿Qué plan decidimos sobre el caso? Dame tu consejo».

Así que se sienta Tolomeo en el trono vestido con el traje regio. Al verlo se preguntaban los soldados:

—¿Qué nuevo plan medita ahora Alejandro?

El hijo de Candace, sin embargo, al ver al personaje revestido de la vestimenta del rey, se llenó de temor de que diera orden de matarlo. Creía, pues, que era Alejandro. Luego ordena a Tolomeo:

—Llamad a mi presencia a Antígono, el jefe de mi guardia personal.

Y al presentarse Alejandro, le dice Tolomeo:

—Antígono, éste es el hijo de la reina Candace. Su mujer ha sido raptada por el tirano de los bebrices. ¿Qué me aconsejas hacer?

Le contestó él:

—Te aconsejo, rey Alejandro, que armes tu ejército para luchar contra los bebrices, a fin de que rescatemos a la mujer de éste y que se la devolvamos en honor de su madre la reina.

Candaules, el hijo de Candace, se llenó de alegría al oír su consejo. Y dijo Tolomeo:

—Si ésa es tu decisión, Antígono, ponía en práctica como jefe de mi guardia. Da orden de que se apreste la expedición.

20. Así que Tolomeo dio órdenes a Antígono, como si fuera él el rey Alejandro. Y así pasó. Antígono se apresuró a llegar en un solo día hasta la población del tirano en compañía de Tolomeo.

Y le dijo allí Antígono a Tolomeo:

—Rey Alejandro, procuremos no ser vistos durante el día por los bebrices, no sea que al enterarse el tirano asesine a la mujer. De tal modo podemos introducirnos por la noche en la ciudad y pegar fuego a las casas, y sus mismas gentes se sublevarán y nos entregarán a la mujer de Candaules. Porque nuestra batalla no es por el reino, sino a causa de esa mujer.

Cuando Antígono hubo hablado así, se le acercó Candaules y dijo:

—¡Qué inteligencia la tuya, Antígono! ¡Ojalá fueras tú Alejandro y no capitán de Alejandro!

Ya de noche penetran en la ciudad, mientras sus habitantes dormían, y pegan fuego a sus suburbios. Mientras los unos se despertaban con sobresalto e indagaban cuál era la causa del incendio, ordenó Alejandro que se gritara:

—¡Es el rey Candaules con una numerosa fuerza que os ordena devolverle a su esposa antes de incendiar vuestra ciudad entera!

Los habitantes asediados se congregaron todos ante la fachada del palacio del tirano y con la fuerza de su multitud logran abrir sus puertas. Y arrebataron a la mujer de Candaules que encontraron en el lecho del tirano y se la entregaron a Candaules, y mataron al tirano.

Candaules, lleno de agradecimiento al consejo y al plan de Antígono, abrazó a Antígono y le dijo:

—Confíate a mí para que te lleve conmigo a mi madre Candace, para darte regalos regios dignos de ti.

Alejandro se puso muy contento y le dijo:

—Pide permiso para mí ante el rey Alejandro. También a mí me gustaría visitar tu país.

Lo envió Alejandro a presencia de Tolomeo para que éste lo enviara como mensajero suyo. Y dijo Tolomeo a Candaules:

—Quiero saludar a tu madre con una carta. Toma y llévate contigo a Antígono como mensajero mío, y de nuevo condúcelo sano y salvo a mi presencia, del mismo modo que os he permitido a ti y a tu esposa llegar sanos y salvos a la corte de tu madre.

Candaules dijo:

—Rey, escolto a este hombre como si fuera el mismo Alejandro, y lo devolveré de regreso con regios regalos.

21. En su marcha, Candaules tomó consigo a Alejandro y una numerosa compañía de soldados, bestias de carga, carros y regalos abundantes. Por el camino, Alejandro admiraba los pintorescos montes del país del cristal, que se erguían hasta las nubes del cielo, y los árboles de altas copas cargadas de frutos, no de un tipo existente en Grecia, sino de especies maravillosas y peculiares. Pues allí había manzanos brillantes como el oro que ostentaban sus pesados frutos, como los limones de los griegos; y enormes racimos de vid, nueces con el tamaño de melones, monos tan grandes como osos y otros muchos animales, variopintos por su color y exóticos por su forma.

Había por allí unos terrenos a los que descendían unas escaleras rocosas. Y dijo Candaules:

—Antígono, estos lugares de aquí son considerados como moradas de los dioses.

Hicieron su viaje hasta llegar pronto al palacio real. Y salió a recibirles la madre y el hermano de Candaules. Cuando iban a abrazarle, les dijo éste:

—No me abracéis tan pronto, sin antes saludar a mi salvador y al benefactor de mi esposa, a Antígono, mensajero del rey Alejandro.

Le preguntaron:

—¿Qué salvación te ofreció?

Cuando Candaules les hubo relatado el rapto de su mujer, realizado por el tirano de los bebrices, y el socorro prestado por Alejandro, le abrazaron sus hermanos y su madre Candace. Luego se celebró un espléndido banquete en el palacio.

22. Al día siguiente se presentó Candace con todo el brillo de su diadema regia, magníficamente erguida para su edad y con su figura semidivina, de modo que a Alejandro le parecía estar ante su propia madre Olimpíade. Contemplaba el palacio refulgente por sus techos decorados y sus muros de piedra. Cobertores de tejidos sedosos y con artísticas incrustaciones de oro se extendían sobre los canapés de áureas patas, y las tumbonas estaban alhajadas con lazos de oro. Las mesas estaban hechas de marfil y las columnas médicas relucían con sus capiteles de color de ébano. Había innumerables estatuas de bronce y carros de combate *(drepanóforos)* con sus caballos esculpidos en rocas de pórfido, que parecía que iban a echarse a correr con vida propia; y elefantes tallados en el mismo material, que con sus patas aplastaban a los enemigos mientras con sus trompas volteaban a los adversarios, y templos enteros con todas sus columnas talladas de un solo bloque de piedra. Alejandro se maravillaba al observar todo esto, mientras estaba comiendo en el banquete junto a los hermanos de Candaules. Éste solicitaba a su madre que le obsequiara, como a mensajero de Alejandro, con regalos dignos de su inteligencia, antes de despedirle.

Al día siguiente, Candace tomó a Antígono de la mano derecha para mostrarle sus habitaciones, construidas de una piedra que reflejaba la luz de modo que a través de las marmóreas paredes se veía desde dentro el ascenso del sol; y dentro de aquellas salas había un triclinio hecho de unas maderas indestructibles y una casa que no estaba fija con sus cimientos sobre el suelo, sino plantada sobre cuatro enormes cubos de madera y que podía ser arrastrada sobre ruedas por veinte elefantes. Y cuando el rey se ponía en marcha para una nueva guerra se albergaba en ella:

Dijo Alejandro a Candace:

—Todas estas cosas serían dignas del mayor asombro si uno las encontrara entre los griegos y no en tu país, porque así

de preciosos son vuestros montes y rocas.

Con cierto enfado contestó Candace:

—Dices bien, Alejandro.

Al oírse llamar por su nombre, «Alejandro», él se volvió y dijo:

—Yo, señora, me llamo Antígono y soy mensajero de Alejandro.

Contestó Candace:

—Sí, desde luego que también te llamaste Antígono, pero no para mí. Eres el rey Alejandro. Al momento te enseñaré el motivo de mi reconocimiento.

Y llevándole de la mano le condujo a su cámara y allí le trae la pequeña pintura de su retrato, y le dijo:

—¿Reconoces tu propia imagen?

Alejandro, al reconocer su retrato, se asustó y comenzó a temblar. Le dijo entonces Candace:

—¿Por qué temes, Alejandro, y estás tan asustado? Tú, el vencedor de los persas, el destructor de los indios, el debelador de los trofeos de los medos y los partos, y el subyugador de todo el Oriente, ahora sin guerra ni expedición militar estás en poder de Candace. De modo que date cuenta, Alejandro, que quien piensa aventajar mucho en astucia a los demás, encuentra luego a otro que le supera en inteligencia. El caso es que la astucia de Candace ha superado tu listeza, Alejandro.

Alejandro estaba angustiado y rechinaba los dientes. Le dice Candace:

—¿Rechínas los clientes? ¿Qué puedes hacer? ¿Tú, que has llegado a ser tan gran rey, serás ahora sometido por una sola mujer?

Alejandro estaba dispuesto a matar a Candace y a suicidarse luego con su espada. Le dijo entonces Candace:

—También ése es un recurso noble y regio. Pero no te angusties, hijo Alejandro. Como tú salvaste a mi hijo y a su mujer apresada por los bebrices, también yo te voy a salvar de

los bárbaros, llamándote Antígono. Pues si se dan cuenta de que eres Alejandro, te matarán al momento, porque tú diste muerte a Poro, el rey de los indios. La mujer de mi hijo menor es hija de Poro. Por tanto te llamaré Antígono. Yo guardaré tu secreto.

23. Después de este diálogo, Candace salió con él y dijo:

—Hijo Candaules, y tú, hija Harpisa, si no hubiérais encontrado en el momento oportuno a la expedición de Alejandro, no os habría yo recobrado ni tú hubieras encontrado a tu propia mujer. De modo que portémonos de modo digno con el mensajero de Alejandro y ofrezcámosle regalos.

Pero le contestó su otro hijo, el menor:

—Alejandro salvó a mi hermano y a su mujer, pero mi mujer está afligida porque su padre, Poro, fue muerto por Alejandro; y ya que tienes en tus manos a este mensajero suyo, quiere que matemos a Antígono.

Contestóle Candace:

—¿Y qué beneficio sacarías, hijo? ¿Con matar a éste vas a vencer a Alejandro?

Dijo Caudales a su hermano:

—Fue mi salvador y de mi mujer, y yo lo guardaré sano y salvo y lo devolveré así a Alejandro. ¿Es que por éste también nosotros aquí vamos a entablar combate uno contra otro?

Su hermano le replicó:

—Yo, hermano, no lo deseo; pero si tú lo quieres, estoy más dispuesto que tú.

Y con estas palabras se preparaban a enfrentarse en una pelea cuerpo a cuerpo.

Candace se angustiaba por la pelea de sus hijos, con temor de que entablaran lucha, y toma aparte a Alejandro y le dice:

—Tú, que eres sagaz y que has tramado tantas estratagemas, ¿no puedes meditar y hallar una salida para que mis hijos no se hagan una guerra mutua por tu causa?

Alejandro dijo:

—Yo iré y los pondré en paz.

Y poniéndose entre ambos, Alejandro dice:

—¡Oídme, Toas y Candaules! Si a mí me matáis aquí, nada le importará a Alejandro. Porque yo me llamo Antígono. Porque, además, los mensajeros que se envían no son tan preciosos como para justificar una batalla entre reyes. Pues si aquí me matáis, tiene muchos otros mensajeros Alejandro. Pero si queréis mediante mi persona hacer prisionero a vuestro enemigo Alejandro, prometed que me dais aquí tan sólo una parte de vuestros regalos, para que me quede entre vosotros y facilite que el rey Alejandro se presente aquí, con el pretexto de que queráis darle personalmente los obsequios que habéis preparado. Y entonces, cuando hayáis capturado en vuestro poder a vuestro enemigo, ¡vengaos y satisfaced vuestra inquina!

Los hermanos le hicieron caso y se abrazaron. Candace quedó admirada de la inteligencia de Alejandro y le dijo:

—Antígono, me habría gustado que fueras hijo mío, pues por mediación tuya habría dominado a todos los pueblos. Desde luego, no has sometido a tus enemigos y a los países por la guerra, sino por la enorme agudeza de tu mente.

Así que Alejandro se alegró por tantos honores, mientras que Candace guardó firmemente el secreto.

Cuando diez días después emprendió su regreso, Candace le ofreció regalos dignos de un rey: una preciosa corona de diamantes, una coraza con perlas y berilos y una clámide toda purpúrea que refulgía como una estrella con sus incrustaciones de oro. Luego lo hizo escoltar con importante acompañamiento de los soldados de su guardia.

24. Después de varias jornadas de marcha llegó al terreno aquel donde Candaules le había dicho que moraban los dioses. Penetró él con unos pocos soldados en su interior y allí ve un espectáculo fantasmagórico entre el resplandor del fuego. Alejandro se asustó, sobrecogido de espanto, pero se retenía allí para ver en qué concluiría. Ve algunas figurillas humanas

yacentes que despedían rayos de sus ojos como antorchas luminosas, y una que le dirige la palabra:

—¡Recibe mi saludo, Alejandro! ¿Sabes quién soy yo? Yo soy el emperador Sesoncosis. Pero no fui tan afortunado como tú. Pues tienes un nombre inmortal, por haber fundado en Egipto la muy admirada ciudad de Alejandría.

Preguntó Alejandro:

—¿Y cuántos años viviré?

Le contestó:

—Es bueno que el que vive no sepa cuándo ha de morir. Pues de aprender aquella su hora final se consumiría desde el momento en que lo supiera. El permanecer en la ignorancia le ofrece olvido al viviente para que no lo medite constantemente, aunque de todos modos ha de morir. Sin embargo has fundado una ciudad muy ilustre entre todos los hombres. Muchos reyes la atacarán con intención de arrasarla, pero tú la habitarás, después de muerto y sin morir. Tendrás como tumba la ciudad que fundaste.

Después de este diálogo salió Alejandro del lugar [135].

25. Tomando consigo a sus hombres continuaba la marcha hacia su propio campamento. Le salieron al encuentro los sátrapas y le trajeron su vestimenta de rey. Desde allí emprendió un viaje hacia el País de las Amazonas. Al acercarse a su tierra les envió una carta en estos términos:

«El rey Alejandro saluda a las Amazonas.

Creo que estaréis enteradas ya de nuestra guerra contra el rey Darío. Después he hecho una expedición contra los indios, derroté a sus caudillos y los esclavicé con ayuda de la providencia de lo alto. Desde allí nos encaminamos hacia los brahmanes llamados “gimnosofistas”. Y después de aceptar sus tributos les permitimos permanecer en los mismos territorios y, a sus ruegos, les hemos dejado en paz. Desde allí, luego hemos cruzado hacia vosotras. Salidnos al encuentro con regocijo. Porque no venimos a haceros daño, sino con intención de ver vuestro país y, a la vez, de beneficiaros. ¡Conservaos bien!»

Después de haber recibido y leído la misiva de Alejandro, le contestaron por escrito con estas palabras:

«Las más poderosas e importantes de las Amazonas saludan a Alejandro.

Te escribimos para que sepas esto antes de atacar nuestros territorios, a fin de que no fracases luego deshonrosamente. Con estas líneas nuestras, te informaremos de curiosidades de nuestra región y de nuestro estricto régimen de vida. Vivimos al otro lado del río Amazónico y, en su interior, en una isla en medio de su curso. El perímetro de nuestro país forma una circunferencia que tardarías en recorrer un año: el río no tiene nacimiento ni fin. La entrada es única. Las que la habitamos somos doscientas setenta mil doncellas armadas. Entre nosotras no se encuentra ni un solo varón. Los hombres habitan al otro lado del río y habitan la tierra. Anualmente celebramos una fiesta colectiva y sacrificamos caballos a Zeus, Posidón, Hefesto y Ares durante 30 días. Todas aquellas de nosotras que desean perder su doncellez se quedan con los hombres. Y a todas las niñas que dan a luz, nos las traspasan en cuanto cumplen siete años. Cuando unos enemigos se acercan para atacar nuestro país, salimos en expedición ciento veinte mil a caballo, mientras las restantes quedan de guardia en la isla. Y vamos al encuentro sobre nuestros confines, mientras los hombres, en formación de combate, nos siguen. Si alguna resulta herida en la batalla, es honrada por nuestra asamblea comunal y es coronada, y su fama es eterna. Si alguna cae en la guerra combatiendo en primera fila, su más próximo pariente recibe no pocas riquezas. Si alguna trae el cadáver de alguno de los adversarios a la isla, se la da por tal motivo oro, plata y manutención para toda la vida. De modo que nosotras luchamos por la propia gloria. Si vencemos a nuestros enemigos o si éstos se retiran en fuga, les queda la marca de una vergonzosa afrenta para siempre; en cambio, si nos vencen, habrán vencido sólo a unas mujeres. Mira, pues, rey Alejandro, que no te ocurra precisamente algo de esto. Medítalo bien y contéstanos por escrito. Nos encontrarás en expedición de combate en nuestras fronteras.»

26. Alejandro leyó su carta, se sonrió y les contestó con este escrito:

«El rey Alejandro saluda a las Amazonas.

Hemos dominado las tres partes del mundo y no cesamos de exigir trofeos de victoria por doquier. Así que nos quedará una marca vergonzosa si no emprendemos una expedición contra vosotras. Por tanto, si queréis perecer y dejar despoblado vuestro país, aguardadnos en vuestras fronteras. Pero si preferís habitar vuestra propia tierra y no experimentar la guerra, cruzad vuestro país y dejaos ver ante nosotros. Y que los hombres formen de igual modo en la llanura. De hacerlo así, yo os juro por mi padre y por mi madre Olimpíade que no os dañaré, sino que aceptaré el tributo que queráis ofrecerme y no penetraré en vuestra patria. Y enviadnos, para servir con nosotros, a unas cuantas amazonas a caballo que hayáis escogido. Les daremos como soldada a cada una de las enviadas vuestras un *estáter*[136] de oro y la comida. Al cabo de un año regresarán éstas, y nos enviáis otras. Recapacitad las propuestas y contestadnos. Conservaos bien.»

Después de recibir y leer la carta de Alejandro, las amazonas hicieron una asamblea y, tras tomar su decisión, le escribieron la siguiente:

«Las más poderosas e importantes de las Amazonas saludan a Alejandro.

Te concedemos el privilegio de llegar hasta nosotras y de visitar nuestro país. Nos obligamos a darte cada año cien talentos de oro y hemos enviado como destacamento a las 500 mejores de nosotras a tu encuentro, que te llevan el dinero y cien caballos de noble casta. Éstas se quedarán contigo durante un año. Si alguna de ellas pierde su virginidad al unirse a un hombre cualquiera, que se quede entre vosotros. Nos escribes, pues, cuántas van a quedarse con vosotros, y en cuanto nos remitas a las demás, recibirás otras tantas. Acatamos tu mando tanto en tu presencia como en tu ausencia. Porque hemos sabido de oídas tus virtudes y tus hazañas. Nosotras vivimos al margen del mundo habitado, y aun así has llegado hasta nosotras como señor. Hemos decidido escribirte y habitar nuestra tierra patria y acatarte como soberano. ¡Consérvate bien!»[137].

27. Después de este intercambio de misivas, escribe Alejandro lo sucedido a su madre Olimpíade de este modo[138]:

«El rey Alejandro saluda a su dulcísima madre Olimpíade.

En mi decisión de ver a las Amazonas dirigí mi viaje hacia el río Prítanis. Al llegar a los alrededores del país vi que el río estaba por allí muy poblado de fieras. Los soldados cayeron en un desánimo tremendo. Ya iba promediado el verano y no cesaba de caer la lluvia en la región, y muchos de los soldados de infantería tenían enfermos los pies. Sucedíanse truenos enormes y caían rayos y relámpagos. Cuando íbamos a cruzar el río llamado Prítanis sucedió que los soldados hicieron una gran matanza de los indígenas[139].

Llegamos luego al río llamado Termodonte[140], que recorre una llana y fértil comarca, en la que viven las Amazonas, mujeres que por su estatura superan en mucho a las demás mujeres y que son magníficas por su belleza y su valor. Llevan vestidos de colores, floreados, y manejan armaduras de plata y hachas de guerra. No tienen en su país hierro ni bronce. Y están bien dotadas de inteligencia y astucia. Al acercarnos nosotros al río, al otro lado del cual habitan las Amazonas, que es un río grande e infranqueable y contiene una multitud de animales feroces, ellas cruzaron y se dispusieron en formación militar frente a nosotros. Nosotros por carta ya las habíamos persuadido a sometérsenos.

28. Después de recoger sus tributos nos retiramos hacia el mar Rojo y el río Tenonte. Y desde allí llegamos hasta el río Antlante. Por allá ya no se podía distinguir ni la tierra ni el cielo. Eran muchas y muy diversas las tribus que allí habitan. Vimos a los hombres de cabeza de perro y a los descabezados, que tienen en medio del pecho los ojos y la boca, y a otros hombres con seis brazos y cabezas de toro, y a los trogloditas y a los salvajes de pies de correa *(himantópodos),* y a otros tan velludos como cabras y con rostro de león, y otros animales feroces y de aspecto extraño.

Desde aquel río nos hicimos a la mar y llegamos a una gran isla, que dista 120 estadios de la costa. Y allí encontramos la ciudad del sol (Heliópolis).

Tenía doce torres construidas de oro y esmeraldas. La muralla de aquella ciudad era de roca de la India. En el centro se elevaba un altar edificado de oro y de esmeraldas, con sesenta escalones. En lo alto se alzaba un carro con sus caballos y su cochero de oro y de esmeraldas. Pero no era fácil verlo a través de la niebla. El sacerdote de Helios era un etíope vestido con una túnica de lino puro. Nos habló en su lengua bárbara para que nos alejáramos de aquel lugar.

En nuestra retirada de allí caminamos durante siete días de marcha. Luego encontramos una oscuridad tal que ni siquiera el fuego se podía ver en aquellos lugares.

Al apartarnos de éstos, llegamos al Puerto de Lisso[141]. Allí hallamos un monte altísimo al que ascendí y vi en él muchas casas repletas de oro y plata. Vi también un gran muro circular de zafiro con una escalinata de 108 peldaños. Y en lo alto un templo de forma redonda, rodeado en círculo de 100 columnas de zafiro. En el costado interno y en el externo estaban maravillosamente esculpidas en relieve imágenes de bacantes, sátiros y ménades que tocaban la flauta o danzaban en trance dionisíaco. El anciano Marón estaba allí sobre su asno. En medio del templo se hallaba un lecho trabajado en oro tapado con cobertores, en el cual yacía un hombre envuelto en una fina tela de lino. Su figura no pude verla, pero observé su vigor y el tamaño de su cuerpo.

En medio del templo había también una cadena áurea de unas 100 libras que sostenía en lo alto una corona de oro. En lugar del fuego había una piedra preciosa que irradiaba luz en todo aquel lugar. Había también una jaula de oro suspendida de lo alto del techo, en la que había un pájaro del tamaño de una paloma, que, con una voz humana en lengua griega, chilló hacia mí y me dijo: “¡Alejandro, deja ya de oponerte a los dioses y vuelve a tu propia casa y no pretendas ascender por las rutas del cielo!”

Cuando quise apoderarme de éste y de la luminaria colgada, para enviártela, al punto vi que el que estaba yacente sobre el lecho se movía como si fuera a levantarse. Me dijeron mis camaradas: “¡Déjalo, rey! ¡Que son objetos sagrados!”

A la salida del templo vi junto al muro circular dos enormes vasos forjados de oro que contenían unas sesenta veces la medida de nuestras jarras en el banquete. Ordené que todo el ejército se acercara y que allí se celebrara un festín. Había allá una enorme casa preparada al caso. Y se encontraban en ella magníficas copas, dignas de toda admiración, talladas en piedras preciosas. Pero en el momento en que nos recostamos yo y la tropa para festejar el banquete, se produjo al instante una especie de trueno violento, un resonar de flautas y panderos múltiples, de siringas y trompetas, de tambores y cítaras. Y el monte entero humeaba como si un gran rayo hubiera caído sobre nosotros.

Llenos de terror nos alejamos de aquellos lugares y llegamos al palacio de Ciro. Habíamos conquistado muchas ciudades abandonadas y luego una magnífica ciudad en la que estaba una amplia mansión que el mismo rey acostumbraba a usar como residencia.

Me dijeron que allí había un pájaro que se expresaba con voz humana. Yo entré en la casa y vi muchos objetos maravillosos dignos de asombro. Toda la casa era de oro. En el centro colgaba del techo una jaula para aves semejante a la anterior, áurea, y dentro de ella había un pájaro semejante a una paloma, de plumaje de oro. Éste es el que me dijeron que hablaba a los reyes en sus respectivas lenguas. Vi también allí un gran jarro forjado en oro —estas cosas estaban dentro de los aposentos reales de Ciro—, que podía contener unas ciento sesenta medidas. Era muy admirable por estar cincelado. En su copa presentaba unas figuras humanas, y una batalla naval estaba labrada en una cenefa. En su centro había una inscripción. Por fuera era de oro labrado. Me contaron que la habían hecho en Egipto y que la habían traído de la ciudad de Menfis, desde allá, cuando los persas la conquistaron.

La casa en que el rey en persona acostumbraba a tratar los asuntos generales estaba construida al estilo griego. En ella estaba pintada la batalla naval de Jerjes. Había además en aquel palacio un trono de oro con incrustaciones de piedras preciosas y una lira que sonaba automáticamente. Había también una estantería para vasos hecha de oro con un alto de dieciséis codos y con ocho tramos. En lo alto estaba un águila

que con sus alas extendidas dominaba todo el ámbito circular. Había también una vid de oro de siete brazos, y todos hechos en oro.

De las demás maravillas, tan numerosas, ¿qué voy a decirte? Tales son que por su número y belleza no podemos explicarte su prodigiosa calidad.

¡Conservaos bien!»[142].

30. Escribe además otra carta Alejandro a su madre Olimpíade, cuando estaba en Babilonia la grande y a punto de perder la vida[143], con tales noticias:

Dicen que es grande la previsión de los dioses. El caso es que una de las mujeres indígenas dio a luz una criatura de figura humana, pero de las caderas hacia abajo formada con fragmentos de fieras, de modo que el niño parecía una imitación del monstruo llamado Escila. Pues los injertos eran cabezas de leones y de perros salvajes. Sus formas extrañas se movían y eran visibles a todos, de modo que podía reconocerse el tipo de cada animal. En cambio la parte superior del niño estaba muerta.

Después del parto la mujer metió a su criatura en un saco de mano y se presenta en el palacio de Alejandro, diciendo a su guardia:

—Anunciadme al rey Alejandro, que sobre un suceso maravilloso quiero mostrarle algo.

Alejandro se hallaba descansando la siesta —era cerca del mediodía— en su dormitorio. Cuando se despertó, se enteró de la llegada de la mujer y mandó que la llevaran a su presencia. Al presentarse ella, el rey mandó retirarse a todos los demás. Cuando todos hubieron salido, la mujer le mostró el monstruo recién nacido y confesó que ella lo había dado a luz.

Asombróse Alejandro al verlo y al momento mandó que trajeran a los intérpretes de prodigios, a sabios y magos. Cuando éstos acudieron les dio órdenes de emitir su dictamen sobre aquel parto, amenazándoles con la muerte si no le decían toda la verdad. Los más famosos y más capacitados de los caldeos eran cinco, y había uno que en su oficio aventajaba en

mucho a todos los demás; pero que entonces, por azar, no estaba allí, sino de viaje. Los allí presentes dijeron que en las guerras Alejandro sería superior a todos sus enemigos y que sería el soberano de todos los hombres. Decían, pues, que las más fuertes fieras estaban, como los pueblos bárbaros, sometidos a un cuerpo humano. Y eso significaba el prodigio.

Pero después de éstos se presentó también el otro caldeo ante Alejandro. Y al observar la disposición del fenómeno se echó a gritar entre sollozos y se rasgó las ropas en gesto de duelo. Alejandro, al ver su dolor, se angustió infinitamente y le conmina a decir con toda confianza lo que había visto a partir del prodigio. Él le contesta así:

—Rey, no es posible contarte entre los vivos.

Como Alejandro le rogó que le explicara la interpretación del prodigio, le contestó así:

—Poderosísimo rey de todos los hombres, la figura humana eres tú, las formas de fieras son los que te rodean. Y si la parte superior hubiera vivido y estuviera en actividad como los animales de abajo, estarías destinado a regir a todos. Así que, del mismo modo como ésta ha dejado la vida, así lo harás tú, rey. Y del mismo modo como están los animales de su parte inferior, así también están los de tu séquito. No tienen conciencia, sino que son bestias salvajes para los humanos, así también los de tu séquito se comportan contigo.

Después de decir esto, el caldeo se marchó, y mandó quemar en seguida la deforme criatura. Alejandro, después de oír lo anterior, ponía en orden sus asuntos personales día a día[144].

31. Antípatro se había rebelado contra Olimpíade, la madre de Alejandro, y en contra de ella obraba a su capricho[145]. La madre de Alejandro le había escrito muchas veces sobre la conducta de Antípatro —pues se encontraba ultrajada en su condición de madre de Alejandro— y quería retirarse al Epiro, pero se lo prohibía Antípatro. Cuando Alejandro recibió las cartas de su madre Olimpíade y se enteró por ellas del resentimiento que la apenaba, despachó a la corte de Antípatro

en Macedonia a Crátero, como intendente, que se hiciera cargo del reino.

Al enterarse Antípatro de la intención de Alejandro y de la llegada de Crátero, y consciente de que venían tropas de Alejandro a Macedonia y Tesalia a por su persona, se atemorizó y decidióse a asesinarle a traición, porque temía ser llevado a prisión por lo que había hecho contra Olimpíade. Pues estaba enterado de que Alejandro se había excedido mucho en su soberbia por las hazañas que llevaba a cabo.

Reflexionando sobre esto, preparó un veneno mortífero, que no se podía guardar en un frasco de bronce ni de cristal ni de arcilla, que se habría quebrado al punto. Antípatro puso el veneno en una cajita de plomo, lo encerró en otra caja de piedra y lo confió a su propio hijo al enviarlo a Babilonia para entregar a Julo[146], el maestresala de Alejandro, después de advertirle de palabra de la peligrosidad del veneno y de su poder mortífero; para que, si en guerras con sus enemigos le sucediera algo, se lo tomara para morir[147].

Al llegar el hijo de Antípatro a Babilonia se puso al habla con Julo, el maestresala de Alejandro, en contacto secreto para la entrega del veneno. Entonces Julo andaba disgustado con Alejandro, porque unos días antes, a causa de un desliz de Julo, Alejandro le había golpeado con su cetro en la cabeza y le había herido gravemente. Por ese motivo Julo estaba furioso contra Alejandro y se puso de acuerdo con el hijo de Antípatro para el crimen. Julo se atrajo a un tal Medio, que también había sido afrentado. Y tomaron sus disposiciones sobre cómo darían a beber el veneno a Alejandro.

Cuando Alejandro descansaba uno de aquellos días después de un gran banquete, se le acercó Medio invitándole a acudir al día siguiente a su casa. Y se dejó persuadir Alejandro por su ruego y acudió al festín de aquél. Junto al rey Alejandro se hallaban otros convidados. El complot asesino, que iba a realizarse mediante el veneno, no lo sabían Perdicas, ni Tolomeo, ni Olcio, ni Lisímaco, ni Eumenio[148], ni Casandro, pero todos los demás que se sentaban a sus lados participaban de la intentona criminal del veneno y estaban apalabrados con

Julo, como escanciador del rey Alejandro, juramentados unos con otros. Pues ambicionaban los dominios de Alejandro.

Cuando Alejandro se hubo reclinado en su sitio, Julo le trajo una copa sin trampa. Se trabó la charla en la reunión y, al cabo de cierto tiempo, como hubiera consumido ya su bebida, Julo le ofreció otra copa que contenía el veneno. Alejandro la aceptó por su mala fortuna y, apenas lo bebió, dio un grito como herido por una flecha en el hígado. Se contuvo por breve tiempo y después, esforzándose por contener su dolor, se retiraba a su casa, recomendando a los presentes que se quedaran en la reunión.

32. Pero los demás, muy preocupados, disolvieron al instante el banquete, y salieron a aguardar con expectación lo que fuera a suceder. Alejandro desfallecía y llamó:

—¡Ah, Roxana, ayúdame tú un poco!

Y, sostenido por ella, llegó a su palacio y se echó en cama[149].

Al hacerse de día ordenó a Perdicas y a Tolomeo y a Lisímaco que acudieran a su lado. Prohibió que ningún otro viniera con ellos, hasta que les diera su testamento.

En seguida se produjo un tumulto y un intento de motín de los macedonios en el patio del palacio de Alejandro, con intención de matar a los soldados de su guardia personal si no les dejaban ver a su rey. Alejandro quiso informarse del griterío y Perdicas se le acercó y le explicó lo que gritaban los macedonios. Alejandro dio orden de que llevaran en alto su lecho hasta un lugar donde todo el grueso de sus tropas pudiera desfilar junto a él para verle, y circular entre una y otra puerta. Ejecutó Perdicas las órdenes del rey Alejandro, y uno a uno los macedonios se aproximaron a su rey y le contemplaron. No había ninguno que no derramara lágrimas al ver a Alejandro, tan gran rey, tendido moribundo en su lecho.

Un hombre de aquéllos, de noble aspecto, pero no de rango especial, se llegó hasta el lecho de Alejandro y dijo:

—Por nuestro bien, rey Alejandro, nos rigió tu padre Filipo, y por nuestro bien lo hiciste tú, rey. Ahora tú nos

abandonas, y sería hermoso para nosotros morir contigo, con quien hizo de Macedonia una patria libre.

Alejandro se echó a llorar y extendió su brazo derecho en un gesto de consolación[150].

33. Luego dio orden de que viniera un secretario y dijo esto acerca de su mujer Roxana:

—Si de mi esposa Roxana nace un varón, que ése sea rey, para los macedonios. Pero si nace una hembra, que elijan a quien quieran como rey.

Y dispuso que escribieran a su madre de este modo:

«El rey Alejandro saluda a su dulcísima madre.

En cuanto hayas recibido esta mi última carta prepara un espléndido banquete para remunerar a la divina providencia de lo alto por haberte dado tal hijo. Así que si quieres honrarme, ve tú por ti misma y convoca a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, al banquete, con estas palabras: “Ved que está preparado este banquete. Venid a celebrar la fiesta. Pero que se abstenga de acudir aquel de vosotros que tenga una pena reciente o antigua, porque no he dispuesto un banquete de pesadumbre, sino de alegría”. ¡Sigue bien, madre!»[151].

Cumplió Olimpíade este requisito, y no se presentó nadie en el banquete, ni pequeño, ni grande, ni rico, ni pobre. No se encontró a nadie sin tribulación. Pronto advirtió su madre la sabiduría de Alejandro y cómo, en el momento de despedirse de los vivos y para consolarla, le había escrito aquello. Que pensara que no le sucedía a él algo único, sino algo que había sucedido y sucedería a todos.

Mientras decía estas y otras muchas cosas Alejandro, se extendió por el aire la tiniebla y apareció una gran estrella descendente del cielo hasta el mar acompañada por un águila, y la estatua de Babilonia, que llaman de Zeus, se movió.

La estrella ascendió de nuevo al cielo y la acompañó el águila[152]. Y al ocultarse la estrella en el cielo, en ese momento durmióse Alejandro en un sueño eterno.

34. Los persas se peleaban con los macedonios, porque querían llevarse consigo a Alejandro e invocarlo como Mitra[153]. Los macedonios se oponían, porque querían trasladarlo a Macedonia.

Interviene, entonces, Tolomeo con estas palabras:

—Aquí hay un oráculo de Zeus de Babilonia[154]. Aceptaremos de él la sentencia sobre dónde depositaremos el cuerpo de Alejandro.

El oráculo de Zeus les dio esta sentencia:

—Yo os diré lo que debéis hacer. Hay una ciudad en Egipto cuyo nombre es Menfis; allí debéis entronizarlo.

Una vez dado el oráculo, nadie discutió, sino que accedieron a que Tolomeo se pusiera en camino y lo llevara a Menfis embalsamado en un ataúd de plomo. Tolomeo lo depositó sobre un carro y ahí hizo el viaje desde Babilonia a Egipto. Al enterarse los habitantes de Menfis, salieron a recibir el cadáver de Alejandro y lo introdujeron en Menfis. Pero el sumo sacerdote del templo de Menfis dijo:

—No lo depositéis aquí, sino en la ciudad que fundó en la comarca de Rakotis. Pues donde quede este cuerpo, esa ciudad será agitada y revuelta por guerras y combates[155].

Al momento, entonces, lo conduce Tolomeo a Alejandría y le da sepultura en el templo denominado «Cuerpo de Alejandro», ya que allí dejó como reliquia el cadáver de Alejandro.

35. Alejandro vivió treinta y dos años, distribuidos así: a los veinte años fue rey. Guerreó durante doce años y venció todas sus batallas. Sometió 22 pueblos bárbaros y 14 poblaciones griegas. Fundó estas doce ciudades: Alejandría la que está en Egipto, Alejandría de Horpas, Alejandría Cratisto, Alejandría de Escitia, Alejandría junto al río Crépide, Alejandría de la Tróade, Alejandría de Babilonia, Alejandría de Peria, Alejandría del Caballo Bucéfalo, Alejandría de Poro, Alejandría del río Tigris, Alejandría de los Masagetas.

Nació Alejandro en una luna llena en el mes de enero, a la salida del sol, y murió en el mes de abril, en una luna llena, a

la puesta del sol. Y llamaron *Neomaga*[156] al día de su muerte por haber muerto joven Alejandro.

Pereció en el año del mundo 5176, en el último año de la 113 olimpíada. Una olimpíada son cuatro años, y la primera olimpíada fue en el cuarto año del rey Acaz. Desde la muerte de Alejandro hasta la encarnanación en una virgen del Verbo Divino pasaron trescientos veinticuatro años[157].

122 Aquí se han mezclado los recuerdos de dos motines de las tropas macedonias: el primero, al comienzo de la marcha hacia la India; el segundo, en Opis, al licenciar a los veteranos. El siguiente discurso de Alejandro concuerda en general con el que trasmite Q. Curcio en 9, 2, 33 y sigs.

123 La leyenda de que también Dioniso había guerreado contra los indios parece posterior a la expedición de Alejandro. (Cf. el testimonio de Clitarco, *F. Gr. Hist.,* 137 F 17.) En la India se localizó luego el monte sagrado de Nisa, unido al origen y misterios de este dios. (Cf., más adelante, III, 28.)

124 Los elefantes, fundamentalmente. Aunque el texto indica ambiguamente la presencia de otras fieras como fuerzas de choque de los indios. Sobre el papel de los elefantes en estas campañas véase el reciente libro de H. H. SCULLARD, *The Elephant in the Greek and Roman World,* Londres, 1974.

125 El combate cuerpo a cuerpo de Alejandro y Poro es una invención, aunque ya anterior a nuestro texto. Luciano (en *Cómo ha de escribirse la historia* 12) la atribuye a Aristobulo (*F. Gr. Hist.,* 139 T 4). Nuestro novelista se recrea en detalles anecdóticos, como la diferencia de estatura entre el gigantesco Poro y el menudo Alejandro, y en la astucia de éste para derribar y matar a su adversario. Realmente no hubo tal combate personal, sino que Alejandro, después de derrotar a Poro, se reconcilió con él y lo mantuvo en su trono, aunque como representante y aliado suyo.

126 Faltan en nuestra recensión unas líneas que en *A* indican que Alejandro somete luego otros territorios de la India, como la escarpada ciudadela de Aorna, ante la que habían desistido Heracles y Dioniso por la elevación y aspereza de su emplazamiento. (La autenticidad del párrafo, atetizado en la edición de W. KROLL, ha sido defendida por MERKELBACH (*o. c.*, página 103).

Como bien anota VAN THIEL, aquí y en los dos capítulos siguientes nuestro texto confunde tres motivos: 1) La marcha de Alejandro contra los oxídraces, una tribu india muy belicosa (Arriano, 6, 4, 3; 14, 1). 2) Diálogo de Alejandro con unos brahmanes prisioneros, acusados de incitar a la resistencia contra él (Plut., *o. c.* 64). 3) Encuentro de Alejandro con los gimnosofistas indios (Arriano, 7, 1, 5 y sigs.; Plut., *o. c.* 65).

Nuestro texto altera el nombre de los «oxídraces» en «oxidorces» (en gr. significa algo así como «los de aguda mirada») y los confunde luego con los pacíficos «gimnosofistas» (en gr. «sabios desnudos»). La descripción del modo de vivir de estos santones naturalistas procede probablemente de Onesícrito, un adepto de la escuela cínica que viajaba en la escolta de Alejandro y que idealizó, con algunos rasgos cínicos, a estos ascetas hindúes. En algunos autores del siglo III d. C. —como el novelista Heliodoro y en la *Vida de Apolonio de Tiana* de Filóstrato— encontramos también ecos admirativos sobre la vida santa y la sencilla inteligencia de los gimnosofistas.

127 *Diálogo de Alejandro con los gimnosofistas.*—Conocemos este tema, que en nuestro texto está reelaborado en III, 6, por otras versiones más curiosas, como la de un Papiro Berlinés (*Pap. Berol. 13044 = F. Gr. Hist.,* 1539) y la de Plutarco en su *Vida de Alejandro* 64.

A continuación traducimos el texto que ofrece VAN THIEL como Apéndice II de su edición (págs. 242-45) y que representa una combinación, con correcciones, de las dos versiones citadas, unificando sus pequeñas variantes textuales. VAN THIEL sigue en esto la propuesta de R. MERKELBACH (*o. c.,* págs. 113 y sigs.).

Como señala VAN THIEL (pág. 245): «Esta obrilla, en la que el conflicto entre el poder de la fuerza y el espíritu se trata de una manera brillante y juguetona, tiene muy pocos lazos en común con precedentes históricos, que para su comprensión carecen de importancia. Se trata en cambio de una variante muy griega, muy intelectual, de aquellas difundidas narraciones, en las que un poderoso plantea a alguien varias cuestiones en apariencia insoluoles, bajo amenaza de duros castigos, en el caso de que no las resuelva.» (Y el mismo autor nos remite a la catalogación de este motivo en THOMPSON, *Motif-Index,* H 500-899: «Texts of cleverness».)

R. MERKELBACH (*o. c.*, pág. 52) recuerda que J. HUIZINGA, en su conocido *Homo Ludens,* ha tratado este tema de «Disputas sobre la sabiduría» en un contexto más general, y que FESTUGIÈRE lo ha puesto en relación con otros encuentros de los griegos con la sabiduría oriental (FESTUGIÉRE, «Trois rencontres entre la Grèce et l'Inde», *Revue de l'Histoire des Religions* 125 (1943), 32-45. Los otros dos encuentros descritos son el del libro indio *Milindapanha* (Preguntas del rey Milida-Menandro al sabio Nagasena) y el de *La vida de Apolonio* (III, 18-37) de Filóstrato. Siempre pregunta el griego y responde el indio sabiamente. El regalo final de un vestido (en el caso de Alejandro y de Milinda) es un rasgo oriental, como ya señaló JACOBY.

Dice así el texto:

«De los gimnosofistas que precisamente habían persuadido a Sabbas a rebelarse y que habían causado mayores daños a los macedonios, Alejandro apresó a diez que tenían fama de hábiles en las respuestas y de brevilocuentes, y les planteó unas preguntas insolubles, después de afirmar que mataría al que no respondiera correctamente. "Al que yo designe para emitir sentencia, éste será el juez de vosotros." Luego preguntó uno de los gimnosofistas si podía añadir la explicación de su respuesta. Después de acceder, preguntó al primero si le parecía que eran más en número los vivos o los muertos. Él respondió que los vivos. "Pues no es justo —dijo— que los que no son sean más que los que son."

A continuación preguntó al siguiente si creía que la tierra o el mar alimentaban a más animales. Contestó que "la tierra, porque también el mar está encima de la tierra".

Al tercero le preguntó qué animal le parecía más peligroso. Éste contestó: "El que no lo conoce ningún hombre."

Al cuarto, que era el jefe de aquéllos, Sabilo, le preguntó por qué había aconsejado a su rey combatir contra él. Respondió éste: "Porque debía vivir con honor o morir con honor."

Al quinto le mandó decir qué había surgido antes, si la noche o el día. Al responder él: "el día fue antes por una noche", le interrogó Alejandro sobre la razón de su respuesta, y el indio, tras meditarla, dijo: "A las preguntas imposibles les convienen respuestas imposibles."

Al sexto le preguntó qué debía hacer uno para ser más amado por los hombres, y él contestó: "Ser el más poderoso sin causar temor a nadie."

Al séptimo le preguntó qué había de hacer uno para devenir dios. Él respondió: "Uno debería hacer lo que sería imposible que hiciera un hombre."

Al octavo le preguntó qué era más fuerte, la muerte o la vida. Y él respondió que "la vida, pues ésta hace que sean los que no eran, y la muerte que no sean los que eran".

Al último le ordenó decir hasta cuándo le conviene bien vivir a una persona. Éste contestó: "Hasta que deja de creer que es mejor vivir que morir."

Al único que quedaba para juzgar las respuestas le preguntó quién de aquéllos le había parecido peor, y añadió: “No vayas a creer que te escaparás si intentas favorecer a alguien.” Y éste, que no quería que ninguno pereciera por su causa, contestó que había respondido cada uno peor que el anterior.

“Así, pues —dijo Alejandro—, moriréis todos, y tú el primero, de acuerdo con tu sentencia.”

Pero él contestó: “Pero ten en cuenta, Alejandro, que no es propio de un rey el mentir. Pues aseguraste que matarías a quien no respondiera correctamente. Así que nos protege tu palabra. En cuanto a que no perezcamos injustamente, no debemos cuidar de eso nosotros, sino tú.”

Después de haber escuchado a éste, Alejandro juzgó que aquellos hombres eran sabios y, después de ordenar que les dieran a cada uno un manto, los dejó ir en paz.»

La versión armenia añade algunas preguntas y respuestas al coloquio con los gimnosofistas. Y da alguna variante a las respuestas habituales. (Allí el lado preferido es el izquierdo y no el derecho, por razones bastante semejantes a las respuestas en nuestro texto.) Traduzco del texto, que recoge KROLL en su aparato crítico, las cuatro últimas respuestas:

Dice (Alejandro) a otro: «¿Qué vence a todo el linaje humano?»

Respondió: «La muerte. Pues es violenta y dura para todos.»

Dice Alejandro: «¿Ante qué se encoleriza la divinidad?»

Respondióle: «Ante la injusticia de los ricos y la soberbia de los pobres.»

Pregunta: «¿Cuál es la más agradable de las adquisiciones?»

Respuesta: «El amor del corazón.»

Pregunta: «¿Y qué es lo más amargo?»

Respuesta: «La envidia y el odio.»

128 La mención del Eufrates se encuentra sólo en el manuscrito β. Hay un juego etimológico entre el nombre del río y el verbo griego *euphraínesthai,* «alegrarse, contentarse».

129 (Entre III, 6-III, 17 se ha insertado el tratado de Paladio sobre la India y los brahmanes, sin título ni indicación de su autor, en el texto de *A,* editado y ordenado en capítulos por MÜLLER.)

En *A* figura como epígrafe de los párrafos que traducimos luego, el de *Carta de Alejandro a Aristóteles.* Esta narración coincide en algunos puntos con la epístola latina, más amplia, que asimismo traducimos. En la versión de *L* (es decir, de β) la carta ha pasado a desarrollarse como relato normal, sin advertencia del cambio.

Traduzco aquí el principio de la carta en *A,* que tiene algún detalle curioso, peculiar, como esa isla que aparece y desaparece, y que puede considerarse como el precedente de un episodio fantástico que encontramos en otras fabulaciones posteriores, p. ej., en *Sindbad* en *Las Mil y Una Noches,* como el monstruo, especie de tortuga gigante o de ballena, donde desembarcan los osados marinos.

Así dice la *Carta de Alejandro a Aristóteles:*

«El rey Alejandro saluda a Aristóteles. Necesariamente he de contarte todo lo extraordinario que nos aconteció en el viaje por la India. Habíamos llegado nosotros a la ciudad de Prasíaca, que parecía ser la capital del país de la India, y nos apoderamos de un promontorio vecino a ella, buena atalaya sobre el mar. Yo avancé

en compañía de unos pocos para explorar el terreno y encontré a unos hombres de figura afeminada que se alimentaban de pescado. Al preguntarles, confirmé que eran bárbaros por su lengua, y a mis indagaciones sobre aquellos lugares nos indicaron en respuesta una isla que todos nosotros habíamos divisado en medio del mar. Aseguraban que aquélla era la tumba de un antiguo rey, en la que había consagrado mucho oro. Luego los bárbaros desaparecieron dejando allí sus barcas, que eran 12. Entonces mi nobilísimo amigo Fidón, Hefestión, Crátero y los demás compañeros se negaban a dejarme desembarcar en ella. Fidón decía así:

“Permíteme navegar hacia allá delante de ti, para que si hay algún peligro, me arriesgue yo antes que tú. Si no lo hay, yo enviaré el bote a por ti. Porque si aquí perezco yo, Fidón, ya encontrarás tú otros camaradas. Pero si murieras tú, Alejandro, todo el mundo civilizado sufriría la desgracia.” Me dejé convencer por ellos y les dejé cruzar. Pero en cuanto desembarcaron al cabo de poco tiempo, en la supuesta isla, de pronto aquel monstruo se sumergió en lo profundo. Nosotros chillamos, el monstruo desapareció del todo y allí perecieron ellos y mi nobilísimo amigo. Me afligí muchísimo, pero por más que busqué no encontré a los bárbaros.

Permanecimos siete días sobre aquella atalaya y al séptimo divisamos al monstruo, capaz de soportar elefantes sobre su lomo… He contemplado muchísimas y extraordinarias maravillas que es necesario que te relate. Pues vi muy variados animales y lugares…, extrañas especies de reptiles. Y lo más asombroso de todo, un eclipse de sol y luna… Hacía un tiempo atroz. Habíamos vencido a Darío, el rey de los persas, y a los suyos, y después de conquistar todo el país, avanzábamos observando sus riquezas. Había oro y vasijas adornadas con piedras preciosas…

Comenzamos el viaje desde las Puertas Caspíacas y nos pusimos en camino. Se hacían muchas horas de marcha. Al salir el sol la trompeta daba la señal de partida… Y esto, a pesar de que la impedimenta de los soldados era pesada, puesto que cada uno iba revestido con zapatos, grebas, musleras de piel y coraza de cuerpo entero. Pues los naturales nos habían advertido de los ataques de los reptiles del camino, y yo había dado orden pública de que nadie estuviera sin ese equipamiento.

Tras doce días de marcha llegamos a una ciudad que estaba en medio de un río. Crecían en la ciudad unas cañas de 30 codos de altura y muy anchas. La ciudad estaba escondida tras ellas. No estaba fundada en el suelo, sino encima de dichas cañas. Allí cerca, pues, ordené fijar nuestro campamento. Nos presentamos en aquel lugar a la hora tercera del día, y al llegar al río encontramos su agua más amarga que el eléboro. Cuando intentábamos alcanzar a nado la ciudad, surgieron del agua unos hipopótamos que arrebataron a nuestros hombres. No nos quedaba otro remedio que retirarnos de aquel lugar de cualquier modo… Estuvimos tan faltos de agua que incluso se vio a algunos soldados beberse sus propios orines. Pero por fortuna llegamos a un lugar donde había una laguna feraz rodeada de selva, a la que acudimos y encontramos allí agua dulce, que nos pareció superior a la miel.

Cuando nos quedamos satisfechos a placer, vimos sobre una altura una estela grabada. La inscripción de ella decía así:

“El emperador Sesoncosis hizo este depósito de agua para los que navegan el Mar Rojo.”

Ordené establecer el campamento allí, preparar las cosas para dormir y encender fuego. Al levantarse la luna brillante a la hora tercera de la noche, acudieron las fieras de toda la selva a la laguna vecina para beber. Había escorpiones del tamaño de un codo, moradores de los arenales, unos blancos, otros rojos… (Nos atacaron)… Ya teníamos algunos muertos cuando en medio de los lamentos y gritos de los demás empiezan a acudir a abrevarse feroces cuadrúpedos,

entre los que había leones mayores que los toros de nuestra tierra, y rinocerontes; todos salían de la selva de las cañas. Y jabalíes, aún mayores que los leones, con unos colmillos de un codo de largo; linces, panteras, tigres, bestias de cola de escorpión, elefantes, búfalos y torielefantes, y hombres con seis brazos y con pies de correas y con miembros de perro, y otros animales de formas monstruosas. El combate no tenía descanso. Con nuestras armas de hierro conseguimos rechazar a éstos… Luego, del arenal comenzaron a saltar zorros de noche de unos diez codos, y otros de ocho codos, y de la selva surgían cocodrilos que causaban la muerte de nuestras bestias de carga. Había murciélagos mayores que nuestras palomas, armados de dientes. Junto a la laguna se posaban cuervos nocturnos a los que cazamos y tuvimos para un gran almuerzo…»

El texto de *A* omite algunos detalles, que conserva la versión armenia (y la latina), como la aparición de un tremendo y fabuloso monstruo, el *odontotyrannos,* superrinoceronte de colosal tamaño. Recogemos unas líneas del texto armenio (que ofrece KROLL en su aparato crítico a pie de página) para presentar a esta fiera y llenar esta laguna del texto:

«Y entonces quemamos con nuestro fuego el bosque. Los reptiles huían ante el fuego, pateamos con los pies algunos bichos y con nuestras espadas los rematamos. Muchos más se quemaron en el incendio, hasta que en la noche, a la hora sexta, apareció la luna. Después de haber sufrido tan terrorífico y brutal espanto nos quedamos admirados de las muy extrañas formas de aquellas criaturas. Y he aquí que, de repente, se presentó una fiera mayor que todos los elefantes, cuyo nombre era «odontotirano», que parecía ansioso de embestirnos. Yo corrí rodeándolo por acá y por allá y exhortaba a mis valientes compañeros a encender hogueras y mantenerlas con cuidado de que no pereciéramos. Pero aquella fiera, con su furor por herir a los hombres, saltó sobre las hogueras y en aquel ataque al campamento mató doscientos veinte hombres en el momento. Pero otros valientes del grupo consiguieron a fuerza de heridas acabar con la fiera unicorne, y a duras penas mil trescientos hombres consiguieron arrastrarla fuera de aquel lugar. Luego se ocultó la luna y…» (Enlaza con el texto de *A.*)

[130] Alejandro no llegó a Prasíaca, en la zona del Ganges. La revuelta de sus tropas, negándose a avanzar más allá del Hífasis, le obligó a regresar, descendiendo en su marcha a lo largo del río Indo.

Poro era uno de los príncipes más poderosos de la región de los Cinco Ríos, afluentes del Indo.

Aquí se olvida el autor de la muerte de Poro en su duelo con Alejandro, y lo deja en vida como aliado y súbdito del mismo, conforme a la realidad histórica. Véase la misma relación en la *Epistola ad Aristotelem.*

[131] Sobre este santuario, con sus árboles semejantes a los cipreses y su perfumado ambiente, ya da noticia Ctesias, *F. Gr. Hist.,* 688 F 45, 17; 45, 47. El *mirobálano* (del gr. *myrón:* perfume, y *bálanos:* bellota) es un árbol indio de la familia de las combretáceas, cuyos frutos tienen aplicaciones en medicina y en tintorería.

[132] Según AUSFELD, en *mytheamatous* se esconden los vocablos persas para designar el sol y la luna: *Mythras y Mao.*

[133] Aquí comienza el episodio novelesco del encuentro de Alejandro con la reina Candace. El novelista confunde en un revoltijo de nombres geográficos el reino de Semíramis (Babilonia) con el país de Candace: Etiopía. Méroe es la antigua capital de Etiopía, que los romanos sustituyeron por Nabata. La relación de

Etiopía con Egipto está clara. El origen egipcio de esta novela breve explica el papel que en la misma desempeña Tolomeo. Por otro lado, el novelista supone que la reina Candace, es decir, de Etiopía, está en la vecindad de la India (!) y de los bebrices de Bitinia (!).

El nombre de Candace no designa a una reina como nombre propio; es el titulo que llevaban las reinas de Etiopía. Una tradición novelesca (Q. Curcio, 8, 10, 34; Justino, 12, 7, 9-11) conocía los amores de Alejandro con Cleofis, reina de los indios Assacenos. Es probable que esta vaga noticia, así como el halo prestigioso de algunas reinas antiguas como Semíramis, hayan repercutido en la creación de este personaje. En Malalas y otros escritores bizantinos, Alejandro llega a desposar a Candace.

134 Este dominio etíope sobre Egipto en época antigua ya lo refiere Heródoto, II, 29, 137. La generosidad, riqueza y religiosidad de los etíopes eran proverbiales entre los griegos, desde Homero a Heliodoro.

135 Todo este episodio, aquí intercalado, sin relación con la leyenda de Candace, es un doblete de lo relatado en I, 33, en el manuscrito *A*. (Cf. nuestra nota 56.)

136 Un *estáter* valía 20 dracmas áticas de plata.

137 En el texto de *A* figura aquí un párrafo que nuestra versión ignora, con una curiosa *Carta de Aristóteles* (ed. W. KROLL) que traducimos ahora:

«Después de concertar estos acuerdos, proseguía su viaje hacia el país de Prasíaca, pero los soldados cayeron en un desánimo tremendo. Porque, aunque era pleno verano, Zeus no dejó de enviar lluvia durante cuarenta días, de manera que las correas de los escudos ya se pudrían con tanta agua, y también pasaba esto a los bocados de los caballos. Y muchos de los soldados de infantería iban con los pies empapados y llagados sin poder soportar el calzado. Y apenas cesó la lluvia se produjo tan ardiente calor que ninguno podía soportarlo. Hubo grandísimos truenos y caían frecuentes rayos, y los soldados creían oír misteriosas voces. Cuando estaban ya a punto de cruzar el río Hípanis, interrogó a los indígenas sobre la riqueza y el poder del rey que habitaba más allá de la tierra Prasíaca. Ésta se extendía junto al océano. Y los naturales le respondieron que tenía en sus establos cinco mil elefantes y diez mil carros y muchas docenas de miles de hombres. Al enterarse de esto el sensato Alejandro proveyó de forrajes la región costera del río y el resto de la zona de la India y luego fundó allí altares y celebró sacrificios con víctimas quemadas en honor de los dioses ofrecidas por su ejército.»

Recibió una carta del sabio Aristóteles que decía esto:

«Aristóteles saluda al rey Alejandro. Dudo mucho buscando qué diré al comienzo, qué luego y qué al final. Pues Zeus es testigo, y Posidón, que soy el primero en dar gracias de tus afortunadas, gloriosas y famosas hazañas a todos los dioses y diosas. Ya que has aceptado todo combate, enfrentamiento y riesgo sin ceder a ninguno. En la tierra de la India te encontraste dos y más veces en medio de la tempestad y te has salvado. Siempre que uno se atreva a penetrar en esa región, dejará fama de hazañas ilustres y admirables. En tu estrategia se reconoce que eres un valeroso combatiente, sin discusión, un Néstor por tu decisión en el consejo, y en la batalla un valiente Ulises, que "de muchos hombres vio las ciudades y conoció su modo de pensar" [*Odisea* I, 3].

Esto te lo aplico a ti, que tales cosas has realizado a tus treinta años. Por eso dicen: "Alejandro el macedonio ha llegado desde donde se pone el sol hasta donde sale, y con gozo le acogieron los etíopes y los escitas, 'los unos a la salida del sol,

los otros al poniente’” [*Od.* I, 24]. Y aquellos incluso que osaron enfrentarse a ti, te enviaron luego sus ruegos, para que te hicieras su amigo. ¡Salve, rey igual a un dios, consérvate bien!»

138 La carta de Alejandro a Olimpíade está escrita desde Babilonia según *A,* donde, tras la carta de Aristóteles, que traducimos en la nota anterior y que el redactor de nuestra versión ha omitido, se dice:

«Levantando el campamento marchó y llegó a Babilonia. Al presentarse allí fue acogido con brillantes honras y ofreció sacrificios a los dioses y mandó celebrar un certamen gimnástico y musical.»

139 Hay variantes notables entre el texto de *A,* el de la versión armenia, el de Valerio y el de nuestra redacción, al comienzo de esta carta. Nuestro redactor omite la marcha hasta las columnas de Heracles en noventa y cinco días. En la *Epistola ad Aristotelem,* éstas aparecen junto a las de Dioniso, como marcas del límite alcanzado por los dioses (héroes divinizados) griegos. El mal tiempo y las lluvias constantes fueron una de las causas del motín de las tropas y de su negación a avanzar más allá del río Hífasis. (El Hípanis de *A.*)

140 El Termodonte, que va de los montes de Armenia al Mar Negro, era considerado tradicionalmente por los griegos como el río de las remotas amazonas, vecinas del Cáucaso.

141 El «Puerto de Lisso» es Nisa, la ciudad sagrada de Dioniso. El dios de Nisa era Siva, que los griegos identificaron con Dioniso. El «anciano Marón» era un «sileno», descendiente de Dioniso. En esta descripción del templo báquico se mezclan muy diversas noticias. Nótese su similitud con otras descripciones, como las del palacio persa y la del templo del sol (Cf. las notas de VAN THIEL, *o. c.*, pág. 193.)

142 El cap. III, 29 aparece sólo en los manuscritos *B* y *M* y es, evidentemente, tardío. Por su carácter muy curioso ofrezco aquí la traducción de esa hazaña extraña y *mítica* de Alejandro, sobre todo si se piensa en una época aterrorizada por la amenaza de los invasores bárbaros del Norte.

*El encierro de los pueblos impuros*

Añadido como Apéndice B en la edición de *Der griechische Alexanderroman. Rezension B* (Estocolmo, 1965) de L. BERGSON (págs. 205-7), aparece en los manuscritos *B* y *M.* Otras derivaciones de esta leyenda se encuentran en diversos textos. Ofrecemos luego, como muestra, la versión, contaminada con influencias bíblicas, del Ps. Metodio. (Editada como Apéndice III por H. VAN THIEL, *o. c.*, págs. 248-251.) Según VAN THIEL, este texto se remonta al siglo VII. (Hacia el 700 se tradujo del griego al latín.)

Es curiosa, como muestra de la tradición fluctuante y variable de nuestro texto, la divergencia en los detalles, p. ej., en los nombres de los pueblos encerrados por Alejandro, entre uno y otro fragmento. III, 29:

«Allá encontré además a muchas tribus que comían carne humana y que bebían sangre de animales y fieras como si fuera agua. Porque no enterraban a sus muertos, sino que los devoraban. Ante el espectáculo de tan perversísimas gentes, temeroso de que con ese tipo de alimentación contaminaran la tierra con sus perversos y corrompidos hábitos, solicité la ayuda de la providencia de lo alto y me fortalecí contra ellos. Maté a muchísimos al degüello y esclavizamos su país. Entonces les invadió un terror general a todos ellos, desde los más elevados a los más lejanos, al oír el rumor: “Alejandro, el rey de los macedonios, se acerca aquí y matará en

degüello a todos, y quiere arrasar nuestras ciudades y someterlas a su tiranía.” Y así emprendieron todos la huida y se perseguían unos a otros, y así uno empujaba a otro pueblo y hasta los más remotos se hallaban agitados en la fuga progresiva. Los reyes de estas tribus son 22. Y emprendí la persecución tras ellos hasta que se encontraron entre las dos enormes montañas, a las que se da el nombre de «Los Pechos del Norte». Y no hay otra entrada ni salida de aquel lugar que el paso a través de aquellos grandes montes. Sobrepasan en altura a las nubes del cielo y extendiéndose a modo de dos muros a derecha e izquierda en dirección al Norte llegan hasta el gran mar a lo largo de una zona tenebrosa. Y maquiné un plan por todos los medios para que no tuvieran aquellas gentes otra salida para escapar de aquel lugar entre los grandes montes. La salida entre los dos grandes montes tenia una anchura de 240 codos reales. En aquel momento supliqué a la providencia de lo alto con todo mi corazón, y atendió a mi súplica. Dio órdenes la suprema providencia a los dos montes, y ellos se movieron y avanzaron uno hacia otro hasta distar doce codos. E hice construir unas puertas broncíneas de 32 codos de ancho y de una altura de 60 codos, de compacta factura, e hice revestir esas mismas puertas de una sustancia indestructible por la parte de dentro y la de fuera, para que ni el fuego ni el agua ni cualquier otro mecanismo pudiera corroer el bronce de aquellas puertas. Pues el fuego al aplicarse a ellas se apaga y el hierro se mella. Y por fuera de estas tremendísimas puertas levanté otro muro de protección de rocas pétreas, cada una de las cuales tenía un ancho de 11 codos, una altura de 30 y un grosor de 40. Y después de la construcción hice clausurar el muro fundiendo estaño con plomo en las junturas de los bloques de piedra y recubriendo con una capa de sustancia indestructible el muro, para que nada fuera capaz de dominar aquel portón, al que denominé Las Puertas Caspíacas. A 22 reyes dejé encerrados allí. Los nombres de sus pueblos son: Magog, Cinocéfalos, Nunos, Fonocératos, Siriásoros, Jonios, Catamórgoros, Himantópodos, Campanes, Samandres, Hippies, Epámboros. Así purifiqué las regiones del Norte de todos estos impíos. Después edifiqué otras dos enormes murallas, una al Oriente y otra al Poniente. Y crucé por en medio de los turcos y los armenios.

Y desde allí caí sobre éstos como un león sobre sus presas de caza y maté a degüello a todos aquéllos y a su rey, llamado Canon, y penetré en su palacio. Allí encontré a Candaules, hijo de Candace, la reina de la India, junto con su esposa, que estaban prisioneros en la mansión. Al liberarlos les pregunté cómo había sido apresado por aquéllos. Me respondió que: “Había salido de caza con intención de divertirme en compañía de mi mujer marchando por la región, y llevaba conmigo quinientos esclavos con panteras, perros y halcones. Y de pronto nos atacaron y mataron a todos los que me acompañaban, y apresándonos a mi esposa y a mí nos trajeron ante su rey. Y él nos encarceló con intención de sacrificarnos a su dios. Pero ahora tu virtud te ha conducido aquí, y henos en tu presencia, soberano magnífico.” Entonces ordené darles escolta y ofrecerle todos los honores. Y dos días después los envié a la reina Candace.»

PSEUDO - METODIO: *Alejandro y los pueblos impuros*

«Alejandro funda Alejandría la Grande, y gobierna como rey en ella durante diecinueve años. Luego él marchó hacia Oriente y mató a Darío el Medo y se enseñoreó de muchos países y ciudades, recorrió la tierra y llegó hasta el mar, a la comarca llamada País del Sol. Allí vio a las tribus impuras y deformes. Son descendientes de los hijos de Jafet. Al contemplar su depravación, quedóse asqueado. Pues todos comían cosas asquerosas y repugnantes: perros, moscas, gatos, serpientes, cadáveres, despojos, fetos y embriones que no estaban desarrollados del todo y que no poseían una conformación definida, y no sólo de animales domésticos, sino de todo tipo de animales impuros. A los muertos no los enterraban, sino que los devoraban.

Al ver Alejandro los hechos repugnantes e impíos de éstos, temeroso de que contaminaran de impureza toda la tierra, rezó a Dios por ellos, y con su ayuda los reunió a todos con sus mujeres y sus hijos y todas sus pertenencias. Y los sacó de la tierra de Oriente empujándolos hasta que penetraron en los confines del Norte. Allí no hay entrada ni salida desde Oriente a Poniente, por la que uno pueda pasar y entrar.

De nuevo entonces Alejandro invocó a Dios. Y atendió a su petición el Señor Dios y dio sus órdenes a los dos montes, que tienen por nombre los Pechos del Norte, y ellos se acercaron uno a otro hasta una distancia de doce codos. Entonces mandó construir unas puertas de bronce y las untó de una sustancia indestructible, para que si querían abrirlas con algo de hierro no lo lograran, y si intentaran destruirlas con fuego, tampoco, porque el fuego se apaga ante este material. Tal es la naturaleza del *asýnchyton* que ni lo hiende el golpe del hierro ni lo altera el ataque del fuego. Y rechaza como vanas e inocuas todas las acometidas de los demonios. Por cierto que esos malditos, depravados y asquerosísimos pueblos utilizan todas las malas artes mágicas.

Así que con estos medios Alejandro impidió su hechicería, depravada, inhumana y, por mejor calificarla, odiada por los dioses, de modo que no pudieran derribar ni forzar las puertas aquellas ni con el fuego ni con el hierro ni con cualquier otro invento. Pero saldrán en los últimos tiempos, según la profecía de Ezequiel que dice: “En el último día de la duración del mundo vendrán de fuera, hacia la tierra de Israel, Gog y Magog, los reyes y pueblos que encerró Alejandro en los confines del Norte: Gog y Magog, Anug y Aneg, Aquenaz y Difar, Fotineos, Libios, Eunios, Fariseos, Declemos, Sármatas, Tebleos, Sarmatianos, Canonios, Amatarzas, Garmiados, los antropófagos y los llamados ‘cabezas de perro’ («cinocéfalos»), Tarbios, Alanos, Fisolonicios, Arcneos y Asaltenos. Estos 22 reyes quedaron encerrados detrás de las puertas que edificó Alejandro.»

143 Lo que sigue no tiene forma de carta y está narrado en tercera persona, por lo que hay que pensar que: o se ha perdido o modificado la anunciada misiva a Olimpíade, o, lo que es más probable, se trata de un lapsus de nuestro texto. Y hay que entender, como dice la redacción de *A:* «… después de haber escrito la carta a su madre Olimpíade… la divinidad da una muestra extraordinaria al producir el prodigio siguiente».

También los historiadores informan de los presagios funestos que, en Babilonia, advierten el cercano fin de Alejandro.

144 Esta frase de «ordenar sus cosas día a día», preparándose así para la muerte, es un aforismo filosófico, socrático o estoico. (Apotegma 102, STERNBACH.)

145 Para este relato sobre «los últimos días de Alejandro», muy abreviado en la redacción que da nuestro manuscrito *L,* el novelista utiliza un escrito independiente, que está bien conservado en versión latina en el manuscrito del *Epitome Metzer* (siglo X). El original griego debía de proceder de una época próxima a la muerte de Alejandro y trataba de explotar los rumores sobre el envenenamiento de Alejandro, haciendo recaer la culpa en Antípatro y sus hijos Casandro y Yolas. MERKELBACH indica concretamente que se trataba de un panfleto, elaborado en el año 322-321, en la época de las rencillas entre Antípatro y Perdicas, que concluyeron con la muerte de éste en 321. El «testamento de Alejandro» fue manejado como fuente histórica por algunos historiadores, con gran aceptación. Lo cita Q. Curcio (X, 10, 5), y Diodoro (20, 81) lo utiliza como fuente histórica. Se ignora el motivo concreto de su dedicación a los rodios.

En la narración se mezclan luego detalles auténticos, como el desfile de los soldados macedonios ante la litera de Alejandro moribundo, con datos falsos.

146 Yolas, hermano de Casandro.

147 Como indica VAN THIEL, no está claro el sentido de esta frase. ¿Es que Casandro transportaba el veneno sin conocer el destino? ¿O se trata de proveerle de una excusa, por si es aprehendido con tal envío?

148 Éumenes.

149 Doy a continuación el texto, más extenso, de *A,* III, 32.

«Los demás, muy preocupados, disolvieron la reunión, aguardando ansiosos desde fuera el desenlace de aquello. Alejandro, con intención de vomitar el exceso de vino, solicitó una pluma. Pues estaba acostumbrado a devolver con este procedimiento. Pero Yolas se la dio, untándola antes con el veneno. Con esto activaba el veneno, que quedaba introducido de manera más fuerte en su cuerpo. Desgarrado por dentro y dominado por extraordinarios dolores, Alejandro pasó la noche soportándolos valerosamente; luego, al día siguiente, viéndose a sí mismo tan postrado en la dolencia y que ya hablaba torpemente, porque se le hinchaba la lengua, despidió a todos, para tener tranquilidad, estar a solas y reflexionar consigo mismo sobre sus decisiones.

Después de ponerse de acuerdo con su hermano, Casandro había escapado aquella noche. Y apostado en las montañas de Cilicia aguardaba allí la presencia de Yolas. Pues había acordado con Yolas que, en cuanto muriera Alejandro, le avisara para alejarse del todo. Envió a un hombre de su séquito por mar hacia Macedonia a la casa de su padre, después de escribir con signos acordados que el asunto había tenido éxito.

A la siguiente noche Alejandro ordenó que todos se retiraran de su palacio, incluso las mujeres y los muchachos, entre los que estaba Cambobafis, y despidió a su propia esposa Roxana. Había una puerta de la casa que iba a dar sobre el río llamado Eufrates, que corre por el centro de Babilonia. Ordenó que la abrieran y que ninguno la vigilara, como acostumbraban a hacerlo con centinelas. Cuando se hubieron retirado todos y llegó la hora de media noche, Alejandro se levantó, apagó la luz, y saliendo por la puerta, arrastrándose a cuatro patas, se encaminaba al río. Al llegar a la orilla, miró en torno y vio a su mujer Roxana que venía corriendo hacia él. Ella había sospechado durante el alejamiento de sí misma y de todos los demás, que Alejandro planeaba acometer algo digno de su audacia, y le había seguido en su salida secreta en medio de la oscuridad por el jadeo de Alejandro, que apenas emitía gritos de dolor, pero que con su quejumbroso gemir había guiado a Roxana en pos suyo.

Cuando se recobró, ella lo tenía en sus brazos y le decía:

“¡Ah, Roxana, pequeño favor es que tú me prives de mi gloria! En todo caso, que nadie lo sepa.”

Apoyándose en ella regresó de nuevo a escondidas a la casa.

Al hacerse de día ordenó que Perdicas, Tolomeo y Lisímaco se presentaran ante él y les dijo que cuidaran de que ningún otro entrara a verle, hasta que hiciera testamento de sus dominios. Se dedicó entonces a escribir su testamento, haciendo sentar a su lado a Cambrias y Hermógenes, dos niños aún adolescentes.

Perdicas, que sospechaba que Alejandro iba a dejar sus dominios a Tolomeo, porque muchas veces le había hablado del origen de Tolomeo y, además, porque Olimpíade había proclamado que era hijo de Filipo, tomó a Tolomeo en un aparte y

le jura que, si él llegara a ser heredero (*diádoco*) de los dominios de Alejandro, compartiría con él tales dominios después de hacer una distribución paritaria. Tolomeo aceptó el juramento, sin ninguna sospecha de lo que tramaba Perdicas, y como él pensaba que Perdicas sería el heredero de los dominios por el hecho de que se le consideraba el primero de todos los del séquito de Alejandro por su valor e inteligencia, le presta a su vez el mismo juramento, recíprocamente.»

150 Traducimos *El testamento de Alejandro,* según el texto de la recensión *A* (ed. W. KROLL). III, 33.

«Después de que hubieron desfilado los macedonios, mandó llamar de nuevo a Perdicas. Y reteniendo a su lado a Olcias, le ordenó leer el testamento. Existe esta copia de lo fundamental del testamento con sus instrucciones, que recibió Olcias de manos de Alejandro.

*Testamento de Alejandro*

El rey Alejandro, hijo de Amón y de Olimpíade, saluda a los magistrados y gobernantes del Senado y el pueblo de los Rodios.

Nosotros, que hemos sobrepasado las columnas fijadas como límite por nuestro antepasado Heracles y que nos hallamos a punto de alcanzar nuestro destino de acuerdo con la providencia de los dioses, hemos decidido enviaros una carta con nuestras decisiones, porque pensamos que vosotros especialmente seréis, entre los griegos, vigilantes guardianes de las empresas que hemos realizado con afán, y a la vez porque amamos vuestra ciudad. Por esa razón dispusimos por escrito que la guarnición (macedonia) saliera de vuestra ciudad, para que ésta gozara de su libertad de expresión y conservara por siempre su libertad; y al mismo tiempo porque deseo que veléis por mantener nuestra gloria. Pues sabemos que vuestra ciudad es agradecida y digna de recuerdo. Así que con esto demostraremos que nos preocupamos de un modo digno de vuestra patria y de nosotros. Hemos hecho el reparto de nuestros bienes del siguiente modo, dando con liberalidad a cada uno un país, empezando en primer término por aquella de quien nacimos para llegar a este punto final de nuestra gloria.

Hemos ordenado a los gobernadores de nuestros territorios que envíen de su satrapía mil talentos de oro de ley a los sacerdotes de Egipto y dimos orden de que nuestro cuerpo sea transportado allí. La disposición de mi propia sepultura que la decidan los sacerdotes de los egipcios, nosotros lo dejamos en sus manos. Disponemos también la reconstrucción de Tebas con fondos del tesoro real, porque juzgamos que ya sufrió bastante infortunio y que ya ha aprendido su castigo con un pago digno de sus pasadas faltas contra Nos. Que se entregue trigo de Macedonia a los tebanos que regresen a Tebas, hasta que se repueble el país.

Hemos ordenado que os entreguen 305 talentos de oro para provisión de vuestra ciudad y 77 trirremes, para que os mantengáis libres con plena seguridad, y grano: 2.000 medimnos de trigo desde Asia, de los territorios vecinos a vuestra isla, por mediación de nuestros administradores. Y que se reparta entre vosotros la tierra, de modo que en el futuro tengáis grano suficiente y no necesitéis de nada para manteneros a la altura digna de vuestra ciudad.

Esto hemos encomendado a Crátero, gobernador de Macedonia; a Tolomeo, sátrapa de Egipto, y a Perdicas y a Antígono en Asia Menor. A vosotros de nuevo os encomendamos guardar esta misiva que os dará Olcias, y no ignoréis que hemos calculado lo que os conviene y toca en propiedad, y que os deja en libertad para convertiros en árbitros de la prosperidad de vuestra ciudad. Estoy muy convencido de que obedeceréis mis consejos. Tolomeo, que será el custodio de mi cadáver, se cuidará también de vosotros. Pero hemos indicado en detalle lo que os conviene.

No creáis, pues, que mi testamento queda a vuestro cuidado por casualidad. Mis intendentes arbitrarán el reino, en el caso de que se haga el siguiente reparto entre ellos.

El rey Alejandro, hijo de Amón y de Olimpíade, designa como rey de Macedonia en el momento presente a Arriedo, el hijo de Filipo. Pero si Roxana tiene un hijo de Alejandro, ése será rey y que se le imponga el nombre que decidan los macedonios. En caso de que nazca una niña a Roxana, que los macedonios elijan como rey al que prefieran, si no aceptan a Arriedo, el hijo de Filipo. Que el elegido conserve la monarquía de los Argíades y que los macedonios concelebren sus fiestas con los Argíades de acuedo con las costumbres establecidas por el rey. Que a Olimpíade, la madre de Alejandro, le sea permitido establecerse en Rodas, si los rodios lo aceptan. Y si no quiere establecerse en Rodas, que lo haga donde quiera, con los ingresos suyos y los que ha recibido de su hijo Alejandro. Hasta-que los macedonios decidan elegir rey, el rey Alejandro, hijo de Amón y Olimpíade, designa como regentes de toda Macedonia a Crátero y a su mujer Cinana, hija de Filipo, el que fue rey de Macedonia; y de Tracia, a Lisímaco y a su mujer Tesalónica, hija de Filipo, el anterior rey de Macedonia. Entrega la satrapía del Helesponto a Leónato y a su mujer Cleódice, hermana de Olcias; Paflagonia y Capadocia, a Éumenes, el secretario real. Dejo libres a los habitantes de las islas y a los rodios como supervisores de ellos. Panfilia y Cilicia, a Antígono ………… Babilonia y su comarca, a su escudero Seleuco, Fenicia y Siria, la denominada cuenca siria, a Meleagro; Egipto, a Perdicas, y la Libia, a Tolomeo y a su mujer, Cleopatra, la hermana de Alejandro. De los territorios de más arriba de la comarca de Babilonia nombra jefe del ejército y gobernador a Fanócrates y su mujer, Roxana de Bactria.

Ordeno a los gobernadores de mi reino preparar un ataúd de 200 talentos de oro macizo, en el que se sepultará el cuerpo de Alejandro, rey de Macedonia. Y que licencien a los veteranos macedonios más viejos y a los enfermos para regresar a Macedonia, y a los tesalios que se encuentren en condición semejante. Que remitan a Argos la armadura y arnés del rey Alejandro y 50 talentos de oro de ley como diezmo del botín de guerra para Heracles. Y que envíen a Delfos los colmillos de elefantes, las pieles de serpientes y 13 copas de oro como primicias del botín de la campaña. Que entreguen a los milesios 150 talentos de oro de ley para provisión de su ciudad y a los de Cnidios (otros tantos).

Quiero que Perdicas, al que instauro como rey de Egipto, cuide de la Alejandría que yo fundé, de modo que la ciudad quede feliz bajo la protección del gran Sérapis que es su patrón. Que se establezca un gobernador de la ciudad, que será llamado sacerdote de Alejandro y que será rodeado de los mayores honores de la ciudad, revestido con una corona de oro y una túnica de púrpura, y cobrará un talento al año. Y ése será inviolable y quedará libre de cualquier prestación pública. Recibirá tal distinción el que difiera de todos los demás por su linaje. Y este privilegio se conservará para él y sus descendientes.

El rey Alejandro designa como rey de la comarca de la India extendida a lo largo del río Hidaspes, a Taxila, y de la que se extiende desde el Hidaspes hasta el río Indo, a Poro, y sobre los paropanisadas designa rey a Oxídraces de Bactria, el padre de su esposa, Roxana… Las comarcas de Bactria y de Susa, para Filipo; la Partia y las tierras colindantes de Hircania, para Fratafermes; Carmania, a Tlepólemo, y Persia, a Pencestes. Que el sátrapa Oxintes se traslade a Media.

Designa el rey Alejandro a Olcias como rey de Iliria. Le concede que se traiga de Asia 500 caballos y 4.000 talentos. Que con ellos edifique un templo y dedique estatuas a Amón, Heracles, Atenea, Olimpíade y Filipo. Que los gobernadores del

reino consagren imágenes y estatuas doradas en Delfos. Que también eleve Perdicas estatuas broncíneas de Alejandro, Amón, Heracles, Olimpíade y Filipo.

De todas estas disposiciones sean testigos y supervisores los dioses Olímpicos y Heracles, el fundador de la estirpe del rey Alejandro.»

151 Esta admirable carta, con su parábola incorporada, se encuentra sólo en los manuscritos *L* y *λ*. Pero existen paralelos en Luciano (*Demonax* 25) y en Juliano (Ep. 37, HEYLER, 205, BIDEZ-CUMONT).

152 En la ceremonia de apoteosis de un emperador romano se quemaba sobre una pira la imagen del emperador difunto, y de la hoguera surgía, liberada en tal momento, un águila, que debía remontarse, con el espíritu del muerto, a la morada celeste de los dioses para que éste habitara con ellos, en lo futuro, deificado oficialmente. Tal rito puede ser de origen oriental y tal vez la mención del águila aquí, en combinación con el ocaso de una estrella, no vengan del ceremonial romano, sino del culto oriental originario.

153 Mitra, el dios persa de la luz, había cobrado una enorme popularidad en la época del Imperio Romano, y su culto se hallaba muy extendido por todo el Oriente, especialmente entre el ejército.

154 Es decir, de Baal. Este oráculo pudo tener cierta importancia entre las decisiones acerca del destino de Alejandro. Realmente su cuerpo permaneció en Babilonia dos años, reclamado por unos y otros. Al final, Tolomeo se lo llevó con su ejército a Siria y luego a Egipto, con el pretexto de que debía Alejandro reposar junto a su padre Amón.

155 Alejandro fue sepultado primero en Menfis y luego en Alejandría. El templo llamado *Soma Alexandrou* o *Sema Alexandrou* (Tumba de Alejandro) estaba en el centro de la ciudad antigua. El primitivo oráculo que aseguraba venturas al lugar que albergara la sepultura del héroe, ha sido modificado por el novelista alejandrino, de acuerdo con la agitada historia de su ciudad.

156 *Neomaga* es probablemente un término egipcio que se ha puesto aquí en relación con el griego *néos* = «joven».

157 Esta cronología de época tardía es un añadido de la redacción del ms. *L*. Según Julio Africano (siglo III), el fundador de la cronología cristiana, el año de la creación del mundo fue el 5500 a. C. (Según posteriores cálculos bizantinos, tan crucial momento se fechaba el 1 de septiembre de 5509 a. C, con estupenda precisión.)

La primera olimpíada se celebró en 776 a. C.

Acaz, rey de Judá, lo fue del 733 al 718 a. C.

# APÉNDICE

*Carta de Alejandro de Macedonia a su maestro Aristóteles acerca de su expedición y el país de la India*

Siempre me he acordado de ti, incluso en los trances adversos [1] y en medio de los peligros de nuestras guerras, preceptor queridísimo y el primero en mi afecto después de mi madre y mis hermanas. Como bien conozco tu dedicación a la filosofía, he pensado que debía escribirte acerca de las regiones de la India, de su clima y de sus innumerables especies de serpientes, hombres y fieras, para que mediante la noticia de estas nuevas cosas pueda ganar algo el progreso de la investigación y el conocimiento. Aunque tu consumada sagacidad no [2] requiera ningún complemento, ni la racionalidad de la enseñanza que, a partir de tu persona, iluminará a tu época y a los siglos futuros, no obstante he pensado que, para que conozcas mis hazañas, que tienes en aprecio, y para que no te quede nada inexplorado, debía describirte lo que vi en la India a través de los más grandes esfuerzos y de los mayores riesgos de los macedonios.

Por lo demás, se trata de cosas singulares, dignas de recordarse y reunidas de muy diversos encuentros, que yo he presenciado con atención: no hubiera creído a nadie la existencia de tantos prodigios, de no haberlos inspeccionado todos antes con mis propios ojos. Es asombroso el número de cosas buenas [3] y malas que da a luz la tierra, vientre materno y nodriza universal de todas las formas; de frutos, metales y de animales. Si le fuera dado al hombre abarcar con su mirada todas esas cosas, yo creería que no bastarían los nombres mismos para tantas variedades de objetos. Pero yo hablaré de las que he conocido por primera vez y me esforzaré en no parecer capaz de [4] fabulosas invenciones ni de vergonzosas mentiras. Por lo demás, no ignoras la naturaleza de mi ánimo, ya que fuiste mi preceptor: sabes que suelo guardar el término de la precisión y referir con parquedad inferior a lo real los hechos. Y ahora confío que reconozcas que nada añado con el fin de atraer la atención y halagar la fama de nuestro ejército. ¡Ojalá la empresa hubiera sido menos penosa para nosotros y no hubieran sido necesarias tantas experiencias para conocer esas cosas!

[5] Doy gracias al valor de los jóvenes de Macedonia y a nuestro invicto ejército, que con su firmeza perseveraron a fin de que yo siga aclamado como su rey. Si dudara de que tú te alegras de nuestros títulos de gloria, cometería una falta; y traicionaría nuestra mutua afección, si no te escribo como a mi madre Olimpíade y a mis hermanas acerca de todas las aventuras de mi reino, que pienso que son comunes para ti y para ellas; y si tú no lo tomas del mismo modo, me parece que nos estimas con un poco de simpleza.

[6] En mis cartas anteriores ya te había dado noticias sobre el eclipse de sol y de luna, de la ordenación de los astros y de los fenómenos atmosféricos, que te expuse ordenadamente y no sin gran cuidado. Y ahora voy a añadir estas novedades y todo lo confiaré al papiro. Al releerlo, date cuenta de que tales cosas merecieron la atención de tu Alejandro.

[7] En el mes de mayo estaba vencido el rey de los persas Darío junto al río Ganges y había caído en nuestro poder todo su país, de modo que establecimos en las provincias de Oriente gobernadores y jueces nuestros. Estábamos cargados de riquezas de nuestras conquistas, como en una carta anterior te notifiqué. Y ahora, para no ser repetitivo en la escritura, pasaré por alto los hechos anteriores ya conocidos.

[8] A finales del mes de julio llegamos a Fasíace, en la India, donde con asombrosa rapidez dejamos derrotado al rey Poro, y apoderándonos del tesoro real

nos vimos colmados de sus enormes riquezas. Pero para que conozcas lo que me pareció de más interés para recordar —pues vi algunas cosas memorables—, me parece lo más indicado escribirte sobre su innumerable ejército, en el que había, además de las tropas de infantería, dieciséis mil jinetes y ochocientas cuadrigas, todas provistas de guadañas. Con los cuatrocientos elefantes capturados, que transportaban sobre sus lomos torres con soldados armados de dardos, irrumpimos en la propia capital y en el palacio real de Poro en un ataque con todas las armas. En [9] éste encontramos unas cuatrocientas columnas de oro macizo de enorme grosor y altura, con sus áureos capiteles, y las paredes estaban recubiertas de láminas de oro de un dedo de grueso. Queriendo calcular su valor ordené desgajarlas en algunos sitios. También me quedé admirado ante una parra maciza de oro y plata que colgaba entre las columnas, en la que se alternaban hojas de oro y racimos de cristal y esmeraldas. Los dormitorios y lechos estaban adornados con perlas y [10] carbunclos en sus junturas, las puertas eran de marfil de una maravillosa blancura, e incrustaciones de ébano lucían en los artesonados de ciprés, en las cámaras reales y en las salas de baño. También eran de oro macizo las estatuas junto a las áureas vasijas e incalculables arcas de tesoros. En el exterior, junto al muro del palacio, revoloteaban innumerables especies de pájaros entre los dorados plátanos, con uñas y pico cubiertos de oro, con collares y brazaletes de oro, transportando perlas y gemas. Encontramos vasos de beber y otra vajilla de piedras preciosas de cristal y de ámbar, muchas joyas de oro y raros objetos de plata.

Después de haber pasado a mi poder todo esto, llegué con [11] todo mi ejército ante las Puertas Caspias, deseoso de contemplar el interior de la India. Allí pude admirar la esplendidez de aquellas fertilísimas regiones, y recorrí algunos lugares dignos de mi ilusión. Aunque los indígenas de esta región nos habían advertido para que no cayéramos al alcance de las serpientes y de las rabiosas especies de fieras que habitaban en gran número en aquellos valles, campos y selvas, ocultas en los repliegues de los bosques y las rocas, sin embargo yo, para alcanzar a Poro, fugitivo después de la batalla, antes de que se refugiara en las desiertas soledades del mundo, preferí elegir las sendas más cortas en lugar de los caminos seguros.

Así que, una vez escogidos ciento cincuenta guías que conocían [12] los atajos de las rutas, me puse en camino en el mes de agosto a través de las arenas ardientes bajo el sol y de las comarcas faltas de humedad, prometiendo recompensas a aquellos que nos conducían por las desconocidas comarcas de la India, si me llevaban con el ejército incólume hasta la Bactriana y hasta los remotos y apartados «pueblos de la seda», gente que recoge la pelambre de las hojas de unos árboles y [13] con esta lana silvestre tejen sus vestidos. Pero ellos actuaban tratando de favorecer más al enemigo que a mí, de modo que nos hacían caer, a nosotros que desconocíamos el país, en las guaridas de las serpientes y toparnos con las especies rabiosas de monstruos feroces. Lo que ellos planeaban se evidenciaba por aquellas experiencias. Luego yo reflexioné que esto había sucedido en parte por mi propia culpa, por haber despreciado los útiles consejos de mis amigos y, a la vez, los de aquellos hombres del Caspio, que me habían prevenido de que no me apresurara tanto a vencer, que la victoria me fuera arrebatada con alguna trampa.

[13 a] Di orden a todos los soldados de que continuaran la marcha en formación revestidos con su armamento, sin transportar consigo el enorme botín de oro y perlas procedente del saqueo, especialmente porque era de temer que los enemigos nos atacasen en emboscadas, deseosos de arrebatarles su carga a los vencedores. Desde luego entonces el soldado estaba tan enriquecido que apenas hubiera podido soportar el peso de su oro. Se añadía además la pesadez no pequeña de las armas, que yo había hecho forrar, todas, de láminas de oro. Así que la columna entera me seguía, brillante como con el fulgor de una estrella o un rayo, con los signos y pendones relucientes y esplendorosos de oro. Era un soberbio

espectáculo la vista de tal ejército, que destacaba entre las demás gentes por su lujoso atuendo y su fortaleza al mismo tiempo. En verdad que yo, al contemplar mi fortuna por el insigne número de jóvenes compañeros, me llenaba de una inmensa alegría.

[14] Pero como es frecuente que la fortuna interponga algo en el acontecer favorable, ocurrió que nos afligíamos con la sed. Cuando ya apenas podíamos soportarla, el soldado Zéfiro me ofreció en su casco el agua que había encontrado en una roca cóncava, aunque él mismo estaba sediento, porque se preocupaba de mi alma más que de su propia vida. Yo, ante el ejército convocado, la derramé a la vista de todos, para que no comenzara a sentir más sed la tropa al verme beber; y, al mismo tiempo que ensalzaba la benevolencia de Zéfiro para conmigo, le premié con abundantes monedas. Cuando este suceso hubo dado más ánimos al ejército, mandé proseguir la marcha.

No muy lejos apareció ante mi en aquellos desiertos terrenos [15] un río cuyas riberas revestía un cañaveral de sesenta pies de alto, con cañas que superaban en grosor los troncos de los pinos y abetos que los indios usan como material para construir sus edificios. Entonces, puesto que los animales y la tropa estaban tan sedientos, ordené yo que los jefes de la intendencia establecieran allí nuestro campamento. Mientras lo levantaban, deseoso de calmar mi sed, yo mismo probé el agua del río, más amarga que el eléboro, que no pudo beber ningún hombre ni servir para abrevar las bestias sin gran tormento. Me angustiaba más por los muchos animales que por nuestra necesidad, reconociendo que el hombre es más resistente que el ganado en todas las circunstancias.

El caso es que alrededor de mil eran los elefantes de enorme [16] tamaño que transportaban el oro, cuatrocientas las cuadrigas de caballos, todas armadas de guadañas, y unas mil doscientas las bigas, veinte mil los jinetes, doscientos cincuenta mil los soldados en armas, cerca de dos mil los mulos del ejército para transportar los bagajes de la tropa, dos mil los camellos, dromedarios y bueyes que transportaban grano, e ingente el número de animales que nos acompañaban para el uso de su carne cada día. Por lo demás, el lujo desmesurado de nuestras victorias nos había permitido usar incluso frenos de oro para los caballos, mulos y elefantes.

Pero entonces las bestias exasperadas por la sed apenas [17] podían retenerse. Incluso los soldados intentaban, lamiendo objetos de hierro, bebiendo aceite o por otros medios diferir o engañar su sed. Hasta vimos a algunos que, sin ningún pudor, bebieron su propia orina, abrumados por la extrema necesidad. Este hecho me apenó doblemente, ya que estuve más preocupado en aquel trance por el estado del ejército que por el de mi persona.

[18] A pesar de todo ordené que siguieran armados en formación. Advertí que aplicaría el rigor de la ley contra el que fuera aprehendido sin vestir el uniforme obligado en la formación. De esto hasta ellos se extrañaban, de que por allí, donde no aparecía ningún enemigo, fuera necesario avanzar armado con tanta sed. Pero yo sabía que nuestro camino pasaba por lugares llenos de bestias y de serpientes, y quería que no fuéramos dañados por imprudentes ni heridos por un peligro inesperado.

[19] Así que, siguiendo la orilla del río, a la hora octava llegamos ante una ciudad que estaba edificada en medio del río, en una isla, con aquellas cañas que poco antes hemos descrito, y divisamos unos pocos hombres semidesnudos, indios, que al vernos desaparecieron de inmediato bajo el techo de sus casas. Como yo deseaba su presencia, para que nos indicaran en nuestro desconocimiento algún agua dulce, ya que no aparecía ninguna, ordené disparar unas pocas flechas contra su ciudad, a fin de que si no querían asomar por su propia voluntad, salieran movidos por el temor de la guerra. Se ocultaron todos más a causa de este temor y,

como durante mucho tiempo no se mostró nadie, envié a doscientos soldados macedonios [20] con armas ligeras que cruzaran el río a nado. Ya habían nadado una cuarta parte del río, cuando apareció a nuestra vista un horrible espectáculo. Unos hipopótamos de cuerpos mayores que los elefantes emergieron de pronto de los profundos escondrijos de las aguas y se tragaron a nuestros hombres, arrebatados en un remolino con cruel ferocidad ante nuestros lamentos. Encolerizado entonces con los guías que nos habían atraído a tales penalidades, ordené arrojar al río a cien de éstos. Como ellos avanzaran a nado, los invencibles hipopótamos acudieron de nuevo y les dieron su justo castigo; pero acudió una cantidad de fieras mucho más numerosa que antes. Porque con la esperanza de que al aparecer se les ofrecía comida, pululaban como hormigas. Y para que no tuviéramos que entablar batalla durante aquella noche contra los monstruos del agua, mandé que a la señal de la corneta la tropa se aprestara a la marcha. ¿Pues qué nos aprovechaba permanecer en aquel lugar muertos de sed?

De modo que mientras íbamos en marcha entre la hora décima [21] y la undécima, vimos a unos hombres que viajaban por el centro del río sobre unas barcas redondas hechas de cañas. Al interrogarles en su lengua dónde podría encontrarse agua dulce, nos dijeron que hallaríamos un enorme estanque de agua dulcísima, y ellos mismos nos conducirían, unos cincuenta guías. Y puesto que ya habíamos soportado tanto tiempo nuestras desgracias, durante toda la noche caminamos abrumados por la sed y el peso de nuestras armas. A estas angustias se añadían los demás infortunios, como que durante toda la noche nos defendíamos de los ataques de leones y osos, de leopardos y linces a la vez, pues esta clase de fieras nos asaltaban a barullo en los calveros. A pesar de todo, hacia la [22] hora octava del día siguiente, cuando ya casi caíamos desfallecidos de sed, llegamos al estanque que nos habían anunciado, que estaba rodeado de una muy añosa y abundante espesura, y se extendía unos mil pasos. Así que me repuse, después de beber agua dulce, rebosante de gozo, y del mismo modo vi revivir al ganado, a las bestias de carga, a las monturas de la tropa y a todo el ejército; mandé establecer allí el campamento de 22 estadios de largo y una anchura aproximada. Después de haber levantado las tiendas, ordeno que talen el bosque, para que el acceso al estanque resulte más fácil a los aguadores, ya que era el único en aquellas regiones. De modo que los bagajes estaban amontonados entre las tiendas de campaña, y los elefantes quedaban colocados en el espacio central del campamento, con el fin de que pudieran ser contenidos con más facilidad, si por casualidad surgía algún espanto nocturno o algún tumulto inesperado, mientras que en derredor se habían encendido mil quinientas hogueras, puesto que la selva proporcionaba toda la madera que deseáramos.

Más tarde, a la hora undécima, al toque de trompeta comencé [23] a cenar y di orden de que cenaran los soldados bajo la llama de las lámparas de oro, aproximadamente unas dos mil; cuando, de pronto, al aparecer los primeros resplandores de la luna, desde los matorrales acudieron innumerables escorpiones índicos con los aguijones de sus colas en erección, en tropel hacia su acostumbrado abrevadero. Resultaba dudoso si venían impulsados por nuestro tumulto o por su sed, pero [24] eran rapidísimos para dañarnos. A estos monstruos les siguió gran cantidad de serpientes, unas cornudas y otras víboras del arenal, distintas por sus diversos colores, pues había unas con escamas rojas, otras eran de colorido blanco y negro, y otras destacaban con una especie de resplandor dorado. Toda la región se llenaba de sus silbidos, y el miedo que nos causaban no era pequeño. Pero formamos ante el campamento un frente unido con nuestros escudos y teníamos en las manos nuestras largas lanzas, con cuyas aguzadísimas puntas traspasábamos aquellas malas bestias y otras veces matábamos a muchas con nuestros fuegos. Este asunto nos tuvo ocupados cerca de dos horas en continua acción. Después de beber

el agua, las serpientes menores empezaron a retirarse y las mayores se [25] refugiaron en sus escondrijos con inmensa alegría nuestra. Ya a la hora tercera de la noche nos disponíamos a gozar de algún reposo, cuando procedentes de las cuevas cercanas de las montañas se presentaron a beber agua las crestadas serpientes de la India, con dos y tres cabezas, que reptaban el suelo con sus escamas y válvulas. Las cabezas llevaban erguidas, con sus lenguas trífidas en sus fauces abiertas; destilaban veneno de sus ojos brillantes y su hálito era pestífero. Luchamos contra ellas más de una hora y allí perdimos treinta esclavos y veinte soldados. Alentaba a los macedonios para que no cedieran ni desfallecieran ante tan adversas circunstancias. Aunque su resistencia sufría una dura prueba, todos [26] cumplían su deber. Tras las serpientes llegaron al campamento cangrejos en cantidad desmesurada, cubiertos de un caparazón como la piel de los cocodrilos. Estos monstruos, por la dureza de su caparazón, hacían rebotar el hierro de nuestras armas. Muchos fueron quemados con los fuegos y muchos se refugiaron en la laguna.

[27] Al fin, a la hora quinta de la noche, agotados por las guardias en vela, nos llama la trompeta que daba el toque de reposo. Pero entonces se presentaron unos leones blanquecinos, de tamaño semejante al de los toros. Con ingente rugido, sacudiendo sus melenas y con las garras en alto, nos embistieron de manera fulminante y cayeron sobre nuestros venablos. Se desplegaba un repentino y enorme tumulto que la ciega noche acumulaba. Luego nos atacaron jabalíes de enorme tamaño, con unos colmillos espantosos, como palos de empalizada; mezclados con linces de piel moteada, con tigres y horrorosas panteras, trababan unos combates que eran de una ferocidad incomparable con ninguna otra calamidad. Pero además una inmensa cantidad de murciélagos de un tamaño como el de las palomas se precipitaban sobre nuestras bocas y rostros; estos bichos, que tenían dientes como los humanos, destrozaban a mordiscos las narices, orejas y dedos de los soldados. Luego apareció un monstruo de una nueva especie, [28] mayor que un elefante, armado en su frente con tres cuernos, al que los indios acostumbran a llamar «el odontotirano», que tiene una cabeza parecida a la de un caballo, de color negro. Éste, después de beber el agua, al apercibir nuestro campamento nos atacó en una repentina embestida y no se detuvo ante las espesas llamas de las fogatas. Cuando para detenerlo le opuse un batallón de macedonios, mató a treinta y seis, derribó a cincuenta y dos y a duras penas fue traspasado por nuestros venablos.

De madrugada luego, al clarear el cielo, surgieron unas alimañas [29] de color variable parecidas a las ranas. Junto con ellas acudieron al campamento las ratas de la India, parecidas a nuestros zorros, a cuya mordedura expiraban nuestros cuadrúpedos, y las mismas ratas herían también a los hombres, aunque no de muerte.

Al amanecer llegaron los cuervos nocturnos, unas aves semejantes [30] a los buitres, a los que superaban en el tamaño de sus cuerpos, de color amarillo, pero con pico y patas negros. Llenaron toda la ribera del estanque, sin causarnos ningún daño, sino que se dedicaron a consumir sus peces de costumbre. No nos atrevimos a poner en fuga ni a ahuyentar a tales aves. Sin embargo, cuando todas hubieron secado sus garras, desaparecieron de nuestra vista. Entonces yo mandé que los [31] guías de aquellos parajes que de continuo nos habían conducido a trampas, que se merecían lo peor, fueran castigados con el quebranto de sus piernas, para que, aún con vida y respiración, a la siguiente noche fueran aniquilados por las serpientes, del mismo modo como habían querido que pereciéramos aniquilados nosotros. Y también ordené que les quebrasen los brazos, para que tuvieran el suplicio merecido por sus actos.

[32] Celebramos luego una asamblea y exhorté a los soldados a mantener el ánimo firme y a no desmayar como mujeres ante los reveses accidentales. Al clamor de las trompetas ordené de pronto marchar hacia el Sur, donde me había enterado que algunos de los bárbaros e indios se habían reunido y conspiraban nuevas guerras. Los ánimos de mis soldados eran magníficos, y los mantenía en pie el número y la felicidad de nuestras victorias. Dejamos atrás aquellos peligrosísimos lugares y de nuevo pisamos un camino civilizado y llegamos a los campos de Bactriana, opulentos en oro y otras riquezas. Fuimos acogidos amistosamente por sus habitantes, cuyas tierras lindaban con las fronteras de los persas, y allí levanté nuestro campamento durante veinte días, de descanso, mientras [33] preparábamos la guerra. En una marcha de apenas cuatro días llegamos al lugar donde se había asentado Poro con su ejército reunido, más dispuesto a confiar en la rendición que en la guerra. El caso es que nos dio permiso para aprovisionarnos abiertamente, no como enemigo, y, deseoso de conocerme, preguntaba a mis tropas que encontraba de provisión dónde estaba yo y qué hacía. Ellos le respondían con vaguedades. Cuando yo me enteré de sus preguntas —pues todas las cosas se me comunicaban a mí, como gran rey de los macedonios—, me puse un traje de soldado y me quité mis insignias y fui a su campamento como un comprador cualquiera de carne y de vino.

Por coincidencia me encontré con Poro y él me preguntó [34] qué hacía Alejandro y qué edad tenía. Burlándome de él le respondí con un mentira ocasional: «Como un anciano, nuestro jefe se calienta junto al fuego encendido en el interior de su tienda.»

Exultando entonces de alegría, al pensar que iba a entablar combate con un decrépito viejo, siendo él un joven, dijo en un impulso de vanidad: «¿Por qué entonces no toma en consideración su edad?» A esto respondí simplemente que yo era un soldado raso de su ejército e ignoraba lo que hacía Alejandro. Me dio una misiva llena de amenazas para que se la transmitiera a Alejandro y me prometió una recompensa. Le aseguré bajo juramento que la carta llegaría a sus manos. De regreso a mi campamento, en seguida ya antes de leerla me había retorcido de risa, y mucho más después de leer la carta. Te he enviado un ejemplar de ésta, y también a mi madre y a mis hermanas, para que os pasméis ante la soberbia y la desmedida fanfarronería del bárbaro.

Poco después trabé una batalla con los indios, y una vez [35] vencidos según mis deseos, le devolví a Poro sus dominios que le había arrebatado con mi victoria por las armas. Él, al recibir este honor inesperado, me mostró sus tesoros, que yo ignoraba. Y con ellos nos obsequió a mí, a mis compañeros y al ejército entero, convertido en amigo de la tropa de los macedonios. Y nos condujo hasta los trofeos levantados en honor de Hércules y de Dioniso. Porque en los límites del extremo oriental de su reino había erigido las estatuas de oro de uno y otro dios. Como yo deseaba saber si eran macizas, ordené perforarlas en varios lugares y, tras constatar con mi presencia su solidez, las volví a reparar con el mismo metal y aplaqué a Baco y a Hércules con sacrificios propiciatorios.

Teníamos intención de proseguir más allá, por si explorábamos [36] algo memorable, pero nos dijeron que no había nada sino desiertos campos, bosques y montañas hasta el océano, y que en ellos pululaban elefantes y sierpes. No obstante yo persistía en llegar al mar, con el-afán de, si podía, navegar el océano que rodea en su curso el orbe de las tierras. Los indígenas de aquellos lugares aseguraban que el mar era tenebroso y abismal; y, puesto que nadie debía intentar avanzar más allá que Hércules y Dioniso, preferí que aquéllos me consideraran aún más grande por no dejar atrás las marcas de los dioses como un desafío de los humanos. Después de recompensar y elogiar a estos indígenas, mandé explorar la parte occidental de la

India, a fin de que no me quedara nada por visitar en lugares incógnitos. Y el rey Poro no se oponía, para no dar la impresión de que ocultaba algunos tesoros secretos en su reino.

Había por allí un pantano resecado y cubierto de cañaveral. [37] Cuando intentábamos cruzarlo, nos surgió de la espesura un monstruo de una especie desconocida, con dos cabezas, una semejante a la de una leona y la otra parecidísima a la de un cocodrilo, armado de agudos dientes. Esta cabeza mató a dos soldados en un repentino ataque. Al fin conseguimos aniquilar a la fiera con mazas de hierro, ya que con las lanzas no pudimos herirla. Durante largo tiempo quedamos admirados de su rareza.

[38] Llegamos después a las selvas más remotas de la India. Allí habíamos establecido el campamento de unos cincuenta estadios de longitud y otros tantos de anchura junto al río Buemar, y nos disponíamos a cenar a la hora undécima del día, ya de anochecida, cuando de pronto todos los forrajeadores y leñadores acudieron atemorizados para anunciar que tomáramos las armas a toda prisa: que de las selvas venían enormes rebaños de elefantes a conquistar nuestro campamento. Con que mandé a los jinetes tesalios que subieran a sus monturas y tomaran consigo unos cerdos, cuyo gruñido ya sabía que amedrentaba a tales bestias, y les ordené enfrentarse al momento a los elefantes. Después mandé que les siguieran otros jinetes armados con lanzas y que todos los trompetas estuvieran en la vanguardia y que avanzaran a caballo, mientras que todos los soldados de a pie quedaran [39] en el campamento. Yo mismo, junto al rey Poro y la caballería, vi, al avanzar, la embestida de los tropeles de elefantes, que venían con las trompas en alto contra nosotros. Sus lomos eran negros, blancos y de color rojo, e incluso algunos de varios colores. Poro me afirmaba que éstos se capturaban y eran útiles para usos bélicos y que era fácil ponerlos en fuga si los jinetes no dejaban de azotar a los cerdos. Al momento los elefantes, temblando de miedo, dieron la vuelta; entonces empezaron a correr en carreras más precipitadas que las anteriores, aterrorizados por los trompeteos de los soldados y los gruñidos de los cerdos. Nosotros, a caballo, matamos novecientos ochenta, cortándoles los tendones de las patas, y yo regresé al campamento cargado con el reluciente botín de los colmillos arrancados. Luego ordené que con escudos y con armaduras se formara una empalizada firme, para que no nos causara daño de noche el ataque violento de los elefantes u otras fieras. La noche fue tranquila y hasta la luz del alba todos nos repusimos con el sueño.

Luego, al primer resplandor de la aurora, marchamos hacia [40] otras regiones de la India y, en un campo abierto, vimos a unas mujeres y hombres cubiertos de pelos en todo el cuerpo, al modo de las fieras. A éstos los llamaban los indios «comedores de peces» *(«Ictiófagos»).*

Estaban acostumbrados a vivir en los ríos y en lagos más que en tierra firme, alimentados tan sólo de pescado crudo y de sorbos de agua. Cuando quisimos aproximarnos a ellos, se sumergieron en los torbellinos del río Ebímaris. Más allá encontramos los bosques poblados por los enormes Cabezas de Perro. *(«¡Cinocéfalos»),* que trataban de atacarnos y huían ante los disparos de flechas. Cuando llegamos a las regiones desérticas los indios nos contaron que ya no quedaba nada digno de atención.

Por lo tanto di órdenes de dar la vuelta, para dirigirnos a [41] Fasíake, de donde habíamos venido; de modo que plantamos nuestro campamento a unas doce millas de aquel lugar, cerca de un lugar de aguada. Y estaban montadas todas las tiendas y encendidas las amplias fogatas, cuando de repente se levantó el viento del Este con tanta furia que bamboleó y derribó todas las tiendas y establecimientos nuestros de modo sorprendente, dejándonos estupefactos. Los soldados temían que me persiguiera la ira de los dioses, por haber intentado yo, un hombre, traspasar los

límites dejados por Hércules y Dioniso. Entonces expliqué en arenga a los soldados que aquello sucedía en el tiempo de los equinoccios, no por la ira de los dioses, sino por las tempestades de octubre, del otoño. A duras penas, [42] recogidas por completo las tiendas y formadas de nuevo en un valle más abrigado como sede para acampar, después de puesto todo el equipo en orden, di orden de cenar. Pues ya había cedido el soplo del viento Este y un tremendo frío aumentaba con el atardecer. A modo de copos de lana empezaron a caer enormes copos de nieve. Por temor a que al aglomerarse sepultaran el campamento, mandé a los soldados que pisotearan la nieve, para que con el trasiego se derritiera antes y así crecieran un poco los fuegos, que con la nieve estaban casi extinguidos. Pero nos salvó entonces un suceso único, el que en un momento las nieves fueron deshechas por una larga lluvia que sobrevino. Inmediatamente le siguió una [43] nube negra y vimos nubarrones ardientes que caían del cielo como antorchas, de modo que todo el campo ardía incendiado por ellas. Sobre todo las bestias de carga sufrían mucho por la caída de chispas y tizones que caían sobre sus lomos y las quemaban. Así dispuse que los soldados las resguardaran de los fuegos con trozos de vestimenta. A continuación quedó una noche serena, acorde con nuestras oraciones. Entonces de nuevo encendimos las hogueras y tomamos la comida de nuestras provisiones. Durante tres días sin claro sol nos sucedió esto, bajo la amenaza del cielo encapotado de nubes. Yo, después de dar sepultura a unos quinientos soldados que perecieron bajo las nieves, mandé trasladar el campamento.

[44] Luego vimos unos montes elevados hasta el cielo al borde del océano en Etiopía, y los montes de Nisa y la caverna de Dioniso, adonde enviamos a unos condenados, ya que se decía que al tercer día morían de fiebres quienes se habían adentrado en la cueva del dios. Y comprobamos que era un dato cierto, por la muerte de todos ellos, lo de que no se podía [45] penetrar en la caverna sin maleficio. Con empeñado fervor rogaba a los dioses que me dejaran llegar de regreso como rey de todo el orbe terrestre, en triunfo, con un botín de espléndidos trofeos, a Macedonia junto a mi madre Olimpíade. Que en vano lo suplicaba lo conocí del modo siguiente:

[46] Como a mis inquisiciones de si aún podía ver algo más, digno de admiración o de recuerdo, me decían los indios que nada memorable podría encontrar en aquellos lugares más que lo que ya habíamos experimentado, mandé que los estandartes cambiaran el rumbo hacia Fasíake, en lugar de la marcha [47] anterior en sentido del viento del Sur. Entonces, en esta marcha, cuando yo iba al frente junto a los estandartes, nos salieron dos ancianos al encuentro.

Al preguntarles si acaso conocían algún espectáculo que valiera la pena en aquella comarca, me respondieron que sí, por un camino de no más de diez jornadas, aunque el acceso por esta senda era difícil por la falta de agua y por la enormidad de nuestra impedimenta, si es que quería llegar allí con todo el ejército. En cambio, si tomaba una provisión de cuarenta mil soldados con vistas a las angostas sendas y a los parajes infestados de fieras, podría llegar a presenciar cierto prodigio increíble. Entonces yo, lleno de alegría por tal respuesta, [48] les dije, intentando atraerlos con la expresión de simpatía: «Decidme vosotros, ancianos, ¿qué es eso tan maravilloso y magnífico que me proponéis como meta? Uno de ellos, confortado por la suavidad de mi tono, respondió: «Verás, rey, quienquiera que seas, dos árboles, del Sol y de la Luna, que hablan en griego y en indio. De ellos, el tronco masculino es el del Sol, y el otro, femenino, de la Luna, y por ellos podrás conocer los bienes y los males que te esperan.»

Ante cosa tan increíble pensé que los viejos bárbaros se [49] burlaban de mí, y di órdenes de que les aplicaran un castigo y con todo rigor, diciéndoles: «¿Es que mi Majestad ha venido de Occidente a Oriente de tal forma que parece que puede

ser tomada a burla por unos viejos bárbaros y decrépitos?» Pero ellos persistían en jurar que no habían dicho nada falso y que yo podía comprobar si decían la verdad, y de pronto se vería que aquello no era una invención. Aunque mis amigos y camaradas me rogaron que no nos expusiéramos al engaño en un experimento de tal magnitud, tomé conmigo cuarenta mil hombres de la caballería y despaché hacia Fasíake a las demás tropas, todo el ejército al mando de unos prefectos, con los elefantes, el rey Poro y todos los bagajes. Apenas acabamos [50] de formar este cuerpo elegido de jóvenes, emprendimos el camino dispuestos a ver las admirables maravillas a que nos guiaban los dos ancianos indios. Como nos habían dicho, nos llevaron por unos parajes inhumanos y carentes de agua casi por completo y llenos de serpientes y de alimañas hasta las cercanías del oráculo. De estas fieras y serpientes, que eran incontables y denominadas con nombres en lengua india, he pensado que no era necesario escribirte.

Al acercarnos a la región a que nos dirigíamos vimos a [51] algunas mujeres y hombres cubiertos con pieles de panteras y tigres. Cuando les preguntamos de qué raza eran, contestaron en su lengua que eran indios. Allí había un bosquecillo amplio, donde abundaban el incienso y el bálsamo, que en profusión crecía adherido en las ramas de aquellos árboles. Los indígenas de aquellos lugares acostumbraban a consumirlo como alimento.

[52] Al penetrar en el santuario que nos habían anunciado, tan desconocido de muchos, nos salió al paso el sacerdote del oráculo, de una estatura de más de diez pies, de color negro, con dientes de perro, con las orejas perforadas, de las que colgaban gruesas perlas, y que iba vestido de pieles. Después de saludarme con la ceremonia ritual, empezó a interrogarme sobre el motivo de mi visita. Dije que yo deseaba contemplar los árboles del Sol y de la Luna.

[53] Entonces el bárbaro dijo: «Si estás limpio de contacto sexual con muchacho y mujer, acaso podrás entrar en el bosquecillo sagrado.» A los trescientos amigos y compañeros que se habían apartado conmigo les ordenó depositar en tierra sus anillos, todas sus ropas y sus zapatos. Obedecí en todo al hombre, para cumplir los preceptos de su religión.

[54] Hasta la horá undécima del día aguardaba el sacerdote la puesta del sol. Pues afirmaba que el árbol del Sol hablaba y daba respuestas sólo a la salida y a la puesta de este astro. De la misma manera contaba que el árbol de la Luna atendía los correspondientes momentos. Todo esto me parecía más próximo a la mentira que a la verdad.

[55] Así, pues, me dediqué a reconocer todo el bosquecillo, que estaba rodeado de un tosco muro, y vi el bálsamo que derramaba en abundancia su excelente aroma por doquier y desde el ramaje de los árboles. Cautivado por su perfume yo arrancaba pequeñas bolitas de la corteza de los árboles y lo mismo hacían mis compañeros. En el centro del bosque se alzaban los árboles sagrados, parecidos a los cipreses por el tipo de su follaje. Estos árboles, que los indios llamaban «brebionas», [56] eran de unos cien pies de altura. Mientras yo los admiraba, y al decir que habrían crecido tanto por las frecuentes lluvias, el sacerdote me aseguraba que en aquellos lugares nunca acudía la lluvia, ni fiera, ni ave, ni serpiente ninguna. Aseguraba que desde muy antiguo aquel recinto estaba consagrado por los antepasados de los indios al sol y a la luna, y que en los eclipses de sol o de la luna aquellos árboles se agitaban con profusión de lágrimas, temerosos por el estado de sus númenes. Cuando decidí celebrar sacrificios e inmolar víctimas en su honor, me lo prohibió el sacerdote, quien decía que no era lícito quemar incienso con fuego en aquel santuario ni sacrificar a ningún animal. En cambio recomendó que nos postráramos ante ellos y diéramos besos sobre los troncos de los árboles y rezáramos al sol y a la luna para que nos dieran respuestas verdaderas. Como yo

estaba dispuesto a hacerlo, le [57] pregunté al sacerdote si los árboles iban a responderme en griego o en indio. A esto me contestó:

«El árbol del Sol da sus vaticinios en ambas lenguas; el de la Luna, en lengua griega.»

Con todo esto, vemos que las cimas de los árboles se iluminaban [58] rozadas por los rojizos rayos de Febo al ponerse por Occidente, y el sacerdote dijo:

«¡Mirad todos a lo alto y que cada uno medite sobre las cosas que ha venido a consultar, en silencio; que nadie las pronuncie en voz alta!»

En aquel momento yo, mis amigos y camaradas miramos con mucho interés si no había entre la espesura del bosque algún individuo que fuera a engañarnos con algún truco ejercitado desde su antigua invención. Como advertimos que no intervenía ningún engaño semejante, fijamos nuestra mirada en la cima y ramas de los árboles. Mientras permanecíamos de pie llegaron a nuestros oídos los oráculos divinos.

El caso es que yo pensaba si después de conquistar el mundo [59] podría regresar triunfante a mi patria junto a mi madre Olimpíade y a mis queridísimas hermanas, cuando me respondió de repente el árbol con voz muy baja en lengua india:

«Invicto en las guerras, Alejandro, como has preguntado en tu consulta, serás el único señor del orbe terrestre, pero no regresarás vivo a tu patria nunca, ya que así los hados lo han fijado sobre tu cabeza.»

Como yo en aquel momento ignoraba el significado del [60] oráculo, obligué a los intérpretes indios, en parte con obsequios y en parte con amenazas, a que me tradujeran todo lo que habían indicado los árboles. Y al enterarme, me quedé sobrecogido en mi interior; me disgustó el haber traído conmigo a tantos compañeros junto a los árboles sagrados. A la vez mis amigos y compañeros, que me habían escoltado, se echaron a llorar amargamente y quedaron afligidos. Yo los consolé y les encarecí que no revelaran a nadie esta respuesta.

[61] Con intención de oír el oráculo de la Luna, que afirmaba el sacerdote que podía emitirse a media noche, cuando fuera a aparecer la luna, acudí de nuevo acompañado sólo por tres amigos muy fieles: Perdicas, Ditóricas y Filotas, ya que no temía a nada ni debía temer a nadie en aquel lugar donde estaba prohibido matar. De nuevo entramos en el bosquecillo sagrado y nos detuvimos junto a los árboles sagrados y los adoramos con el ritual de costumbre. Consultaba yo en esta ocasión dónde iba a morir, cuando apenas salió la luna y el árbol recibió en su punta el resplandeciente reflejo, respondió en griego con estas palabras:

«¡Alejandro, has cumplido ya tu máxima edad; al año que viene, al noveno mes, morirás en Babilonia! Te matará quien tú menos esperas.»

[62] Entonces comencé a verter lágrimas y mis amigos lloraban a mi lado. No creía que de ellos pudiera provenir ninguna trampa ni crimen, sino que confiaba en que, antes, estaban dispuestos a morir por mí, y jamás habría consultado nada acerca de mis más fieles amigos a un oráculo a fin de que fuera a aconsejar a Alejandro precaverse contra ellos. Después de cumplido el regreso, aunque se nos había servido la cena, yo, con el ánimo abatido, me disponía a dormir. Pero me rogaron mis amigos que no me consumiera en la angustia y el ayuno, de modo que me esforcé por tomar un poco de comida contra el deseo de mi propio ánimo y luego me acosté en el santuario para encontrarme presto a la salida del sol.

[63] Al día siguiente me levanté a la medialuz del alba y desperté a mis amigos de su sueño de duermevela. Todavía dormía el sacerdote envuelto en sus pieles

ferinas, y delante de él, extendido sobre la mesa, se hallaba un buen montón de incienso, que le había sobrado de la cena de la noche anterior, [64] y un cuchillo de marfil. Pues aquella gente carece de bronce, de hierro, de plomo y de plata, si bien tienen abundancia de oro. De bálsamo e incienso se alimentan y beben agua pura de una cascada fluvial del vecino monte, y duermen y reposan sin ningún tipo de almohadas ni colchones, sólo con sus pieles de animales salvajes, que les sirven de vestidos. Y así viven cerca de trescientos años.

Después de despertar al sacerdote, penetré en el bosquecilio [65] para hacer mi consulta por tercera vez al árbol sagrado del sol. Quería preguntar qué mano asesina debía evitar y qué fin iban a tener mi madre y mis hermanas.

El árbol dijo en griego: «Si te revelara el nombre de tu asesino, lo eliminarías y cambiarías fácilmente los destinos que te aguardan. Se irritarían contra mí mis tres hermanas, por haber estropeado con mi verídico oráculo sus tejidos: Cloto, Láquesis y Átropos. Así, pues, dentro de un año y nueve meses [66] morirás en Babilonia, no por el hierro, como tú sospechas, ni por el oro, ni la plata ni cualquier otro metal, sino por el veneno. Tu madre, tras un final lamentable y de lo más horroroso, quedará sin sepultura y yacerá muerta en mitad de la calle, pasto de las aves y las fieras; y tus hermanas serán según su destino largo tiempo felices. En cuanto a ti, aunque te queda breve tiempo de vida, serás no obstante el señor de todo el orbe terrestre. Ahora, ¡cuidado!, no nos preguntes más. ¡Así que sal de los límites de nuestro bosque y vuélvete a Fasíake y al palacio de Poro!» También el sacerdote insistió en que nos fuéramos, diciendo que nuestro llanto y gemidos habían ofendido a los árboles sagrados.

A continuación convoqué a todos los soldados y les dije [67] que, de acuerdo con la respuesta del oráculo, nos dirigiríamos hacia Fasíake, al palacio de Poro, y que nuestro regreso sería fausto y feliz. Guardé silencio sobre la duración de mi vida, por temor de que los soldados se abandonaran a la desesperación y fuéramos aniquilados en tierras extrañas. Incluso los hombres que junto conmigo habían oído las respuestas del oráculo guardaban el secreto por su propia lealtad y consejo mío. Eran los denominados con los siguientes nombres: Serminición, Protesilao, Místono, Timoteo, Lacón, Trasileón, Dédito, Macón, Erocles, Silbro, Sunsiclo, Perdicas, Filotas, y el prefecto del pretorio Coracdas.

Aún después de alejarnos de aquellos árboles, todavía nuestras [68] narices aspiraban el perfume del incienso y del bálsamo. Los indios que junto al océano daban culto a sus dioses, decían que yo también era inmortal, ya que había logrado penetrar hasta allí. Yo les estaba agradecido y aceptaba lo que opinaban de nosotros. Llegamos después al valle del Jordán, [69] en el que habitaban unas serpientes que tienen en su cuello unas piedras preciosas llamadas esmeraldas. Éstas reflejan en sus ojos un profundo resplandor. Pueblan un valle en el que nadie puede penetrar. Pero sobre él se elevan unas pirámides de treinta y cinco pies de altura, construidas por los antiguos indios por esa razón. Pero estas serpientes, que poco antes hemos descrito, pelean entre sí cada año al comenzar la primavera y muchas mueren a causa de las mordeduras. De allí sacamos algunas esmeraldas de enorme tamaño.

[70] Más allá, entre grandes peligros, topamos con unas bestias desconocidas del tipo siguiente: tenían cabezas de león, colas con dobles garras, con una amplitud de seis pies, con las cuales golpeaban a los hombres hasta dejarlos lisiados.

Entre estas fieras estaban mezclados grifos, que tenían picos de águila y el resto del cuerpo de forma peculiar. Éstos, con asombrosa velocidad, nos saltaban a la cara y a los ojos y con sus colas azotaban nuestros escudos y rodelas de un modo verdaderamente muy cruel. Caían alcanzados unas veces por nuestras flechas y en parte por nuestros venablos de guerra. En este encuentro perdí doscientos seis

soldados por las mordeduras de las fieras de una y otra especie. Matamos unas dieciséis mil.

[71] Desde allí llegamos al río Occlúadas, que sin ningún meandro lleva su curso recto hasta el océano, con una amplitud de más de veinte estadios de una orilla a otra. Había a lo largo de sus orillas unas cañas en grupo de unas trescientas, de las cuales una la podían llevar a duras penas treinta soldados. Sobrepasaban la altura de los árboles más altos. Entre estas cañas vimos un gran montón de espléndidos colmillos de marfil. Pues habitaban aquel mismo lugar incontables millares de elefantes, que no sé por qué razón no intentaban atacarnos. De otro modo hubiéramos sido aplastados de la manera más cruel. Sobre las balsas que hicimos con los troncos del cañaveral pasamos navegando el río, con los muchos colmillos que habíamos recogido.

[72] En la otra orilla vivían indios vestidos con pieles de fieras salvajes. No eran inhospitalarios, que nos ofrecieron unas esponjas blancas y purpúreas junto con grandes conchas, que podían contener de dos a tres litros de líquido, y cobertores y suaves túnicas hechas con las pieles de jóvenes animales marinos. Y además nos ofrecieron caracoles de más de una libra de peso, de carne excelente, y gusanos extraídos del mismo río, más gruesos que el fémur de un hombre, que nos parecieron preferibles a cualquier clase de peces por su sabor. Y [73] nos ofrecieron unos hongos enormes, de tamaño extraordinario y de un color rojizo más vivo que el azafrán, y unas murenas que pesaban doscientas libras, afirmando que las había todavía mayores en el vecino océano, que estaba a 23 millas de distancia. Además de otros peces *(scaros)* de un peso de ciento cincuenta libras, que pescaban en las rompientes con redes de marfil, para que ellos no rompieran las cañas con sus mordiscos o para que las mujeres de largas melenas, que se alimentaban de peces, no se los quitaran sumergiéndose en el fondo del mar. Éstas, a los hombres que nadaban en el río [74] sin saber de ellas, los ahogaban atrapándolos en los remolinos del agua, o los atraían al cañaveral con su atractivo, ya que eran de una hermosura admirable, y ofreciéndoles sus brazos los trituraban o los dejaban exánimes bajo el efecto del placer sexual. De éstas nosotros capturamos sólo a dos, de una piel nivea, parecidas a las ninfas, con una cabellera suelta que les cubría la espalda.

También en el Ganges había portentos asombrosos. Sobre [75] los que, por no parecerte exagerado en fantasía, he pensado que no debía describírtelos, a no ser el hecho de que las aguas de este río y las del Eufrates son las únicas en fluir de Norte a Sur. En estos dos ríos desde una orilla no es visible la otra por la anchura de sus aguas.

Desde allí llegamos a una fortificación que mantienen los [76] indios, y después a los Seres (el pueblo de la seda, los chinos), que están considerados como el pueblo más justo entre todas las gentes. Se dice que allí no se conoce el homicidio ni el adulterio, ni el perjurio ni la embriaguez. Se nutren sólo de pan, de verduras y de agua. Nos recibieron con las mejores muestras de hospitalidad y nos guiaron hacia el camino directo que llevaba, a través de las Puertas Caspias, a Fasíake, a la corte del rey Poro.

Desde allí continuamos la marcha en la dirección del viento [77] del Este y nos encontramos unas extrañas fieras, de cuyas cabezas surgían unas osamentas a modo de espadas, pero con clientes de sierra en la punta, que a manera de toros embestían a los hombres que se les enfrentaban. Estos ferocísimos animales salvajes traspasaban con su cuerno los escudos de los soldados. Con que de éstos perecieron 9.450, y al fin mi ejército llegó a la corte del rey Foro con gran esfuerzo, riesgo y temor por parte de los soldados.

[78] Allí ordené al legado mío, que había colocado en el gobierno de Persia, llamado Alción, que erigiese en los países de los babilonios y los persas dos grandes columnas de oro macizo, de veinticinco pies, y que en ellas grabara por escrito todos mis hechos. Y en los confines de la India, más allá de las de los trofeos de Hércules y de Baco, que eran cien, yo mandé erigir otras cinco en mi honor, diez pies más altas, que han de ser motivo, y no pequeño, de admiración, queridísimo preceptor, para los siglos venideros. Hemos erigido un monumento nuevo y eterno con nuestras hazañas, que servirá de ejemplo, de modo que nuestra inmortalidad será perpetua, y nuestra fama, óptimo Aristóteles, y el testimonio de la audacia de nuestro corazón.

# ÍNDICE GENERAL